

OBRA  
REUNIDA



# GABRIELA MISTRAL

TOMO VIII

CARTAS

EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL



OBRA  
REUNIDA



# GABRIELA MISTRAL

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández  
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE

**OBRA REUNIDA DE GABRIELA MISTRAL**

© Ediciones Biblioteca Nacional, 2020

Primera edición: diciembre de 2020

Registro de propiedad intelectual: N° 2020-A-10700

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-469-9

ISBN Tomo VIII: 978-956-244-507-8

**Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio**

Consuelo Valdés Chadwick

**Subsecretario de las Culturas y las Artes**

Juan Carlos Silva Aldunate

**Subsecretario del Patrimonio Cultural**

Emilio de la Cerda Errázuriz

**Director Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural**

Carlos Maillet Aránguiz

**Director Biblioteca Nacional de Chile**

Pedro Pablo Zegers Blachet

OBRA  
REUNIDA



GABRIELA  
MISTRAL

TOMO VIII  
CARTAS



# Í N D I C E

Nota introductoria de Gustavo Barrera Calderón	15
C A R T A S	19
D É C A D A D E 1910	21
A Rubén Darío	23
A Manuel Magallanes Moure	25
A Eugenio Labarca	27
A Eduardo Barrios	30
A Amado Nervo	35
A Eugenio Labarca	38
A Eduardo Barrios	41
A Manuel Magallanes Moure	48
A Hernán Díaz Arrieta	51
D É C A D A D E 1920	57
A Pedro Aguirre Cerda	59
A Pedro Prado	63
A José Vasconcelos	64
A Pedro Prado	68
A Pedro Aguirre Cerda	69
A Eduardo Barrios	72
A Pedro Aguirre Cerda	83
A Ida Corbat	88
A Carlos Silva Vildósola	97
A Pedro Prado	98
A Armando Donoso	100
A Juana de Ibarbourou	104
A Isauro Santelices	108
A Joaquín Edwards Bello	114
A Pedro Aguirre Cerda	121

A Pedro Prado	123
A una amiga	124
A Benjamín Carrión	131
A Alfonso Reyes	137
A José Vasconcelos	141
A Benjamín Carrión	144
A Alfonso Reyes	149
A Humberto Díaz Casanueva	152
A Laura Rodig	154
DÉCADA DE 1930	157
A Joaquín García Monge	159
A Roberto Brenes Mesen	171
A Pedro Aguirre Cerda	178
A María Monvel y Armando Donoso	181
A Graciela Préndez de Menéndez	191
Al Director de El Imparcial	196
A la Colonia Española de Chile	199
A Palma Guillén	208
A Lydia Cabrera	220
Al Presidente de la Corte Federal de Puerto Rico	224
A Félix Nieto del Río	227
A Carmen Conde	233
A Pedro Aguirre Cerda	235
A Juan Ramón Jiménez y su mujer	240
A Carlos Errázuriz Ovalle	242
A Eduardo Frei Montalva	248
A Germán Arciniegas	253
A Consuelo Berges	256
A Adelaida Velasco Galdós	258
A Adelaida Velasco Galdós	262
A Consuelo Berges	267

DÉCADA DE 1940	271
A Amado Alonso y Guillermo de Torre	273
A Eduardo Frei Montalva	277
A Eduardo Mallea	286
Oficio de Gabriela Mistral sobre su indigenismo	293
A Jaime Eyzaguirre	297
A Carlos Errázuriz Ovalle	308
A Waldo Frank	316
A César Godoy Urrutia	318
A Winett y Pablo de Rokha	322
A Roger Caillois	327
A Ema Godoy	330
A Graciela Menéndez Behety y a tres amigas	332
A Emelina Molina Alcayaga de Barraza	339
Oficio de Gabriela Mistral sobre auxilio infantil	340
A Rafael Larco Herrera	344
A Raissa y Jacques Maritain	347
A María Eugenia Celso	350
A José Rumayor	354
A Eduardo Mallea	357
Oficio Consular de Gabriela Mistral sobre eventual Premio Nobel	360
Oficio Consular de Gabriela Mistral sobre eventual Premio Nobel II	361
A Eduardo Mallea	364
A Assis Chateaubriand	369
A Palma Guillén	372
A Isolina Barraza de Estay	378
A Pedro Zuloaga y Sanz	381
A Isolina Barraza de Estay	386
A un Sanatorio - Liceo de California	388
A Isolina Barraza de Estay	396
A Consuelo Berges	398
A Ciro Alegría	400
A Inés María de Muñoz Marín y Jaime Muñoz	404

A Ciro Alegría	409
A Miguel Cruchaga Tocornal	412
A Benjamín Carrión	415
A Dulce María Loynaz	417
A Hjalmar Gullberg	421
A Juan Marín	423
DÉCADA DE 1950	427
Oficio de Gabriela Mistral sobre Reforma Agraria	429
A Hans Flasche	438
Oficio de Gabriela Mistral sobre riego	442
Oficio de Gabriela Mistral sobre Día de la Madre	445
A Exequiel de La Barra	448
A Radomiro Tomic	452
A Carlo Sforza	455
Oficio de Gabriela Mistral, su posición política y la paz	457
A Humberto Díaz Casanueva	462
A Radomiro Tomic y Señora	464
A Matilde Ladrón de Guevara	467
A Roger Caillois	469
A Eduardo Barrios	473
A Pablo Neruda y Delia del Carril	479
A Dulce María Loynaz	481
A Adelaida Velasco	483
A Hernán Díaz Arrieta	488
A Jacques Maritain	491
A Fedor Ganz	493
A Eleanor Roosevelt	496
BIBLIOGRAFÍA	499
CRONOLOGÍA	503
DE PUÑO Y LETRA	569









Las cartas y oficios consulares de este volumen, firmadas unas como Lucila Godoy y otras como Gabriela Mistral, abren una nueva posibilidad de adentrarse en el pensamiento mistraliano, en ese vasto, variado y complejo repertorio de temas que Mistral atendió y que tuvieron relevancia en su trabajo o en su vida personal. Esta otra forma de comunicación que revelan las cartas, una aproximación en primera persona, se vuelve un capítulo imprescindible. Un considerable número de epistolarios han sido publicados desde su muerte y cada uno de ellos ofrece una perspectiva diferente, una entrada posible o una nueva lectura de los acontecimientos. Algunos epistolarios se centran en aspectos más personales o en el intercambio de ideas, opiniones y afectos con una persona en especial, como es el caso de Eduardo Barrios, Pedro Aguirre Cerda, Palma Guillén o Isolina Barraza, por citar algunos. Otros ahondan en la relación entre Gabriela Mistral y el contexto de una época determinada, en el enfoque de ciertos temas específicos, o en su visión acerca de un país o territorio fundamental en el tránsito permanente o, según sus palabras, en una vida errante.

En esta Obra Reunida, el conjunto de cartas que integran la selección, ofrece un recorrido de acercamiento a la magnitud y variedad de materias abordadas. Gran parte del material, recogido de antologías o epistolarios como *Antología Mayor* o *Epistolario Americano*, busca introducir al lector en esta otra forma de expresión de la escritura mistraliana, pero quienes ya están familiarizados con las cartas también podrán hallar

material inédito, encontrado en el Legado de Gabriela Mistral que está disponible en la Biblioteca Nacional de Chile.

La selección, dividida en capítulos que corresponden cada uno a una década, abarca diferentes momentos vitales y permite una lectura panorámica acerca de la forma en que Gabriela Mistral comprendió e intervino en acontecimientos sociales y políticos. Nos sitúa en una época de cambios fundamentales y cada vez más acelerados para la humanidad, con una voz que se proyecta desde los orígenes de una incipiente globalización. Durante las primeras cinco décadas del siglo xx, Gabriela Mistral vivió en diferentes países de América y de Europa en su doble tarea de diplomática y escritora y dejó testimonio de sus experiencias como primera fuente privilegiada.

Escribía con frecuencia, varias cartas diarias. A través de ellas es posible reconstruir su recorrido personal, pero nunca ajeno a hechos históricos cruciales para Chile, América Latina y el mundo como la reforma educacional mexicana, la Guerra Civil española, el surgimiento del fascismo en Italia, la Segunda Guerra Mundial, la lucha independentista de Puerto Rico.

Algunas cartas, en las que su sinceridad y la crudeza de sus análisis, al hacerse públicas, le causaron serios conflictos. Ella misma se refirió al tema a propósito de la polémica que generaron sus descargos acerca de la situación política y social en España, contenidos en una carta privada dirigida a sus amigos en Chile, María Monvel y Armando Donoso. La carta fue difundida por la prensa chilena sin previo informe y sin pedir su consentimiento.

*“(...) es el caso que yo, en quien se han vaciado muchas conciencias, por carta y por habla, no he publicado jamás una carta ajena. Nací, por que no me la dieron, con la noción de que una carta es una confidencia, más o menos íntima, a menos de ser un recibo o una cobranza. Esta ha sido una ley para mí, no ya de cultura sino de simple sentido común, una moral natural, de un primarismo que ni tiene valor para mí. No sé por qué precisamente a mí, que no publico ni adulaciones ni críticas que a alguien alcancen, me caen estas calamidades”.*

Al momento de incluir las cartas de Gabriela Mistral en una publicación, no es posible eludir la pregunta acerca del respeto de la privacidad. Asumimos la controversia con la convicción de que no sería justo privar a los lectores de este material. Hay referencia a tantos y tan variados acontecimientos históricos y literarios relevantes que, mezclados o entretajidos con aspectos de la vida cotidiana y preocupaciones personales, se vuelven indivisibles. Quedan expuestas las cambiantes estructuras del poder, las jerarquías y rivalidades políticas, así como las relaciones de Gabriela Mistral con sus pares escritores, con la religión, con los movimientos sociales emergentes y se vuelve manifiesto su compromiso con la generación de alianzas internacionales en busca de la paz, de la igualdad de las mujeres, de la protección de la infancia y del respeto por los pueblos indígenas. Agradecemos la posibilidad que nos entregan las cartas de experimentar, a través de las palabras, un tiempo siempre presente.







D É C A D A

D E

1 9 1 0



Los Andes, 1912

Nuestro grande y nobilísimo poeta:

Soy una que le aguardaba al pie de Los Andes para presentarle su devoción y la de sus niñas —discípulas— que charlan de usted familiarmente, después de decir su “Cuento a Margarita” y su “Niña-Rosa”. Pero usted no vino y yo le mando en estas hojas extensas toda aquella cosa pura y fragante que es el querer de cien niñas a un poeta que les hace cuentos como nadie jamás los hizo bajo el cielo.

Poeta: yo, que soy mujer y flaca por lo tanto, y que por ser maestra tengo algo de las abuelas —la chochez— he dado en la debilidad de querer hacer cuentos y estrofas para mis pequeñas. Y las he hecho; con rubores lo confieso a usted. Yo sé que usted es tan grande como bueno.

Pretendo —¡pretender es!— que usted me lea lo que le remito, a saber, un cuento original muy mío, y unos versos, propios en absoluto.

Pretendo —¡pretender es!— que si usted sonríe con dulzura fraternal leyéndolos y halla por ahí núcleos de semillas que dicen algo, una promesa para el futuro, en “Elegancias” o en “Mundial”, usted me las publique.

Yo, Rubén, soy una desconocida; yo no publico sino desde hace dos meses en nuestros “Sucesos”; yo, maestra, nunca pensé antes en hacer estas cosas que usted, el mago de la Niña-Rosa, me ha tentado y empujado a que haga. ¡Es

usted culpable de tantas cosas en el campo juvenil! ¿Si supiera, si supiera!

Rubén, si usted no encuentra en mi cuento y en mis estrofitas sino cosa hueca, hilachas volantes de cosa inútil y vulgar, escríbame solo esto en una hoja de papel: malo, malo. Y fírmela; ¡Yo, devota de hoy seguiré siéndolo tanto o más!

Una explicación: ustedes —usted y el Sr. Guido— dejaron en Chile como encargado de *visar* las colaboraciones al Sr. Maluenda. Perfectamente, pero yo no he podido vencer mi ingenuo y tan santo deseo de escribir a Rubén y, directamente recibir su rechazo.

Con emoción me despido de usted y le deseo primavera eterna en su campo de triunfos, en su corazón nobilísimo y en su vida, gloria de nuestra América latina.

Humildemente

Lucila Godoy

Prof. de Castellano del Liceo de Niñas. Los Andes.

Bórquez Solar —¿usted lo conoce?— me ha ofrecido prólogo para mis cuentecillos.

10 de febrero de 1915

Tengo por el campo un cariño sincero, no el de la mayoría de los poetas, que no es tal. Tengo una ambición única que me ayuda a vivir. Alimento diez años de servicios, casi para once. Espero conseguir que me abonen cuatro más. Jubilaría con la mitad o un tercio de sueldo en cuatro años más. Yo vivo con poco; no como lo más caro: las carnes; me visto pobremente. Procuraré tener de aquí a cuatro años un pedazo de tierra con árboles y me iré a vivir lejos de toda ciudad, con mi madre, si aún vive; si no, con mi hermana o con un niño que deseo criar. Tengo un ansia muy grande de descanso. Quiero leer mucho, estar sin la gente y sembrar y regar árboles. Es un deseo que se me hace a veces desesperación y quiero realizarlo más luego, más. La enseñanza es mecánica y es amarga. Yo que he trabajado desde los quince años me he fatigado demasiado pronto. Esta conquista del pan ha sido para mí —antes— demasiado dura y estas cosas me han arruinado energías, alegrías, esperanzas, que hoy no puedo resucitar. Deberían tener los hombres, Manuel, un criterio distinto para apreciar cada esfuerzo y para juzgar cada acto de los que nos hemos peleado cara a cara con la miseria para que la miseria no nos entierre en el lodo. Si con un criterio así me juzgaran, Manuel, podrían perdonarme el que hoy se haga en mí un eclipse moral y tire al suelo mi fardo, y diga vigorosamente que quiero tener un paréntesis de amor y de dicha, que me lo merezco, que de los rosales del camino esta vez quiero cortar una rosa, una siquiera, para seguir después la jornada aspirándola y cantándola. Todo esto me ha venido a flor de labios y por una carta que junto con la suya recibí de mi mamá.

He aquí que me detuve en el camino a beber y que mis ojos se enamoraron de la fuente más pura, bordeada de helechos más finos, la que daba su canción más dulce, la que prometía más frescura a los labios frescos. Esta fuente era ajena, pero quería dar su cristal.

Cómo dejarla después de oír su clamor: ¡Bébeme! ¿Y después de haberla visto tan serena y tan honda? Los hombres que acusen y lapiden; Dios quizá perdone por las heridas que daban a la viajera la fiebre que la llevó a beber; por la plenitud de la fuente, que se hacía dolorosa, porque aquella fuente quería ser aliviada de su exceso de frescura, de linfa azul. Manuel, ¿me acusa usted? Yo no lo acusaré nunca. Abracémonos renegando del error fatal de la vida, pero amándonos mucho, porque este dolor de ser culpable solo puede ahogarse con mucho, con mucho amor.

1915

Mi distinguido amigo,

gracias por haber aceptado la comisión encomendada, de por sí odiosa, pues en estos asuntos, más vergüenza da al que reclama con justicia que al que hizo su bellaquería.

Verdad es que no le he cumplido lo prometido referente al envío de poesías. Será tan luego pueda copiar algo. Ya no irá *La maestra rural*, que usted vería en Sucesos muy bien ilustrada, el jueves.

Con ese agradecer que tengo yo, emocionado y profundo, leí en su anterior y leo en la última una pregunta sobre traslado mío a esa, y envuelto en la pregunta el deseo de ayudarme.

He aquí la cuestión:

Hay dos únicos puntos que me hacen desear, una estadía definitiva en Santiago, la Biblioteca Nacional, es decir, la facilidad para leer libros que necesito, y los teatros, algunos, es decir, la comunión más continua con otras formas de belleza: la música, el drama.

Dos grandes bienes, en verdad; pero vea usted el reverso, lo que jamás me daría Santiago.

Para vivir dichosamente, yo necesito cielo y árboles, mucho cielo y muchos árboles. ¡Solo los ricos tienen en ésa estas cosas!

Algo más que robaría Santiago: la paz; sería imposible aislarse del todo allí y... cómo envenena la vida la mala gente, léase literatos. Resérveme el juicio, pero justifíquelo. ¿Cómo se muerde y se hace toda clase de daños esa casta divina!

Por eso le decía que los tales J. F. (Juegos Florales) me eran la cosa más odiosa del mundo; me acercaron a luminosos cerebrales que tienen el corazón podrido y que no conocen la lealtad; me pusieron entre ellos y cada vez que entre ellos estoy, quisiera no haber sido nunca otra cosa que Lucila Godoy... Verdad es que, con videncia del peligro, los he rehuído lo posible personalmente, pero, de todos modos, me han dañado más de lo que me han deleitado con su conversación, o con sus cartas, o con sus comentarios. Porque, no sé si se lo he dicho a usted alguna vez, nada del mundo vale para mí lo que un buen hombre, un ser de corazón fresco y fragante que no chorree jugo verde de malevolencia. Si algo vale de mí, no es un mal verso o una mala prosa, es mi sinceridad casi desconcertante, mi lealtad para los míos, mi imposibilidad para herir a nadie cobardemente.

La vida ya fue para mí demasiado madrastra, y me dejó este miedo, casi terror, de las gentes. Este pueblo en que a nadie conozco, es propicio a mi resolución de aislarme con mis heridas y con mis desengaños; otro, Santiago, por ejemplo, tendría que cambiar mi rumbo.

Hay algo más: usted que no conoce por dentro, los círculos pedagógicos, ignora, sin duda, qué rara cosa es encontrar una jefe buena, clemente, tranquila, para trabajar. Particularmente en Santiago, las directoras de liceos se parecen a los literatos...

Hace 7 años que trabajo con una misma persona, más hermana que jefe. Ni quiere que la deje ni quiero yo, que le debo toda la paz de mi vida actual, dejarla.

En enero la Asociación de Educación Nacional me habló en el sentido de conseguirme un traslado, y yo le dije lo que a usted: solo con una directora de su casta iría yo a Santiago. Es una cosa muy rara y muy inapreciable una compañera de labor tan honorable y fraterna; se sirve a tal superior con honra y placer..

La directora del Liceo tiene por mí verdadera estimación, y fácil me hubiera sido pedirle algo; pero... tengo miedo de batallar con su carácter de alemana... Ya las conozco: trabajé con una en La Serena y me envejeció..

Si un buen día otras circunstancias me hacen desear irme, no olvidaré que es usted mi amigo y que puede ayudarme.

Pasemos a otra cosa. Leí su fino artículo en *Primerose* ¡Muy bien! ¿Y quién es la poetisa novia? ¿Y quién el novio?

Tengo un proyecto: cuando vaya a Santiago, llevarle personalmente algo suyo a Santiván, para Sucesos. Espero realizarlo.

Perdone esta carta tan larga. Es un mal hábito este de escribir cartas kilométricas. Usted, francés, gomezcarri-llesco, benaventiano, cómo abominará de esto pesado e inacabable...

Lo saludo afectuosamente.

L. Godoy.

Hermano Eduardo,

Tantos días por escribirle: pero las clases se llevan todo el tiempo y todas las fuerzas físicas y espirituales. Yo no me explico cómo hay en Santiago profesores —máquinas que hacen cuarenta horas de clase semanales y tan frescos... Yo, como buena gorda, soy perezosa y fácil de fatigarme y con tal amor de la comodidad que acabo de viajar por tres patios con un brasero para sentarme a escribirle. Es este un invierno horrible.

No tengo noción del tiempo; usted ha visto que nunca fecho las cartas. Anteayer me llega Chile Nuevo y vengo a comprender que a su tiempo ha aparecido y que me quedé sin mandar para este número, mis palabras sobre Vivir.

Me he entretenido comparando los juicios que sobre su drama he estado leyendo, y que son los de Díaz Arrieta, Silva Yoacham, el Licenciado Vidriera. Me ha llamado la atención la virulencia del segundo. Es, más que otra cosa, una explosión de odios. ¿Le ha hecho usted algo? El Licenciado, así escriba usted una Tierra Baja o una Magda, jamás dirá otra cosa que lo que ha dicho, porque solo un caballero perfecto dice que se ha equivocado y enmienda rumbos a la vista de todos.

Yo, Barrios (debo decírselo de nuevo), doy opiniones que deben parecer tan ingenuas como las de una montañesa. No sé si no he entendido lo que S. Y. decía. Llamo yo drama

literario aquel del tipo de los de Marquina o Villaespesa, en que el deseo de deslizar frases bellas está más claro que el deseo de conseguir la emoción por la acción que se desarrolla en la obra. ¿Podría ser literario su drama, en que se ha desdeñado claramente toda frase de efecto y en que habla Matilde una lengua de una divina simplicidad? Si su obra, como él piensa, ha sido escrita para ser leída y no representada, ¿no habría usted llevado a ella la donosura de la frase poética, que es tan suya cuando usted quiere? Dicen que la moralidad o la inmoralidad de una obra reside en lo siguiente: la impresión que deja, de complacencia por la acción viciosa o de tristeza por la recta. Yo no sé si los demás sacaron del final lo que yo. Ninguna alegría: no me dije al terminar: Gloria a la vida que ha triunfado con dos instintos más que van a saciarse. Me desgarró el subentendido precio de la dicha, esa dicha que ha de tener vergüenza a cada paso, que ha de cubrir el rostro en cada momento para no ser vista. Pero a muchos aquel final les ha parecido la glorificación del instinto.

Siempre he pensado yo en que el dramaturgo ha de presentar cuadros de vida, sin que asome por ninguna parte de su obra, la intención de dar su fallo moral sobre lo que presenta. Su papel no ha de ser el de decir “esto es laudable”; “esto es funesto”. Con la misma justicia con que unos han dicho que usted justifica y enaltece el adulterio, pidieron decir que condena eso mismo: el abandono de la muchacha a un amor absurdo, la blandura de aquel criterio moral de vieja que quiere vivir, y la complicidad del ambiente. Porque una cosa como otra queden al desnudo en la obra. Pero es que hay siempre por todas partes lectores que buscan sugerencias “en determinado sentido” y han de encontrarlas.

Escribí dos hojas más y cuando menos pensé caí en filosofías. Rompí, pues, todo eso, y sigo.

¿Que la acción suele ser floja? Y qué agitación extrema quieren que haya en el vivir de esta pobre gente, cuyo desvalimiento mismo aleja la tragedia que acaparan los adulterios de aristocracia y las existencias más «movidas». Si el turbión va por dentro y los sacudimientos, los desgarramientos, están bien a la vista del espectador, tan ávido de ellas; pero en las mejillas más hundidas de la vieja y en las ojeras más profundas de la muchacha. ¿Qué más? Para hacer «movidos» sus Ciegos, Maeterlinck, según eso, debía haber procurado que lucharan, se dieran de tiros o de bofetones.

Es que están acostumbrados a la ordinariez de procedimiento con que tantos autores dramáticos fuerzan la emoción, fácil, siempre con ellos, de las señoritas sentimentales.

Aquel solo desdén de las frases de efecto, aquella simplicidad que es la flor suma y costosa de un refinamiento artístico, debió decirles bien claro que artista tienen delante.

Hay cierta antipatía en la gente de aristocracia por los motivos artísticos que da la clase media. Les parece que solo las clases extremas tienen, por contraste, venero que explotar a este respecto, y es que los “caballeros” no conocen aquella clase media sino fugazmente y en su única faz ridícula de querer trepar. Todo lo heroico, lo honrado, lo hermoso que en ella existe, no lo han mirado jamás.

No se ría, hermano, de estas cosas dichas con tanta torpeza. Debía decirle algo sobre aquellos artículos mal intencionados y cándidos.

He de mandarle versos luego. Pero, si usted quiere que yo lo sienta, hermano mío, ha de olvidarse de que está juzgando versos de mujer, porque ustedes, los hombres, no pueden desentenderse de esto y cuando menos piensan están diciendo galanteos. Las viudas estamos al margen de estas cosas... (Las verdes no, dice usted?)

¿Es verdad que va usted a publicar luego una novela?

Respecto a mi libro: en ningún caso aceptaré nunca, y venga de donde venga, el ofrecimiento, un desembolso de dinero misericordioso por una cosa tan fácil de postergar y tan inútil como la publicación de un libro más de versos. No es cosa como para desesperar la tardanza: ojalá tarde el libro en salir tanto tiempo como se necesita para conocer lo vacío de muchas poesías que se salvan a veces por una frase feliz; pero que leídas por varios y muchas veces resultan pobres de solemnidad. Una rigurosa selección disminuirá el volumen, lógicamente, y, por lo tanto, puede esperarse mucho más, muchísimo más. A raíz de los J. F. de esa (aquellos famosos J. F. que se me han hecho tan odiosos), aquí se quiso hacer algo así: publicarme un volumen. No acepté, claro es. Hay muchas obras de beneficencia en que emplear dinero. ¡Gente que echa a los enfermos de su hospital, porque no tiene con qué sostenerlo, editando libros de versos! Parece cosa de zarzuela.

Comprendo que el caso de Díaz Arrieta es muy otro; sé que hay suma delicadeza y hermosura en su intención; pero que nunca me hable de esto; tendría que rechazar y habría de dolerme hacerlo, por el temor de herir a un perfecto caballero y admirado amigo.

Tengo mucho que conversarle. Será mañana.

Buenas noches,

Gabriela Mistral

Los Andes, 21916?

Amado Nervo:

Esta carta se ha escrito muchas veces mental y materialmente: en cada libro nuevo suyo que ha alcanzado a mis manos, en cada pena mía común con la suya, en cada tarde que surgiera violentamente la confianza emocionada. Y nunca ha ido, porque yo sé a los poetas grandes soberanamente aburridos de estas cartas sentimentales de sus lamentables discípulos, que suelen ser casi siempre su rubor..

Sin embargo, hoy me escribe Jocelyn Robles y me dice que en carta suya a él le ha manifestado usted agradecimiento por mis fervores para su verso. ¿Es ironía Amado Nervo? ¡Usted agradecido de mí es un colmo! ¿Qué habría entonces de mí para usted, a quien debo el alma posiblemente muchísimo más que al Señor? Porque esta alma mía de hoy es más cosa suya que de otro, así sea Cristo; porque le hallo a usted en cada día y en cada llanto mío.

Con sus versos en la boca, fui yo al amor; ellos me ayudaron a querer y cuando se fue el amor ellos me ayudaron a sollozar “de modo sosegado y acerbo”. Hoy, que soy maestra, ellos todavía influyen mis clases y me untan los labios de una dulzura con que no nací.

¡Qué extraño, Amado Nervo, que le escriba con un temblor incontenible en las manos, y para espantar un poco esta ternura dolorosa de mi conversación con usted busque este aparato antipático que es una máquina de escri-

bir y le envíe en filas correctas lo que habría ido en tipo irregular y sacudido!

Se le quiere a usted en Chile. No somos una raza de nervios sutiles: el más fino de los nuestros no consigue serlo de cabal manera; pero hay un buen haz de buenas almas (femeninas la mayoría) que lo sienten a usted con una intensidad que llega a la angustia. Los otros se admiran como mármoles luminosos y duros; usted se adentra, se adentra por el pecho y se queda en la sangre y se hace carne del corazón. Ninguno, así se llame Darío, el Maestro, Lugones o Valencia, llega al hondor en que su verso se queda, tatuado y vivo.

Tengo yo una frase que muchos me conocen: “Llegan muchos ‘notables’, pero yo no alcanzo, con mi pereza, a la estación del pueblo; pero esperen ustedes que venga un día Amado Nervo, y verán que entra conmigo a tierra chilena: a la cumbre, o más allá, llego a pesar de toda mi lasitud”. La frase hace reír, porque hay meses que no salgo ni a la puerta de mi casa.

Aprovecharé esta ocasión, que puede ser la única, de conversación con usted para pedirle una información.

Trabajando con un profesor en una nueva edición de sus libros de lectura para enseñanza secundaria, le he dado lo que (he) podido conseguir suyo apropiado para niños. Su “Gatita muerta” ha quedado en un tomo de curso preparatorio y su “¡Muerta!” para otro de humanidades. He leído en una revista de México que tiene usted un volumen de poesías escolares. ¿Está agotado? ¿Dónde podría obtenerse? Sería un tesoro para nuestro trabajo. Son unos libros que pretenden innovar en la rutina vergonzosa del viejo

texto escolar y los niños chilenos le agradecerían a usted la concesión de ese dato, que nos permitirá poner más material suyo. Del “Poema del agua” hemos aprovechado mucha parte. En 1917, fines, saldrán mis dos primeros libros, escolar uno, “profano” el otro. El primer ejemplar de los dos irá a usted. En tanto, y como si fuera poca heroicidad leerse esta carta inacabable, le mando unas cuantas poesías. Yo no podría decirle, sin hacer esta carta o pretenciosa o íntima, lo que ha sido usted en la vida de mi corazón más que en la vida del arte. No hay derecho a fatigar a un hombre que no es un hermano ni siquiera un amigo con confidencias y con interjecciones que podrían parecer ridículas. Pero, pienso: ¿es usted un extraño, Amado Nervo? Tanto he vivido con su poesía como almohada de mi corazón que me cuesta convenir en que no es usted mi amigo y en que esta carta no es para usted cosa diversa de la de un librero de provincia, por ejemplo. Perdone usted esta temeridad de epístola, Amado Nervo. Era un verdadero remordimiento el que sentía a veces de no haberle dicho su señorío sobre mi espíritu, un pobre, un insignificante señorío, pero que debía confesarse con la vehemencia y la inmensa ternura mía hacia usted. Humilde y cariñosamente,

Gabriela Mistral

Los Andes, 21916?

Mi distinguido amigo,

estamos de acuerdo: imposible leer el Quijote en el año 1916, con el deleite con que lo lee gente “arcaica”, a la que, posiblemente, le hable de cosas que son, todavía, su actualidad viva... Pero, aunque piensen como nosotros todos los que piensan, no lo dirán, se lo aseguro, porque se considere una especie de horrible sacrilegio tocar sin reverencia rayana en idiotéz ciertos huesos más santos que los de los santos. Y si quien lo dice en público es una maestra, habría antecedentes para destituirla...

Cosa perfectamente distinta me pasa con Shakespeare. Este es hombre para todos los siglos; este es el artista universal y de todos los tiempos. Oteló anda por ahí; yo lo conozco, y Hamlet... quién no lo ha visto en ciertas noches, en ciertas zonas del alma... Me parece inicua la pereza y el desdén con que se ha mirado su centenario en la América.

Me ha sugerido todos estos comentarios la lectura de su carta, pues el diario con el artículo que me anuncia no llega todavía.

¿Por qué no ha mandado algo a Carrera Chile Nuevo? Yo le he hablado a él de usted varias veces.

He celebrado la ocurrencia de don Enrique Molina. No sé qué pudiera hacerme cambiar de opinión, si lo conociera. En el físico, a pesar de ser mujer, me fijo poco, cuando se

trata de gente de la clase de Molina. Son otros, desprovistos de todo encanto espiritual, los que deben tener siquiera, hechizo en lo físico...

Ahora he hecho la semblanza de un maestro a quien quiero mucho: don Max Salas Marchant, director de la Normal J. A Núñez.

¿Qué piensa usted de los J. F. cervantinos? Me dice un amigo: «Siento lo que usted no se imagina que haya tenido un premio en Juegos Florales. Hoy son sport sentimental de comadres del barrio y de caballeros más o menos generosos, que se han propuesto proteger, no el arte, la industria, versil...

Me complace que mis cartas para el alma hermosa de Emilita Claro pasen por sus manos; me parece, de este modo, que cuando escribo a usted también, y vice versa.

He estado leyendo a Emerson en estos días. ¿Conoce usted sus obras? Le gustarían.

No he tenido otra noticia del certamen del *El Mercurio*. Indudablemente, tiene este torneo más valor y respetabilidad (permítame el vocablo) que aquel cervantino, cuyo jurado era un racimo de ingenios cultivadísimos en literatura moderna.

*Luz y Sombra* saldrá otra vez, y en Santiago. Araya me ha ofrecido ampliamente sus páginas y Carrera también. Significa esto que el ofrecimiento es igualmente para usted. No lo olvide.

Tendré oportunidad de darle mis impresiones sobre su artículo una vez que me llegue.

A ustedes saluda cariñosamente.

Gabr.

Los Andes, 1917

Hermano Eduardo,

Es injusto y justo usted al hablarme de mi silencio, es decir, al interpretarlo. Es cierto que en ese tiempo yo le he escrito a algunas personas; pero habría que averiguar a cuántas no he escrito, a cuántos que recuerdo todos los días, no solo hace un mes, sino hace muchos meses, cuatro o seis años.

Tampoco yo, hermano, creo que en nuestra imperfección espiritual de esta época, podamos prescindir todavía de la conversación escrita; pero me pasa algo muy curioso respecto de ciertas cartas. Hago mentalmente las respuestas; mas, son tan largas, tanto —un novelón de Pérez Escrich— que renuncio así a escribirlas íntegras como a escribirlas mutiladas.

Esto de las cartas mentales se me está haciendo un vicio. Me dejan la certidumbre de una comunicación verdadera y, lo que es más, perfecta.

Además, usted me habla de cosas tan hondas que es irreverencia contestarlas en números de páginas inferior a ciento... Por ejemplo, me habla ahora de la teosofía. Yo no sé condensar ideas. Va a tener que tolerar la extensión de mis opiniones.

Yo querría que la teosofía fuera, solamente, un hálito, una bocanada de espiritualidad intensa escurrida en el odre laso y lastimoso de la floja religiosidad de hoy; querría

que no constituyera una religión nueva, como lo constituye para varios teósofos. Y esto último, por la certidumbre que tengo de que una religión no se cambia jamás de completa manera, que es algo como querer renovar los huesos (aunque dicen los médicos que los renovamos también). He observado esto: el que cambia su religión, o no puede asimilarse con perfección otra y vuelve a la vieja, o se queda sin ninguna. Pero, a menos que se trate de un niño de siete años, es esfuerzo estéril borrar la tatuadura sagrada y eterna de un credo viejo. Los que creen haberla borrado se equivocan como las señoras que se hacen caer la piel manchada de paño con líquidos violentos y ven, en el mismo momento que cae, cómo la capa inferior tiene exactamente la misma mancha diseñada con una precisión desesperante...

Un cristiano no se vuelve “verdadero teósofo”. Lo he visto en mí misma. En los niños puede ensayarse; ahí sí resultará siempre que no se haga una mescolanza en la escuela y en el hogar, y el niño se halle con la teosofía en la teoría y el cristianismo en la práctica.

Para mí hai dos teosofías: la de la señora Blavatsky y la de la señora Besant, tan diferentes como el Antiguo y el Nuevo Testamento. Dije mal, más diferentes, mucho más. Aquella llevó a sus libros un odio tan furioso al catolicismo, que es casi una obsesión; la segunda es clemente como una parábola de Cristo. ¿De quién es la nueva religión? ¿Quién ha dado su médula? Las bases todas son de la rusa; la francesa no ha hecho otra cosa que comentar y suavizar la doctrina que la otra dejó en masas incultas y formidables hasta dar miedo.

La teosofía ha fracasado completamente conmigo como “pan de mi corazón”. Y ése es, indudablemente, el papel de

toda religión. Para sustentar el entendimiento hay tantos... Pero yo no digo que este mismo fracaso lo tenga con todos. Es mi “modo espiritual” el que no se amolda al “modo espiritual del teósofo verdadero”. Siendo la teosofía el budhismo elevado, solamente establece la anulación de la pasión como objeto del cultivo espiritual, y yo creí, y creo, y seguiré creyendo mucho tiempo, que cuanto de hermoso he logrado incrustar en las horas que estoy viviendo, es obra pura de la pasión: con pasión hago bien, cuando lo hago, nunca con tibieza e indiferencia; con pasión hago mis clases y mis versos. Suprimir la pasión en mí sería talar todo el espíritu, dejarme un harapo de alma.

Cada raza debe tener su tipo religioso. Esos hindúes, que en tantas cosas propenden, desde niños, al debilitamiento físico, se vuelven a lo largo de anchas generaciones el instrumento apacible de un culto suprahumano, más bien dicho, de un culto que está casi al margen de lo humano. ¿Después de cuántos años de diaria sangría pasional vendría yo a conseguir que desapareciera o que se diluyera este fermento intenso de mi corazón? No lo sé; cuando hice el ensayo, lo que obtuve fue un aplanamiento lamentable de mis facultades, que hasta en lo físico apareció en anemia...

A pesar de lo dicho, yo siento entre los grandes días de mi vida aquel en que conocí la teosofía, porque yo no habría podido entender a los mismos místicos cristianos, si no hubiera leído literatura teosófica: hasta a rezar me enseñó algún libro teosófico.

El problema religioso me ha atraído de un modo terrible, a veces.

Desde luego, yo he ensayado más modos de rezar que modos de hacer versos. Considero que el descreimiento actual va a traer una regresión a la barbarie. Miro con desesperación el ateísmo que se enseñorea de la educación masculina fiscal. No he de ayudar a los conservadores a corear en contra de la enseñanza oficial; pero sé que hay algo de justicia en sus iras; cuando se hace dudar a un niño, no se sabe qué delito se comete. Matarlo, mutilarlo sería mejor. Mutilación es. Estoy absolutamente convencida de que el hombre a-religioso es un hombre incompleto y que el vino del alma es una fe ardiente. Justifico plenamente un fanatismo, como alabo a los apasionados. Todo odio grande es el contrapeso de un grande amor, ¿cómo se quiere que no odien los que creen en algo? Me gusta la gente que entra con el alma tremolante como una lengua de fuego, en toda empresa, en un libro, en una investigación, en un verso. Pero me voy yendo lejos. Le digo que me entristece lo que se hace con los niños. Lo curioso es esto:

Quienes hacen obra demoledora contra la religión es una clase numerosa y detestable de maestros que usted debe conocer mucho. Un Salas Marchant (para mí el primer maestro de Chile), un Fernández Peña, un Guzmán Matu-rana, no se reirán de un episodio bíblico ante sus alumnos; lo harán sí, los sabihondos, los tonys de todas las ciencias, aquello horrible que es un hombre situado más acá del analfabetismo, fatales ignorantes que saben leer y hasta un poco de raíces latinas, pacotilla pedagógica y científica. Esos son los que siegan Padres Nuestros en las bocas de los niños para poner tonterías ampulosas, calcadas en los discursos de meetings. Merecerían que los padres los quemaran vivos... ¿Tanto, tanto, considero yo una fe, hermano Eduardo!

Ayer leí este pensamiento de Walt Whitman, que cristaliza el mío maravillosamente: “La ciencia es solamente una parte de mi morada; un departamento; no es mi morada entera”. Y yo tengo una doble antipatía a la ciencia: la de los místicos y la de los poetas...

Volvamos a la teosofía. ¿Ha hecho usted experimentos alguna vez?

No aludo a ridiculeces espiritistas, sino a otras cosas: ejercicios de pensamiento, para ejercitar la concentración, por ejemplo. Creo que allí está lo más alto de la teosofía, en esa educación de nuestras facultades medio salvajes aún. Este es el reinado de la maravilla misma. Lo que yo alcancé alguna vez, con ser poco, significa para mí el establecimiento de esta norma de conducta. Negar el milagro es, solamente, asegurar nuestra incapacidad para sacar de la naturaleza humana ciertos jugos sumos y sagrados. Debí decir “negar lo extraordinario”.

Quiero insistir en lo que el hombre a-religioso es incompleto. La embriaguez de ciertos éxtasis no los hallará un ateo en todos los vinos del mundo; los ojos de ninguna mujer de la Tierra se la dará; la visión gloriosa de ningún paisaje.

Otro de los defectos de la teosofía: pone en el individuo tal locura de perfección y tal ansiedad de ciencia espiritual, que entre diez, ocho teósofos caen en el vicio de apresurar su proceso espiritual por medios vedados, pero dados a conocer por la misma teosofía, y estos medios tienen que ser los que han hecho morir a tres teósofos que he tratado; de enfermedades de los nervios “desconocidas y terribles” según los médicos.

Ayer no más me escribe un amigo de Antofagasta. Cuando viví yo allá conocí a dos hermanos que eran la perfección misma, verdaderos santos laicos, de increíble vida privada. No sé de nada igual en perfección humana. Ahora uno ha muerto. El otro me cuenta su enfermedad, y aunque no establece claramente las causas no son otras que un enloquecimiento de su sistema nervioso. Un mozo que vivió como un justo ha muerto como un condenado: pasó un mes con delirios y entró en la muerte así, en ese ambiente de espanto.

Luego hay que deducir que es peligroso este aceleramiento de la evolución por medio de prácticas violentas y, como no hay teósofo que no las use, hay que reconocer que la religión cristiana ha anclado en fondo seguro y que es toda la perfección que cabe dentro de la humanidad actual.

Por ahí mencioné el espiritismo. No creo en él. A propósito: un joven que usted conoce y que lo ha invitado a sesiones de espiritismo, Eugenio Labarca, me contaba hace poco, que Shade había dado un juicio sobre la sombra inquieta, que lo había escrito con su letra inconfundible y que el medium no la conoció ni vio nunca nada de ella escrito. Ha puesto Labarca un interés afiebrado en que yo me vuelva entusiasta de sus sesiones. Como me parece cruel ridiculizar una creencia, cuando no se va a conseguir arrancarla, sino lastimar solamente a sus fieles, no le he dicho con toda mi rudeza lo que pienso de sus experimentos. Y ¡cómo voy a creer! Figúrese que en una carta le doy el nombre de un muerto para que lo evoquen. Creen que se trata de mi muerto y me lo hacen decir cosas estupendas... Y el tal muerto habló conmigo tres veces: era un tísico que solía venir a verme desde el sanatorio... Me contaba prodigios. Vaya usted cuando lo inviten y cuénteme lo que vea.

Y ahora vengo a ver que aquello de que usted habló, no lo he comentado: la reencarnación. Queda para otro día. Le he escrito casi tres páginas, que así apretadas de línea representan seis y no le he hablado sino de una cosa. He ahí mi peor pecado: no puedo ser breve. Ojalá que nunca lo sea. Al cabo en algo se ha de gastar la vida y si dijera todo lo que pienso en dos líneas ¿con qué llenaría esos momentos de exaltación que consumo en tales dilatados comentarios?

Nunca más interprete usted mal mis silencios, que están apretados de palabras, de recuerdos, de cordialidad diaria y efusiva. Afectuosamente

Gabr.

P.D.— Perdone usted. Solo al revisar esta carta caigo en su absurdo. ¡Hablar en toda una carta de religión!

Hasta mañana.

(sin datos)

Manuel amado,

todo el día he andado preocupada de ti, de la carta que te escribí anoche. Los gritos de la gente en la estación, a la llegada de los Cancilleres, no me espantaron esta preocupación. ¿Encontraste fría o seca esa carta? Dímelo. El temor de haberte disgustado me ha seguido todo el día. He tenido el ánimo “entristecido y amoroso”. Esta preocupación de haberte lastimado levemente, cómo dice de mi quererte hondamente. Yo no soy un buen corazón. Cuando he hecho un daño suelo decirme con un egoísmo brutal: “Más me han hecho otras gentes a mí.” Contigo no. Por ahorrarte una lágrima andaría un camino de rodillas.

De rodillas: esa es mi actitud de humildad para ti, y de amor. Y nunca yo he sido una humilde, aunque la gente crea eso de mí, por mi cara de monja pacífica. Mira, he tomado mi café (tiritaba de frío) y he cerrado los ojos para verte, y he exaltado mi amor hasta la embriaguez y hubiera querido prolongar el gozo muchas horas. Te adoro, Manuel. Todo mi vivir se concentra en este pensamiento y en este deseo: el beso que puedo darte y recibir de ti. ¿Y quizás —seguramente— ni pueda dártelo ni pueda recibirlo! Si me convenzo del todo, del todo, que tú no vas a dármelo, yo no iré a verte, Manuel. No quiero sufrir más.

En este momento siento tu cariño con una intensidad tan grande que me siento incapaz del sacrificio de tenerte a mi lado y no besarte. En este momento, Manuel, no quiero

ir a Santiago, no quiero obligarte a ser falso, besándome con repugnancia, ni quiero padecer eso que no he padecido: estar muriéndome de amor frente a un hombre que no puede acariciarme. ¡No quiero ir! Encargaré a Munizaga —como ya le he encargado— todo lo referente a mi libro, y no voy. ¿No tengo suficiente con lo que he padecido en mi vida? No, Manuel, no quiero ir. No me digas que vaya; déjame: este puede ser un augurio.

Alguna vez se ve claro en el futuro. —Mira: te represento aquí, frente a mí. Para esquivar la emoción no te miro, miro a un lado, pero te oigo y te veo, por virtud de esta horrible imaginación, que te hace tangible aun a la distancia. Tú, desilusionado, quieres matar el momento con una conversación banal. Yo comprendo y se me hielan las manos y el alma y me exprimen el corazón con fierros, como una pulpa inerte. Ahora, tú te has ido. Y yo me he quedado sola, pero de una soledad que no es mi soledad de antes. Me rebelo contra todo, hasta contra Dios. Ya en días pasados sentí esa rebelión. Pensaba: Este diario batallar con niños, este cotidiano sembrar amorosamente en almas de niños que no son mis hijos ¿no merece que esto que ha venido a mí se me haga dicha? ¿No ha de ser esto la moneda de diamante en que Dios me pague lo que vale una vida entera agotada en seres extraños? Y yo misma me contestaba: Fuieste a buscar amor por sendas que los hombres han vedado, y lo que para todos es alegría y hasta orgullo, para ti ha de ser siempre, siempre, amargor y pecado. Vuelvo atrás. Yo me he vuelto aquí, y la paz ya no será más conmigo, después de ese encuentro desgraciado. No, Manuel, no voy. Te ruego que no me llames. No voy. Es preferible que siga soñando con que tú me besas amorosamente. He estado loca cuando te he prometido ir y cuando he pensado que podía ser ésa la hora en que la dicha me hiciera

llorar entre tus brazos. Te amo mucho, mucho. Acuéstate sobre mi corazón. Nunca otro fue más tuyo ni deseó más hacerte dichoso.

Lucila

P. D. ¿Despedazas estas cartas?

Alone,

el personaje principal de mi vida y mis “arrebatos” es una chiquillita que me arregla la pieza y que me ha tenido sin escribirle todos estos días, porque extravió su tarjeta. Por fin hoy la encontró. Yo la había sentenciado a la pena capital... Nunca me mande usted cosas para ser devueltas... Para esto le he contado tales detalles.

Ya ni me acuerdo de lo que deseaba conversarle. Muy agradecida a usted por su copia de LA MONTAÑA. Conforme con casi todo: aquel error de los que se calientan en torno a una hoguera que aún no se enciende, quedó. En fin, supongamos en el lector la corriente indiferencia, u otra cosa peor, y consolémonos.

No comento su semblanza grafológica, porque tendría para muchas páginas. Pero, para decirle algo: Hoy no creo en la grafología; creí antes. En tres semblanzas me han dicho que el rasgo dominante en mí es... la voluntad. Y yo no conozco de esta matrona del espíritu más que el augusto nombre. Yo no tengo voluntad en absoluto; las nubes la tienen más, y más firme. No puedo tolerar aquello de que, por solo unas líneas finales, se escape usted de un juicio que, sin duda iba a ser como la voluntad mía.

Pero no le cuente usted a Ginés, a quien estimo profundamente en otro sentido, mi incredulidad en ella como Prof.

Tagore. El seudónimo la hace talvez errar: no hay un profesor que no diga mentiras...

Va resultando regocijada mi carta. Para completar su fisonomía festiva, le contaré algo que debí contarle hace tiempo.

Por la décima vez acabo de narrar a una amiga —casi amiga— un cuento que se relaciona con usted. Aludía ella a su nota al pie de mis sonetos de LA SOMBRA. Es, decía, demasiado clara. Y yo le agregaba: Es el mismo misterio del Cura de Tierra Amarilla (Atacama).

Este cura tenía un enemigo formidable en el pueblo: el boticario del frente. Contaba en público, en pleno sermón, las bellaquerías del vecino, y añadía luego: Nunca debe nombrarse persona; pero es un chiquitito que tiene botica en la esquina... En el pueblo no había otra botica...

Sin que se tome en serio lo de diosa, las otras referencias de la nota son tan VAGAS como las del boticario. ¿Verdad?

Y a propósito: esta misma niña me ha dado de usted una impresión que es la mejor que puede llegarme, la más alta, la más grata. Lo conoce a usted de vista y me dice: Tiene cara de sonámbulo.

Yo he definido muchas veces el estado perfecto del alma en la tierra así, como un sonambulismo. Y he deseado ardientemente ir así por el mundo, sin eco para ningún llamamiento extraño, sin tacto para lo que me roza y con todos mis sentidos vueltos hacia adentro, a lo que va haciendo caminar con esa agilidad única, a la vez segura y temerosa, del sonámbulo. Así, pues, me ha despertado el más vivo interés el juicio de mi vista.

Pero quiero explicarle el porqué del tono festivo de mi carta. El domingo hubo aquí inauguración de la UNIÓN CATÓLICA. El cura Fuenzalida habló calmada y bellamente; el diputado Urzúa, como Víctor Domingo, y vino después un número a cargo del notario de ésa, don Desiderio Lizana, primo de nuestro párroco. Obtuvo este caballero el primer premio en uno de los temas de aquel concurso de los españoles de Valparaíso. Se intitula el trabajo SANCHO EN EL CIELO y tiene por ahí una sabrosa pitanza a los modernistas. Alguien le dijo al notario-poeta que yo estaba; caballerosamente, omitió todo lo referente a la casta... Pero, pesaroso quizás, repartió a diestra y siniestra su folleto impreso, y hoy mis alumnas mujercitas de un curso especial han llegado, hasta con tres ejemplares cada una. Yo no soy burlesca; pero no había manera de comentar al señor Lizana en serio. Yo defiendo a cualquier muerto, a cualquiera, y al final tiene en una nota el señor Lizana una farsa; ¡sobre Rubén Darío! Empecé por ahí y acabé no sé dónde, ello es que alguna de mis niñas decía que me había descubierto, porque en verdad nunca he dicho más picardías... Me preguntaron ellas, entre otras cosas, por el concurso en que fue premiado y yo, recordando unos comentarios para Carrera, les decía: Un concurso para Peláez y Tapia y Desiderios... (1)

En verdad, es malo tener bondad en Los Andes; la llevan a una hasta a oír a los notarios jocosos.

Perdone esta carta tan loca.

Para concluir: usted me preguntaba en carta pasada o antepasada por el parecido de aquel apunte de Canut de Bon que hay en REPIQUES. Se parece tanto a mí como al mismo autor. Jamás, ni en mis furias con la que me pierde tarjetas

y libros, he tenido esos ojos. Pero en cuanto a retratos, se han hecho cosas peores conmigo. Mi mamá mandó hacer hace poco, a escondidas, una ampliación de aquel retrato mío que está en el LIBRO DE LOS JUEGOS FLORALES. El dibujante lo adornó, para satisfacer a su cliente; me puso carabanas y crespos... Escote le habría venido bien, sin duda, y moño alto... Mi mamá indignada: "Pero si mi hija no se hace estas cosas..."

Un dibujo del SUCESOS pasado es un encanto: el autor me enderezó mi nariz judía y la boca caída. El mismo me ha hecho otro apunte en colores, sumamente exacto: tiene patillas y ojos negrísimos.

Y no es, Alone, que como todas las solteronas yo me halle mal siempre en los retratos; es que no estoy peor sino distinta.

Usted me reconvenía en alguna carta porque no lo dejé conservar aquel monito de la revista de BUENOS AIRES. Pero si es que no era mío y, además que es muy feo que las solteronas regalemos retratos a los caballeros jóvenes...

Si un buen día dejo de ser solterona, es decir, si me hago monja o si me caso, cosa esta última muy próxima, sin duda, se lo enviaré. En entretanto, no tenga usted ese marracho ahí en un marco; le mandaré uno de DELMIRA AGUSTINI, para que ocupe dignamente un hueco de papel en las paredes de su pieza.

Le vuelvo a pedir que me perdone esta carta loca.

Hasta luego. Muy agradecida y con la cordialidad de siempre.

Gabriela Mistral.

(1) No me condene por esta burla sin conocer antecedentes sobre Peláez y los modernistas. No puede pretender piedad de parte nuestra...



D É C A D A

D E

1 9 2 0



Punta Arenas, Liceo de Niñas, 1 de Febrero de 1920

Muy respetado señor:

He recibido un telegrama de usted respecto a gestiones que hace para obtener mi traslado a La Serena. Lo contesté, dándole brevemente algunas razones que me harían ingrato este nombramiento. Le ruego perdone la extensión de ésta: hace mucho tiempo que deseo, a usted que es la persona a quien todo lo debo en mi carrera, contarle algo de mi vida, y de mis ideas, porque debe conocerse a quien se ayuda, y usted ha ido muy lejos en su generosidad prescindiendo de este conocimiento.

Mis estudios en la Normal de La Serena me los desbarató una intriga silenciosa con la que se buscó eliminarme por haberseme visto leyendo y haciendo leer algunas obras científicas que me facilitaba un estudioso de mi pueblo: Don Bernardo Ossandón, ex director del Instituto Comercial de Coquimbo. Ya escribía yo algo en el diario radical El Coquimbo y solía descubrir con excesiva sinceridad, mis ideas no antirreligiosas, sino religiosas en otro sentido que el corriente. Achaqué lo que me ocurría a muchas cosas, menos a la verdadera. Hace muy poco la ex directora de la escuela, hoy mi amiga, me contaba que el profesor de religión del establecimiento fue quien pidió se me eliminara como peligrosa. No salí expulsada; se me permitió rendir mis exámenes hasta finalizar mis estudios. Un amigo viendo que era imposible que pudiera estudiar con provecho sin profesor pidió a doña Ana Krusche, directora del liceo, me diera una inspección, con la condición de permitirme

la asistencia a algunas clases. Fui nombrada inspectora y secretaria. El profesor de la Normal, presbítero M. Muni-  
zaga, hacía también clases allí y tenía mucho ascendiente  
sobre la directora. Me hizo ella una observación dura res-  
pecto a mi ateísmo y a esta siguió otra sobre mis tenden-  
cias socialistas. Me acusaba de lo último por haber pro-  
curado yo la incorporación de niñas de la clase humilde,  
cuyo talento conocía y para las que el liceo estaba cerrado.  
Con esos cargos, buscó ella un discreto modo de eliminar-  
me: no me dio trabajo. Por delicadeza, renuncié.

La situación de mi casa había cambiado mucho, y yo tenía  
que sostener a mi madre. Una sola vacante había en ins-  
trucción primaria, y la acepté con este desprecio absoluto  
que todavía tengo por las jerarquías dentro de un servicio  
en que no hay, en verdad, sino categorías morales e inte-  
lectuales. Fui a una escuela rural, a una legua de Coquim-  
bo. Estuve allí dos años y vine a Santiago a dar mi examen  
final en la Normal N° 1 por cuanto la de La Serena no me  
daba garantía alguna de honradez.

El personal de aquel liceo, excepción hecha de los profe-  
sores y de la señorita Fidelia Valdés, se hizo solidario de la  
injusticia de su jefe. Conocí, en pequeño, toda la maldad de  
los fanáticos, pues se me aisló.

Tres manchas tengo hasta hoy para esa gente que no ha  
evolucionado, porque, para mi tierra, la Colonia no pasa  
todavía, mi democracia, mi independencia religiosa y mis  
servicios en una escuela rural.

En un telegrama particular se me dice que se piensa reorga-  
nizar el liceo. Si así fuera, creo que toda remoción de profe-  
sores que hiciera yo por justicia la achacarían a venganza.

Mi mamá vive allá. Pienso que puede haberse dirigido a usted con este pedido de traslado y que en eso tengan su origen sus gestiones. Ella es muy apegada a su tierra; yo le tengo un profundo resentimiento y no he querido ir a ella hace diez u once años.

Sin embargo, si el nombramiento se hace, cumpliré con mi deber, y allá, como aquí, procuraré ser digna de usted de su estimación y de su apoyo, en cada uno de mis actos.

A Eduardo Barrios había pedido me indagara la suerte que ha corrido aquel proyecto de jubilaciones. No me atrevería a pedir a usted, careciendo de un título, un traslado a otro pueblo, y quería aceptar un empleo en la Argentina. Él según veo habló a usted respecto de mi situación. Yo hasta hoy no tengo motivo de queja de Punta Arenas: el liceo ha duplicado su asistencia y la triplicaría este año, al tener un local. En el edificio he hecho todo lo que puede hacerse; pero ya es insuficiente. He vivido en paz con el personal y no tengo, para querer irme, otra razón que la necesidad de reunirme con mi mamá, que aquí no puede vivir, y un poco también, el cuidar el vigor de mi espíritu, muy deprimido por el clima.

Dos palabras más sobre lo de mi pueblo.

Yo no soy antirreligiosa, ni siquiera arreligiosa. Creo casi con el fervor de los místicos, pero creo en el cristianismo primitivo, no enturbiado por la teología, no grotesco por la liturgia y no materializado y empequeñecido por un culto que ha hecho de él un paganismo sin belleza. En suma soy cristiana, pero no soy católica.

El rector del liceo de esta ciudad, don C. Sangüesa, me ha preguntado por telegrama si me convendría permutar con la directora del liceo de Temuco. No sé si ha obrado a petición de ella u oficiosamente. Le contesté diciéndole que solo me convendría la permuta si mi sucesora se trajera a la profesora de castellano de su liceo y me dejara las clases vacantes. Sin esto, mi sueldo sería demasiado escaso.

No tengo para qué decirle lo que usted sentirá hasta en mis silencios: mi gratitud definitiva y profunda por sus servicios. No tendría tampoco, cómo expresársela dignamente.

Hace votos por su bienestar y le ruega saludar en su nombre a don Luis.

Lucila Godoy

¿1920?

Pedro Prado,

Acabo de leer el N° III de Los Diez: Lamento mucho, pero mucho, que hayan dado ustedes allí una poesía mía que, aunque no es muy vieja, es una de las que chocan más violentamente con mi criterio artístico de hoy y que yo no habría querido ver publicada, ni siquiera, en Ideales de Concepción... ¡Ahora en Los Diez! Es imperdonable. La bondad hace daño... Aunque no me gusta molestar con reclamos, creo que le debía esta declaración rotunda a usted.

Santelices dejó aquí, por olvido, dos libros suyos. Irán mañana, por correo. Un cuadernito con lecturas de Unamuno se ha extraviado; pero lo encargué hace días y espero remitírselo en poco más.

Excusas y saludos muy cordiales de

Gabriela Mistral

Santiago, agosto 1921

Mi respetado Rector y compañero:

He recibido su Revista El Maestro, y quiero y debo felicitarlo por ella, útil, sencilla y sana de la primera a la última página.

He de confesarle que tengo la antipatía de las publicaciones pedagógicas. Son generalmente una mezcla de estadística y de artículos de un tecnicismo árido y torpe; son revistas que parecen escritas ex profeso para no ser leídas por nadie, fuera de unos cuantos eruditos pacienzudos, por lo unilaterales y lo pedantes. Y muchas veces había pensado que tales publicaciones, llamadas pomposamente “de educación”, pero que no pueden educar a nadie, pues apenas son leídas, debieran ser semanarios amenos, donde halle algo aplicable a su vida todo hombre y toda mujer, donde el niño halle narraciones interesantes, el obrero, conocimientos científicos puestos a su alcance y halle el profesor lectura espiritual. La crisis de los maestros es crisis espiritual: preparación científica no suele faltarles, les faltan ideales, sensibilidad y evangelismo (perdone la palabra). La enseñanza técnica que recibieron primero y la cátedra después han ido haciendo de ellos, un recitador ordenado y paciente de textos y fórmulas, y el alma, o no la tuvo nunca o la ha perdido. Tal semanario haría más por la formación moral de un pueblo que la escuela muerta, fábrica de bachilleres; limpiaría las costumbres, crearía, con el amor a la lectura, una fuente delicada de placeres al hombre y la mujer pobre; haría más patria que discursos

del parlamento y, por último, obligaría a los escritores a ver claramente que tienen el deber de dar el sustento espiritual de su raza, que esa es su razón de que lleven el nombre y los honores de “intelectuales”.

Piense usted si no me habrá alegrado encontrar todo, y algo más todavía, en su revista. Ahora, el que sea gratuita, colma mis ideales.

Gracias sean dadas a usted, y muy calurosas, por este inmenso bien, que los mejicanos han de saber medir y apreciar. Una obscura maestra del extremo del continente se las da con toda la sinceridad de su alma.

Como es bueno mostrar el bien que se realiza solamente para que el milagro se multiplique, es preciso que ustedes la envíen a todas partes. Mandándola a los semanarios populares de América, enseñarían a muchos periodistas inescrupulosos a hacer una revista para el pueblo, sin literatura dañada o cursi, sin la mundanería que les da tanta fotografía banal e inútil que publican con pretexto de actualidades; sin ese carácter tan antipático de folletines ilustrados, explotadores de la crónica policial más repugnante. Le pido, que, a ser posible, la manden a nuestras escuelas secundarias y sobre todo a las normales.

No recuerdo bien si le hablé en mi anterior de su libro leído con verdadera delectación, delectación intelectual, por la claridad, el orden y la hondura del pensamiento; delectación artística por su forma hermosa. Es para mí inmenso asombro ver que es usted profesor universitario y que se ha librado de estas dos plagas de la literatura hecha por profesores: el recargo, por alarde de erudición, y la barbarie del estilo. Parece que ser profesor fuera tener la

obligación de un estilo pedregoso o enjuto y muerto. Se lee mucho a los franceses, pero no se aprende su magia de divulgadores amenos y claros de la ciencia. El enseñar con gracia que pedía Rodó no es cosa de la cual se haya penetrado el hombre de ciencia en América. Es heroico que un joven lea, sin obligación, para la prueba escolar, una obra de fondo. Teniendo excelentes historiadores, apenas se conocen sus obras, se leen solo entre los especialistas. No quieren acordarse de que Dios mismo no ha soplado su aliento en libros sin belleza, puesto que la Biblia es un océano de hermosura, y dejan solo a los poetas la lengua del sentimiento y la armonía, como si no fuera una especie de mandamiento tácito, para el que pretende ser leído, el encantar.

Ha hecho usted un esfuerzo muy honrado y enteramente nuevo en América, con explicar el budismo, y sobre todo, con darlo sin marañas de misterio como lo da la teosofía. Yo me he leído varias obras sobre este tema, sin que de toda esa lectura me haya quedado un concepto nítido, neto, y mi ansia de claridad es muy grande cuando leo libros de esta índole, porque la vaguedad está permitida únicamente a la poesía, si es que le está permitida...

Aquí, y a propósito de un elogioso comentario de Armando Donoso en El Mercurio, se publicaron dos protestas por el latigazo de usted a la Teosofía. No lo libró de ellas su juicio afectuoso y justo sobre Ana Besant. En verdad, la señora Blavatski es un caos, a veces portentoso, pero a veces horrible y desconcertante, de ciencia y de imaginación infernal; se parece a los cráteres; tal vez su lava hirviente y sombría sea vivificante; pero da miedo e inspira desconfianza. Es una especie de cordillera llena de abismos, su alma y su cerebro. La señora Besant, por el contrario, tiene

la dulzura de las colinas; no siente el odio del cristianismo, y la luz del Evangelio la conserva.

En nuestra época materialista, es valor escribir un libro en el cual se comenta con respeto, sin chanzas necias y groseras, la gran religión oriental; se teme caer en el ridículo, aunque los sabios tienen solamente otra forma de ridículo en ejercicio; la de una limitación de alumno de kindergarten y la de una manía del laboratorio, llevada a todo; creo que hasta al amor de la madre, porque nada han respetado y a nada que no sean sus aparatos de experimentación se han acercado con intención amorosa y respetuosa de comprender.

Es lástima grande que su libro, como la mayoría de las obras valiosas de la literatura mejicana, no llegue a las librerías. Hay aquí una librería de un profesor, muy prestigiosa, la Editorial Minerva, y podría remitir con confianza volúmenes allí.

Le agradezco infinitamente estos dos envíos y lo saludo con respeto y cordialidad.

Gabriela Mistral

Santiago, 1922

Prado, una petición al irme. Que si es posible, mande usted a Luisa Luisi —que quiere hacer un estudio sobre su obra— los libros suyos que tenga a mano. Dirección: Consejo Nacional de Educación. Montevideo.

Sentí no conversar con usted más extensamente. Perdóneme si fui muy vehemente en la disputa de ese día. A las mujeres, lo que nos falta de solidez, nos sobra de espuma crujidora...

A usted y a los suyos en un abrazo grande.

Gabriela.

(No me olvide).

—Le pido despedirme con mucho afecto de la Srta. Fanny.

México, 3 de octubre de 1922

Honorable Senador y Amigo:

Le envío un saludo respetuoso y cordial desde esta tierra mexicana, y quiero conversarle de un asunto que me interesa, a pesar de ser político. Usted sabe qué mujer ajena al mundo de ustedes he sido yo en mi país. Pero se sale de él y cambian los puntos de vista de muchas cosas, y pasan a interesar cosas que no interesaron allí, y desea comunicar lo que se ve y se oye y que interesa a Chile, a los hombres representativos suyos, para que lo conozcan, lo consideren y decidan.

Todos los diarios de México publican la noticia de que al próximo Congreso Panamericano que se celebrará en Santiago de Chile no será invitado México, porque nuestro país está moralmente, dicen algunos, económicamente dicen otros, dominado por Estados Unidos. Esta noticia choca con otra, la de que don Agustín Edwards ha declarado que la Liga de las Naciones y él, muy especialmente, como latinoamericano, verían con agrado sumo el ingreso de México en la Liga.

Tendría que escribirle muy largamente para revelar a usted, señor, en toda su magnitud, la injusticia que significaría este acto de esa Cancillería nuestra hacia México. Se trata de un país donde se respira la unión latinoamericana, de una nación donde se ha declarado constitucionalmente que ningún hispanoamericano será considerado extranjero para los efectos de puestos públicos y de iniciativas di-

versas; de un país donde no se limitan a colmar de elogios líricos y de torpes adulos a los viajeros representativos de la América del Sur, sino que se hacen cargo de su vida, le allanan todo en sentido económico y le rodean de cuantas consideraciones es dable dar. Ese es el caso reciente de Soro, los gastos de cuyos conciertos, orquestas enormes, teatro, etc., corrieron de cuenta de la Secretaría de Educación, y es el mío. Yo no sé cómo expresar mi agradecimiento hacia un país que me ha cogido como una criatura de su raza y en ningún momento me ha hecho sentir la nostalgia de los míos.

Ahora tenemos su Canciller aristócrata. Más hubiese esperado yo de Barros Jarpa. Temo que sienta hacia el gran México democrático recelo. Por otra parte, el Ministro de México en Santiago es hombre un poco vividor, dejado. El anterior, González Martínez, no habría permitido nunca para su país este desaire inmenso. Así, pues, es necesario que no caiga sobre Chile esta vergüenza, y que no la dé la patria a los que estamos aquí y que nos enrojeceríamos de ella.

Manuel Ugarte, en su reciente y admirable libro sobre Estados Unidos y los pueblos hispanoamericanos, dice que el único país de Sudamérica que, fuera de la Argentina, no tiene encima la bota yankee, el único totalmente digno es Chile. Yo he leído ese elogio con profunda complacencia. La exclusión de México de este Congreso significaría la declaración de la servidumbre norteamericana.

Lo que yo quiero pedirle es que, en el caso que la injusticia se consume, haya siquiera una voz que proteste en la Cámara de esto, pero que se haga después de haber tentado en vano la invitación a México.

Yo no entiendo de esos senderos tortuosos, que las diplomacias, esa cosa repulsiva en nuestras democracias, que deberían ser abiertas y de acción transparente ante los pueblos, pero lo que sé es que hay actos que no se puede lavar un pueblo con ninguna excusa diplomática, y el acto a que aludo es de estos.

En Chile se cree que este México es una caricatura de la civilización, una especie de ensalada de revoluciones y de minas de petróleo. México es con la Argentina el pueblo más culto de nuestra América, de una riqueza estupenda, con una raza muy bien dotada y fatalizado por esta proximidad a los yankees, que viven sembrando la reyerta y manteniendo la inquietud en el país; comprendo a la mala gente que hay en todas partes, desprestigiando a los Gobiernos, en el propio país, con su prensa pagada, y en el extranjero.

En poco más podrá usted conocer en Santiago a un hombre del México moderno, el Ministro Vasconcelos. Su solo trato revelará totalmente a la raza.

Perdone esta carta dilatadísima, y tenga todavía paciencia para leerse la copia adjunta de un editorial de periódico mexicano.

Quiera usted oír a su compatriota que nunca ha mentado, y que haga cuanto sea posible, todo lo que sea posible, porque no se verifique una indignidad.

Acepten usted y señora mi mejor recuerdo.

Gabriela Mistral

México, 31 de diciembre de 1922

Hermanito, el muy recordado:

Tardo ocho días en contestar su admirable, su cariñosa y leal cartita sobre los mexicanos, y esto es por las cosas serias, maduras, que tengo que decirle.

Gracias mil veces, gracias con la palabra, la mirada, el corazón, por cuanto hizo usted por Vasconcelos. Tristeza de mi raza; hermanito; es la de dura cerviz de que habla la Biblia. He leído en el Ministerio de Relaciones el conjunto —casi, un libro— de recortes sobre la gira de Vasconcelos. Es un coro de alabanzas. Nos tocó a nosotros injuriar a este hombre bueno, por excelencia eso: un hombre bueno. Le hablaría un día sobre el particular; pero está de más: usted comprende todo.

No está herido, no. La prensa que aquí le es adversa —dos de ocho periódicos de la capital— ha explotado, usted comprende, toda esa maldad para echársela encima. A grandes títulos también los periódicos del Gobierno decían: “la actitud de Chile hacia los mensajeros de México”.

Penoso, afrentoso, hermanito.

Tengo, compañero mío, un conflicto grande de conciencia. Me duele no tenerlo a usted cerca. Porque usted decidiría. Vamos a esto. Tenga paciencia.

Hace meses, cuando fue Ministro de Instrucción Sánchez G. de la H., —el amigo oficial de Amanda Labarca—, yo recibí un llamado para ir al Ministerio. Él fue quien echó a esa honorable mujer que dirigía el Liceo 5, imponiéndole su traslado a Valparaíso, para colocar en su lugar a aquélla. Se hizo la injusticia y de nada valió la protesta digna de la señorita Duhek. Me llamó a mí para hacer algo parecido. Me dijo que me fuera a Valparaíso, que había un conflicto en el Liceo y que yo prestaría un servicio solucionándolo. Le contesté que no me gustaba Valparaíso, pero que dispusiera de mi puesto si yo no le merecía confianza. Me trató con dureza y frialdad. Salí y pregunté a Torreblanca de qué se trataba. Este no quiso explicarme y yo vi clara una intriga detrás. Creo que existió y que fue de la Amanda.

Callé, pero vi claro que mi situación en Santiago era vidriosa. Usted sabe cómo llegó al Liceo 6. Me prometí al entrar a la casa no durar sino el tiempo necesario para probar a mis enemigos que podía organizar un liceo, así como había reorganizado dos. Viví un año recibiendo anónimos de insultos y oyendo de tarde en tarde voces escapadas de la campaña.

Me traje en el corazón estas cosas. No sé olvidar. Y ahora viene a añadirse otra.

(Arturo) Alessandri dijo a Vasconcelos, veladamente, que yo no era la representante efectiva y alta de la enseñanza femenina en Chile que los de fuera creían, que él le presentaría a la efectiva, que era la señora Labarca.

Diría el juicio con perfecta calma, si no se tratara de palabras dichas por el Presidente al Ministro extranjero que me había traído y del cual depende toda mi situación en

la tierra extraña. Pero se trata, en verdad, de una desautorización no formal, hipócrita y malévola. Se trata de un reproche fino hecho a Vasconcelos, que no ha sabido elegir. Yo me traje la fe en este hombre. Al despedirme de él me colmó de elogios y llegó a decirme que a mi vuelta me pediría opiniones sobre la reforma de la enseñanza femenina, antes de efectuarla. Me dijo que contara con él para todo. Y he contado; y he pensado con zozobra en la suerte de mi colegio, y me he serenado recordando al Presidente. Porque los liceos de Santiago tienen tras ellos un partido que los apoye, excepto dos: el de Ida Corbat y el mío. El saber que no tengo al Presidente y que este hombre es falso me ha creado un conflicto moral serio.

Tenga paciencia y óigame todo, porque es preciso, hermanito. Gano ochocientos pesos; tengo dieciocho años de servicios. Si me dejan jubilar, sacaré trescientos y tantos pesos, la mesada de mi madre. Mi vida yo me la hago en la Argentina así: con trescientos nacionales en Atlántida, oferta de Vigil desde hace cuatro años, y con una cátedra de historia de doscientos nacionales, que me ha sido ofrecida igualmente. Reste usted la mitad al cálculo optimista: tiene de todos modos ochocientos pesos chilenos ganados así; dos horas semanales de clase y trabajo en la casa, trabajo literario enteramente libre y con contrato de tres o cinco años, con esa empresa que tiene cinco revistas y capital fuerte.

Me quedo en Chile: no tengo para vivir; hay meses que no tengo para ropa. Eso es toda la verdad.

Estoy en el Liceo de ocho de la mañana a seis de la tarde. No hay tiempo para leer sino los domingos; vivo al son de campanilla. Estoy cansada de la administración, no de las

clases y, sobre todo, estoy asqueada de mi gremio en Chile. Usted sabe que la Sociedad Nacional de Profesores celebró sesión para censurar mi nombramiento del Liceo 6, que un pariente mío barajó el golpe, pero que la nota se mandó, conteniendo la censura velada. Es vivir en pura zozobra, con el alma quebrada y amarga.

Quiero, sin embargo, mi colegio. Por mi gente, tan leal, tan cariñosa. ¿Debo sacrificarme por ellas? El alma, herida, duda.

México no es cosa para quedarse por la vida. Es una tembladera política. Prefiero la Argentina. Iría allá después de un año de México, o de año y medio.

En EE.UU. también puedo vivir. Tengo una invitación del Instituto de las Españas a dar unas cuantas conferencias allí y otra, y otra, y otra, de revistas con contrato para escribir.

Alúmbreme; usted sabe que bajo mi fuerza no hay sino un niño que duda y duda, un pobre niño desvalido y lleno de temor de la vida.

¿Sería posible conseguir que me jubilen sin estar imposibilitada? En ningún caso puedo yo tirar mis 18 años de servicios. Esta jubilación sin imposibilidad física tendría que aprobarla el Congreso. Necesito, hermanito, que usted vaya en mi nombre a hablar con (Pedro) Aguirre mi asunto.

Cállele usted todo lo referente a doña A. L. H., su íntima amiga; todo; que no se abanique esta señora con su dominio y con el poder de sus insidias. Pero dígame que jamás mi gremio profesoral me perdonará mi falta de título y que viviré allí molestándolo para que me sostenga, para que

me imponga. Mientras viví en provincias me perdonaron la dirección del Liceo; en Santiago, no. Él sabe que hasta me han hecho su amante, para justificar mi nombramiento. Ignora otras cosas iguales o peores.

Soy, hermanito, mujer de una susceptibilidad extremada, que reconozco. Estas cosas me restaron en Chile, el año pasado, no digamos energía, voluntad de vivir. Callé; solo las de mi grupo supieron lo que padecía, ellas, que tuvieron que revisar mis cartas, para destruir los anónimos antes de que los leyera.

Misericordias de todas partes, dirá usted. Sí. Y soportables cuando hay grandes cosas que compensen de eso.

Yo he pensado lo que sería de mi madre si yo me muriera. No he podido ahorrar un solo peso en mi vida de maestra. Todo lo que tengo es una casita de obrero, en un barrio obrero, pagadera en veinte años, de los cuales llevo pagado uno... Vivo al día. ¿Qué hace mi madre si yo muero? Antes de venirme tomé un seguro de vida, con el dinero de México. Se me dirá que las demás directoras viven muy bien. Sí: hay que averiguar cómo. Tienen medio-pupilaje que les significan una ganancia de hotel próspero, y tienen maridos y negocios. Yo no tengo ninguna de estas cosas.

Resumen de la situación material: al jubilar, pierdo yo medio sueldo: cuatrocientos pesos, cien mexicanos que puedo ganar en cualquier país de América, con tiempo libre para leer y escribir.

Estuve un mes en Chapala; escribí treinta motivos franciscanos, que luego serán un librito (lo ilustrará Montenegro). Con mis conferencias en Esc. hay material para otro.

Puedo escribir; no me obliga el Min. hacer solamente las cosas de los niños; no me impone nada.

No crea usted que yo imagino hacerme rica. Sé que mi situación privilegiada de hoy no puede mantenerse; pero sé que en cualquier empleo que tenga fuera de Chile gano lo que allí con un décimo del trabajo que allá hago. Pienso esto: si puedo quedar un año más en México, ahorro lo necesario para vivir sin trabajo obligado un año. En ese año enteramente libre significa paz para escribir.

Ahora, otra cosa. Me parece, desde el primer día, una situación excepcional, gravosa, molesta por lo mismo, la que tengo y he llegado a una transacción con Vasconcelos. Por el mismo sueldo, tendré la organización de las escuelas indígenas en el estado de Oaxaca. Presidí el Congreso de maestros misioneros (maestros de indios) y me cogió el corazón la obra, todo el corazón. Me resucitó el espíritu apostólico; me mudó el alma vulgar en que me iba ennegando. Caso me ofreció en una fiesta que enseñara en la Universidad: Ni allí ni en enseñanza secundaria: con ninguna dirección de pedagogos. No creo en la gran farsa pedagógica de todas partes, el mercantilismo disfrazado de ciencia y de retórica embustera.

Vamos a los hechos. Si Aguirre estima imposible que me jubilen, que me consiga, al menos, se postergue mi comisión por dos años, uno para México, otro distribuido entre EE.UU. y otros países. Que no me fijen lugar de residencia. Por tres años se ha dado comisión a Melina, por dos a doña A.L.H. y a otros. Que se olviden de mi falta de título y no me la nieguen.

Mi reemplazante se ha portado muy bien. Espero que la dejen en el puesto. Le han ofrecido la dirección del Liceo de Temuco, para solucionar un conflicto y llevar el Liceo 6 a una infeliz mujer que ha hecho batahola en tres liceos. Si la señorita Zúñiga no quiere seguir reemplazándome, que manden a otra, pero que miren por la paz del colegio, que es su mejor virtud. Desearía mi comisión larga, tan larga, que no necesitara yo a mi vuelta ir a dar la mano a mi presidente desleal.

A mí me mantienen el sueldo de directora, no de profesora. Son como quinientos pesos. Si no quieren mantenerme el sueldo, que dispongan de él, yo atenderé como pueda a mi mamá desde aquí.

Una cosa más y que urge, hermanito: que la comisión de la Laura se prolongue con la mía. A ella la reemplaza “sin mayor sueldo” una inspectora, y Laura recibe el sueldo. No tengo la certidumbre plena de si la comisión de Laura se fijó por decreto en seis meses. No conseguí ver el decreto. Encárguemele esto al Apolo maximalista; dígame que tenga paciencia conmigo y que recuerde nuestro parentesco...

Temo que con el lío de Vasconcelos, si llega al Ministerio un reaccionario, me suspendan la comisión y me obliguen a volver inmediatamente. No podría. Mi Libro de lectura no se termina y debo atender impresión y todo lo demás. El trabajo que hago en mi escuela va en los comienzos. Me obligan a renunciar si me llaman inmediatamente.

Insidioso el artículo de Zig-Zag sobre Vasconcelos, especialmente en la parte que a mí se refiere. Quieren sembrar la desconfianza respecto de mí.

No sé qué decirle a mi gente del Liceo. Creen que me quedo definitivamente. No es verdad. Es imposible, porque no es honrado, irme, dejar una cosa positiva para México; han gastado demasiado en mí.

Vaya usted al Liceo y procure la dirección de la señorita Zúñiga, hermanito, y léale esta carta, recomendándole estricta reserva respecto a lo del Presidente. Dígamele que si yo pensara en quedarme en México las llamaría. Tengo cuarenta designaciones que puedo hacer de maestras para mi estado de Oaxaca. Sería bien fácil traerlas. Solo me quedaría y las traería si el Ministro les impone a una persona indigna como reemplazante mía.

Egoísta esta carta hermanito. Llena de mí. Pero es que no tengo sino a usted y a Aguirre para hablar de mi vida y para que me la resuelvan.

Algo más: si hay cosa urgente que comunicarme, envíela a Celmira un radio, que ella pondrá, con su consejo y con la resolución de Aguirre.

Viví días desesperados con las noticias del terremoto, por mi pobre mamá. Ya estoy tranquila, aunque no tengo carta detallada de ella todavía. Sé que no había pagos y que ella tuvo que pedir dinero a la Argentina para pagar aquello.

Me dicen en carta reciente: —Si no se viene muy pronto, hallará usted aquí todo maleado, pues cuanto habló Vasconcelos, cuanto disparate dijo, ha hecho volver los ojos a usted con desconfianza.

¡Bendita gente mía, tan necia y tan mala!

Nada me impone este hombre, nada. Pienso con él en casi todas las cosas de enseñanza y en algunas de las cuestiones sociales. No; ¿para qué disfrazan de esta manera hipócrita el hambre que tienen de mi puesto para alguna otra Belén de Zárraga, los masones, y para alguna beata los conservadores?

Vi la edición española del Niño (El niño que enloqueció de amor). Linda. En qué compañía anda usted, hermanito, en esa colección. Estoy orgullosa. Ayer me vine de Monterey, frontera de EE.UU., con Montenegro; conversamos de usted tanto y tanto. Lo quiere y lo admira.

No hay cosa tan definitiva, tan honradamente lograda como su triunfo.

Me imagino las “caras verdes” de la Universidad. Y a propósito: el pobre M. llamando imbécil y asustándose de la democracia de Vasconcelos. El pobre M., puro pueblo, ¿pero tan olvidado del pueblo!

Escribiré luego a De la Vega: grande y tierna su poesía para mí, y su libro admirabilísimo de hondura. A este muchacho le ha hecho mucho bien usted, hermanito; se ve que vive una vida espiritual limpia y alta.

Hay que publicar en Europa El hermano asno, hermanito, y pronto.

No sabe usted qué impresión desoladora he recibido con lo que hicieron nuestros “intelectuales” a Vasconcelos. Lo de Prado me desconcierta, lo de Alone no me sorprende, pero me da una infinita tristeza. Piense usted bien, hermanito; ¿no llegará para mí una hora parecida si vuelvo a Chile?

Soy una pobre mujer sola y tengo odios políticos encima; no hay sino fuerzas aisladas en mi favor. Veo desnuda eso que llaman la conciencia nacional, y da repugnancia.

Felicíteme a la señora Adela por las traducciones del K. Gibran y dígamele que siga escribiendo, aunque sea para su propio corazón.

Creo, hermanito, que usted no debe cargar con aquel déficit del banquete de Vasconcelos. Déjeme perder un poco con usted; dígame que consiente. No es justo. Con sus obligaciones, con lo de su madre, ¡con todo!

Perdone el desorden de esta carta.

Resumo: tenga una conversación larga con Aguirre y consiga de él uno de estos caminos: la prórroga de mi comisión por dos años o mi jubilación con dieciocho cuarentavos. No pido nada extraordinario. Lo de la Laura arréglemelo usted.

Y perdone mi tono; no le ruego, le digo lo que necesito. Sienta lo que soy para usted lo que usted para mí.

Todas —las tres— lo abrazamos; pero el abrazo mío va a cubrir a los suyos, a mi manzanita de Temuco —la sobrina— a esa su compañera de ojos tan tiernos, anegados en su cariño; a la señora Adela, a quien me pesa no haber tratado mucho; al Apolo-Lenine, y a ese buen abuelo que desea para mí marido y no se acuerda de mis 34 años.

Su herm. Gabr.

Dirección nueva: San Ángel, D.F., México (Certifique las cartas).

I.— Ni remotamente pretendo, hermanito, que se me considere a mí una eminencia pedagógica. No puedo aspirar a lo que desprecio. Desdeño totalmente la pedagogía como retórica de la mentira. Lo que llaman así es lo que hicieron Pestalozzi, Froebel y todos los santos, sin intención de oficio mercantilizado. No me allega nada semejante eminencia, y no me tienta. Pero que se quiera negar que yo he sido una buena maestra de mi patria es innoble, porque es negarme la vida. Si la literatura hubiese sido para mí lo primero, otra cosa sería de mi producción y de mí misma. Habría dado al colegio las sobras de mi tiempo y habría derramado los años en escribir. Por otra parte, tal vez me haya equivocado. Es la verdad que de mí no se ve, no se quiere ver sino lo que he escrito, porque lo otro, dentro de las palabras del colegio, se vivió y se ha muerto, sin campanileo ni tamboril (...).

Gabr.

San Ángel, México, 1 de enero de 1923

Señor don Pedro Aguirre Cerda,  
Santiago de Chile.

Mi respetado y querido amigo:

Le escribo por dos cosas: para mandarle por paquete postal mi libro, el que he dedicado a usted y a su compañera, y para pedirle no sé si el último servicio, pero de todas maneras el centésimo.

La comisión que me dio el Gobierno, autorizando mi viaje, es *indefinida*, pero yo dije en el Ministerio que volvería en marzo o abril. No puedo volver en esa fecha.

Por gratitud hacia este Gobierno, me he salido un poco del marco de trabajo que me había impuesto: escribir versos y prosa escolar para los cantos de las escuelas mexicanas y para un Libro de Lectura de la escuela que lleva mi nombre. Voy a hacer algo más: a ayudar al Ministro Vasconcelos en la organización de las escuelas de indígenas, a raíz de un congreso de los maestros misioneros que me tocó presidir y cuya labor me interesó profundamente. Aparte de eso, debo responder a una invitación muy honrosa y tierna que me han hecho las maestras de Costa Rica para visitar el país por cuenta del Gobierno y de ellos. Tengo, además, el compromiso de ir a Nueva York a dar algunas conferencias sobre Chile y México a los maestros de español que han publicado mi libro, en el Instituto Real de las Españas. Calculo para toda esta labor dos años.

A otros profesores, entre ellos a don Enrique Molina, se le han dado comisiones más largas. Yo no he solicitado de mi Gobierno viajes ni cosas extraordinarias, *y por esto tengo ánimo de pedir ahora.*

Se ha dicho que yo no vuelvo a Chile. No es efectivo, señor. Yo comprendo que tengo el deber de servir a Chile; pero tengo la certidumbre de que le sirvo tanto o más fuera que dentro del país. No hay una nación sudamericana que haga menos por su propaganda en el exterior. No le importa, o cree que esta propaganda solo pueden hacerla los Ministros plenipotenciarios y los cónsules, que hacen vida fácil y no divulgan jamás las cosas del país. Yo creo que puedo hacer lo que ellos no han hecho, por los dos medios únicos de propaganda efectiva: las escuelas y la prensa. Así, pues, *mi conciencia me dice que yo no faltó a Chile con permanecer lejos algunos años.*

Mantengo yo mi sueldo de directora —no el de profesora. Destino lo que recibo a la mesada de mi madre. En estas mismas condiciones se ha mantenido en el extranjero a muchas personas. Pero si, por aquella falta mía de título con la que se me niega o se me han querido negar la sal y el agua, se considera que debe suspenderse esa asignación, acepto perderla.

Si no se acepta mi ausencia de dos años, yo me veré en la obligación de renunciar. Debo demasiado a México para irme sin dejarle un trabajo digno de su generosidad para mí.

Si se me niega la prórroga de la comisión, yo le ruego, señor Aguirre, que vea usted modo de que me jubilen con dieciocho cuarentavos de mi sueldo, a fin de que no pierda yo mis dieciocho años de servicios. Como no jubilaría por

imposibilidad física, talvez este asunto es difícil, porque corresponde al Congreso conocer de él.

Se ha murmurado de mí en el sentido de que, por conveniencias de dinero, yo me alquilo a un gobierno bolchevique. Si de “lograr, de medrar”, se tratara, habría aceptado el ofrecimiento del Presidente Obregón de ir a Europa por cuenta de su gobierno a hacer propaganda mexicana, en condiciones espléndidas de sueldo. Me ha parecido feo aceptar este regalo de un país que nada me debe, y en carta reciente digo a este mandatario que procuraré, antes de aceptar esto, hacer alguna labor efectiva y durable, que me haga merecer la gracia.

En cuanto al bolcheviquismo del país, se trata sencillamente de una maldad. El gobierno es de un tipo parecido al socialista francés, en algunos estados solamente.

México no es una nación tranquila. Yo no me quedaría aquí si mi Gobierno me dejara fuera; iré a la Argentina o a otra parte; pero serviría a México todo el tiempo que estuviese en paz, porque se trata de una nación que quiero y estimo y a la cual debo mucho en la formación de mi cultura artística. Por otra parte, no solo ahora que trabajo con Vasconcelos soy hispano-americanista; lo soy desde hace años y no siento extraño ningún país de mi lengua.

Respecto a la situación de mi colegio, se debería dejar a la reemplazante que quedó en mi lugar, persona llena de méritos morales, justiciera, ecuánime, sensata y sumamente laboriosa. Se la ha querido ascender a Directora del Liceo de Traiguén y llevar a la Inspección General del 6 a aquella célebre señorita Aránguiz que lleva tres o cuatro liceos recorridos azarosamente... Me arruinan el Liceo 6,

que trabaja en completa paz. También se ha propuesto una permuta a la señorita Carmela Orellana, profesora de matemáticas, quien no aceptó por no conocer mi voluntad. Yo no puedo sacrificarla a mis intereses; le digo en carta de hoy que si aún se mantiene esa situación, acepte la permuta, aunque comprendo que la señorita Aránguiz llegará al 6, no a ser una tranquila profesora de matemáticas, sino a socavar el terreno a la Directora suplente. Me resigno, sin embargo, porque sé que toda la vida se hará política con los Liceos de Niñas y recuerdo que yo no tengo influencias de esta índole que oponer...

Si se coloca en mi ausencia en el liceo como jefa a una persona extraña y dañina, comprenderá que se me señala un camino: el de no regresar...

Entrego a usted mi situación futura, por completo, señor Aguirre. He pedido a mi amigo Eduardo Barrios converse con usted sobre mi caso, le exponga otras razones más y me trasmita por cable lo que usted disponga. Quiera serme una vez más guía y el único protector de mi carrera, mi ÚNICO AMIGO PROFESOR, ENTRE EL GREMIO ENEMIGO MÍO POR EXCELENCIA.

Por paquete separado va también una revista francesa, donde hallará usted unas líneas mías sobre don A. Quezada Acharán. Le ruego se las envíe con mi saludo.

En cuanto a mi libro, perdone su parte personalísima y mundana, en mérito de los trozos educativos que van en él. No he tenido nada mejor que ofrecerle, como expresión de mi gratitud honda, fuerte y perdurable.

A usted y a su señora saluda con respeto y cariño muy leales,  
su servidora y amiga

Lucila Godoy

México, San Ángel, D.F., 1 de Enero de 1923

Michoacán, México, mayo de 1923

Mi distinguida compañera y amiga.

Permítame usted que la felicite del modo más caluroso por la nota que dirigió al Ministerio de Instrucción, pidiendo la reforma de los estudios en los liceos de niñas, y que leí con viva complacencia en El Mercurio. La aplaudo, sobre todo, como un razgo de honradez profesional, porque ya es necesario que algunas directoras de liceo expresen con energía y claridad neta el daño inmenso que se está haciendo con retardar estas reformas de los planes de estudio. Yo celebro que esta vez sea la suya.

Desde hace muchos años, desde que como secretaria de un liceo de tercero o cuarto orden yo solía escribir las notas en las cuales se pedía algunas innovaciones en los estudios, recuerdo que en forma anónima expresaba las ideas que con alegría he visto en su oficio que comento: cuando pasé a ser directora puse más vigor en esta posición, y haciendo hace un año el elogio de aquella querida muerta que es doña Teresa Prats de Sarratea, comentando las ideas sensatas y videntes de esta señora, sobre el particular, manifesté el absurdo que significaba la enseñanza secundaria femenina como se mantiene hasta hoy. Mi viaje, si bien me ha rectificado en otros asuntos, en éste me ha dado la profunda complacencia de ver que tengo razón desde hace doce años y de que lo que yo veía desde mi valle cordillerano de los Andes, era verdad.

En un artículo próximo que enviaré a El Mercurio, sobre la enseñanza industrial de las mujeres mexicanas, hallará usted pintada en detalle la situación diametralmente opuesta de la enseñanza femenina en este país, al que no ha de negarle nadie, por cierto, una cultura superior y una vida intelectual paralela en la América a la de la Argentina. Pero quiero anticiparle algunos breves datos, porque sé el interés tan vivo que usted presta a las cosas de educación y sé, sobre todo, que usted es de las pocas capaces de anteponer a los intereses individuales los intereses generales y eternos.

En la capital de México hay una sola escuela secundaria mixta; como es lógico, tiene una asistencia numerosa. (El prodigar los liceos como los hemos prodigado nosotras, es una invitación a que las alumnas desdeñen las escuelas profesionales).

El liceo mexicano mixto es único en la ciudad, en cambio las escuelas industriales de mujeres son numerosas y tienen prosperidad enorme. La más antigua y la más prestigiosa, llamada La Corregidora de Querétaro, en memoria de una heroína de la independencia, tiene una asistencia de tres mil alumnas; la de enseñanza doméstica, que viene en seguida, tiene mil doscientas; la de comercio e industriales menores, dos mil; la de Artes y Oficios, otro tanto. La última creada, que lleva mi nombre, tiene mil doscientas.

Comparar esta asistencia con la de nuestras pobres escuelas proteccionales, deprimidas por nuestro aristocratismo, es cosa que da pena.

La enseñanza que se proporciona en estas escuelas es efectivamente práctica, no hay aquellas asignaturas numero-

sas de las cuales se enseña la teoría inútil por falta de dotaciones; la maquinaria de todas las secciones es abundante y de primer orden, como que el gobierno tiene un criterio que llamaré solo sensato, porque este es su mejor elogio, para ver que el problema de México, como el de cualquier país hispano-americano, en cuanto a educación, se reduce a esto: enseñanza industrial y enseñanza agrícola y primaria.

No le extrañará a usted que siendo yo directora de un liceo no mencione a la enseñanza secundaria entre las necesidades de verdadera urgencia. Yo también miro con la ostentación absoluta de mis intereses una cuestión que afecta a mi raza de modo tan profundo.

El criterio del Gobierno en esto de la enseñanza práctica va más allá: en el liceo que mencioné (llamado aquí escuela preparatoria), desde este año es obligatorio el aprendizaje de un oficio completo por los alumnos y en la escuela primaria y superior se hace otro tanto.

Nosotros, olvidando el alto nombre que la enseñanza chilena ha tenido en el continente, fabricamos bachilleres con un fervor tal que cualquiera creería que de ello depende la enmienda del país. ¿Qué va ser de Chile en veinte años más si no variamos de rumbo? Habrá que crear otros cien liceos en el país para colocar a mil profesores de Estado; los médicos apenas pueden vivir ya disputándose la clientela y los abogados no hay que decirlo ... Yo creo que nuestro vicio tiene varios orígenes, y me voy a permitir enumerarle los que yo conozco o creo conocer:

1. El aristocratismo a que aludí: los padres de familia de la clase media, en su inmensa mayoría, no quieren para sus hijos sino un título profesional que les da, a su juicio,

mayor lustre y que en mi humilde opinión no les da sino esa miseria dorada a que aludí hace poco, al hablar de las escuelas-granjas. Aunque me alegue que hay que respetar, por la decantada libertad, la elección de los padres, creo que con que el Estado no satisficiera vanidad que comenzó creando y creando más establecimientos secundarios y a la vez transformando por lo menos los dos tercios de los existentes en escuelas de otra índole, se obligaría tácitamente a los padres a cambiar de criterio en beneficio de los intereses del país y de los de ellos mismos, aunque esto no lo vean en un principio.

II. Cuando se ha intentado esta reforma, en parte, con la transformación de los liceos de tercera y cuarta clase en escuelas prácticas, con tres años de humanidades y un curso de enseñanza utilitaria, ha habido gran agitación entre los diputados para satisfacer a los padres de familia y especialmente al profesorado de ramos científicos de estos colegios, que era el que perdía en sus intereses. La prensa, especialmente de provincia, ha hecho coro a la protesta, porque no ha visto los fines patrióticos que se perseguían.

III. En la discusión de la reforma, se han deslizado las pequeñas y dañinas rivalidades, y en un asunto que va a beneficiar a la raza, no se ha querido olvidar a las personas, y hay veces que la reforma se ha hecho fracasar solo porque era pedida más ardientemente por el partido X o Z.

Tres son las cosas que en mi humilde opinión concretan la inferioridad de la educación que damos en nuestros liceos de niñas: la falta de preparación manual, la falta de ramos exclusivamente destinados a la mujer (puericultura, sobre todo), y la dotación insuficiente de material de enseñanza para los ramos científicos.

Esto hay que verlo en provincia para darse cuenta de que la forma en que se hacen los estudios de física, química y ciencias naturales, es sencillamente detestable.

No ha dejado de haber una razón egoísta, pero razón al cabo, en la protesta a que aludí, de los profesores de ramos científicos, cuando han visto que sus pequeños liceos de departamento o de provincia quedaban estancados en el tercer año de humanidades. Por esto y por tantas razones más en que no tengo tiempo de detenerme, hay que comprender que una reforma general de los planes de estudio secundarios, tiene que ir paralela con una reforma de los sueldos. Sin esto, la voz de los intereses menudos, tan fuerte en Chile, ahogará todo sano intento de reforma.

Da una pena muy grande, mi querida amiga, dirigir un establecimiento y darse cuenta, minuto a minuto, con la conciencia muy despierta, de que a nuestra sombra se da una enseñanza errada para la mujer, y tener que seguir aceptándola e impartíendola. Ha sido para mí una continuada alegría el moverme en el medio educacional mexicano, saturado de ideas que son las mías, y poder tener siquiera por un tiempo en líneas paralelas la convicción con la práctica, el ideal con la vida que se vive. Es necesario tener una madre lejos y sentir hacia el liceo que se dirige una ternura ardiente para no dejarse tentar por una vida nueva de magisterio, hecha en estas condiciones tan nobles.

La voz de la Asociación de Educación Nacional, reclamando la reforma de la enseñanza, con una insistencia tan vehemente, no ha valido de nada, aunque la institución cuenta con miles de miembros docentes. Será necesario, pues, que las directoras de liceos vayan, como usted, diciendo a los jefes, con el acento santo de la conciencia

profesional, que no es posible continuar así. Si las masas obreras fuesen más conscientes, ningún movimiento de opinión habría sido más grande que en el que hubiesen hecho de Tacna a Magallanes, pidiendo la reforma de la educación que reciben sus hijos. Pero, desgraciadamente, nuestros obreros (con quienes sabe usted, está toda mi simpatía, pero sin que esta nuble mi sentido de justicia) en sus meetings y en sus memoriales no piden otra cosa que su mejoramiento de salario, como si no fuese oro puro una enseñanza práctica que entregue a la juventud mejor armada para la vida.

Si los liceos de niñas en Chile estuviesen reducidos a lo que están en otros países, y no educaran el sesenta por ciento de las mujeres, el vacío en ellos de la enseñanza maternal no sería cosa de inquietar. Pero educan casi a la totalidad de la clase media y a buena parte del pueblo y de la clase alta, y de este modo, queda un conjunto tan enorme de jóvenes sin preparación alguna para el hogar, sin el sentido de su misión real en la vida (la de ser madres), que puede decirse, sin exageración lírica, que estamos socavando a la raza en sus cimientos, con semejante educación de las mujeres.

He leído también en la prensa de Chile del último tiempo los ataques hechos al Ministerio de Instrucción, por los sueldos del personal. Vi una numeración de algunos de estos que podría alarmar a la gente que no conoce el servicio por dentro, y que pensarían que se está creando una especie de burguesía privilegiada en la instrucción pública. Para mí lo más grave que hay, en esta cuestión de sueldos, es la diferencia entre los mayores y los menores, y la proporción en que se halla el número de aquellos con el número de estos. Sería sumamente útil publicar una nueva

estadística con los datos vergonzosos del número de profesores que ganan en los liceos de niñas sueldos que fluctúan entre cien y doscientos pesos mensuales. Muy educadora fuera una publicación de esta índole, porque como usted sabe, mi buena amiga, hay entre los profesores diferencias de rentas equivalentes a las que existen en un Ministerio entre el sueldo del Ministro y del mozo, y esto no es democrático, ni siquiera humano. Se alegrará que los profesores que tienen sueldos tan bajos son los que hacen muy pocas horas de clase, y que son de ramos técnicos: pero la defensa es viciosa, porque la remuneración por hora de clases es enteramente dañina y deprime además la dignidad del magisterio, al equiparar al profesor con un gañán, y la diferenciación hecha entre los ramos científicos y los técnicos, es otra cosa inmoral, dígase lo que se quiera de las facilidades o dificultades que hay entre los estudios de unos y otros.

En cuanto al pequeño número de horas de clase que se consigue hoy un profesor, esto es consecuencia lógica del exceso de profesionales a que me referí en el principio. He llegado a pensar que vendrá un día en que se solicite una hora de clase semanal, porque ya hay titulados que a mí me han pedido como gracia dos, con tal de tener algo. Si la fabricación de bachilleres continúa llegaremos a aquello, aunque parezca fábula.

En los liceos de niñas, mucho más que en los de hombres, hay, insisto, un número enorme de profesoras que tienen sueldos ridículos, que viven una miseria efectiva, más dolorosa cuanto más velada. Son gentes humildes que no consiguen hacerse oír (porque no tienen influencias políticas), cuando se discuten los presupuestos y cuya queja ni siquiera la prensa acoge. La opinión pública se asombraría

si conociese en detalle este asunto, y los obreros sabrían que las maestras que ellos estiman aristocratizadas porque entran todos los días a un edificio más o menos hermoso, son más infelices que ellos mismos.

Otro punto generalmente ignorado es el de la diferencia de sueldos entre hombres y mujeres en la enseñanza, injusticia tan patente que ni siquiera hay necesidad de discutirla; el sentido común y el criterio humano más simple rechazan esto que se viene haciendo hace unos siete años sin protesta ostensible de nadie, en un silencio que bien revela que las mujeres sabemos sufrir calladas.

No está demás que añada a esta larga carta una noticia que tiene alguna relación con nuestro asunto. El Gobierno acaba de despachar una ley por la cual se hacen pagar los estudios universitarios, manteniendo gratuitos o casi gratuitos, los industriales, como un medio de restringir el exceso de profesionales. La reforma no ha levantado protesta; en todas las clases se la ha considerado absolutamente lógica, porque aquí también la opinión pública estaba alarmada por el río de licenciados y médicos, especialmente, que se había ido creando, de cuarenta años a esta parte. El pago de los estudios es moderado, pero la obtención del título tiene una fuerte contribución y la tienen también los exámenes de importancia. En Chile, por lo menos, pudiera hacerse lo último: ¡la generosidad del Estado va demasiado lejos! En un país pobre como el nuestro, es una cosa grotesca pedir el mejoramiento de los servicios, sin aceptar ninguna carga nueva. El esfuerzo heroico de la gratuidad de la enseñanza, viene a resultar hartamente falso si la enseñanza que se da, sobre todo en las provincias, como consecuencia de la falta de dotación material de los colegios, es mediocre o sencillamente mala. La verdad es esta, mi querida compa-

ñera: no dan nuestros colegios instrucción técnica o manual, ni dan instrucción científica verdadera.

Muy espinoso es dar juicios sobre tales materias, porque se lastiman los intereses creados, y más espinoso es que los dé una mujer que por no tener título universitario no tiene derecho a hablar, según nuestro criterio que considera la enseñanza un rito vedado a los profanos; pero lo he hablado con usted, y muy extensamente, a pesar de todo, porque estimo que sobre enseñanza tiene derecho a opinar la raza entera, por tratarse de un problema nacional. Ni siquiera alego, para ser oída, mis años de magisterio, sino mi calidad de chilena.

La saludo cariñosamente desde uno de los pueblos del Estado de Michoacán, donde estoy mirando de cerca el servicio de los maestros de indígenas. Espero que usted me dé noticias sobre el resultado de su admirable nota, que ha motivado esta conversación tan larga sobre el mar...

Gabriela Mistral

A CARLOS SILVA VILDÓSOLA

México, 29 de junio de 1923

Gabriela Mistral saluda muy respetuosa y cordialmente al señor don Carlos Silva Vildósola y le envía dos artículos para El Mercurio: uno va ilustrado con dibujos, el otro deseo que lleve todas las fotografías que acompaña, a fin de dar la visión del asunto.

Se permite rogarle se digne enviarle nuevamente la credencial de El Mercurio. La extravió en el viaje y si en meses más sale para EE.UU. le será necesaria.

Agradece profundamente al diario las continuas referencias generosas que tiene para ella y en las cuales quiere ver, fuera del buen deseo de prestigiar a la compatriota que anda por tierras extrañas, la aspiración, tan justa, a que Chile algún día, de a sus escritores consideración, la que ya se da, y muy verdadera, en otros países a las gentes que en esa forma hacen patria. La exageración cariñosa de esos elogios de El Mercurio es cosa que ella ve en su entero sentido.

25 de octubre de 1923

Mi fino amigo:

Recibí su carta. Mucho he lamentado la mala salud de su compañera. Son con ella mis buenos votos por su mejoría. Casi no la conozco, pero la quiero vivamente.

Suelo recibir palabras de Pedrito. Me dan gran alegría. Su retrato está en mi pieza: siento que me purifica y me es suave compañía.

No podría ser otro, Prado, su juicio sobre mi libro. Lo acepto, porque es el mío. Libro es ese heterogéneo, confuso, sin unidad: como mi vida, hecha más por los otros que por mí. Una vida esclava, a veces dolorosa; a veces solo cansada; dulce *en unos cien días y clara, y mía*.

Yo quiero en ese libro no más de cuatro poemas y su prosa, Prado, que me conmueve siempre más y que me eleva el espíritu. Una y mil veces ¡gracias! Por ella.

El artículo de Valle —debió usted verlo— es una ensalada. Lamento lo del juicio puesto en su boca, No recuerdo cuál es y he buscado en vano la revista para darme cuenta. Creo haberle dicho esto: Que a Donoso no le gustaba que yo hiciera poesías de niños, porque no tengo el “tono” para lo infantil. Que a usted le parecían bien algunas de mis C. de Cuna. (Recordé una conversación, no sé si con usted o con Alone, sobre la crítica de Ortíz y esas Canciones). Si me faltó la memoria o le falló al amigo, perdónelo usted. En

ocasión propicia se rectificará, repito que lo lamento. Valle es hombre de mente confusa y yo, mujer de conversación confusa, sobre todo en una mesa con diez comensales.

No vinieron las cosas anunciadas para la Antología. Lo siento; pero comprendo su falta de tiempo.

Sí, he deseado saber de usted. Dos líneas que me traigan solo su cordialidad. Se le estima aun más de lejos; se desea oírle.

Para usted y los suyos mi mejor recuerdo.

Gabriela

Florenxia, 21 de agosto de 1924

Mi querido amigo: saludo a usted y a María, con cariño atento y deseo salud para ella, a quien sabía un poco mal de salud, débil y caída. Le escribí desde México dándole recetas, porque tengo algo de la vieja *médica* de hierbas a quien de niña quise mucho. De usted no sé hace tiempo; ni siquiera leo “El Mercurio” hace dos meses, porque no llega.

Hoy, solamente hoy, recibo la antología, devuelta desde México. Se la había solicitado sin saber que usted, generoso para mí siempre, no me había olvidado.

Tengo mucho que decirle de ella, pero como quiero hablarle largamente del libro magnífico que nos ha dado, dejo todo eso para otro día; no quiero tardar más en acusarle recibo y en darle mis más cumplidas ¡gracias! Por todo, Donoso: por el exceso noble de su juicio, exceso de buena sangre rica que quiere amar, y por el envío. Créame que, leyendo sus reseñas, se mezclaba en mí el agradecimiento con la vergüenza.

Usted conoce Europa; no hay que decirle la alabanza de Florenxia. Palpita en la luz, vigorosa y fresca como el David de Miguel Ángel, que está en las plazas suyas. Contagia de su nobleza, de su claridad, de su forma.

Triste hora la de Italia que me ha tocado ver: el fascismo es una pesadumbre para la latinidad libre, mi amigo. Y durará todavía: es fuerte como los dioses inferiores.

Ayer me llegó ese recorte; no sé quién lo manda, talvez sea Díez Canedo. Va, por si usted no lo tiene. Es este un hidalgo de la crítica —cosa ya escasa—, una mente límpida y un verdadero gentil hombre. Por él empieza en España el interés hacia nuestra poesía.

Un mes más quedo en Italia. Voy a Suiza, si mi corazón no sufre de la altura. Retardo la llegada a España: desearía hallar “aire más puro”. Parece que el Directorio cae. Aunque parezca hipérbole, todo sufre de la servidumbre política.

Nunca me mandó María la colaboración pedida para la revista del Ministerio en México. Se retiró Vasconcelos, y con él y con Obregón, se van dos fuerzas grandes y puras.

Lo que viene es oscuro y menos honesto. Ojalá se limpie el nuevo gobierno “gobernando”.

Nueva York me dio la certidumbre amarga de que “muchos millones de hombres (nuevos) hablaremos inglés”. Es una fabulosa fuerza disciplinada y nosotros solo nos disciplinamos para aniquilar al partido A o B. Sanos, activos, serenos. Se me llenó de desconsuelo el alma. Nos arrollarán sin fusiles, sin esfuerzo extraordinario, como se respira: naturalmente...

Sigue aquí el reinado D'Anunzziano. Los jóvenes hacen confitería o explosivos de salón. D'Anunzzio y Papini.

Difícil darle lista breve de gentes de México a quienes mande usted la “Antología”. Usted quiere pocos. Hay allí cien valores paralelos; ninguno que trascienda netamente a la altura de G. Martínez, por ejemplo: La cultura ha creado —aliviada del entusiasmo de aquella sangre rica— una

cincuentena de buenos poetas jóvenes, ninguno malo, ninguno todavía óptimo. Le nombraré críticos. Caso vuelve a hacer periodismo. Dejó la Universidad, después de su choque con Vasconcelos. Escribirle a “Excelsior”. “El Universal” tiene un crítico culto: don Carlos González Peña. Para que el libro se venda, es bueno que los diarios hablen de él. “México Moderno” no se lee sino por un grupo del oficio. Rev. de Rev. sigue en poder de los Nuñez y Domínguez, gente cordial. Un crítico estudioso es Manuel Tooussaint. Escribirle al Departamento de Bibliotecas, Secretaría de Educación. No olvidar al buen Genaro Estrada. Se le dirige a “Secretaría de Relaciones”.

Ahora recuerdo: pedí a Vasconcelos el obsequio de 35 colecciones de clásicos para personas de Chile. Usted recibirá la suya. Me dio esos y además 20 para dar. Pero muchos obsequiados —hasta que yo me vine— no enviaban ni el más leve “acuse de recibo” al Ministerio. Ojalá diga usted algo que les recuerde escribir. Torri tiene que dar cuenta de lo que ha despachado. Vasconcelos fue harto cordial hacia Chile; no todos le correspondimos lealmente. Usted fue de sus más claros defensores en aquel malhadado viaje a Santiago.

Dígale a María si no ha pensado en una selección de sus poemas para España. Usted tiene excelentes relaciones con editores españoles. Yo creo necesario un libro de esa índole. Tendrá buen mercado: María es estimadísima en México y en Centroamérica. Si lo resuelve, que un buen crítico le haga su prólogo y que me deje a mí sitio para un colofón largo.

Cúidela usted, con su gran amor atento, para su propia dicha y para nuestra poesía. Ha sufrido y, como yo, necesita de recogida ternura en torno a su convalecencia.

¿Qué ha pasado con aquella carta de Aguirre Cerda?

Asís me hizo empezar y avanzar en una “Vida” del pobrecito. Aún no la termino.

Se me ha ido la salud desde que dejé la meseta mexicana. Caigo y levanto, como allá decimos.

Para María y para usted mi buen recuerdo. Y de nuevo, mi amigo, un agradecimiento vivo.

Gabriela

P.D. Lástima de copia de aquellos versos míos sin las “Mujeres de D’Anunzio” Debió ir mal seguramente aquella estrofa en que aparece repetido un verso, es así:

“Todas las cosas dóciles la carne me tejieron:

los vellos de las frutas, las formas deleitosas”.

(Fragmento)

Santiago de Chile, marzo de 1925

(...) Ahora, su carta. No sabe usted —soy humana, humanísima— qué alegría de niño me ha dado usted con hacerme sentir afecto suyo hacia mí. Yo, Juana, soy un ser absolutamente afectivo: vivo de los afectos como del aire y la luz. Bajo mi apariencia de *amontonadora*, a pesar de esa vida en *meeting*, en multitud, que me ha dado el viaje, soy mujer de *un puñadito de afectos profundos*. Había sido para mí una tristeza efectiva la defraudación de una vieja esperanza: salir de Montevideo sin traerme nada suyo para mi propia vida, haberla sentido al margen mío. Casi es mi vanidad. La estimación literaria, que en la juventud me importó tanto, no significaría para mí nada, Juanita. Me estima gente que no me importa, a cada paso; y me estiman, poco o nada, gentes a quienes quiero enormemente. Regalo de reina me ha hecho usted al darme cariño. Yo lo cuidaré como a las cosas preciosas, Juanita, ese afecto menudo que he de ir haciendo crecer con lealtad y comunicación frecuente.

Me explico que no tenga usted la comunicación fácil. No me la dé sino cuando *se le caiga de la boca* naturalmente. Yo temo la tristeza en usted Juanita, porque usted no ha tenido *la costumbre de ella*. Cuando los seres son alegres, la pena recién llegada los disuelve, los desmorona. Haga usted un poco por sí misma a fin de defenderse.

Pienso, Juanita, lo mismo que San Francisco, sobre su tristeza. Usted tal vez sabe que él la llamaba *la enfermedad de Babilonia*. Yo he sido, sin embargo, un espíritu desesperado, amargo y *enviciado en su amargura*, como en una droga diabólica. Una de mis mudanzas enormes es mi *busca de la alegría*, Juanita. La busco hoy con una preocupación casi infantil. Me creo la alegría de mañana; al levantarme, pienso en la de hoy. Es cómico: casi me la organizo oficialmente. Procuero, en primer lugar, no tener esas *horas muertas* en que el alma se va hacia la tristeza como el ciervo al agua, naturalmente. No tengo sino horas de cansancio físico en que me tiro y duermo, en pleno día, como un animal cansado. El resto es lectura y trabajo físico, muy principalmente caminar. Caminar, Juanita, es una maravilla olvidada por este tiempo. No caminar, como los ingleses, el mismo camino. Andar a pie todo lo que está medianamente cerca de nuestro pueblo. Caminar me aviva entero al cuerpo y la mente: hay un alma de los caminadores y otra de los poltrones. Camino rápido, a grandes zancadas inglesas. Suelo andar a caballo, aunque tengo un tobillo roto de una caída. Se respira bien y se siente no sé qué sensación de *poder, de energía donosa*. Luego de los trabajos manuales, yo no coso, porque me rindo los ojos; azadoneo la tierra, desmalezo, barroteo, podó e injerto como un buen hortelano. Me da un verdadero gozo el olor de la tierra, Juanita; *regar* está entre mis placeres grandes. Ahora juego a la pelota. Me han encargado ejercicio por mi hígado malo. No tengo nunca grandes fuerzas, porque el corazón no me deja. Leo poco yo misma —tengo los ojos rendidos— me leen y yo comento interrumpiendo, porque soy muy amiga de la lectura *viva*, con réplica, con comentario.

Le hablo de mis *defensas*. Yo tengo un sistema nervioso enloquecido y andaría muy mal de equilibrio si no tuviese esos

dos reguladores de la marcha y del *jardineo*. A media hora de aquí tengo un *pañuelito de tierra*; yo lo he plantado y solo cuando me enfermo pago la poda y lo demás. En la casa, chica hasta desesperarme, solo he podido hacer un jardín.

Viene lo peor, Juanita, viene el veneno de la gente. Tengo yo una susceptibilidad que la llamaría trágica. Yo soy todavía tan tonta, que le pido perfección a la gente. Me duele horriblemente que me maltraten en lo que me importa más: en mí misma, no en mis versos, que he abandonado hace tiempo a las lancetas. Por esta susceptibilidad, abandono fácilmente a un amigo o a una amiga. Los dejo cuando no me viene de ellos fuerza para vivir, *consuelo y verdad*. Les exijo que sean ricos interiormente para no aburrirme, que tengan una vida, como intereses espirituales, efectivos. Todo esto es demasiado pedir, lo reconozco, pero sigo exigiendo...

¡Ah, Juanita, usted posee la verdadera salvación: su hijo! Yo no me muevo sino entre extraños; ahora está cerca de mí una sobrina, el único niño de mi familia, desahuciada, deforme, desgraciada. La quiero mucho y sin que ella lo sepa, la preparo para morir, con el corazón apretado de pena.

Hágase, Juanita, las defensas de la tristeza. Usted tiene, además de todo, un hombre que la quiere y a quien quiere. Yo no fui querida nunca, cuando quise y no he podido querer a los que me han querido. Es la vulgar historia que nuestro pueblo sabio concreta en el adagio: *Amor loco, yo por vos y vos por otro*.

Usted posee, Juanita, las cosas más gozosas de la vida: la maternidad, el amor compartido y la belleza del mundo, sentida por ustedes con una frescura tan grande. Es rica

como tal vez no lo sea otra mujer en su raza, así Juanita, *en su raza*. No deje a los intrusos entrarse en su vida a empañarle lo que Dios le había dado. Cultive poco (un poquito chico) de desdén. No conceda derecho a entristecerla, sino a los señores grandes como usted y a los sucesos definitivos de la vida.

Gabriela Mistral

La Serena, 30 de junio de 1925

Mi fino amigo:

Recibo con gusto su carta, al día siguiente de su telegrama para mi mamá, porque ya había extraviado su dirección para escribirle. No olvide que hay que ponerla en cada carta, pues su servidora lo pierde todo.

Siento mucho su enfermedad, de la que nada sabía. El gran remedio, creo yo, es adelgazar, mi amigo; la gordura daña mucho el corazón. Yo vuelvo a engordar; cuando adelgazo, me siento muchísimo mejor.

Celebro que sea usted un buen amigo de la Juanita: "simpatía de gordos", como su amistad conmigo. ¿Observa usted que los gordos somos sentimentales, tiernos y generalmente buenos?... Al fin la ascendieron: ha sido una maestra muy culta y la más inteligente que yo he tratado en el gremio nuestro.

Observe usted a las señoritas inglesas de la casa, que son un tesoro de discreción, de bondad y de buena sangre, y quiéralas.

Le agradezco sus buenas palabras sobre mi libro escolar. Nada tiene de extraordinario, pero es útil y sano; lo que falta a los desgraciados países nuestros: salud moral.

¡Ay!, mi amigo, se expone a que un buen día, pierda la mitad de su cuerpo en una riña, si vive defendiéndome.

Me pregunta usted, si sé lo que de mí se dice. Algo —muy poco— me llega, en anónimos, que ya leo con perfecta serenidad. En el diario comunista de Santiago, por ejemplo, hallo un donoso artículo en el cual se me pinta como el elemento espía de los jesuitas. Me he sonreído. Fui a una sociedad de profesores, y defendí la enseñanza religiosa. Fue todo un acto de conciencia en el que nadie me acompañó, pues las colegas “católicas” que estaban presentes, no dieron señales de vida, “por miedo de la discusión con ochenta hombres”.

En un artículo sobre Chocano hablé, sin intención dañada, de los “menudos” países centroamericanos. Un salvadoreño me manda una carta, sin firma, naturalmente, en la cual me dice que he llegado con humos de marquesa...

Me han hablado que he perdido a mis amigos con mi catolicismo definido. Contesto que no deben haber sido muy mis amigos, para que me dejen con tanta facilidad. Algunas maestras han aludido —y yo les contesté en la sociedad aquella— a que me han “comprado” los conservadores. Le dije que la gente se vende, o por lujo, o por familia numerosa a quien sostener, o por vicios, que no tengo, ni lujo, ni hijos, ni vicios.

Mi amigo, me asquea la ciénaga en que se mueve Santiago. Cada vez que oigo hablar de doña Inés Echeverría, o de Roxane o de otra mujer que escribe, pienso en lo que dirán de mí. Pienso sin irritación; creo que se ha dicho de mí casi todo y ya quedan pocas novedades.

Se ha dicho de mí que tengo pasta de ingrata y que he renegado de la señorita Valdés, a quien debo mi carrera íntegra. Se la debo, mi amigo, y ella a la vez, me debe a mí su

ascenso a directora del Liceo. Estamos equilibradas. No he renegado de ella, solamente no pude atender su deseo de quedar en mi lugar en Santiago, cuando me fui a México. No era persona a quien viniera el reemplazo por derecho, y no habría tenido ni siquiera sueldo.

Se ha dicho que tengo hace años abandonada a mi familia. He oído con calma la calumnia, que echó a rodar una colega. Mi vida siempre ha sido estrecha; por mantener dos casas; mi mamá vive, y ha vivido siempre de mí. Mi hermana, con un sueldo mínimo, no podría atenderla por sí sola.

Que mi conducta es mala. No he cuidado mis versos como mi vida, Isauro; he sido y soy limpia. Si no me he casado, es que cuando he querido, no me han querido; y cuando dicen que me han querido, no he querido yo. Historia vulgar que casi es estúpida por repetida en el mundo.

Que he traído un dineral, ganado quien sabe cómo. He traído únicamente 20.000 pesos ganados así: mi Libro de Lectura, pagado por Calleja, en 16.000 pesos y derechos de unos trabajos sueltos entregados para otros libros de esta índole en EE.UU. Con ahorros pequeños de México, compré a mi madre una casita de 12.000 pesos. Eso es todo. Mi viaje por Europa fue costado por México, gracias a mi amistad con Obregón y al apoyo de Vasconcelos. No lo debo a sacrificios del presupuesto de Chile.

Que me han jubilado con un dineral. Según la Ley, Isauro, debía yo jubilar con \$750, cuando ya salió la jubilación a los treinta años. Me han dado \$250 más; creo que los perderé cuando se revisen los decretos leyes. Entonces pediré que me dejen solamente lo legal. Yo nada extraordinario pedí;

Eduardo Barrios, asustado de que no iba a tener con qué vivir, sacó esa pensión, por su cuenta, sin una sola palabra mía de petición.

Que me he metido en la aristocracia. Hay en ella algunas personas a quienes estimo; las frecuento lo menos posible. Soy, antes que todo, obrerista y amiga de los campesinos; jamás he renegado de mi adhesión al pueblo y mi conciencia social es cada día más viva.

Mi amigo: hay Dios, tarde o temprano, Él vindica. Se me hace una paz inmensa en la conciencia cuando cae sobre mí una injusticia y aun una calumnia: descanso en Dios; me basta, me sobra. De las gentes me desvinculo, me separo más, más y más. Dicen que es soberbia: he vuelto sin una gota de soberbia; me he purgado del vicio nacional hasta el mayor extremo. Pienso que estamos locos de orgullo, envenenados de soberbia.

Hace poco, antes de venirme, me dijo una profesora así, como quien echa un jarro de agua fría: ¿Laura Rodig fue abandonada por usted en Europa, Gabriela? —Laura, le dije, vivió en España por mi cuenta, y no quiso seguir hacia Italia conmigo, porque prefirió trabajar en Madrid, para darse a conocer con una exposición. Cumplió sus deseos y atendí sus gastos hasta dejarla en su casa. Se ha vuelto a ir, porque piensa que malogra su vida en Chile, cosa que yo no creo, yo no la he malogrado. Conmigo fue desatenta de mi salud y de la casa, en México; pero en mi destierro de Punta Arenas, me cuidó mucho, y se lo agradezco.

Aquí, mi amigo, va en síntesis mi pobre vida, en la que yo encuentro una cosa extraordinaria: el esfuerzo. No me creo ni siquiera una mujer de talento, sino un ser imagi-

nativo y emocional, que ha hecho, sin inteligencia, poesía, con imágenes y dolores.

Ahora, Isauro, tengo el descubrimiento de un tesoro: el de la tierra de Dios, que me da una paz casi sobrenatural, un sosiego que tiene algo de infinito. Trabajo en un huerto menudo, chiquito, haciendo hortaliza y jardín. No sé decirle el encantamiento que me da este ejercicio nuevo, el olvido de mis penas, la creación de una nueva vida, que le pido a Dios me conserve. El año próximo acaso haga una pequeña escuela granja, de siete niños, que trabajarían conmigo el suelo. El presente quiero recuperarme. Mi sueño es malo, apenas duermo tres horas y eso es daño grande para el cerebro, que no descansa. Quiero hacer, antes de morirme o de entrar en la vejez, una escuela según mi conciencia religiosa, agrícola y de programa simple, para siete niños muy pobres que coman conmigo. Me ofrecieron generosamente una tierra en Santiago y una casa, para este fin: me cuesta recibir, y hasta hoy no he aceptado. Me desagrada la proximidad a Santiago, donde la vida se me va en tonterías de recibir visitas y pagarlas, cuando las pago...

Aún no acabo el San Francisco. Lo terminaré este año, a fin de darlo en el centenario nuevo del santo. Escribo algo más, muy lentamente, pues me he venido a descansar. Le daré a mi mamá tres o cinco años, si me dejan tranquila aquí, y después, si Dios quiere, me irá a morirme a España, que es la tierra que quiero más sobre este mundo.

Mi amigo, cuídese: coma vegetales, camine; respire bien, y sobre todo, no tenga molestias. Alivie su corazón; después siga con sus estudios de canto. La música es Dios sobre la tierra.

Un saludo muy cariñoso al compadre, a la comadre, a la mamá, cariños a las sobrinas; el agradecimiento de mi mamá por su telegrama, tan cordial de ayer. Y el abrazo de su amiga vieja,

Gabriela.

A JOAQUÍN EDWARDS BELLO

9 de noviembre 1926

Distinguido amigo Edwards Bello, España.

No ha sido ni olvido ni inconsecuencia este largo silencio. En Marsella, en un comienzo, pensé que, con igual clima para mis dolencias, yo podía irme a Barcelona y contaba con la alegría buena de caminar un poco con usted, conversando extensamente, como aún no hemos conversado. La peseta me hizo desistir; a pesar de todo, la vida en Francia sigue siendo la más posible para gente de sueldo pequeño. Y quedé en la Costa Azul tres meses, asoleándome como un lagarto chileno. La sola tibieza me dio alivio, y seguí hacia los Pirineos, regresando a Paris por Carcason, por Tolosa, por Lourdes, Blois y Orleans. Muy española en las costumbres, la región. Me fue grata. Pero sigo creyendo que si no tuviese Instituto forzado, debería vivir en Avignon, esa noble ciudad con su muralla dorada, verdadera capital de la Provenza.

Inestabilidad para escribirle y, especialmente, el concepto de que a usted vale más no escribirle a hacerlo en una esquelita rápida y tonta. Ahora tiene palabras de medio año, guardadas cariñosamente para usted.

Instituto.

Primero, esto urgente. Yo espero que, aun cuando usted quedase en España, no renuncie su cargo de delegado ante el Instituto. Ya respecto de Alfonso Reyes hice la consulta a M. Luchaire. Me dijo: "Madrid no está tan lejos que él no

pueda venir a las reuniones principales, que no son muchas”. Esto mismo rige para con usted, pero es bueno que usted escriba a M. Luchaire, para dejar en claro la situación.

Ya olfateo por ahí chilenitos que le tienen ganas al cargo, porque, como dicen en México, “viste”. Somos gente atropelladora, ávida, y yo me temo que uno típico caiga en la oficina... (Perdone el chisme).

Hoy por hoy no hay cosa urgente que hacer, de parte de los delegados hispanoamericanos. Dígame usted si quiere que yo le envíe el pequeño trabajo que se presente o si acepta que yo se lo haga, aunque sea medianamente. Se trata de informaciones que se solicitan a cada uno, cuando falten, yo le haré llegar la consulta. Cuando se cite para asamblea de delegados, se lo avisaré con tiempo. Faltan varios, e importantes, y se ha de esperar esos nombramientos. El Uruguay aun no designa a nadie. Es candidato muy viable Barbagelata. México todavía no nombra a Reyes, que ha pedido el cargo a su Gobierno. Con usted y con él, yo me sentiría confiada; una mujer necesita que le den apoyo espiritual, limpia lealtad, aunque sea unos pocos. He tratado al argentino —Gómez Carrillo—, al paraguayo y al guatemalteco.

El traslado de Reyes a España es para mí un verdadero duelo. Yo he ido día a día estimando más a este hombre, caballero hasta el último cabello, tan claro de mente, tan informado del mundo, tan sólido para la amistad y tan digno de ser tomado como un espejo para Hispanoamérica. Me dice que todavía hay esperanza de que se quede, pero yo lo dudo: mandan a París a un señorón. Trate usted a Reyes en España, lo querrá como yo lo quiero y descansará de la vileza de los literatos en su corazón bueno.

Tacna y Arica.

He leído, con un interés enorme su artículo del Repertorio sobre Tacna y Arica. Después me quedé como aliviada de un peso: alguien había dicho al fin cosa honrada y neta, mirando por la honra de todos. Le doy las gracias por ello, deseando ingenuamente que esta pequeña adhesión mía le suavice un poco los incidentes antipáticos que sin duda le ha acarreado su coraje. Ayer me han hablado de un libro suyo sobre Tacna y Arica y contra Alessandri. Como se trataba de información alessandriísta, la puse en cuarentena. En Chile se tiene el concepto desgraciado, concepto de pura cepa servil, de que si un individuo tiene simpatía hacia un político, ha de ser esta simpatía global y cubrir todos sus errores. Es el vil espíritu de cuerpo la torpeza de la camarilla. Su actitud es muy viril y honesta: usted ayudó bastante a Alessandri desde LA NACIÓN, en las cosas buenas que hizo, pero nada lo obliga a ampararlo en yerros tan graves para la historia nuestra como éste de la cuestión del Norte. Si existe el libro suyo de que me han hablado, acuérdesse de mí con un ejemplar; usted sabe que a Paris no llega lo español, porque no le importa a nadie...

He visto en EL MERCURIO un artículo amargo contra Torres Rioseco por su crítica, un poco semejante a la suya, en el fondo, pero tosco en la forma, respecto a la Política del Perú y de Chile en Tacna. Tal vez yo lo conteste. Se le acusa de traidor y... se le echa en cara su educación gratuita en Chile.

Yo le envíé esa carta a una escultora peruana, Carmen Sacco (que acaba de hacer una exposición en Paris). Es una cosa tímida, porque yo no tengo ni capacidad ni derecho a ocuparme de asunto tan serio; quise únicamente cumplir con mi conciencia.

Habría que escribir una serie de artículos, Edwards, para formar a lo largo de ellos otra atmósfera en Chile sobre la cuestión; sería necesario, por lo menos, uno mensual, en cada diario de Santiago.

Pena muy grande, y vergüenza verdadera, esta de que, a última hora, Chile vaya a ceder a regañadientes, lo que pudo ceder con hidalguía y con honra, al comienzo de las negociaciones. Derrota efectiva, material y moral, que nos dejará por mucho tiempo con la cabeza baja y la excusa tartamudeante.

He leído también en el Repertorio un artículo de Falcón, el peruano de Sol, muy comedido, acerca del pleito. Es una carta a Torres Rioseco y usted lo conocerá. Me pareció este hombre muy inteligente y muy preparado, cuando recibí su visita en Madrid. Si usted lo ve saludelo en mi nombre.

Usted.

Me han dicho que usted se ha casado y que perdió a su compañera. Yo le felicito porque le ha dado a su hijito una situación clara ante eso que llaman los señorones, la sociedad. Ha hecho usted muy bien en defenderlo de la crueldad del mundo, al darle nombre legítimo. Cuénteme algo de él cuando me escriba; usted sabe que soy un poco tía de todos los niños chilenos y también —¿por qué no?— españoles...

Dígame cuánto tiempo se queda allá. Aún no he escrito a Maeztu sobre su libro ni he dado noticias mías a Diez Canedo y a su mujer, tan finos amigos. Los artículos del Universal y del Mercurio, aunque van bastante descuidados, quitan mucho tiempo, y el resto se enreda en pequeñas ocupaciones tontas.

Se ha nombrado corresponsal del Instituto en España a todos los miembros de la “Junta de Ampliación de Estudios” y yo di el nombre de Diez Canedo para las consultas que deban hacerse a España sobre cualquier asunto. Vale mucho, en todo aspecto, este Canedo y yo creo que usted lo tratará en Madrid.

Aún ignoro su dirección precisa. No sé si usted vive en la capital o si está en Andalucía. Espero que el señor Rodríguez Mendoza le haga llegar esta carta.

Yo.

Estoy en Fontainebleau, por el tiempo que mis huesos lo permitan. Para seguir mi régimen alimenticio y para esquivar la carestía de los hoteles, he alquilado una casita de muñeca que me vale... doscientos cincuenta francos, precio que no es de París, por cierto. Si usted viene a Francia, me hallará en el Instituto los viernes y los sábados enteros y acordaremos un día para que venga a Fontainebleau, donde se puede conversar con calma.

Han llegado hasta aquí Iris y Roxane. Iris está muy abatida por la muerte de la hija de doña Rebeca Matte, a quien quería mucho. La veo un poco fatigada y triste. El horrible clima de esta tierra, el cielo sucio, la lluvia estúpida. Yo estimé profundamente Bélgica, democracia verdadera, sin alharaca republicana, con una educación ejemplar y un obrerismo admirable. Pero qué clima para mis huesos y qué enorme depresión crea en la pobre gente solar que somos los del Norte de Chile. Vi escuelas y sociedades obreras, ayudada por el Ministro de Trabajo, que nos atendió bastante. He mandado a Chile las informaciones que pueden ser aprovechadas.

Noticias literarias.

Mucho que decirle en este capítulo, que sin embargo será breve. Usted seguirá las novedades desde Madrid, por sí mismo y por Guillermo de la Torre. Mi suceso ha sido el descubrimiento del escritor regionalista de Suiza, Ramuz. Me interesa muchísimo. Léaselo usted. Lo demás son menudas admiraciones y entusiasmos pasajeros.

De Chile me han llegado unos dos libros de Marta Brunet, que está haciendo cuentos excelentes, tan buenos o mejores que los de Baldomero Lillo. Puede ir lejos; tiene orden, observación nítida, unidad, sobriedad ejemplar. Hace tipos verdaderos y yo siento a Chile a cada párrafo.

Fuera de eso, Alone me habla de una novela de Neruda, que es muy exquisita y que yo no he leído.

Yo espero que en el Instituto hagan espacio para formar poco a poco una buena biblioteca hispanoamericana, en la cual tengan su sitio estos nuevos de Chile que merecen difusión.

He leído buenas críticas de la novela de D'Halmar, en revistas de Américas, y me he alegrado por este hombre tan consagrado a la literatura, de ojo tan fino y al cual solo ahora dan en Chile su verdadero lugar.

Y ahora, mi amigo, que usted se halle bien, que mire mucho nuestra España, que la mire también por mí, y que me escriba unas letras sobre el primer acápite de esta carta kilométrica.

Cariñoso saludo.

Gabriela

P.D. Olvidaba: permuté mi puesto y estoy contenta: tengo solo dos días de trabajo y derecho a la sección de “redacción” como a la de “letras”. Plena independencia y ningún horario de taquígrafa...

¿1926?

Mi distinguido amigo señor Aguirre:

Muchas gracias por ese nombramiento de Relaciones que me deja con más derecho para tratar en el Instituto los asuntos de Chile. Anduvo usted con extrema y cariñosa diligencia. Yo le debo ya tanto, que cualquier palabra me resulta repetición vacía. Usted sabe que tengo fiel la memoria de nobles servicios.

He estado inquieta a causa de los sucesos últimos y hemos conversado con la familia Quezada sobre estas cosas. Como su servidora no entiende de política, los sucesos que aquí llegan se le quedan confusos y contradictorios, hirviéndole en la cabeza.

Ojalá usted con su gran prudencia evite males mayores, un conflicto peor de civiles y militares. Chile se desprestigia enormemente si va más lejos la situación y una guerra civil, de la que hablan aquí algunos desocupados bélicos, nos hundiría. Somos pobres de solemnidad y no hay ideales que justifiquen una matanza. Lo del Perú se ve muy oscuro. Yo trabajo con un profesor de la Universidad de Lima, Belaúnde, haciendo un equilibrio, hasta hoy feliz, en el Consorcio... Ambos somos Consejeros. Yo siento en él y en los otros peruanos importantes de París, que están a mil leguas de renunciar a sus provincias. La opinión francesa está moralmente con ellos y no digo la hispanoamericana.

La paz de Chile me preocupa hasta darme angustia. No es porque vivo de Chile, sino porque me parece grave que disminuyamos en honra, que es lo único que teníamos.

La situación de Europa también es turbia. Francia se militariza demasiado y yo caigo en el consuelo insensato de que todos sufrimos igual inquietud. Falta en el mundo fe religiosa y probidad; falta lealtad porque se vive en el engaño de la diplomacia; faltan caracteres y el pueblo está envenenado y confuso. Los sucesos de China llevan camino de enredar a Europa entera.

Yo ando ahora viendo oficios para mandar a los tres diarios de la América en que escribo algunos rumbos que sirvan a los obreros. No crea que me paseo demasiado; procuro servir informando.

Mi salud se endereza, porque este invierno ha sido relativamente dulce. Pero tengo recaídas frecuentes y vivo con un régimen de dieta muy duro.

Recuerdo siempre a su señora, que le da a usted tan linda sombra de paz y de cariño. Que Dios les guarde en estos momentos oscuros. Usted, con su presencia, limpia ese ambiente y puede definirlo. Lo peor es la vaguedad de hoy.

Un saludo muy cariñoso y todo mi agradecimiento,

Lucila G.

¿1926-1927?

Prado, yo siento mucho molestarlo, pero necesidad hace ley.

Yo necesito para la biblioteca del Instituto un Alsino y por lo menos dos libros más de usted. El Instituto quiere biblioteca, pero no compra libros... Así son en todas partes.

Sé que anduvo en el Uruguay y en la Argentina. Ojalá supiera que se viene por acá. Tráigame o mándeme sol elquino —mejor que el de Santiago—. Estas tierras del norte son horribles: lluvia estúpida, cielo bajo como de conventillo, charcos feos, humedad que hace crujir los huesos. He pasado mal. El sol de Marsella me alivió los dolores reumáticos. Pero he debido volver dejando ese Mediterráneo tan humano del puro bien que da.

Yo no sé qué libros franceses le llegan y si yo puedo mandarle algo.

Mis únicos entusiasmos de este tiempo son Ramuz y algún otro que no formulo bien.

A Pedrito un abrazo aparte.

Para usted y los demás un saludo cariñoso y el deseo de verlos que me nubla un poco los ojos.

Gabriela

Va la dirección nueva.

A U N A A M I G A

(sin datos)

1 de enero de 1927

Mi distinguida amiga: Sí, ya iba creyendo que usted me había sepultado en el Cementerio General, con coronas y todo, porque su silencio duró mucho. Era lo de menos que aquella gestión en mi favor no resultase; yo no soy de las personas que subordinan sus amistades a la dictación de un decreto... Yo necesitaba saber de usted y a la vez tener por usted noticias de Chile, y no me venía nada, nada. Parece que el conjunto de cuatro cartas que dejé en la Legación nuestra de Río corrió la misma suerte, porque la que mandaba a mi mamá con los detalles de mi viaje, tampoco llegó. De todos modos usted —perdone la insistencia— debió acordarse de su amiga a lo largo de un año entero, con una carta...

La han informado mal sobre mi asunto de Relaciones: antes de salir del Ministerio, don Beltrán dejó eso resuelto. Me dieron mucho menos de lo prometido, que eran 500 pesos oro mensuales; me dieron mil billetes, pero al fin eso vino a salvarme de la crisis, siquiera en parte.

Usted sabe que el franco cayó hasta el suelo. La vida era verdaderamente barata, sobre todo en Bélgica; después el franco subió, de un modo vertiginoso, y la vida quedó en los mismos precios de la moneda depreciada. Hoy, mi amiga, la vida cuesta lo mismo, si no más que en Chile, y quien le diga a usted otra cosa, le miente. Yo he tenido que arreglarme una colaboración semanal en un diario de Mé-

xico y otra en EE.UU., fuera de lo del Mercurio. Es un trabajo periodístico excesivo y, sobre todo, improductivo en el aspecto artístico, porque el periodismo es algo inferior, de vida efímera, que no se puede sumar a la obra literaria verdadera.

Si yo no tuviese dos casas, la de mi mamá y la mía, mi sueldo fiscal, unido a lo del Mercurio, me bastaría; pero las dos casas hacen el descalabro.

Ignoro si este año se acordarán de mí en Relaciones. El Ministro Matte me obligó a venir y por él yo estoy aquí. Le he escrito, para que no ocurra lo que el año pasado, que un decreto de enero se pagó en noviembre, y he encomendado a Prado la gestión fastidiosa. Ojalá hagan algo. Bastante derrochan en militares que viajan como príncipes, hedionda ralea que no sabe sino comer y envenenar a los pueblos con su concepto torcido del mundo.

Creo haberle dicho qué mala salud he tenido y tengo aquí. Tomé sin éxito los baños de greda de Spa; solamente el sol de Marsella y del Mediodía me quitó como con la mano mis dolores reumáticos. Me vine muy bien de allá, y el nuevo invierno vuelve a maltratarme. Ahora se me ha añadido una afección seria del hígado. Vivo con un régimen alimenticio tan estricto que me siento débil como un niño enfermo. Con todo, me he quedado aquí, en Fontainebleau, porque en el Instituto han sido demasiado finos conmigo y debo ayudarles. Hacemos una larga y lenta documentación sobre la América Española, referente a las cuatro secciones en que se divide el Instituto: letras, artes, universidades, ciencias. La América apenas contesta, o manda tonterías, y el trabajo se alarga enormemente, con las comunicaciones tardías. Buena gente, en mi oficina. Les renuncié

la jefatura de letras, por el horario, imposible para mí, que debía servir: de nueve de la mañana a seis de la tarde y sin moverme de París. No le dieron curso a mi renuncia hasta que pudieron crearme expresamente el cargo que tengo hoy de consejera técnica, igual categoría, y derecho sobre todas las secciones. Naturalmente, sacrifiqué todo el año pasado mi sueldo, con el cambio de empleo, pues el nuevo puesto no cabía en el presupuesto ya hecho en Ginebra. Trabajo, ayudada muy eficazmente por mi compañera, en un ambiente cordial y transparente, muy diverso de las atmósferas oficiales de Chile o de la América. Me he fijado yo misma dos días a la semana de asistencia y el resto de la tarea —notas, circulares, lecturas, etc.— lo hago en la casa. El carácter francés no será nunca el mío; no hay razas más diferentes que la española y ésta, pero, le repito, tengo muchísima más tranquilidad que en los famosos medios escolares de mi país o de México. La América es una guerrilla permanente, una menuda pelea sin sangre, llena de pequeñas miserias. Yo estaría enteramente contenta si no cargase con una salud tan quebrada, con un cuerpo que el frío diezma absolutamente y que solamente la luz aceita y resucita.

Tuve mucha inquietud cuando la prensa informó la nueva revolución en Chile. Ya era de esperarlo: cuando los soldados se meten a legisladores o a poder ejecutivo, hay para largos años de tiranía, de vergüenza y de ruina moral. Yo no creo ni en gobiernos de militares ni en fascismos, mi amiga. La única decencia son los gobiernos civiles por entero. Ibáñez valdrá lo que se quiera como persona, pero es hombre sin ninguna inteligencia, manchado con los aumentos de sueldo vergonzosos que pidió e hizo dictar para sus tropas con un sentido primario de la política. Tampoco creo en un fascio hecho por los radicales, partido con no

más de tres o cinco jefes puros y con el resto en podredumbre de rapiña y lucro. Creería en este Ministerio de R. Vicuña, si no tuviera en su seno el peligro permanente del soldadote. R. Vicuña entiende la democracia en el sentido suizo, es hombre limpio que no irá a hacer festín de buitres en la hacienda —en el resto de hacienda que dejó el inmundo plebiscito— y que puede sugerir una legislación en favor del pueblo. Las revoluciones no beneficiaron sino a la famosa clase media ávida de goce y desmoralizada en pocos años.

Hemos conversado aquí largamente con don B. Mathieu sobre la cuestión de Tacna y sobre la política cínica y chauvinista que lo rodeó y le ató de manos en el gobierno. Yo no sé qué escribir mañana para *L'Europe Nouvelle*, revista internacional de mucho peso, que me ha pedido un artículo sobre el pleito de Tacna. De tal modo nos portamos allí sucitamente, a la vista de la América.

Salgamos de estos tristes comentarios, mi buena amiga.

Le pido que dé a su hermanita mi cariñosa felicitación por su matrimonio próximo, y que se la dé también a su señora madre. Es una gran cosa que se haya encontrado un compañero bueno, gran paz para usted y para su mamá, por el porvenir. Siempre me conmovió ver la fraternidad perfecta de usted hacia ella, tan rara en estos tiempos en que el desasimiento de los seres comienza en la familia. Dígale mi recuerdo y mis votos por su felicidad.

Hace un mes o más me llegó una carta de la señora Izquierdo de Phillippi, una de las mujeres más inteligentes de Chile, que ayuda al Rector de la Universidad Católica, en forma honoraria. Ella me da cuenta de una gestión que

habría hecho ante el ex-Ministro Huidobro, encaminada a hacer que me nombraran directora de una Normal Rural... El Ministro, en una carta que guardaré para recuerdo, le dice que cree que yo no tengo buen ambiente en el Consejo de I.P. Le añade que me conoce como persona muy amante de la naturaleza... Me he reído con sana risa de esta especialidad mía que no conocía y que resulta ser lo importante de mi pobre persona... La señora Izquierdo procedió, con buena intención, recordando que hablamos alguna vez sobre una Normal Rural, como la escuela más grata para mí, pero yo no le dije que ella sería imposible en otra forma que como colegio particular, dados la torpeza y la ignorancia fabulosa de ese Consejo de I.P., del cual de ninguna manera yo aceptaría depender. Creí que debía recibir al Ministro y al señor Bahamonde, explicando el error y poniendo las cosas en terreno de dignidad. Les dije claramente que estoy en absoluto desacuerdo con los programas y los rumbos de la enseñanza fiscal y que en parte jubilé por no ser solidaria de una educación tan mal guiada.

Veo por su carta que también ha oído hablar usted de mi regreso próximo. No mi amiga. Yo tengo un compromiso de dos años con la Liga de las Naciones, que debo cumplir por Chile, es decir, por intereses de Chile. Después, yo debo ver las cosas educacionales y de índole social más interesantes de Europa. Irme a Chile hoy sería irme a La Serena, a refugiarme de las maffias de Santiago. En La Serena no tengo sino la alegría de ver a mi mamá. Es una ciudad odiosa para mí por su beatería mala y su muerte completa. Así, pues, yo no he pensado en tal regreso inmediato y los de la mafia pedagógica pueden roer el queso de la enseñanza sin temor de un huésped inoportuno y odioso.

Supé por el Mercurio el ascenso, tardío, pero tan justiciero de la señora Sotta. Dígale por mí muy cariñosas y alegres palabras de congratulación. No la he olvidado, como no olvido a otras amigas y amigos de Chile a quienes no escribo. Me falta absolutamente el tiempo, porque leo mucho, para informarme de las cosas de Europa, porque tengo esos artículos de periódico y porque la labor de correspondencia del Instituto es enorme y fatigadora. Ojalá le dejen libertad para llevar esa escuela de Aplicación en forma nueva y eficaz.

Vale muchísimo, es un elemento precioso y su ascenso, es una de las pocas cosas dignas del señor Salas, ese pobre hombre tan torpe y tan vanidoso. Ya sé que es su amigo. Perdone usted. Él sirvió en los primeros años de su empleo; después ha creído que la educación sigue siendo lo que en su remota juventud, en Alemania, y está engreído de poder radical, además.

Supé de esa Asamblea pedagógica. Los mejores fueron los primarios, naturalmente, como que tienen ideales y son jóvenes de alma, cualidad rara en nuestro país, donde se oye a la polilla en el corazón y en la cabeza de los hombres. Lástima que los masones echen mano a los primarios para atraparlos; los volverán burgueses a su manera, carne de apetito fiscal y de rutina pedagógica.

Lamento la salida de Loyola del Pedagógico; es hombre puro, con una vida entera de estudio. Tendrán que reincorporarlo algún día.

Y dejo para el final su proposición llena de bondad generosa para mí. Si vuelvo a Chile antes de lo que pienso, por cualquier circunstancia, aceptaré su ofrecimiento, mi

amiga, de una pieza en su casa escolar siempre que no le eche encima a mis enemigos con ese hospedaje... Pienso como usted que podemos avenirnos fácilmente en la vida, porque ambas tenemos respeto de la independencia ajena y porque nos estimamos y nos queremos. Si la vida sigue subiendo aquí, tendré que ir a reunirme con mi mamá en La Serena; porque a Santiago no puedo llevarla. Si la atmósfera se define en Chile, y no hay petipiezas políticas cada seis meses, naturalmente volvería pronto, relativamente pronto, después de cumplir mi obligación con el Instituto. Muchas, muchas y muchas gracias. Yo aprecio en cuanto vale su buena voluntad.

Al Dr. Fontecilla que sentí no verlo. Me dicen que estuvo aquí el año pasado. Yo andaba en Bélgica. A propósito: vi en Bélgica las mejores escuelas y las más limpias organizaciones obreras. País ideal, por la democracia y la vida barata. Pero el clima es horrible, mi amiga. Sin eso, yo hubiera quedado allá más tiempo, aprendiendo cosas.

¿Y el Club de Profesoras? Nada sé de él. Cuénteme algo.

Mi amiga, gracias por sus dos cartas. Cuando yo no le escriba, será que tengo mucho que hacer, escríbame usted y deme el mayor número posible de noticias. Cuando le escriba brevemente, perdóneme. Esta carta kilométrica vale, en letras, por diez...

Un abrazo.

Gabriela

1 de septiembre de 1927

Mi amigo M. Carrión:

Creo que hay, entre su primera carta y la que hoy leo, otra, que hace un hueco. Porque en la última me habla usted como de cosa consabida, de una colección de libros que llevarían mi nombre, como nombre de serie y yo no sabía nada de esto. Por la carta del señor Vuillermoz, conozco más detalles: sería un libro pequeño, de índole económica, y usted tendría la dirección de ellos. Me parece muy bien que usted tenga ocasión espléndida de servir intereses de cultura de nuestras tierras; me parece muy bien que usted, que es tan sano de alma, pueda dirigir, elegir y trabajar por nuestros pueblos, al margen de la política y del oficialismo.

Habla el señor Vuillermoz de un librito que se vendería a una peseta.

Tendría que ser muy pequeño, para eso. No está demás hacerle esta observación de psicología librera nuestra: el libro entre nosotros puede ser de pocas páginas, de poca lectura, bien espaciado de líneas, pero no demasiado reducido de formato. Se paga mal o se quiere pagar mal, mejor dicho, el pequeño libro, aunque esté cargado de letras, de material. Una peseta es demasiado poco; hay que decir a nuestro Editor que el librero allá cobra lo que ha dejado de cobrar el Editor y que el libro barato no puede existir, por ellos, por voluntad suya. Estaría bien peseta y media o dos pesetas. La presentación de buen gusto, con cierta originalidad, importa mucho, hasta hay cierto snobismo de la

tipografía que hace fácilmente vendible el libro pintoresco o de buen gusto exterior.

Por encima de todo, mi amigo, tener corazón firme —un poco duro para la verdadera lujuria del libro que ya se siente hacia la América, y velar mucho, pero mucho por el prestigio literario de la colección, evitando escrupulosamente los compromisos de amigos. Se ha caído en una falta de respeto enorme por el libro, y se publica cuanto se escribe, lo cual es una vanidad y una calamidad, además...

Dice el señor Vuillermoz que la colección sería de prosa y verso. Yo me permitiría aconsejarle un libro de versos por tres de prosa. Sería modo de estimular los géneros respetables, desdeñados allá por pereza, la novela con asunto americano, el cuento especialmente, la biografía, la descripción de viajes, la historia, etc. Lloverán los poetas; abrir la puerta a los que efectivamente valen, que son muy pocos. Un género muy recomendable son las lecturas populares, para obreros y maestros. La de niños es importantísima.

Usted me habla de un libro mío. Yo tengo unos tres a medio acabar, pero no puedo darle uno inmediatamente, como usted querría y como lo desea, con su buen afecto para mí el señor Vuillermoz. Las poesías infantiles están editadas —por Calleja, con un fuerte contrato que no me permite publicarlas en parte alguna que no sea allí, para las ediciones futuras. Con el nombre de “Ternura”, ellos las publicaron en una edición de lujo, cara y mal repartida. Me pagaron por ella y el libro de Lectura para Mujeres una buena suma, en momentos en que yo necesitaba dinero.

Yo agradezco al editor su proposición para mí, en la que siento su esfuerzo amistoso en mi favor y procuraré dar-

le el año próximo un volumen en las condiciones que me ofrece a través de usted. No sé cuál sea, si unos Motivos Franciscanos, si las Estampas completas, si los Elogios de las Materias o una selección de artículos, fácil de hacer en el conjunto de cien que habrá luego. Para todo esto necesito tiempo de elección y no podrá ser antes del año próximo. Entre esos artículos hay viajes y cosas diversas, algunas hechas con cuidado.

Yo tengo mucha simpatía por este editor caballeroso que es él, y que sale del molde de los de su oficio; me parece con los Calleja, lo mejor que he tratado y cada vez que hay ocasión lo recomiendo calurosamente a los amigos.

Mi pereza para escribir cartas hace que deje algunos datos sin mandárselos. Aquí va uno, por el momento: viene a París don Pedro de Alba, senador mexicano y escritor, que ha publicado una excelente vida del padre Las Casas y que ha hecho otros trabajos históricos. No sé si está ya en París. Él puede preguntarlo a la Legación. Hombre fino y cabal, servirá para entrar en relaciones con la editorial, que podría hacerle sus demás obras.

Vamos a la colección, nuevamente. Acaso se consiguiera de Capdevila algo. Significa mucho Capdevila, como escritor, como poeta, como hombre limpio, y un volumen suyo honraría, sin lugar común, la serie. Pero las editoriales argentinas pagan bien en relación con Europa, y solo por un sacrificio económico, nos daría un libro suyo.

Tengo yo para el señor Vuillermoz una cosa espléndida que le remito a usted, para que se la haga llegar. R. Arévalo Martínez quiere que se haga en París un solo volumen con ese maravilloso cuento El hombre que parecía un caballo

y las bellas prosas que le siguen y con el libro de poemas único que ha hecho. Se trata del primer escritor centroamericano, sin ninguna duda. Yo quería que él hiciese por cuenta suya la edición en París América. Me dice que no tiene dinero. Ahora yo le propondría al señor Vuillermoz que haga la edición, ya sea separada o en conjunto, de verso y prosa y que pague al autor en ejemplares, reservándole, por ejemplo, la venta en toda Centro América. En los demás países el libro se venderá, pues A. M. es autor muy conocido, aunque se le estima menos de lo que vale, pues vale muchísimo. Pídale usted a nuestro editor una o varias proposiciones; dígame que yo le aprecio profundamente, hasta el punto de pensar en hacer economías para costearle la edición, si no sale por otros medios. Puede él escribirle a la Biblioteca Nacional de Guatemala, de la cual es hoy día director; le servirá como corresponsal, si él quiere y le dará los informes que necesite sobre el mercado de libro en su país. Yo le ruego que le proporcione las mejores condiciones y que no vea en él a un principiante, pues tendrá en sus manos a un escritor formado.

Van por certificado los dos libros, casi inencontrables, y que le encarezco guardarme. Yo debo hacer su prólogo, con calma y honradez, a pedido suyo, que mucho me satisface.

Usted querrá que le ofrezca para la colección cosas de Chile. No he recibido respuesta de Pedro Prado sobre un librito suyo que quería Miomandre traducir al francés y que yo deseaba ver publicado por la Editorial nuestra La reina de Rapa Nui, cuento largo sobre una india de la Isla de Pascua, asunto exótico y precioso. Vuelvo a escribirle a Bogotá, a donde se ha ido.

Talvez podamos disponer de un librito pequeño de la cuentista chilena Marta Brunet, poco conocida y regionalista de buena cepa, de un libro de versos de Pablo Neruda, nuestro mejor poeta nuevo, si es que accede a que se le haga una selección, pues hoy no escribe sino futurismos que no se venden ni se leen. Ha pasado por París hacia la Indo-China o cosa parecida... Barrios cobra mucho por sus libros y no contaríamos con él.

Consiga usted, entre sus biografiados, algo para comenzar con un nombre grande.

Talvez el profesor Belaúnde quiera darle un conjunto de conferencias. Iberico Rodríguez, el peruano, estaría allí muy bien. Y, no olvide, tiene algo acerca del hermético Vaz Ferreira. Escriba también al Maestro Caso, del que podría hacerse una excelente selección.

Mi nombre en la colección no pesará lo bastante. Créalo. Y no sienta este reparo como mala voluntad, sino como pura confesión de fuerza pequeña. Usted cree que le sirve; ojalá no se equivoque, porque es malo errar en empresas tan bonitas.

Deme más detalles. Ha ido hace tres días una carta larga, desde aquí, de Pertuis. Temo que se extravíe porque llevaba la dirección del consulado, sin detalle de calle y número. Cóbrela pronto.

Nuestro amigo Arroyo anda de viaje con Vasconcelos y yo no he pasado a su oficina en este viaje a Marsella.

Salude a nuestro editor, diciéndole que escribo escasas cartas, pero que siempre lo recuerdo y que estoy pronta a

servirlo, como buena amiga. Pídale unos 10 ejemplares de anticipo de la revista en que vienen mis Estampas. Dele mi dirección de Marsella y dígame que cuando llegue a París le avisaré o pasaré a visitarle, para que hablemos de autores y mercados librereros.

Perdone la carta llena de encargos. Téngame paciencia y contésteme sobre cada uno.

Un gran saludo cariñoso. Otro ídem de Palma.

Gabriela.

16 de septiembre 21927?

Mis nobles amigos Alfonso y Manuela,

No sabía dónde escribirles antes, ustedes andaban lo mismo por Azcapotzalco que por la Sierra de la Silla. Yo sé que en viaje molestan mucho las cartas y que es mejor recibirlas en la casa definitiva o casi definitiva, después de los abrazos y los discursos.

Se nos fueron ustedes y yo tuve una curiosa sensación de persona robada, mejor dicho de pobre diablo robado, que siente cierta indignación burguesa que no le corresponde por el suceso. Yo no sé si quiero a alguien sino cuando se van bastante lejos; si se mudan cerca yo no tengo la revelación sobrenatural... Por eso con los muertos la prueba es perfecta. Pues, resultó que yo les quería más de lo que me consiento a mí misma, solterona con corazón economicadísimo, arrepentido de viejos despilfarros. Hacen mucha falta. Usted, Alfonso, me hace la misma manera de ausencia que Palma: me siento muy tosca, muy zurda, muy pesada sin oírlo. Usted, Manuela, que no alcanzó a quererme (yo tengo la pretensión de que no se me quiere a mí antes de cinco años), tenía para mí el fuerte valer de las gentes que no se dan fácilmente, por alguna cosa bravía del corazón; hay que esperar a esas y los que no hemos esperado el afecto ponemos en este acto una exaltación muy linda.

Bueno que se me fueron. Tengo la impresión de que a la Palmita no se le han ido. Eso debe ser la nacionalidad, se me ocurre, cierta imposibilidad de desvincularse del todo.

Porque usted queda a igual distancia de ambas y yo sé que Palma los tiene, a mano, y “que solamente yo los he perdido”.

Me acuerdo de su niño con un cariño muy grande. Y, aunque Manuela me dijo una broma respecto a él, yo que tengo el pecado sin remedio de enderezar las bromas a las veras, para dar unas veces alegría y las más penas, lo miro y lo nombro... no se ríen, de modo diferente de los demás niños que quiero. Este es uno que puede ser mío. Alfonsito solo hace lote y los demás son cosa aparte.

Yo vuelvo a tener mis dolores reumáticos, ahora como ciática fija, molesta, pero sin gravedad. Se me ocurrió tentarme con el mar en Niza y creo que desde esos baños viene mi dolencia.

Nos vamos a París a comienzo de octubre, para quedar allá un mes y medio. El invierno volveré a pasarlo en la Provenza. Andamos saltando entre Arles y Montpellier, Aix y Bandol. Palmita ha estado viendo las universidades del Mediodía, que no son malas.

Ya sé que han recibido a ustedes muy bien en esa tierra, lo que no es sorpresa, aunque da mucho gusto y no sé qué confianza en que el mundo no es malo por los cuatro costados. Dénmele un recuerdo a Alfonsina y a Capdevilla.

Que Alfonso se cuide de esa vida social excesiva que hace allí, pues su cansancio nervioso, por el sueño atrasado, por los dos años de París, por los que queremos verlo joven, aunque le guardemos la más linda amistad para cuando sea viejo.

Estuvimos con Vasconcelos en Niza y en Bandol; andaba con su mujer y sus niños. Anda como enloquecido —no hay exageración— con el encuentro de la famosa Elena, con quien firmó pases en EE.UU. Llega a hacerse difícil y peligroso hablar largamente con él; está irritado, un poco sonámbulo y su pasión de EE.UU., que siempre le toleré como cosa que le venía de su voluntad de contradicción, ya se le vuelve verdad que se le toca y que molesta.

Tal vez se le ha hecho embarazoso conversar conmigo por la circunstancia de que la señora Elena se ha dedicado a insultarme en una serie de artículos que a él envía. La pobre cree que yo también tuve mi aventura con él. Ni modo de probarle que se equivoca; no sabe que soy vieja y que además nunca he visto en Vasconcelos al “galán”. Nos vinimos de Niza, tristes de ver a Vasconcelos, a quien queremos tanto, en ese estado de ánimo. El de su mujer ustedes lo conocen, yo no había tenido ocasión antes, como ahora, de tratarla y de oírla. Todo eso es muy triste; tanto como sin remedio. Hace pensar largo y aflige.

Voy a pedirle un favor, Alfonso: me han pedido —personas que aprecio mucho— una gestión sencilla ante el Ministro ruso en París. ¿Podría usted darme una presentación para él? Además de este asunto particular, yo le pediría datos que necesito sobre la reforma educacional en Rusia. Perdóne, Alfonso. Me cuesta presentarme ante una persona que no conozco.

Tal vez él salga de Francia. Si mi carta llega a destiempo, ya no se preocupe.

Mi tierra sigue con su misma plaga de “botudos”. Lo peor es que ya se ha hecho normal lo anormal y que ya no susci-

ta ninguna extrañeza. Mi hermana me dice que no regrese todavía, y tiene razón, por mi imprudencia cotidiana para vivir en semejantes situaciones.

He extraviado el recorte de un largo editorial de El Mercurio que escribió Armando Donoso sobre el ascenso de Alfonso, lleno de respeto y de cariño hacia él. Donoso trabaja en El Mercurio y Alfonso puede mandarle dos líneas allí. Creo haberles enviado el artículo tan finamente justo, de Marcelle Auclair, y alguna otra cosa.

Palma se va a fines de año. Ya saben ustedes que murió un hermano suyo y que su familia ha quedado muy apesadumbrada.

Perdone la carta de raid norteamericano, en mérito de mi sobriedad anterior. Reciban un abrazo grande en que quepan los tres.

Gabriela.

Añadidos: Pani se hizo nombrar delegado ante el Instituto y ahí dentro no hubo sino aceptar. Tuvimos una reunión con él en casa de Zaldumbide, para tratar de unas comisiones nacionales. Él no me dijo nada sobre el asunto.

Díez Canedo vino a París y me ayudó a convencer a Belaúnde sobre sus “clásicos” patrióticos y otras menudencias. Díez Canedo se va a Chile el mes próximo, a dar unas conferencias en la universidad, usted lo verá de regreso. Nota de Palma Guillén abajo:

Palma los quiere con todo el corazón y está triste, triste de recordar.

2 de octubre de 1927

Pensado y vuelto a pensar Vasconcelos:

Yo no puedo callar más ni puedo tampoco morigerar en una pavesa menos, este descargo de sinceridad. Usted me conoce y usted sabe que por ímpetu de decoro doy en palabras, como quien da en saetazos, la verdad que otros pretenden poner pintarrajeada en un ataúd.

Yo no podría ser fiel a México, fiel a usted y tampoco fiel a mí misma, si sumiese este borbollón de franqueza. De absoluta franqueza.

Y voy al grano —que ya he puesto demasiada fronda.

Convéznase, amigo mío, que no es usted pasta de general o almirante, ni siquiera de cabo ni grumete. Lo suyo es gobernar ideas. Dios le ha dado sesos para que conduzca con lucidez al mocerío, a los vejestorios, a toda criatura que sepa leer y oír.

Ya se lo he dicho y lo he escrito: usted, como Maestro, queda a la par con Sarmiento; usted, cuajó en sus años de ministerio, siglos de cultura. Siglos, amigo. Porque Europa se ha tomado medioevos y renacimientos para darle tuétano a su cultura.

Lo que usted propulsó para beneficio de la indiada, no lo lograron ni las huestes ni las misiones del Imperio Español; no pudieron tamañamente ni la espada ni el catecisis-

mo. En usted se restituye la pérdida de Las Casas y en usted no debiera cesar esa caridad de la cultura.

Desengañese en cuanto a su capacidad de discernimiento. Es muy otra la faena de escoger entre informes que se codean sobre el escritorio y escoger entre ambiciosos que compiten por adularlo. Y usted, como hombre, es indefenso al adulo. Se le rinde como la cobra al hábil flautista que... acaba por meterla en su canasta.

Acuérdese de las experiencias con T. G. y con P. S. (prefiero ni ensuciar la tinta con sus nombres completos).

Tengo la honra de no haberlo adulado jamás. Debiéndole, como le debo, los años de sosiego en México, mi gratitud no me venda los ojos para completarle en toda su reciedumbre de intelectual y en toda su fragilidad de pseudo líder. En lo primero, es un bronce insigne; en lo segundo, un embeleco. Y usted se menoscaba al consentirse el embeleco.

Más debo decirle.

Dése cuenta de que un pretendiente a héroe, un candidato a prócer, no puede ostentar el más leve desliz en su vida personal —si es que quiere merecer nuestro respeto—. Usted ha hecho de su vida íntima un espectáculo banal.

Usted viajó pavoneándose como un... Lord Byron mexicano, pero sin tener la genuina vocación para los derroches sentimentales. No en vano se nace noble...

He escuchado, tanto del lado de los suyos como del opuesto, una crítica unánime, toda adversa, caldeada de irrita-

ción; y la he escuchado con los labios pegados por la falta de razones con las cuales silenciar ese torrente nítrico. ¿Cómo se las arregla usted para engruesar el tímpano y deambular sobre los bulevares como si pasara por la gruta de Cacahuamilpa?

Retírese a sus libros, como Quevedo —y no como él: que fuera obligado, a lanza. Refúgiense en la paz fértil, gobierne sus letras, conduzca su pluma y así alcanzará a poner a salvo lo que aún queda de su prestigio. Se lo agradecerán su madre y sus amigos todos.

Gabriela Mistral.

Cavi di Lavagna, Génova, Italia, 27 de octubre de 1929

Querido compadre y compañero.

Veo que usted no ha recibido una mía en la que me despedía de usted antes de irme, anterior ella a la otra en que le pedía un dinero. Estoy casi segura de haberla mandado; pero como estoy en medio de una batahola de papeles, no puedo saber si la he cogido con los que ya están en maletas. En esa carta le decía yo que mi ganancia de mis años de Francia era su amistad y unas dos más de ese tamaño, y le decía que en Italia leería su libro y desde allá le escribiría.

Pero como me he ido quedando, a causa del desastre que le he contado, sí lo he leído ya, y lentamente, y voy a conversarle de su lectura.

Usted sabe, sin que yo se lo diga, que yo tengo un interés leal, un interés sincero por su carrera literaria. No es el caso de tanto mozo a quien contesto una cosa amable sobre sus libros. Yo le he tomado a usted, por tercios, es decir, por porciones iguales, como un gran prosista que está ya en el horizonte, como un futuro maestro de su país y como un hombre para escribir historia bella, historia dinámica y sanguínea.

Su novela será un éxito popular en el sentido de que es tan liviana, tan ágil, tan agradable, que se lee de un sorbo. Para leerla con calma, yo me he forzado: tan rápido es el declive como de agua corriente del interés que ella levanta.

Yo entiendo, compadre, que usted ha querido pintar un ambiente, y curar con la pintura, hacer lo que un teólogo que, desesperado de un pecador, le pasó un espejo y le hizo ver —y era cierto— cómo la cara se le había vuelto siniestra. Su libro en buena parte cuenta también a mi país; los tipos son americanos, cínicos, desorientados, mesiánicos, etc. Yo entiendo cabalmente que usted ha escrito bajo una norma apretada de verdad y de justeza. Pero yo creo —tal vez me equivoque— que no es su parcela, que usted no anda sobre la arcilla suya en ese género. Usted recuerda la explicación que da Daudet de por qué Mistral se puso de pronto a escribir un diccionario de la lengua provenzal. Él explica que todos llevamos un pozo, un légamo, de recuerdos ancestrales, de gestos, de acentos, de voces, que necesita descargarse. Mistral, a pesar de la índole regional de su obra poética, no se descargó de eso, según Daudet, sino cuando escribió el Diccionario. Quedó liberado de los fantasmas de sus abuelos. Yo recordaba la teoría, que es admirable, leyendo su novela. También usted ha necesitado vaciar el tro-plein —no sé cómo se escribe— de su Ecuador; decir lo grotesco y lo necio, y lo malvado y lo impuro. Es una especie de fisiología del alma lo que Daudet explica y es verdad que contiene un ímpetu fisiológico.

Con todo, yo sigo creyendo que no es su “encargo”. Si la actualidad lo tienta —yo no puedo nunca desasirme de ella— usted puede publicar un libro y muchos, de periodismo un poco lírico, muy descriptivo, muy fértil, como lo suyo; pero la novela contiene no sé qué banalidad ingénita, a pesar de Dostoievski, no sé qué mundanismo, no sé qué sucia indagación de la vida, y hasta una secreta canallería, todas ellas cosas que no están en usted. Espere, en todo caso, a que le hablen otros que sientan hacia su obra la misma obligación de sinceridad que siento yo. No me crea demasiado; usted

sabe que hay en mí cierto fondo de fanatismo español simplista y que siempre voy muy lejos en el juicio. Además, compadre, yo no tengo leña de crítico. Muchos juicios he escrito y algunos me los han celebrado, pero yo sé bien que aquello no era crítica ni cosa parecida, sino pura sensación, una sensación casi física que me da a mí la lectura; eso, y no una arquitectura intelectual de la obra leída. Yo tengo poca mente; tengo sentidos e imaginación, que sobran al crítico.

Le envidio en la novela la electricidad de la acción, la rapidez, una especie de atletismo que hay en lo que usted escribe, mejor dicho, de gimnasta con músculos aceitados. Aquello corre, el asunto; no se estanca, no se arrastra en ninguna parte.

Ahora pasemos a otra cosa. Usted anuncia en su libro una segunda serie de la N.A. y veo allí mi nombre. No, mi amigo, no eche a perder usted esta amistad de nosotros con un panegírico. Seguramente usted se sentirá obligado a decir óptimamente de mí, y eso será malo. Supongamos que se quedase en lo justo. Pero ¿qué tengo yo de “creadora de la América”? En primer lugar, yo siento una profunda decepción de nuestros países, que cada hecho nuevo me acidula más; yo he abandonado la actitud mesiánica que tuve algunos años, convencida de que el mesianismo es vanidad en parte, en parte ingenuidad, en parte vocinglería, puro meeting en la sabida plaza. Yo me he separado violentamente de los planes de salvación de nuestros “maestros de América”. Aun de Vasconcelos. Al que tendría más próximo sería a Vaz Ferreira, si no fuese que su ateísmo me lo enajena. Yo he sido maestra, Carrión, sencillamente maestra con minúscula, desde la escuela rural hasta la dirección de liceo; yo he escrito como suplemento del oficio, versos para los niños; yo he dado conferencias en México

y otras partes, y el año próximo voy a hacer un curso en una Universidad yanqui sobre literatura nuestra. Todo lo cual, mi amigo, es pura profesión cuidada, con cierto aire, si usted quiere, de Evangelio, pero eso no es creación de la América. Dios me libre de semejante ambición con medios tan indigentes. No me dé usted la cólera y la tristeza que me han producido siempre los elogios exagerados. No me dé usted el sufrimiento, que es un poco quemadura de punzón, de verme a mí misma aceptando un destino y un nombre que me exceden, porque entonces dejaría de estimarme, y es lo peor de este mundo perder la propia estima. Está llena la América de liderecitos, de apostolitos, de rectificadores del mundo, que reciben estas designaciones con toda seriedad; yo sonrío de ello; no me ponga usted en el caso de que la burla se vuelva contra mí.

Como usted ha anunciado ya mi nombre, ponga una simple nota diciendo que yo me he rehusado a ese honor que era cariño suyo hacia mí, y nada más. Es radicalmente sincero cuanto le digo, y no modestia embustera, compadre.

Un ofrecimiento. Los libros de Vaz Ferreira son muy escasos. Yo los tengo casi todos. Dígame, en un telegrama, si se los mando antes de irme. Son sencillamente preciosos y yo no he hallado acento semejante de maestro americano; tono menor, suavidad penetrante, sencillez, convencimiento y una cultura de veras y una gran repugnancia de asombrar y dar desalumbramiento a nadie con su lenguaje. Una clase, una colección de clases que parecen de universitario francés.

Palacios es cosa diferente, más americano, más lujoso, más efusivo y, aunque no ama a España, bastante español por el alma superabundante.

Mi amigo, reserve esta carta en totalidad; es una conversación con usted.

Un cariñoso recuerdo a la señora; un gran agradecimiento por su servicio y hasta luego.

Me voy de aquí a Marsella el 5, tal vez el 4 de noviembre.

Gabriela.

Cavi di Lavagna, Génova, Italia 1929

Mi noble amigo:

Abrazo a ustedes dos con mi cariño de tres años, que parece viejo de puro sólido y de puro tierno. No quedé a su lado el tiempo suficiente para que usted me quisiera también, Reyes. Eso será algún día. Enferma y todo, yo cuento siempre vivir 100 años, sin ninguna gana de ellos.

Béseme a Alfonsito. En dos años más ya será un joven y no se podrá mandarle los besos de los niños.

A veces he sabido de ustedes por Francisco G. Calderón o por Pacheco.

Nunca por usted. No me ha dolido su silencio porque soy de la gente respetuosa del tiempo ajeno y del suyo tanto más. Pero me ha dolido un poco ahora, en mi pena definitiva, Reyes, y la muerte de mi santa madre. Yo vivía un poco sobrenaturalmente sobre su presencia en este mundo. Con mi fe y todo, he quedado con el alma en el puro polvo feo. Yo quisiera conversar con usted, con Manuela, noches enteras ahora, cuando dormirme me cuesta y la oscuridad se me llena de miedos terrestres. Porque la oración me levanta muy poco y la prueba de mi fe que sufro es muy dura.

Palmita se fue de París en febrero de este año. Tampoco la tuve a ella en mi desgracia sin remedio. Le he aconsejado que dé sus exámenes para el servicio consular. Ojalá lo haga y venga a quedarse cerca de mí.

Me voy a Italia. El invierno pasado fue muy crudo aquí. Quedo en un pueblecito cerca de Rapallo, que me dicen abrigado. Va al pie la dirección. Allá me reuniré con mi hermana, que viene de Chile a quedarse conmigo. Tengo conmigo un niño de cinco años, de una amiga española. Con él —y con él!— he conversado de mi viejecita muerta y Usted, que sabe llorar, habría llorado de oírnos. Aquí, en la loza de la Provenza, con árboles, con mucho silencio malo para la pena, y con un mistral endemoniado que parece un viento de la América mala.

Esta carta es interesada, Reyes. Primero, que yo necesito de usted alguna cosa que me ayude para una muy breve semblanza (cursi la palabra) literaria de usted. El año próximo, si mi salud anda mejor, debo ir a EE.UU. a dar unas conferencias sobre literatura hispanoamericana a varias, a unas dos universidades. Piense usted, lo mejor será mandarme una o dos críticas de la obra de usted que le satisfagan. Yo querría descansar en el juicio ajeno lo que yo diga, para no decir demasiado mal lo mío...

El otro servicio es el hacerme llegar la carta adjunta a la Sra. Elvira de Lewing, mujer del gerente del Banco Alemán en Buenos Aires. Yo le pedí una vez que fuera a visitar a usted en mi nombre. Son gente buena y noblota. No sé si fue. Temo que mi carta, que es muy larga, se extravíe sin dirección precisa. Les debo yo grandes favores y me apenaría que no la recibieran.

De usted solo he leído en estos dos años una recordación noble y preciosa de Nervo. Mucho se los quise yo a ese bueno de ustedes. Y agradecí su prosa fina conmovida como si hubiese sido para uno mío. Nada más y es mucha pena. Usted tuvo sobre mí, Reyes, una influencia que no le

dije y que le digo sin vanidad tonta de querérmele hacer su pariente. Entiendo ahora que fue desgracia perderlo pronto. Dios me lo traiga cerca. A su Argentina no he de ir. No me gusta eso, Reyes: demasiada grasa de oveja, que es en química una de las grasas más pesadas... Creo que la llaman lanolina y es espesa sin ser tuétano. (Perdóneme el pelambre) Además, ir allá sería ir a Chile y mi tierra sigue igual y lleva camino de hacerse peor con su milico de botas altas (no las rusas que usted quería para mí) que no quiere dejar de ser Presidente.

A propósito. Me tiene muy inquieta la suerte de Vasconcelos. Me parece que ha hecho una insensatez redonda con entrar en esta campaña. Si llegara, con bandidos llegaría también, pero ya usted sabe: él no oye a nadie, ni aun a la gente a quien importa fuertemente el que no desbarate como un loco su vida.

Perdóneme esta carta tan larga, al cabo tengo derecho de que por mí deje usted una audiencia de argentino... y vea si halla usted sudamericano ¡que no sea vanidoso! Su vieja

Gabriela.

(fragmento)

1929

(...) Sí, mi amigo, se me fue mi linda viejecita, que a esta distancia vertiginosa, y aun cuando apenas tenía ya luces de conocimientos, así y todo, era para mí una razón verdadera de vivir y una confortación profunda y hasta misteriosa. Ella era una especie de subsuelo mío, de donde me venía fuerza y no sé qué nobleza, esa nobleza de tener madre, que en las gentes se conoce en cosas imperceptibles, pero ciertas. Me siento como las plantas de agua cuando se les corta el pobre pedúnculo y van y vienen; y me siento desposeída de esta dignidad que da un arrimo de este tamaño, especie de vagabunda que no tiene más que el aire y la luz en este pobre mundo. No le hago metáforas, amigo. De Norte a Sur y luego de Este a Oeste, yo viví con mi madre poco tiempo... pero así, lejos de ella, así, sabiéndola con su juicio solo a medias, ella seguía siendo en este mundo que se me desmigaja y que me parece mentira tantas veces, la piedra de talla a que una se coge para no sentir el vértigo. En verdad, se me había ido hacía mucho tiempo; pero me había dejado esta ilusión de su pequeño cuerpo, que tenía atingencia con lo terreno y por este hecho me acompañaba, un mito de ella misma consentido para mí.

Yo creía volver a verla; mis gentes han vivido mucho y ella era de raíces vascas, que son tercas en el durar. Me había dado a mí misma dos años más de Europa, por la lengua, por el bien de ordenación que Europa hace, y un poco también por escamotearme a esta hora indecisa de Chile que

aún no consigo entender cabalmente. Nunca deberíamos tener planes, nada cuajado en esta nata de la vida que se rompe en cualquier parte y con la que no caben las resoluciones. Ya no vuelvo a verla, y yo, que tengo del cielo no una sino muchas visiones contradictorias, no sé si alcanza en alguna parte eso que llama la Iglesia su cuerpo glorioso.

Alguna vez rece usted por ella, mi amigo, aun cuando no la vio nunca.

Era una criatura donosa, llena de simpatía, de españolidad y de gracia. Su cristianismo era de los felices, de los sin sangre, y una fiesta su manera de creer. Ahora ella necesita, de mí y de mis amigos, ayuda en sus pasos primeros de desconcierto y tal vez de tribulación, en eso que llamamos, con tanta sencillez ingenua, la otra vida. Y le pido eso como el mejor recuerdo de mí y el más lindo regalo que pudiera hacerme.

Gabriela.

¿1929-1930?

Laura:

He leído muy rápidamente su carta, tengo como siempre, visitas. Le contesto a lo bárbaro, por la prisa.

1. He visto menos que usted, naturalmente, la miseria de nuestro país, pero la he visto bastante. Y lo he dicho en público y en privado cada día y varias veces al día.

2. Veré por tener sosiego y escribir unas “Canciones de oficios”. Me interesa mucho este menester. Allí será el caso de decir mejor algunas cosas de las que usted me habla. Voy a mandar también unos cuatro o cinco artículos en los que desarrollará también lo que he dicho privadamente.

3. He enseñado varias veces el Martín Fierro.

4. Me he ocupado y lo haré de más en más, de la pobre indiada. La he defendido en cada país.

5. El campesino me lo sé mejor que el obrero y por eso puedo servirle más.

6. No olvide usted su arte, Laura, y con él puede el arte también mío.

7. Desde que llegué de Elqui, he trajinado por conseguir algo para mi gente. Pocas veces tengo suerte y consigo algo.

8. También a mí me gusta Chartres por encima de las demás catedrales de Europa. Que su alma la ayude y que usted también la ayude a ella teniendo vida interna y buscando esa cosa secreta que responde al que busca y que llaman Espíritu Santo. Sea usted feliz con sus dos maneras de obrar sobre su raza.

Gabriela



D É C A D A

D E

1 9 3 0



12 de marzo de 1930

Mi querido amigo:

Contesto en el acto su cartita y voy a hablarle largo y tendido de asunto tan importante.

Sí, piense usted en la provincia francesa por sobre París. He visto yo tanto muchacho podrido y arruinado por París, que a nadie aconsejaría, y menos a un amigo querido, mandar un hijo allí. Y no es porque yo crea que la ciudad pudre a todos; pudre... al de afuera; la juventud francesa de París es admirable, como estudio y fuerza.

Hay en el sur dos universidades importantes: la de Montpellier, especializada en medicina, la mejor de la provincia, cuyos títulos son muy considerados en el país. Hay la de Marsella, repartida entre Marsella y Aix, con la facultad de Medicina en Marsella y la de Letras en Aix. Tengo informes nada de buenos de los estudios de medicina en esta, lo cual es lástima, pues Marsella es lugar de buen clima, de vida barata, con mucho de ciudad nuestra, por la mezcla con el oriente.

Montpellier es una ciudad con influencia española, lo que para nosotros es cosa muy digna de tomarse en cuenta; la ciudad es mansa y culta; convida a trabajar; la vida, naturalmente, más barata que en París. El clima es frío, y por esto yo que soy reumática también, y a más enferma de nefritis crónica, no me quedé en ella (La Universidad de Niza que todos esperamos, aún no se hace).

Antes de pasar a Argelia, debo hablarle algo de Italia. Usted no me la menciona, no sé si porque teme que su hijo se forme bajo el fascismo o si por la mala fama de los altos precios.

Hay una buena universidad en Génova, menos buena que la de Montpellier, seguramente; no se puede comparar nunca una universidad francesa con una italiana. Pero hay circunstancias dignas de tomar en cuenta para el caso de la señora y que yo le doy de mujer a mujer —Léale usted mi carta. Génova es muy helada, a causa de la bahía abierta; pero a dos pasos de Génova, a 10, a 15, a 20 minutos, están Nervi, Rapallo, y un cordón de pueblecitos, tanto bajando hacia Roma como subiendo hacia la frontera francesa.

Vea su mapa. Muchos de ellos tienen un clima muy dulce, el mismo de la famosa Costa Azul francesa, el mismo. Yo estoy en uno de ellos, pero a una hora de Génova. Voy a decirle las ventajas y los inconvenientes de aquí. La vida no es más cara que en Francia, aunque la lira valga más. Las casas son del mismo precio; el lavado, la calefacción, los trenes y otras cosas son más bajos de precio. Yo tengo un apartamento muy cómodo, de cuatro piezas y siete camas, aunque somos solo dos y la criada: yo, un niño de una amiga y no más. Pago tres mil liras al año, o sea cuatro mil francos. Amoblado, el apartamento, naturalmente. Este precio no puede hallarse en la proximidad de Génova; habría que calcular mil o mil quinientas liras más por año. El modo de vida es muy de nosotros. Italia es Edad Media, mi amigo, con su bien y su mal medioevales, criadas a lo criollo, sencillas, gran miseria, lengua fácil y por todas partes gente que ha vivido en la América... En Francia se vive en una soledad pavorosa, a menos de estar en París, en medio del fantástico egoísmo y del seco orgullo de ese

pueblo para el cual todo americano no rubio es un meteco y una pobre bestia.

Vuelvo atrás, a Marsella. Ciudad, para un joven, muy corrompida, de una manera de corrupción de puerto que no es la de París, brutal y canalla. Ciudad democrática, la única ciudad de Francia en que yo siento alguna democracia. Ciudad comercial con pocas novedades de cultura. Vida barata; casas muy difíciles de hallar en ella misma (crisis de habitación), pero ocasión de vivir cerca, a veinte minutos o media hora de tren. Muy movida, muy simpática, muy sucia, medio Oriente y medio Sud América por el descuido.

No conozco Argelia; pero tengo hace años la tentación de irme a Túnez. No se debe decidir nada sin ver eso, mi amigo; hay grandes engaños por este capítulo que se vuelven irreparables. Por usted y por mí yo iría allá ahora, pero me han suspendido —por castigo como antipatriota— mi subvención de Relaciones y estoy reducida a medios modestos. A la vuelta de EE.UU. tendré con qué ir; pero no vuelvo —parece— sino en febrero del 31, y usted no puede esperar tanto. Le cuento lo que sé.

No es Argelia la colonia francesa mejor tenida y donde podamos vivir los de allá con cierta comodidad; eso es Túnez; Túnez es la mejor colonia francesa, la de mejor clima a la vez; la más culta, y donde se tiene contacto con la vida intelectual francesa. En las dos ciudades sopla, en el verano, el simoun o el sirocco, fuerte y molesto, levantando una arena caliente que deja respirar mal. El invierno es delicioso, delicioso, y se ha vuelto, Túnez, la estación de invierno rival del Cairo. Supongo, que las casas tengan cave con mosaico, a los menos algunas, donde se pueda defenderse del bochorno.

De la Universidad de Argelia me han hablado bien, naturalmente tomándola como cosa colonial; tengo yo una familia amiga, francesa, que ha vivido allá; hoy escribo al mozo, que es un letrado orientalista, rogándole dé a usted todos los datos que sepa de ella. Se llama Louis Poussardin, vive en Marsella, 51, Rue St. Barthelemy; ha vivido allá toda su vida.

Este invierno pensaba yo pasarlo allá y me desalentaron una señoras francesas que me encontré en un tren y que venían escapando de un calor de estío horroroso. Nosotros, los pobres, no podemos pensar en pasarnos una sola estación en África, porque los pasajes son caros, y yo quería quedarme allá unos dos años, por si me curo esta nefritis que se me agrava y por la que creo me acabaré. Me hablaron esas gentes de que el costo de la vida es más bajo que en Francia, lo cual ya es bastante, de que cuesta un poco hallarse una casa cómoda en la ciudad, del calor espantoso. No olvidar que son aviñonesas y que conocen un calor solo pequeño.

Por desgracia no sé nada de la Universidad de Túnez. También lo preguntaré a Poussardin.

Ahora combinaciones y experiencia de reumática... Yo quise fijar mi pobrecita vida en los alrededores de Avignon, y tomé allí una casa que conservo y que he ofrecido a Vasconcelos, que, por desgracia, no es rural como yo. Me da pena de que a ustedes no les sirva: en Avignon no hay una Universidad, sino solamente una Escuela Normal —y no buena— y liceos. El verano es delicioso; yo volví a cultivar la tierra, a hacer jardines, a comer frutas que no fuesen de mercado. Pero el invierno pasado me resultó terrible. El viento de mi nombre sopla allí como un demonio,

un viento del que solo hay iguales en la Patagonia; se hie-la todo, excepto el alcohol; los huevos se hacen piedra; no hay modo de calentar las casas ni con tres estufas, como yo tenía. Pero el infierno dura solo tres meses o cuatro. Yo vivía allí con tres mil francos, los de mi famosa jubilación de Chile, mi amigo, comprendiendo la vida de una compañera de Chile y de una sirvienta. Yo soy sobria y no gasto en trapos casi nada. Habiendo un estudiante, que hay que vestir bien, habría que añadir mil quinientos. Con cuatro mil quinientos francos se vive en la provincia francesa, siempre que se haga el mercado por persona que no sea la criada —son muy ladronas— y que no se viaje. Los viajes son lo más caro de Europa; hay que fijarse.

Ahora Italia. Yo vivo aquí con dos mil liras o sea tres mil francos, pero pongo aparte mi gasto de libros que es crecido, y mis viajes. En París, el problema de la casa es grave; para vivir barato hay que vivir como un perro, en pocilgas. Ni pensararlo.

Ay, qué pena, mi amigo, la vida ideal para un joven es la de Bélgica: vida un tercio más barata que en Francia; ambiente más noble; sencillez y trabajo y una vida intelectual alerta y sólida. Pero el clima es pésimo. Yo hice allá una cura de baños de greda y el clima me arruinó en cuanto salí de los baños. No puedo aconsejarla a la señora. La vida de Suiza es carísima y los inconvenientes de clima iguales casi; la de Alemania cara y el clima horrible.

Luego, no nos van quedando sino Marsella, Italia entera y Túnez o Argelia.

Me han hablado hace días maravillas de la vida cerca de Pisa, en lugares de invernarse, pintorescos y tibios. La Uni-

versidad de Florencia es muy buena, pero el invierno florentino es malo. Habría que pasar en la ciudad verano, otoño y primavera, y salir a las cercanías de Pisa o a Pisa en invierno. 2 horas. Yo no sé si la señora se allanaría a esta mudanza. Es cuestión de que ella tomase pensión esos meses en Viareggio o Pisa y dejase en pensión en Florencia a su hijo.

Considerar también y, sobre todo, Nápoles. Supongo que la Universidad se ocupe en Medicina del trópico, porque esta Universidad sirve la Tripolitania. Los precios no pueden ser aquí mayores que los de la provincia de Génova (Los de Florencia deben ser un poco más subidos). Yo tengo tal pasión de Florencia que he pensado también en correrme hacia allá el invierno próximo, si es que no me voy a Nápoles o al África. Pero me desaliento cuando veo que el calor no aumenta hacia Pisa y que toda mi vida está en el calor; que tres grados menos son para mí la atonía, la falta de fuerzas y una acedía que no sé decirle. Nápoles es un puerto inolvidable y el mejor clima de Italia. La ciudad es sucia; pero se puede vivir en lindos alrededores y mandar al joven en tren o bus cada día al puerto. Piénselo bien.

Permítame usted ahora que, por mi cariño hacia usted y su gente, yo le hable de cosas morales. Yo tengo la impresión de que Francia es un país que ordena la greñuda mente sudamericana, por el cual se debe pasar. Pero yo estimo que no existe en Europa una raza que haya perdido de manera más cabal los valores sentimentales, de generosidad y de elevación, como ella. Yo no dejaría cinco años a un hijo allí, para recoger de él una estopa, corazón seco, avaricia inmundada, egoísmo a lo La Fontaine, pero elevado al cubo. Un año, dos, nunca una carrera completa. Una falta de democracia en las costumbres, que espanta, cuando se trae

de allá el cliché estúpido de la democracia francesa; un desprecio infinito, un desprecio inconcebible del extranjero. A la vez, una formación intelectual como no puede hallarse en otra parte; la adquisición de la lengua mejor para relacionar con el mundo; la creación del buen sentido, la seriedad en el trabajo profesional, la educación del esfuerzo mental, recargo de trabajo para los alumnos, pero buena escuela eso para la pereza nuestra.

Yo no sigo cursos, mi amigo; yo puedo leerme los libros franceses donde esté, y por eso dejé Francia: me vine bastante asqueada de su espíritu y me tengo por persona que los conoce, no en los hoteles, en la vida. Repugnan.

Italia no nos sirve sino en la proximidad de una gran ciudad; fue error mío tomar casa aquí. La incultura es muy grande —esto casi no es Europa— ¡pero un joven halla aquí todavía espíritu de familia —acabado en Francia—; halla un ambiente y una manera de vida en que se estiman las virtudes superiores y eternas; halla cierta españolidad de costumbres! Como literatura, no vale un dedo de Francia; como ciencia, tampoco. Como tierra, como paisaje, como lugar donde quedar cinco años, en paz, no se puede comparar con la monótona tierra francesa.

Piense usted, mi amigo, piense en si usted va a venir a juntarse con su gente. Suponga que se fije usted en la provincia de Génova. Usted tiene a cuatro horas la frontera francesa y a cuatro y media Niza, que es ya un gran mercado de libros. Usted tiene a tres horas Milán, la primera ciudad de Italia; usted tiene a cinco horas (menos) Suiza. Importa mucho la cuestión de las comunicaciones. Yo no me movería de esta provincia si no fuera mi mal; es una situación estratégica para relacionarse con el resto de Europa.

Nápoles ya aleja mucho de los centros; hay que atravesar entera Italia para ir a Francia; pero se tiene a Roma cerca.

Respecto a Marsella, no hay que hacerse ilusiones con París; queda a catorce horas, en un viaje caro de trescientos francos. Marsella está cerca, solo relativamente de Italia y de España; es caro moverse de ella hacia cualquier parte.

Túnez es mayor cortadura con Europa, naturalmente; Argelia ídem. Pero el clima no se paga con oro y la vida barata es cosa muy de considerar.

Olvidaba un dato. Si optan por Montpellier, considerando que el prestigio medical de la Universidad vale un sacrificio, la señora puede ir a pasar su invierno de tres meses a pueblecitos abrigados del Pirineo, como Pau y otros. Habría que buscarse una casa con buena calefacción para el propio otoño.

Pensar en casa, mi amigo, no pensar en instalarse en pensiones. Una pensión decorosa cuesta 40 francos por día a lo menos, y con cien francos se vive en su propia casa comiendo bien y sin contactos molestos con esta gente.

Quiero hacerle un resumen: Marsella, Universidad mediocre, buen clima, sin ser óptimo (Mistral —viento— y frío en el invierno). Montpellier, la mejor Universidad de provincia; clima malo para los reumáticos, invernar en los Pirineos. Argelia: vida barata, Universidad con estudios especiales para el trópico; lejanía de todos los centros de cultura de Europa. Túnez, clima mejor que Argelia, ciudad superior dos veces a ésta; mal verano. Nápoles: vida como la de Francia —hoteles más caros que en Francia, en toda Italia— excelente clima; Universidad poco diferenciada

con la de Marsella. Florencia: buena Universidad, invierno bastante frío, pero no más que en Montpellier; estaciones de invierno a dos horas. Génova: buena Universidad; relaciones excelentes con Francia, Suiza y Milán; excelente clima en los alrededores, a menos de media hora.

Todavía otras cosas familiares. Palma Guillén debe venirse a mediados de año a Europa y me esperará en Italia. Ella puede hacer por usted un viaje a Nápoles sin ningún sacrificio grande, a buscarle casa; ella puede encargarse de buscársela en la provincia de Génova, lentamente, hasta hallarla barata. Pussardin puede buscarla en Marsella, a pedido mío o de Palma —son buenos amigos—. Palma puede también buscarle casa en Florencia. Dígale o dígame lo que se deba hacer.

Cuente usted con ella, que lo estima mucho, lo mismo que conmigo.

Yo en su caso, considerando a la enferma más que al estudiante, optaría por Nápoles o por Túnez; considerando las dos cosas, optaría por Génova —y pensando en usted—; considerando al estudiante solo optará por Montpellier.

Ahora el fascio... Se vive aquí bajo la vigilancia de la policía constantemente. Yo tengo pasaporte diplomático, visado por el gobierno italiano. Eso no me libra de firmar cuanto papel me traen; llevo cinco, de informes. Parece que hay más burocracia que verdadero espíritu de espionaje en la cosa; italianismo fanfarrón; papeleo farsante. En Francia, usted puede decir lo que se le antoje contra los Poincaré, los Tardieu y quien quiera; aquí usted debe tragarse su cólera. El gobierno, en lo que se ve, no es peor que los nuestros; mejor que el de Chile, mejor que el de México; mejor que

el de Costa Rica, no lo sé. Ninguna maravilla, sin embargo, gran pobreza, y una raza con todos los defectos nuestros de suciedad y apatía. A la vez, con nuestras virtudes.

Consiguiéndose para usted una simple comisión de la Liga, eso le asegura a usted respeto en Italia. Miembro de cualquiera de las comisiones, ya sea de las de Cooperación Intelectual —difíciles estas— de la de la infancia, de la del Bureau de Trabajo (Tratarlo con J. Nogueira, usted o yo).

Estoy sintiendo dentro de mí que usted prefiere vivir en Francia.

Para el Repertorio, para decir allá lo que le plazca, solo Francia. Es una gran pena, mi amigo, porque usted vivirá allí como en un desierto de hombres, y en paisajes planos y monótonos. Se me ocurre una solución: vivir en la provincia de Génova y hacer imprimir Repertorio en Niza, por ejemplo; difícil mimar la edición, corregir pruebas, etc., dirá usted. Me da mucha pena que viva usted en torno de la suciedad de Marsella, donde hay que ser rico para tener casa honorable; me da mucha pena de que usted conozca la gran soledad que yo he conocido y que se desengañe de un pueblo al que estima muchísimo. Poco o nada de vida intelectual en Marsella. Buenas librerías.

Perdone usted este cartonazo. Minuciosa como mujer.

Le mandé hace unos 20 días o más la copia de una carta mía a Vicenzi por aquella pequeña maldad de su publicación contra usted —que es contra mí también—. A Max Jiménez envié la copia para remitirla a usted; sin él yo no hubiera sabido nada de ese feísimo chište, el número mil de C. América.

Espero que él deshaga la pésima impresión que aquella revista ha debido dejarle de mí, de falsedad y de ingratitude. En otra carta hablaremos más de esto, porque estoy cansada de la máquina. La raza, mi amigo, me parece cada día más mala, en pequeño, en mugrecita de uñas, como yo digo; pero mejor que la raza, el lamentable gremio literario, nuestra triste ralea.

Un gran recuerdo. Y que me diga usted pronto lo que resuelve. Yo me embarco para Nueva York en junio, si es que mi salud me da para ello. Hay tiempo de que yo tenga carta suya.

A Palma escriba a México, o que le escriba la señora con detalles para el caso. También puede ella ir de aquí a Marsella a ver las casas que Poussardin halle, antes de tomar una. Sé que son escasísimas en la parte urbana.

Precisamos saber con cuánto usted cuenta para vivir, a fin de hacer el cálculo inglés; un sexto de la renta para la casa... Yo digo un décimo.

Para Montpellier no tengo qué ofrecerle; no conozco allí a nadie de amistad.

Saludos cariñosos.

Gabr.

P.D. Certificar las cartas.

Para cable poner: Mistral, Cavi-Génova. Nada más.

—Está o estaba preso nuestro Carlos Pellicer, B. L. Brum y muchos más, centenar. No me equivocaba yo en mi ojeada de hace 6 años ni en la de hace 2, mi amigo.

—Haga Ud. cuanto pueda por Vasc. cuando allá vaya, en el aspecto económico, de conferencias pagadas. A Ud. no le dirá nada, pero su situación verdadera es muy penosa.

Santa Margherita Ligure, Italia, 25 de diciembre de 1931

Muy querido amigo mío:

Parece mentira que haga hoy un año desde que nos vimos en la terrible Nueva York y que yo haya tardado este año entero en cumplirle y cumplirme... Más raro es aún el que hoy sea Pascua como entonces y que exista entre nosotros este destino de reunirnos el santo día. No he buscado expresamente el día, mi amigo, ni cosa parecida.

No sabe usted qué profunda huella me dejó su conversación y cómo la he guardado casi entera a pesar de mi mala memoria, a pesar del traqueteo de meses por Centro América y por las Antillas. Yo sé que deberíamos escribirnos con frecuencia, y así lo espero, ahora que vuelvo a tener paz en esta Europa, que ya resulta mucho menos mundana que nuestra América, hasta idílica en comparación con la costumbre de fiesta permanente, de sarao y de festejos en uso en aquellas tierras. Cierto, Mesén, yo siento al llegar aquí que me recupero después de una pérdida muy larga y muy fea de mí.

¿Qué hace usted este día pascual, en su país extranjero, con frío, pero entre los suyos y sus libros? A mí me duele que por culpa de mi silencio talvez usted no me recuerde en este día que fue nuestro hace un año. No fue perdido ese día, mi amigo, no fue perdido.

Anduve por su tierra, y le pensé mucho por allí. A pesar de que era tan otro mi pensamiento al llegar, acabé dicién-

dome en que usted hace bien en vivir afuera. Su tierra ha ganado mucho, por encima de sus vecinos en el aspecto político; tiene una tradición pedagógica; la raza es homogénea; pero el Espíritu Santo se siente poco, Mesén, cerca de unos cuantos nada más. Hace falta, se me ocurre, el descontento, la hervidura interior por algo, la pasión creSPA, ya sea de español o de indio, pero la pasión, ausente.

Se dan cuenta de que lo han perdido a usted, y les pesa, pero con poca intención de enmienda, se me ocurre.

Yo quisiera pasar esta noche con usted, oyéndole leer sus libros ocultistas o explicarme el Popol-Vuh que yo me leo en esta semana, traguitos por traguitos pequeños. Tengo conmigo una amiga yanqui que me hace leer inglés y yo creo que en adelante usted podrá indicarme libros sobre estas cosas que estén en esa lengua y que yo me buscaré y me leeré. ¿Acepta usted?

Mi vida interior de este tiempo ha sido desordenada y se ha resentido mucho de la fatiga corporal. Sin embargo, el calor me hace un bien evidente y solo él ha podido ayudarme a viajar tanto sin romperme del todo. Espero en un año más no padecer de frío, irme a Túnez o a Argel y tener palmeras, cara morena y calor para mis huesos.

Quiero contarle una experiencia muy extraña de Cuba, el sueño más intenso y con una sensación más viva de realidad que yo he tenido nunca.

Di esa noche una conferencia sobre Martí, y hacia el final, sea porque yo estaba muy conmovida o muy cansada, se me acabó la voz enteramente. A la salida, el Ministro de Chile con su mujer me tomaron para llevarme en auto a

tomar aire y darme fuerza, y con ellos anduve hasta la una de la mañana. Volví al hotel; fui a acostarme y mi fatiga era tanta que tuve la tentación de tenderme vestida. Me acosté en forma, sin embargo, y poco después comenzó un sueño tan ordenado como capítulos de libro, y a la vez coherente e incoherente.

Primera parte. —Yo entraba a un sótano bastante oscuro y húmedo y en el comienzo no veía casi nada. Fueron apareciendo poco a poco unas muchachas, las niñas que mi hermana ha criado y sostiene en Chile. Una de ellas vino a acompañarme a Francia y se me portó muy mal, pero muy mal. Yo sentí un golpe de cólera, fuerte, de cólera demoníaca, y con trabajo, conseguía decirles temblando: —Díganme ustedes, ¿hasta cuándo yo debo andar así caminando, tierras extrañas, acabándome la vida, porque ustedes, que no trabajan, pesan tanto en la casa de mi hermana? Ellas —una de ellas se reía con sorna, y yo temblaba de rabia, de una rabia mala. De pronto yo miro hacia un lado del sótano y veo una mujer que amasa, a la manera de los panaderos belgas, manejando la masa de harina con los brazos que la tiran en alto de aquí allá. La mujer tenía una cara de gran fatiga, austera, cara de mujer del pueblo nuestra, la que yo podré tener en unos años más, si me adelgazo, más morena que yo ella muy gasta, y levantando y bajando la masa rítmicamente. Interrumpió aquello para decirme, con mi nombre de la infancia: —Señorita Lucila, yo hago el pan para la señora Emelina —mi hermana—. Este es el pan que yo hago y más tarde usted lo tomará en la casa, con mate. Y me pasó una tortilla dorada, como no las veo desde aquellos años, con el borde repulgado, que allá decimos; un pan redondo y lindo. Yo lo tomé, tan conmovida, amigo mío, tanto, del olor, de la forma olvidada, del pensamiento de comer eso de nuevo. La cólera se me fue, como cortada;

pensé que mi hermana gastaba todo lo que gasta en darse un gusto así, en que pagaba a esta pobre mujer, etc.; y se me fundió adentro no sé qué, más que el corazón.

Segunda parte. —De un golpe, yo estoy en otra parte, en una como terraza de café, junto a una mesa donde había varios hombres con el sombrero echado sobre la cara. Yo levanté mi cara y me hallé con un cielo extraordinario todo el cuajo de estrellas, de estrellas en relieve, gruesas y de una luz que siendo fuerte era suave. Yo pensaba en que ese cielo tan luminoso debía ser el tropical, porque yo estaba en Cuba. Pero volvía a mirar y poco a poco iba sabiendo que eso no era el cielo tropical, que de ser cielo real, lo mirasen como yo aquellos hombres, y ellos no sabían nada. Otra mirada arriba y el cielo había mudado por completo: las estrellas estaban ahora en orden de rueda, el cielo entero se había vuelto una rueda, con las estrellas en radios —no recuerdo yo una pieza central. Entonces ya supe que ése “no era el cielo”. En el mismo momento de saber esto, sentí que me cogieron por la nuca, fuertemente como tenazas, pero sin ningún daño; yo supe que me llevaban a alguna parte, yo sentí no precisamente un vuelo, pero sí un transporte en el vacío y por testigos que no me llevaban ellos, pero que iban conmigo, llevándome a una prueba en un movimiento muy fuerte, me hicieron correr tres veces un líquido por la columna como quien lava una botella, de abajo a arriba. Yo sentía una mezcla de miedo y de deseo de saber, y comencé a rezar a mis muertos, en concreto a mi mamá... peregrino esto, a Pitágoras, diciéndoles que yo tenía miedo. Vi no sé cómo ni dónde, si detenida, ni llevada todavía, vi una escalera de caras que eran las de mis muertos, hecha de puros semblantes, angosta y no entera. Miraba a mis abuelos y lo demás no lo reconocía naturalmente, pero sabía bien que eran mis muertos.

Ellos, los que me llevaban, hablaban entre ellos comentando que yo no quería. Me bajaron; sentí que me ponían sobre el suelo, sin daño, y que eso, lo que hacían, la prueba de la iniciación, se había interrumpido.

Tercera parte. —Yo estaba en una plazuela de México, en la misma penumbra de todo el sueño. Fueron llegando indios, con sus grandes sombreros, sus huaraches y sus mantas. Uno me reconoció y me dijo: —Señorita M., aquí venimos a pasar la Pascua, y ahora con usted. Yo tenía molestia de pensar que la prueba no se iba a continuar allí, a causa de aquella gente. Les dije que no era Pascua, y yo para esto pensaba que en el Colegio, —en Barnard, nadie me había dicho que fuese fiesta. Ellos me lo aseguraron de nuevo. Una pausa, y desaparecieron los indios, excepto el que me hablaba. Ahora no tenía facciones (la risa socarrona de antes), sino que la cabeza estaba como fajada por un pergamino, dejándola en forma de cubo de cuero. En esa cara sin facciones, fueron cayendo una por una, como puestas, letras o judías o egipcias, que se enfilaban a la altura de los ojos o de la frente, cayendo las letras de izquierda a derecha. Yo pensaba que los que conmigo andaban me explicarían el sentido de la frase que quedó escrita como a lo largo de una venda, de oreja a oreja.

Cuarta. Yo sé que hay que continuar la prueba en otra parte. El resto del sueño es muy angustioso. Me pongo a buscar un lugar donde acudan otra vez los que se han ido. Corro a lo largo de una casa de muchos aposentos; entro a un cuarto que está vacío, y tiene a un lado solamente un poco de ceniza; entro en otro que es un dormitorio burgués, y veo dormir a las gentes; entro a una sala de clase, etc. Al fin salgo de esa especie de “conventillo” a la intemperie. Me hallo a mi hermana debajo de un gran árbol; le digo me lle-

ve a descansar a un lugar tranquilo y ella me dice que tiene cerca su casa. Vamos caminando lado a lado y llegamos a una casa de fachada vieja y descolorida, en columnas griegas bastante viejas y que tiene delante una fuente que es un dragón chino. Me río yo de esa mala combinación de columnas griegas y de cosa china; ella me dice que eso no es feo, etc. Entramos y mi sueño se acaba. Pero yo despierto agradeciendo a Dios lo vivido y diciendo fuerte: Gracias te doy Señor, etc. Doy la luz y me pongo a escribir mi sueño a una amiga para no olvidar. Son las dos de la mañana.

Las correcciones se deben a que le escribía de memoria y no llevaba el orden verdadero. Pedí la carta mía y he añadido lo que faltaba. Lo más importante, lo de la espina, creía que estaba después.

Los resultados del sueño: me desperté llena de fuerza, a pesar de aquella noche de agotamiento; además, muy alegre, mucho. La semana había sido tal en Cuba, que me dormí en un banquete por allí. En una semana, cinco conferencias y la isla atravesada dos veces, aparte del visiteo que usted imagina, de nuestra gente.

Mi amigo, ahí van esas experiencias, para que usted las piense un poco y me las diga. No siento después del sueño mayor espiritualidad; sí mayor fuerza y alguna intrepidez de espíritu.

Dígame los libros que se le ofrezcan de aquí; lo que quiera amigo mío.

Recibí la traducción inglesa de su grande artículo. Él es, le repito, lo mejor que se ha escrito sobre mí, la mirada más entrañable echada sobre mis versos, y en buenas cuentas

lo más valioso que podía darme un hombre profundo que me leyó con generosidad y que, por lazo que no entendemos, era mi hermano en algo más que la pobre cosa literaria y que siento vagamente.

Quiero que me recuerde, que me ayude cuando pueda, que me aconseje, que me dé una lista de libros de esos “nuestros” y que me escriba, perdonándome este silencio inexplicable. (Clases pesadas en Vassar, el tormento del frío que me aplana; luego viaje continuo. Es todo).

En abrazo amigo mío y hermano mío, y un hasta luego lleno de devoción tierna y respetuosa, de

Gabriela.

Madrid, 12 de octubre de 1934

Mi distinguido y querido amigo:

Le agradecí muchísimo su carta, que después de un largo silencio acerca de ustedes y de mis propias gestiones, me llegaba con noticias que estimo muy buenas, a pesar de su imprecisión.

¿Cómo están ustedes? Yo, saliendo de la pesadilla de la huelga revolucionaria española, que nos ha tenido en una gran tensión de espíritu. En Chile ignoran completamente la situación real de este país y cuando yo he dicho a algún amigo que mi vida aquí me es desagradable y que la pierdo lastimosamente, no me lo han creído. Es cosa de escribir un libro para explicarles la realidad española y yo no tengo tiempo ni de escribir cartas.

Por este mismo correo aéreo envía a Relaciones el Consulado General un pedido de cambio, *que no es permuta* entre Pablo Neruda y yo. Neruda vive en Madrid y tiene su empleo de Cónsul Adjunto en Barcelona. Quiere a toda costa, desesperadamente, conseguir este Consulado de Madrid con carácter definitivo. Yo no puedo darle en el gusto de hacer una permuta definitiva, porque sé de manera confidencial que es muy probable que lo hagan Consulado de carrera el año próximo. Si así fuese, yo podría permutarlo con otro Consulado en Francia o en Portugal o en otro lugar cualquiera, lo cual es imposible hacer con un pobre Consulado honorario y de renta infeliz de derechos como el que tengo hoy. Tampoco puedo negarme

a dar facilidades a Neruda, poeta nuestro por cuya obra yo tengo bastante aprecio. Además hay el hecho de que a mí me gusta Barcelona más que Madrid, que no me gusta nada y que allá tendría una cantidad más o menos estable de entrada mensual, que sin costear mi vida, me obligará a gastar de mi bolsillo mucho menos de lo que pongo aquí. El mes pasado dio esta oficina mía 700 pesetas y mi gasto fue, con dura economía, de mil quinientas; el presente mes lleva camino peor.

Después de dar muchas vueltas al asunto, hemos llegado a esta combinación que el Cónsul General somete a Relaciones para su aprobación: yo iría *en comisión* como Cónsul Adjunto a Barcelona y Neruda quedaría como Cónsul *en comisión* en el Consulado de Madrid.

Ante todo debo esclarecerle a usted completamente el que *este arreglo no significa para mí ninguna solución feliz y que, según lo establezco en mi oficio al Cónsul General, lo he aceptado con la finalidad moral de servir a un colega. Me importa mucho que el Ministerio se dé clara cuenta de este matiz.*

Ahora viene el que su carta me habla de que Relaciones se ocupa de darme lo que pedí antes, que es lo que sigo pidiendo: un Consulado de carrera, aunque sea de última clase. Es indispensable y se lo ruego de la manera más encarecida, que antes de resolverse mi comisión a Barcelona, el Ministerio vea si no halla para mí cosa mejor que ese cargo subalterno y con sueldo insuficiente. Porque yo debo, mi amigo, hacer una mudanza de aquí a Barcelona, que es bastante costosa, y que en mi estado actual de fondos me pone en apuros. No querría yo tener que *volver a cambiarme a poco de llegar allá*. Creo haberle dicho antes

que por elemental decoro yo compre aquí muebles, cosa imposible de evitar cuando se vive en una ciudad en la que se tienen muchas relaciones.

Le ruego, pues, que haciendo uso de una gran paciencia y de una mayor generosidad, usted vaya a ver al Sr. Cruchaga para pedirle el cumplimiento de su promesa, y le exponga con claridad de lo que se trata en este traslado mío. Es preciso que ellos no vayan a imaginar que este arreglo que yo hago en consideración a otra persona, es un *punto final* y un alivio efectivo para mí. Le pido aún el que me transmita por cablegrama la respuesta, para preparar mi mudanza a Barcelona, si es que ninguna cosa mejor se ha conseguido. Naturalmente, usted debe descontar el valor de este cablegrama de mi dinero, *lo cual es muy lógico*.

Recuerdos muy finos a Juanita y para usted el agradecimiento profundo de su vieja amiga, que le está resultando su pesadilla extranjera... Mil y mil perdones.

Gabriela.

Madrid, 15 de mayo de 1935

Muy queridos amigos míos:

Me da una gran vergüenza venir escribiéndoles a estas alturas de tiempo —mejor sería decir de silencio. Aprovecho un día de cama, que es de reposo y soledad.

¿Cómo están? ¿Qué hacen? ¿Qué es de Chile? ¿Cómo crecen y se van volviendo hombrecito y mujercita los niños? ¿Qué rostro tienen, pasados tantos años (ya diez) mis dos amigos amados y pensados y fieles? Daría mucho por verlos, más que oírlos, verlos. Cada día creo más en el rostro, en el ojo y el dejo. Y conozco una desesperación por las imágenes turbias o desfiguradas de mis ausentes, y no digamos de mis muertos.

Armando me habrá visto de lejos en criatura feliz... porque vivo en España. Ustedes pasaron por este país como yo antes, en resbalón suave de aceite o agua y en tiempo que no era de conflicto interno. Aún no sé si debo decirles mi España real o si debo dejarles con la suya, ¡ay, que son tan diferentes! Ustedes ven una tierra de escritores y yo en los países considero eso mucho menos que el pueblo. Vivo hace dos años en medio de un pueblo indescifrable lleno de oposiciones, absurdo, grande hasta noble, pero absurdo puro. Hambreado y sin ímpetu de hacerse justicia; analfabeto como los árabes vecinos (tan lamentable casta); inconexo: hoy republicano, mañana monárquico felipista, pueblo en desprecio y odio de todos los demás pueblos: de Francia, de Inglaterra, de Italia, de... la América que llaman

Española. Envidioso por infeliz y no por otra razón. No sé si perezoso, como dice el mundo europeo. Desorganizado hasta un punto que no se sabe decir. Pueblo de pésima escuela y de lindo hablar donoso; pueblo sin la higiene más primaria, sin médico, sin salario para curar hijo o mujer. Importándole poco o nada tener casa, tener vestido, tener alimentación suficiente. A la vez ese pueblo tiene otro perfil y le convienen, sin hacer con él un truco, los nombres que le dan los literatos en las clásicas estampas españolas. Pueden llamarlo estoico por cuanto es capaz de soportar; alegre; por el lenguaje verde/alegre genuino el andaluz y el vasco. Pero ¿cuándo fue español el vasco? Puede decirse que es señor, pues conserva, en algunos modos y hasta en la cara, huellas de lo que fue, dueño del mundo. Pueden decirle fuerte, ya que aún no lo deshace el hambre y hasta en la basura municipal halla tres calamidades que comer, ¡Ay!, duele de veras en las entrañas, como dice Unamuno, esta España llagada y hambrienta. Y duele porque fuimos suyos y no se lleva en vano un cuerpo en gramos español. Pero están dementes los literatos y literatoides sudamericanos que mandan articulitos o gritan a todo pecho pidiendo que nos españolicemos. ¿O es la política española lo que quieren transportar allá, por si fuese poca nuestra desgracia para doblarla con hispanidades de esta hora morada de España? No tienen ninguna consciencia y ningún decoro, para gritar así.

Llegué yo en pleno gobierno de Azaña. El hombre es un gran varón, digno de la mejor raza de Europa; escribiendo parece un romano de la buena época (en los discursos, digo), haciendo ensayo vale por cualquier gran escritor español del período que se quiera. Gobernaban con él los De los Ríos, los Domingo y otros de esos que van a América a enseñarnos democracia. Azaña no robó, ni persiguió. Pro-

movi6 a los intelectuales y llen6 la administraci6n de gente le6da, informada. No hicieron nada; Armando y Mar6a, no hicieron nada v6lido. Eran y son tan espa6oles como los otros. Es decir, les parece m6s o menos natural la miseria asi6tica, la mugre asi6tica nacional, el paro tr6gico de los obreros, el desposeimiento de tierra del campesino. Y tienen igual ritmo ño6o que los otros e igual sombr6o fanatismo interno e igual desd6n de la justicia. Naturalmente ustedes han sabido de leyes agrarias tremendas y de fabulosas creaciones de escuelas y de c6digos de trabajo perfectos. No los impusieron, no los llevaron a vigencia, no los hincaron. Son fofos, gentes sin columna vertebral, hablantines, amigos de lucir. Y no fueron m6s all6 de dar empleos a la clase media profesional. Al pueblo no lo sirvieron, ¡ah! para qu6, lo dejaron igual. Vino la reacci6n. Ya saben: el mujer6o espa6ol —cosa sin redenci6n y sin nombre— vot6 seg6n su ignorancia, y su tonter6a, que no solo ignorancia. Vot6 a las derechas en bloque. Y los campesinos decepcionados y necios, igual. Es fant6stica la falta de inteligencia en el mujer6o y el campesinado; parecen criaturas de tribu. Como al espa6ol le gusta parecer, ya que no tiene volici6n para ser, el Presidente llev6 a Lerroux a cubrir la Rep6blica de manto de tal a dar un cariz de centro liberal a unos gobiernos de pura derecha hedionda, de evidente 6ndole mon6rquica. En cuanto a lo que viene, ser6n unos grados m6s de conservantismo, o sea la Espa6a de siempre: sin vistas al siglo ni a Europa, cerrada a toda democracia, laxa, mortecina, madre del privilegio, productora de soldado y cura hasta lo infinitesimal. Hay, lo sabemos todos, el lote comunista y el anarquista (el socialismo es una pobre mentirijilla), los comunistas no son tantos como para triunfar de una pol6tica enorme; los anarquistas corresponden rigurosamente al tipo espa6ol m6s cl6sico: odian la organizaci6n y no les importa ning6n gobierno, bueno o malo. Zona se-

parada de hecho, Cataluña y en parte Vasconia. El catalán ha hecho un país bajo el ejemplo francés; ha creado una gran industria; tiene razón, tiene un clan, está vivo, ha vuelto la espalda al sepulcro de Castilla y se ha labrado con mar, comercio, clásicos griegos y latinos y con un espíritu regional de los más sabios y maravillosos de Europa. No es que sean separatistas, es que desde siempre fueron otra raza, otro ritmo, otro sentido de la vida. Queda el catolicismo. El andaluz famoso es idolatría que no tiene apelativo porque va mucho más lejos que cualquiera; el castellano es la tapadera del régimen feudal —sub-feudalismo sin ideología— y de la tiranía milenaria. El vasco no lo he visto de cerca. Fascismo: sería español, si llegase, y esto lo dice todo. Venir a España desde América, a aprender, la lengua. No la sabemos, y esto es vergüenza que cargamos. Venir a eso y a ver el Prado y los demás museos de pintura grande. Después irse. Es agria, desnuda, seca, paupérrima y triste la vida española para quien no viva metido en cafés, borracho de charloteo necio, zahumando la abulia para no verla y borrando con humo de cigarrillos la tragedia del país. Yo no gusto del toreo, no me soporto un café, me importa la miseria del pueblo, me repugna la mentira de los patriotismos nuevos, y creo en la política como economía y no más. Vivo aquí muy infeliz, sin ninguna alegría, cargada de visitas ociosas, que no dejan trabajar, oyendo bobadas de política o jacobina o sacristanera, en un clima malo que me ha aumentado el reuma y la presión arterial. No sé qué hago aquí. A menos, Armando, que sea lo que usted sabe: sostener, como si yo fuese Banco, el Consulado de una patria que tiene para pagar una Embajada perfectamente inútil y que no tiene vergüenza de un proceso por deuda de dos años de casa que dejó su ex Cónsul. Tendría ahora otro ídem si yo no supiese trabajar. Mandé a usted ex-profeso aquella carta a D. C. Silva V. (aún no me responde) a fin de

que usted supiese algo de mi vida verdadera. Sostengo con decoro esa oficina, ayudo a mi hermana de Chile, cargo el desastre de un hermano natural que ha hecho aquí antes pilatunadas amorosas, hago artículos de diario para ir comiendo, y espero, con una angustia caliente, que Chile se acuerde de que existo y que he hecho por él algo más que el personaje diplomático para merecer un sueldo decoroso de Cónsul de verdad, es decir, de carrera. Habrán visto por estas 16 páginas, que era muy duro y arduo escribir carta española a unos amigos tan rematadamente hispanizantes. Suelo tener tristes encuentros con españoles que estuvieron en Chile. Prefiero no darles sus nombres. Van allá estos desgraciados (sentido mexicano) y ustedes les abren clubes, hogares, salones oficiales, prensa, etc., les dan las entrañas. Ellos vuelven contando una ciudad de Santiago corrompida y grotesca, babeando aventuras de amor que son tragedias y que ellos no saben respetar; riéndose de la loca generosidad nuestra que ni cuela, ni escoge, ni jerarquiza, lo cual no impide que hagan hispanoamericanismo de diario o de discurso. El español tiene una lengua tremenda (la de la novela picaresca) y es aún, y a pesar de la cultura, el hombre o la mujer de la novela picaresca. Yo no he oído a los franceses que de allá vuelven las sucias miserias que a estos desventurados charlatanes, que ni aman su sangre de la América, ni han sabido nunca que una honra, personal o nacional, es una honra y que se la trata con miramientos, o a lo menos sin bellaquería. Les ruego recordar que soy mujer con respeto de lo respetable, y que esta náusea, ha de tener sus razones y de mucho peso, Armando y María.

Tres a cuatro años viví en Italia y casi seis en Francia. Aquella me hizo alegre y humana, amo y deseo el bien de ese santo pueblo italiano, hermoso, pobre, laborioso, clásico

co, tierno, lleno de capacidad desde todo tiempo. Está de más alabar Francia: no se la ama como Italia; se la estima, se aprende de ella y en ella con cada aliento, sigue desde ella la vida del mundo; el bien suyo pasa a ser de los otros. Sin caídas, sin eclipses, gobierna la inteligencia de Europa y de cualquier parte. No se pasa nunca en vano por ella; no se cansa una en vano estudiando su suelo y sus escritores. Da un bautismo de racionalismo para la vida y alimenta, a pesar de su racionalismo, cualquier vida espiritual. Y sobre todo, no se ha muerto como el español entiende el que una patria debe alimentar a su pueblo. Me di una pasada por el Portugal. También él perdió colonias sabiendo guardar algo y que no es poco. El perder no lo ha emponzoñado de odio contra todos. Es una raza con ternura, con amor, de idioma a su semejanza, dulce y procaz. Hay en él una atmósfera de poesía y religiosidad. Su convivencia es suave como la italiana, y es fácil, Donoso, ¿por qué no tendría usted lástima de mí y conseguiría el que me manden a vivir a ese país vivible? Hay allí un Cónsul extranjero y otros ídems en provincias. El Ministro, que es solo Encargado de Negocios, ha ido a pedir su ascenso a Ministro. Si lo obtiene, deberá dejar, supongo, a menos de que en el sistema de privilegios de Relaciones eso se acepte, el Consulado General. Me haría usted feliz, Armando Donoso, y yo dejaría en paz a esos señores de Relaciones (especie de grandes Duques) por mucho tiempo: Piense esto y hágalo si puede. Dígalo a don Carlos Silva.)

Lo último, la literatura, por ser cosa menos humana ustedes se la conocen como yo: hay una generación joven finísima, selecta, más hija de la poesía inglesa que de la francesa, y en el ensayo, alemana o racial española. Me gusta ella casi entera. Me place la tendencia de Bergamín más que la de la pedantona Revista de Occidente. Esta gente

joven —pero solo los más jóvenes— tienen hecha adentro de ellos una rectificación de la España en andrajos y en ira universal. Son caballerosos muchas veces y tienen línea espiritual, norma interior y exterior. Son muy pocos para rehacer a su raza. Varios de ellos sienten su tragedia. Se me ocurre que los otros, la generación del 39, odia a la América con la excepción única de Valle Inclán que es quien la ha entendido. Baroja la insulta cada vez que puede y el propio don Miguel me ha dicho hace días que el indio americano debe desaparecer... Mantengo con casi todos, hasta con Maeztu, a pesar de su actitud loca, relación amistosa. Prefiero frecuentarlos poco, por las tonterías que les oigo sobre nuestros países. Aún a los mejores: envidia de pobres, verde cara de una derrota que aún duele, Armando, que sangra España. Don Miguel tiene con la casa una relación casi familiar. Juan Ramón sigue a medio juicio, con muchas manías, pero más poeta grande que nunca. Salinas tiene una mujer admirable, rara avis entre este pobre mujerío español.

Ahora les ruego guardarme las espaldas. Yo vivo aún en España: consideren esta carta como el más íntimo diálogo familiar. El español critica amargamente lo suyo —sin remediarlo, en verborrea ácida— pero no sufre, no tolera, la crítica ajena, la cree toda ella, la francesa, la italiana, la yanqui, calumniosas y perversas. Y por eso no se cura ni se curará. Así, pues, quede esta carta como una conversación la más ceñida y confiada a su lealtad, o les escribía la verdad o nada les escribía. Van 2 + - (Cruz y Raya)\*\*. Irán cada vez que lo recuerde. Délanos me ha dicho que le ha mandado a Donoso el Almanaque de Torre. Este es un hombre fino y bueno. Y, casado con argentina, no odia nuestra América, Viene a casa con frecuencia y nos queremos bien. Délanos es un chileno de primer orden. Lo he relacionado y ayuda-

do como he podido. Ahora vive conmigo, pero le pondré sueldo si puedo e irán a vivir aparte. Su mujer, que parece una niña de ambiente bohemio, no se aviene conmigo. Pero él es el hombre sólido, excelente periodista, cuentista muy bueno y creo que llegará. Me agrada su pasta humana y a no ser por su mujercita, yo habría seguido viviendo con ellos. Ella no es mala mujer, eso no, mi manera es otra que la suya. A veces le encargo a Enrique recados para usted. Se me ha cansado la mano; queda algo aún...

Todavía no cumpla a María ese comentario de “Sus mejores poesías”. Olvido cuando me siento a escribir; luego gente que pide que se ocupen de lo suyo, luego confusión de vida llena de cosas tan opuestas. Lo haré, siendo el mal crítico que soy, por gusto de decir de ella. Tengo que pedir a mi María respuesta a una duda y que darle un esclarecimiento... Yo le dediqué una poesía que es una carta y que se llama ahora “Recado de Nacimiento”. Hay toda una historia chistosa en torno de esto. Yo no supe en un comienzo que la niñita María era del primer matrimonio de ella. Creí más tarde que era un niño. Ella nunca me habló de su vida anterior a Donoso, que es un poco la vida suya conmigo; luego yo me sentí madrina de una niña por venir... Ella debe acordarse de mi ajetreo de ese tiempo. Está hecha de estas necesidades, de esta batahola de datos, esa poesía. Naturalmente ustedes no se han dado cuenta de estos hechos tiernos: de que mi amigo, el que comunica la noticia del nacimiento, es Armando; de que yo me creo madrina de una recién nacida; de que aquello es para ustedes dos y no lo es. María me acusó recibo fríamente del Recado. Es claro: no ha debido entender ni por dónde. Es posible también que no le gustase la poesía misma, yo se la dediqué con nombre. Luego saqué esa dedicatoria pensando pasarla a otra poesía que pudiese ser de su gusto. Y no he

encontrado ese poema mejor, puede ella creerlo. Le consulto, sin la menor lastimadura vanidosa; si repongo o no esa dedicatoria. Está corregido el poema y se lo mandaré. Posible es que pueda darme tiempo de imprimir ese libro, allá por diciembre, cuando salgo en vacaciones de invierno. Quiero dirigir yo la edición, es decir, corregir pruebas. Son versos de varios años; el libro es bastante heterogéneo y tiene el mosaico del viaje de doce años. Editado en Europa —España o Portugal— saldrá caro, en Chile, no en el resto de la América. Donoso podría preguntar a Ercilla si pueden aceptar estas condiciones para una segunda reimpresión: 1° Yo no daré el libro sino una vez vendida la edición de aquí. 2° Facultaría la edición de Ercilla exclusivamente para Chile, sin venta afuera pues en la Argentina lo editará otro; 3° Ercilla pagaría el 30% como derechos de autor. Número de ejemplares, no sé los que le convenga hacer. No se dé, Donoso, afán de lucha por que le acepten estas condiciones. Si no les gustan, santo y bueno. La obra tiene unas 230 ó 250 páginas más o menos. Estoy publicando en “El Sol” unos artículos sobre escritores nuestros de mi generación. Creo que le he mandado el Magallanes, y el Mondaca. Quiero allí decir de él y, parece cuento, no tengo datos: ni de la educación (¿Alemania?) —ni de otras, ni lo que hace hoy. Hace años Donoso me mandó a Francia dos libros suyos, los he perdido: eran el Bilbao, y La Otra América. Necesito que con santa paciencia María me mande una minuta suficiente. Debo tratarlo especialmente como hombre que en Chile ha propalado la cultura española, sobre todo la contemporánea, y ha dado siempre noticia de lo de aquí. El espacio, aún abusivo como el del artículo de Mondaca, demasiado largo, me deja sin decir muchas cosas. Lo único que pretendo es hacer visible aquí la literatura de allá. Va mi breve Lope. Como El Sol paga esos artículos no puedo escribir solo lo nuestro sino tener cor-

tesías con la actualidad madrileña. Perdonen el cartapacio horrible. Les abraza apretadamente,

Gabriela

\*\* Aludo a Cruz y Raya.

Ciudad Lineal, Madrid, 4 de septiembre de 1935

Respetada y querida amiga mía.

Recibí su cable con tan precisa y larga información de mi asunto. No sé cómo agradeceréelo debidamente. Usted sabe lo que es estar muy lejos y no tener amigos que le digan a una, con precisión, el punto de un asunto, el lugar donde está. Muchas gracias, pues, doña Graciela.

Y después del cable extenso, ha venido su carta buena.

A Préndez he contado la razón por la cual le di esta subida molestia.

Tengo aquí varios, muchos asuntos que liquidar antes de irme, en primer lugar el de las casas: oficina y domicilio, que se toman por trimestres y que hay que despachar.

Es posible que no le haya contado mi decisión de irme, de cualquier manera a Portugal. A usted debo el primer conocimiento del país —¿cómo les debo tantas cosas!—. Después fui por un mes, invitada por el gobierno con otros escritores y recorrimos todo el Norte. Conocí más el clima; me informé del costo de la vida, un tercio más bajo que en España; traté a la gente, que me pareció muy semejante a la nuestra: y decidí irme allá, sin cargo alguno, renunciando a esta famosa oficina. Palma Guillén, mi compañera, que creo no conocen ustedes, fue nombrada Ministro de México en Colombia, con toda justicia. Estaba aquí conmigo y me dijo que aceptaba este cargo no pedido y no espe-

rado, por darme algún descanso. Me propuso dos cosas: o irme a Colombia, donde, por otra parte, tengo una casa en lugar campestre y precioso, ofrecida por un amigo, o dejar esto e irme a descansar y escribir en Portugal. No puedo todavía ir a Colombia y ni sé si pueda ir: la presión arterial no baja ¡y Bogotá se halla a 2.600 metros! Pero sí puedo irme a Portugal con la base de las 1.000 pesetas mensuales que ella me manda. Es lo que resolví hacer. Pero antes, y sabiendo que más tarde dirán de mí en Chile que tiré un consulado de mala manera y nada menos que un consulado en Madrid. Porque allá nadie sabe, fuera de unos cuatro amigos, las condiciones indecibles en que me dieron y me mantienen este famoso cargo. Escribí, pues, al Presidente y a Relaciones, contándoles de una vez por todas que renuncié y por qué. El resto lo sabe usted: nuestro Carlos, con una nobleza que es la de su sangre y de su poesía, se decidió a hacer esa arriesgada gestión de un Consulado libre y con renta y vitalicio. La cosa me sorprendió enormemente, no me esperé nunca tanto y me había contentado con mucho menos. La gestión de los personajes de Lisboa empujó la diligencia y la Cámara se portó generosamente despachando el proyecto por gran mayoría. Pero ahora tenemos el atasco en el Senado. No tendría gran importancia si no hubiese “la orden de Hacienda de retenerlo por falta de fondos”. El punto crítico está ahí. Usted sabe que Ross tiene tantas o más atribuciones que el Presidente. Préndez me asegura que en ningún caso puede malograrse el proyecto, pero yo, que no salgo aún de mi asombro de la maravilla, me temo mucho, muchísimo, que allí acabe el proyecto de las Mil y una noches...

Muy valiosa es oportunísima la gestión de don Julio y usted con el Presidente de la Comisión de Relaciones del Senado. La otra, de las escritoras realizadas por nuestra noblota Juanita, es buena ayuda. Ojalá eso salga y yo pue-

dairme de la dura Castilla antes de que venga el invierno. El Cónsul General no me deja renunciar, pero yo saldré entonces de esta ciudad que dobla mi gasto normal por el visiteo y las obligaciones semioficiales y que no me da ninguna complacencia. A fines de octubre, pues, espero en Dios escribirle desde Portugal. El invierno es allí dulce y la tierra muy hermosa.

Mi cable apresurado respondió a mi necesidad de liquidar aquí mis asuntos obedeciendo al Cónsul que quiere no me vaya sin finiquitar lo de Santiago.

¿Cómo están ustedes? Yo no sabía que ustedes residiesen en Santiago.

Pensaba que como doña María, repartiesen su vida entre Magallanes y Buenos Aires. Pienso ahora que entre otras razones, se fijarán allí por la educación de mi Alex. ¿En qué colegio estudia? ¿Ha seguido creciendo mi lindo grandote? ¿Y las niñas, dónde hacen cursos? ¿O tienen profesor particular? ¿Y Julito, tan práctico y sólido?

Espero que don Julio siga mejor. Su mala salud es aquello lamentable del estómago, pero yo creo que una vida tranquila le dé mucha mejoría y que la curación venga. Mientras escribo, veo su cabeza noble, sonriente y serena, juvenil en la expresión, y que da una confianza muy grande.

Yo tengo un recado para él: Aguirre no me ha comunicado nada de que él le haya entregado mi carta y cobrado lo que debía. A mí me parece esto muy mal. Tengo que escribir a Aguirre por mi dinero de este año, en unos días más, y naturalmente, le diré que todo el año pasado me pagó... don Julio en vez del Estado y que él me haga el favor de

traspasarle esos fondos. Yo entiendo la ayuda al prójimo y particularmente al amigo; pero no puedo aceptar un servicio abusivo de mi parte y de ese tamaño. Él me sirvió en momento precioso y esto yo lo agradezco con toda el alma. Pero no se puede ir más lejos.

Veo también a mi Alex, con su cabeza italiana, la más bella cabeza de muchacho que yo he visto. Y le miro a los ojos leales, que miran fundidos de ternura criolla, y le oigo su voz querida que es la música pura. Él pensará que esa señora que no le escribe le ha olvidado, pero no es así.

Yin Yin está a mi lado leyendo una historia en francés y me dice para él que “ya lo quiere y desea que vuelva para verlo”. También en estos días tengo sobre mí la preocupación de su madre, ya muy mal. Él está alto, pero delgado. Fue unos días a la sierra. Yo me he venido a vivir a la Ciudad Lineal y aquí hay un buen jardín. Pero el invierno aquí es peor que en Madrid.

¿No se le casan las niñas? Es todavía muy pronto; ojalá tarden todo lo posible en cargar con estado y vida aparte de su preciosa madre. Veré qué libros les mando. En Portugal hay más libros franceses que aquí; en español es muy escasa la literatura de niñas; el genio literario de la raza ha sido grueso y lleno de picardía fea.

Querría que una de ellas, o las tres en una bonita carta colectiva, me dijese lo que leen, lo que les gusta, lo que hacen. Su madre es criatura hartó querida por mí como para que yo las tenga entre mis deberes. Mi fea vida de escribir y escribir articulejos y de leer para hacerlos, me ha tenido sin cumplir con ellas. En adelante les escribiré corto, pero frecuente.

A Juanita le escribiré la semana próxima agradeciéndole su tan pronta buena voluntad.

Rece usted por mí, santa amiga cara, y piénsese siempre.

Un abrazo común, estrecho y fiel, de su

Gabriela

Lisboa, 27 de octubre de 1935

Señor Director de "El Imparcial". — Santiago de Chile.

Distinguido Señor: Manos amigas me hacen llegar una nota de su diario que se refiere a las acusaciones formuladas en contra mía por un grupo de españoles de Chile. He contestado holgadamente ese documento en un artículo remitido a "El Mercurio" y a "La Nación", y que espero que sea publicado como un derecho que se conceda a los ausentes a quienes plumas extranjeras y locales atacan sin esperar su defensa natural. Ese texto, extenso y claro, responde a la mayor parte de los cargos contenidos en el artículo de "El Imparcial". Pero tengo que rectificar respetuosamente a ustedes dos puntos que no han sido tratados en la contestación aludida.

Ustedes hablan de mi ascenso a "Cónsul General" y creo que igual información han dado en el país los demás órganos de publicidad. Yo he sido ascendida de cónsul honorario a "cónsul de segunda clase". La publicidad estruendosa dada, en Chile y en el extranjero a este ascenso, en forma perfectamente errada; la lectura de un "proyecto" de ley demasiado generoso, presentado a las Cámaras por nuestro Gobierno, proyecto que fue enmendado en cada una de sus partes por el Senado, según su pleno derecho, y una cifra de emolumentos que pareció astronómica a mis compatriotas que hacen su contabilidad en nuestra baja moneda nacional, todo ello, es la causa, sino única, principal, de las publicaciones malévolas que se han hecho respecto de mi persona en esa capital. Se trata, a todas vistas,

de una venganza económica contra un funcionario cuya situación “real”, y fácilmente comprobable, es la siguiente: A los cuarenta y seis años de edad, es decir, después de una vida entera dada, de cerca o de lejos, a la cultura del país, tengo un cargo de cónsul de segunda clase, situación que poseen muchas personas cuya promoción a esta categoría no provocó ni esas ingenuas envidias ni esas sombrías venganzas.

Agradeceré a ustedes, que han tomado parte en esta campaña, con una equivocada buena fe, la publicación lisa y llana del texto definitivo de la ley y el decreto íntegro de mi nombramiento. La verdad desarmará a los irritados por un “privilegio” que no existe y por una “regalía” que, gracias a Dios, se halla solamente en la imaginación febril de los malheridos por el bien ajeno. He recibido, “y lo agradezco muy cumplidamente”, del gobierno de mi país, un sueldo del cual puedo vivir con el mediano decoro material que corresponde a cualquier individuo que ejerce una función en el extranjero. Había sostenido en buena parte, y casi heroicamente, durante dos años y tres meses, un Consulado honorario en la capital de España; este esfuerzo fue posible gracias a un copioso trabajo escolar en universidades y colegios de Estados Unidos y de Puerto Rico. Llegué en el sacrificio pecunario, y dicho sea sin ningún énfasis, hasta un leal sacrificio, y llegué en la dación de mi salud, en un clima para mí dañino, hasta donde pudieron mis fuerzas. Mi traslado a Lisboa, o a otro lugar de clima temperado, yo lo había pedido a mis jefes más de un año.

Es la historia verdadera de este nombramiento, comentado exageradamente por la fantasía criolla y en una prensa que se desearía mejor informada respecto de los servicios

públicos, por modestos que ellos sean, como en el caso presente.

Saluda a usted respetuosamente, su servidora y colega,

Gabriela Mistral

Lisboa, octubre de 1935

“Creo que debo contestar el mensaje de ustedes, miembros de la colonia española de Santiago, en cuanto a documentos llenos de interpretaciones desorbitadas y en un acto de cortesía que, merecido o inmerecido por los firmantes, corresponde a la derecha de mi conciencia”

PROPAGANDA CULTURAL ESPAÑOLA

Durante dos años, yo he escrito una sesentena de artículos sobre asuntos europeos, destinados a cuatro diarios de capitales americanas. Entre ese conjunto, una veintena fue dedicada a actualidades españolas. Faltándome mi archivo, enumero al azar los pocos títulos y subtítulos de ellos que recuerdo: Recado sobre Unamuno, Lope de Vega. El cielo de Castilla. Escardadores de patrias (referencias al periodismo de Moreno Villa), Camiones-bibliotecas (Misiones pedagógicas de España), Revista Cruz y Raya. Comentarios del Ciprés de Silos, de Gerardo Diego; Semblanza de Ramón y Cajal (con motivo de su muerte). Un juicio sobre J.J. Domenchina (“Gerardo Rivera”), recado sobre Cataluña. Una contadora de la infanota (prólogo a un libro de la española).

Dejo de citar la serie de artículos publicados durante cinco o seis años en A B C, y que forman otro renglón crecido de temas españoles.

Los artículos enumerados se publicaron en El Mercurio de Chile; en Crítica, de Argentina; El Tiempo, de Colombia; en El Universal de Venezuela; en Puerto Rico Ilustrado, de esta isla, y en numerosos diarios y revistas que los han reproducido en el continente. A las colonias españolas establecidas en estos países les será muy fácil recogerlos si se trata de una investigación a fondo respecto de mi labor periodística en lo que toca a España, que ustedes quedan ahora obligados a verificar honradamente.

Hay, pues, una labor apreciable para cualquier colectividad extranjera agradecida, de propaganda española desarrollada a lo largo de mis dos años de resistencia en Madrid. En estos artículos se han tratado, con un elogio pleno, sin regateo mezquino, sucesos relacionados con la cultura española. Tal conjunto de páginas ha captado las emociones más puras y profundas que me dictaron seres y cosas peninsulares y que eran dignos de contarse para públicos americanos.

Parece que los muy celosos firmantes del manifiesto no pasaron nunca sus ojos por ese montón de material, tal vez porque se trata de personas dedicadas al comercio y a la industria. O tal vez no pararon en esa labor real, porque es mucho más fácil a la raza de ustedes, como a la criolla nuestra, clamar estentóreamente contra los ataques que dar significación a un aprecio y a un elogio cuando ello no lleva el tono de los discursos inocentones de Fiestas de la Raza.

#### INTIMIDAD

—Pero en el escritor que hace periodismo están lado a lado un filmador de información coloreada para el público

y una persona que posee juicios menos primarios y mejor filtrados sobre el mundo que recorre. Esos juicios asentados en el fondo de la conciencia profesional, no se llevan a la plaza, es decir, a la sábana de papel. Ya sea porque él pesa su gravedad, ya sea porque los reserva para un desarrollo meticuloso, el escritor los guarda como una experiencia muy íntima o bien los reserva a los suyos más suyos, a quienes los da en diálogos o en cartas.

Un nombramiento consular no destituye en el escritor el individuo propietario de su verdad y señor de una ideología. Ni Paul Claudel, diez años cónsul en el Oriente, se creyó invalidado para decir lo que le parecieron el Japón o la China, ni Eca de Queiroz entendió, según el criterio de ustedes, que no podía juzgar de una Francia a la cual estudió media vida.

Ambos escritores, por ser muy grandes, se sintieron con pleno derecho a entregar el tuétano mismo de su experiencia oriental y francés. Yo, a mucha distancia de ellos, he volcado los aspectos sociales desventurados de España, no en artículos ni en libros, precisamente por pundonor de huésped, sino en una carta rigurosamente personal. Dicha carta lleva un acápite, que ha sido suprimido por el espíritu de dolo que domina la publicación que ustedes comentan, y en el cual yo pedía a mi amigo la reserva perfecta de mis opiniones, no digamos en lo referente a una publicidad del documento, cosa que no podía imaginar, sino dentro de su propio círculo de amigos.

El destinatario de la carta es un amigo mío de veinte años, a cuya esposa me une una amistad de tipo familiar; es él además un funcionario superior y un publicista de rango; es decir, una persona en la cual bien podía depositar yo, y

otro cualquiera, una confidencia de este tipo personal y de esta delicadeza de contenido. La razón deplorable de que mi carta llegase a una revista de figurines es cosa que yo ignoro hasta hoy, y aguardo todavía que el dueño de ella asuma las responsabilidades que le corresponden en este sucedido.

Queda con lo dicho, establecido para un criterio lúcido, el que yo, periodista, he escrito con destino a la publicidad, incontables artículos sobre lo mejor de España que pasó por mis sentidos, y que yo, individuo que tiene amigos o cree tenerlos, vacié en unas hojas de cartas dos materias de juicio mi horror del abandono en que vive el pueblo español y mi asombro respecto de porciones de la idiosincrasia del mismo que yo no conocía.

#### PATRIOTISMOS

—Comprendo del más entrañable comprender las heridas del patriotismo, por ser éste una pasión poderosa y especialmente activa en los individuos más selectos y en los más bastos de cualquier raza. El emigrante —y yo también lo soy, en cierta manera— tiene un amor patrio de tipo explosivo. He probado en los Estados Unidos la cólera española cuando se trata de la crítica respecto de su hecho nacional o cuando se hace la defensa de lo americano indígena. Los españoles han probado igualmente la mía cuando yo he respondido con mi visión precisa a la suya desfigurada de nuestra América del Sur.

Comprendo lealmente, y hasta me apena la impresión recibida por ustedes al leer esa odiosa publicación. La he vivido también cuando dos amigos españoles, a raíz de

las revoluciones chilenas, me dirigieron a Madrid cartas en las cuales los adjetivos aplicados a Chile eran, Dios lo sabe, mucho más graves que los que a ustedes han ofendido. La mujer, conocedora del arrebato ciego del hombre, no pensó en denunciar a su Gobierno a los atolondrados ofensores de su gente y ni siquiera quiso constatar aquellas páginas, aturcidas mejor que malvadas, que eran hijas del dolor que da a los débiles el desbaratamiento de una fortuna. Fue mi única represalia no volver a escribirles y sellar con el silencio una relación ya acabada. Y una sonrisa criolla ha sido toda mi reacción de chilena al leer otras cartas aun: las que los pobrecitos familiares analfabetos de emigrantes han traído a mi oficina. Ellas venían llenas de una ira igual por la prohibición sobre el envío de fondos al extranjero, establecida por nuestro Gobierno. Mujer vieja, me sé las miserias humanas en general y el “mal genio” castellano de modo particular.

“Concedo a ustedes gustosamente que mi carta llevaba un tono violento; si alguno frecuenta a los profetas hebreos, sabrá que hay una especie de estupor, y también de piedad, que se expresa en violencia pura. Lo que no entiendo es que ustedes declaren algo así como empresaria del desprestigio español a una persona que en el propio extenso de la zarandeada carta, dice: “¡Ay! Duele en las entrañas una España hambrienta”.

Un combinar de líneas de mi carta se ocupa de la miseria del pueblo español. Ustedes no habrán encontrado antes en suramericanos la preocupación, y menos la angustia por esa pobrecita masa de hombres castellanos. Alguna vez debía de ocurrir. Hay razones para que el viajero suramericano ponga los ojos en esa porción de la casta de ustedes. Salieron de aquel estrato popular los hombres que fueron

a la América. Excepción hecha de unos cuatro condes y marqueses, una línea entera de nuestros abuelos salió de ese pueblo que el americano banal apenas mira desde el hotel en que se hospeda, en Madrid o Sevilla. Después de la conquista ha seguido saliendo de esa arcilla, infeliz pero feraz, la emigración española que recibimos. La riqueza y el bienestar que adquiere el emigrado en América son fuertes beleños que adormecen pronto a sus poseedores. Es así como los firmantes del manifiesto no han reparado en que bajo la cólera de esa carta, que lleva trozos goyescos, se agita la piedad mía por un pueblo dejado de la mano a sus jefes desde hace siglos.

Ustedes piden estadística y pruebas técnicas sobre mis aseveraciones, olvidando de nuevo, y se podría decir que de mala fe, “que se trata de una carta y no de una campaña pública emprendida contra España”. No faltan, sobran los testimonios a una periodista, que además de mirar su asunto, lee la opinión de otros acerca de él.

Antes de sentarme a contestar su mensaje, he leído el discurso pronunciado por don Manuel Azaña anteayer, delante de medio millón de españoles, y me detuve en esta frase: “Han reducido a la muchedumbre del pueblo español al hambre y a comer hierbas y cortezas de los árboles”. Mi carta no ha dicho ni más ni menos que eso en su peor párrafo.

El desconocimiento del mensaje de ustedes, españoles de Santiago, no me llevará a escribir la serie de testimonios semejantes, con la cual otro periodista contestaría a su acusación de mentira. Saben perfectamente ustedes que si mi pluma tuviese reputación de herramienta intelectual falsa, no habrían protestado con una alarma tan crecida de una carta que lleva mi firma.

Un lector ligeramente atento a un trozo habría sabido que el texto de esa carta estaba plagada de errores voluntarios e involuntarios, falto de sentido en frases enteras y sin la puntuación elemental en otras tantas. Y cuando va a hacerse de un escrito nada menos que una pieza acusatoria, es preciso que él sea atendido por quien toma el papel de impugnador. Anoto a las volandas los disparatados más crasos de la versión que de mi carta se ha dado. Acápiteme 2º: absurdo “fraude”. Esta palabra no existe. La sigue la frase “hasta noble”, y un fraude no es noble nunca. Otra muestra:

“Alegre por el lenguaje verde-alegre genuinio, el andaluz y el vasco.” No se entiende nada. Acápiteme 4º: “No importa la miseria del pueblo.” Decía: “Me importa la miseria del pueblo.” Otro esperpento: “Y sobre todo, no se ha muerto cómo el español entiende el que una patria debe alimentar a su pueblo.” Esto es, la noche cerrada... Hay más: “El idioma (portugués), dulce y procaz.” Debe decir: “Dulce y jovial.” Sería demente llamar “procaz” la expresión portuguesa, que es pulcra y hasta cortesana en la propia boca del pueblo. Acápiteme 3º: “Tiene clan”. El copista confundió “elán” con “clán”... Otros: “El andaluz famoso (se habla de catolicismo) es ídolo que no tiene apelativo, porque va mucho más lejos que cualquiera”. Ha debido ir allí el adjetivo; “idolátrico”, en vez del sustantivo; pero la frase está, como otras más, “compuesta” por el copista sin escrúpulos. Todavía: “Borrachos de charlotes, necio”. Decía: “Borrachos de charloteo necio”. Etc., etc. No tengo tiempo para seguir la faena de expulgar la obra maestra de maldad, que es esta publicación, ni creo que valga la pena tampoco continuar la triste faena.

## REGIONES

—Se han hecho ustedes voluntariamente sordos a mi aprecio de dos regiones ibéricas —si no españolas—: Cataluña y la Vasconia. En esta ocasión, como en tantas otras, el mérito de esas zonas dejan indiferentes a los castellanos, y la estima de ellas por un extranjero les parece una marca de enemistad hacia el centro. Feos y mortales odios de región, que no les han dejado ver a ustedes que en la misma que critica la miseria central y andaluza, hay una amiga consumada de Cataluña y una estimadora proba del País Vasco.

## EXACTITUD

—Hablan los protestantes de un patrocinio que el gobierno español habría tenido en mi nombramiento de cónsul de segunda clase en Madrid. El dato es absolutamente erróneo. Ni había yo de apelar a un gobierno extranjero para presentar una petición al mío ni habría de ocurrírsele a gobierno alguno intervenir en las decisiones administrativas de otra nación. Sería naturalísimo dar a esta afirmación de ustedes, absolutamente fantástica, el calificativo de embustera, que ustedes usan con tanto desenfado. Pero yo conozco el respeto debido a los demás en una página de periódico, y me basta con atribuir la peregrina aseveración a gente mal informada que se lanza a tratar un asunto en tono trágico sin conocerlo. Es probable que hayan ustedes querido aludir a un telegrama dirigido a nuestro Presidente Alessandri por catorce escritores europeos y que lleva las firmas, muy honrosas y por mí sobreestimadas, de don Miguel de Unamuno y de don Ramiro de Maeztu. Los escritores, que no los gobiernos, se dan a menudo estas nobles protecciones internacionales, que a los extraños al

gremio les corresponde manchar con su torpeza o desvirtuar con su intención torcida.

En cuanto al lamentable final de su mensaje, que los chilenos con sentido de raza habrán leído estupefactos, solo quiero decirles lo siguiente: Es atolondramiento grande, cuando se es extranjero; es decir, miembro liberalmente escogido por una colectividad, dar en documento público un trato desconsiderado a los dueños de casa naturales. Algunos chilenos, yo entre ellos, aunque vivamos lejos, somos los señores naturales del país, y el último compatriota nuestro tiene derechos a un trato hostil de nosotros, antes que el extranjero que vive sobre nuestro territorio.

Gabriela Mistral

Lisboa, 1935

Queridas Palmita y Margot:

Hoy, por fin, tuve la pieza famosa: el artículo del bellaco hombre Munizaga sobre mí, que armó en Santiago el escándalo —que ya ustedes saben en la colonia española. Ha venido, mandado por Enrique—, quien lo recibió de un hijo de español de Chile. No se trataba de cartas a mi pobre hermana, sino de una mía a Armando Donoso y a su mujer. Está de más decirles mi estupor de que este hombre, a quien yo he creído toda mi vida un amigo, cuya mujer es mi comadre, a quien he prologado un libro —a ella— que, uno y el otro, han escrito sobre mí los mayores elogios, haya entregado a manos extrañas —y a qué manos— aquella carta mía, tremenda. En mis dos años de España, aún cuando envió cada quincena artículos a Donoso, nunca le había escrito mis impresiones de España. Pero hubo un día de cólera colmada, y fue así. María Baeza, la mujer del escritor y ex-Embajador Baeza en Santiago, nos invitó, a doña Graciela Préndez y a mí, a tomar té en el Lyceum. Allí fuimos y yo, sentada en una mesa central, rodeada de varias otras mesitas, oí dos horas o más hablar a esta mujer de la sociedad de Santiago y del grupo de escritores por el cual le preguntaba en la forma más indecorosa, más cruda y más desventurada. Uno por uno, le pregunté por mis amigos y amigas, y la muy talentosa dama, a quien mimó esa triste sociedad nuestra, a quien los escritores defendieron de su propia colonia, que injuriaba semanalmente en su periódico a su Embajador, esta lengua temeraria, me respondía a cada pregunta con informes chuscos, a lo

aguafuerte de Goya, en una serie de escándalos desnudos o de albañal de chismes destapado. Yo mudaba de colores y la señora Préndez lo mismo; ella, que es mujer muy pura y además muy llena de dignidad, optó por mandar al cine a sus hijas y a la hija de aquella desdichada. Volví a la casa rumiando este hecho grotesco del cómo se recibe en Santiago al afuerino, lleve o no alto cargo; de la entrega ilimitada, niña, ingenua, con que se les lleva a la intimidad y de los resultados de la estúpida aventura. El mismo día o días después, yo escribí esa carta a Donoso y su mujer. Y aunque se trataba de víctimas de aquella lengua, y aunque creía tener con ellos una intimidad bastante grande como para darles el relato entero y con nombres, no se lo di, por la repugnancia natural que siento a la citación de nombres y porque de allí no resultase un incendio, por la violencia natural de María Monvel. Igual decencia observé respecto de Hernán Díaz y de Marta Brunet, carneados también entre risas, delante de un salón de niñas bien, por la ex huésped de Chile.

Parece mentira que siendo Chile el país a donde menos escribo, donde mis corresponsales son... cuatro, incluyendo a mi hermana, haya habido entre estas cuatro personas una capaz de echar al medio de la calle este documento, y de echarlo en esta forma deplorable: suprimidas varias partes: la que se refería al dueño de la carta, en mi alusión a la ingratitud de sus protegidos y en la que, hacia el final, les pedía y encarecía la más absoluta reserva sobre mis juicios, añadiendo explícitamente “que me guardasen las espaldas, por vivir yo en España”. Añadía a esta advertencia que yo había vaciado allí opiniones, considerando mi silencio de dos años, guardado con ellos, respecto de España, la intimidad que nos une y mi obligación de decirles lo que pienso.

Ya les he hablado del joven Munizaga. Es uno de los muchos huéspedes que la paciencia y la nobleza de mi gente, de mi madre, primero, y luego de mi hermana, se toleraba en aquella ciudad beata y muerta de La Serena. Ya saben cómo está llagado por mí, a causa del silencio total mío respecto de las innumerables cartas que me escribió a Europa, y cómo mi hermana ya me había prevenido de que me odia y que en la ciudad levítica iba y venía dejando caer gotitas venenosas sobre mí. En esa ciudad me echaron a mí de la Normal sin haberme recibido como alumna, a propuesta del párroco, otro Munizaga, su pariente; en la misma me echaron de la secretaría del Liceo “por persona falta de toda inteligencia”. En los artículos anteriores del mismo desgraciado, él cuenta ambos casos rápidamente. Tengo yo una especie de karma con la muy cristiana y muy española ciudad de La Serena —que por cierto Palmitta halla hermosa...

Sin necesidad de exprimirme la imaginación, yo “compongo”, más o menos, de este modo la publicación de esa famosa carta mía. Fue mandada a Donoso y a María Monvel, ambos hispanófilos; supongo que por choque o indignación de su contenido, la han dado a leer al uso chileno, en tertulia, porque nuestra raza, como te decía a ti, Palmitta, aquella dama francesa, no entiende la intimidad; entre los auditores o lectores ha habido candidatos a ese pobre Consulado de Madrid, también hispanófilos. Uno de estos se las ha arreglado para llevar el documento a cualquiera que diese su firma a un artículo tan deshonoroso como ese. Munizaga, será un instrumento, y naturalmente, resultó bastante apto por su rencor de la que nunca se dio el trabajo de contestar su correspondencia. Hay más de 800 cartas sin respuesta, solo de los últimos dos años; ahí están, cada uno de esos correspondientes espontáneos se me quiebra y

se me agría; pero era necesario que un chileno, y por añadidura un serenense, hiciese esta villanía. El tono elogioso del artículo no vaya a hacerlas pensar de que se trata de un ingenuo: es un mozo de formación curial y con aire de esos curiales; su trabajo es una obra maestra de tartufismo criollo. Él o los señores que esperan el Consulado en Madrid ya lo tienen libre; la moral de nuestros gremios es ésta: se hace el sitio de cualquier modo. Ahora habrá que ver si después de la hazaña le dan o no la presa. El diario que comenta editorialmente el escándalo, habla de mi “Consulado general” en España, mentira seguramente dolosa, que nadie se da el trabajo de rectificar. Un consulado de segunda clase, para una mujer que ha servido toda su vida a la cultura de ese país, les parece una maravilla; no se dan la molestia de leer la lista de mis colegas de igual categoría para saber que esta maravilla se da a cualquier pobre diablo y que no significa ningún portento de cuya vista hacer hieles...

Dice Palma que, según su criterio católico, se paga el pecado con castigo de su especie. Pero es el caso que yo, en quien se han vaciado muchas conciencias, por carta y por habla, no he publicado jamás una carta ajena. Nací, por que no me la dieron, con la noción de que una carta es una confidencia, más o menos íntima, a menos de ser un recibo o una cobranza. Esta ha sido una ley para mí, no ya de cultura sino de simple sentido común, una moral natural, de un primarismo que ni tiene valor para mí. No sé por qué precisamente a mí, que no publico ni adulaciones ni críticas que a alguien alcance, me caen estas calamidades. Será también Karma...

Pero hay más, le decía al Embajador, al tratarle la odisea, que tengo una consciencia muy clara de que yo vivo 33

años en ese país sin hacer mal a criatura alguna del gremio literario —ni a nadie—. Porque aparte de la indiferencia por el nombre tal o cual, del desabrimiento hacia una manera literaria que no me guste, ignoro la envidia como el Tíbet, e ignoro, otra vez por lo mismo, por índole natural y limpia, el hacerse sitio a empujones y a villanía. ¿De dónde le sale al criollo esta fertilidad estupenda para odiar al que come, para que la boca se le tuerza de ira por el bien ajeno? Unamuno lo tiene dicho en cien lugares de sus libros y Machado lo repite por allí en sus cantos de Castilla en verso tremendo (...Atraviesa —Castilla— la sombra de Caín). Es la envidia española, sumando el más alto de las envidias latinas. El indio sabía convivir, no sabía y hasta hoy no sabe vivir sino así, codo con codo respecto de su prójimo.

Les hago copiar la carta de marras tal y como está publicada. La escribí a mano, desventura mía, por más afecto hacia la persona a quien iba dirigida y no he tenido ni siquiera la suerte de que mi enemigo supiese leer una letra difícil o tenga el idioma para suplir lo que no entiende. Anoto al pie los disparates mayores que son realmente escandalosos. El que una revista, aunque sea de figurines como esta, pueda publicar semejante engendro, me pasma, ay, me pasma como tantas cosas de allá que me moriré sin entender. La violencia de la carta está empeorada con los trueques, que creo más perversos que imbéciles, del copista, como ustedes verán.

Ha llegado a esta Legación la noticia de que el Diario Ilustrado hace la campaña de defensa de España y de protesta en mi contra. Es posible que, como El Imparcial, haga caso omiso, o por torpeza o por malignidad, de que se trata de una carta, no de un artículo de periódico. Es un colmo que

no tomen ese punto de partida y que no comiencen por ahí, por denunciar a la revista y al firmante del brulote. El diario oficial de los católicos de Chile ha debido arrebatarse leyendo esos juicios —que apenas se entienden, que solo se adivinan— sobre el beaterío español.

Una sola de ustedes sabe que un diario americano no puede tratar de un asunto de esta índole con tono y ademán de siervo español del año 1800: Palmita, que es mexicana, sabe que en conflicto semejante existe una cosa que se llama la dignidad nacional que aconseja a lo menos no hacer de gamonal con el compatriota, que es lo que hace ese diario. El famoso hispanoamericanismo está hecho de estas sustancias, de reacción o de sedimento colonial. Mi pobrecita Margot padece y hasta llora leyendo el sucedido. Tuviese indio adentro, ella y cada uno de los suyos, y existiera una patria de ella y no sería ella ciudadana yanqui ni tampoco española; pero Dios la dejó sin indio... para bien de ella, según su criterio.

Ahora sigamos. El escándalo me parece natural: la carta es dura y agriacérrima. Madrid me ha dado esa crudeza de lengua en dos años, y a pesar de que saben ustedes el horror con que yo atravesaba Ventas oyendo blasfemias y palabrotas. La lengua genuinamente española es tan dura y acuchilladora como esa carta que indigna a los puteros españoles de Chile, que seguramente no leen a sus clásicos. Para más bella felonía, está el artículo ilustrado con autógrafos míos de tarjetas y retratos; por si yo pensase en negar mi carta. Pero yo no soy de la casta de los Munizaga y no niego nada. Escribiré una respuesta a ese diario —no me han mandado lo del Diario Ilustrado— esclareciendo el que, en además del Cónsul, que jamás ha escrito una página, contra la ilustre España, destinada a la publi-

dad, existe una persona que tiene unos amigos chilenos a quienes escribe, creyéndolos tales, y que en esas cartas rigurosamente personales, se toma el derecho de decir lo que piensa.

Me asombra el silencio de Donoso. Aguardo saber —de él mismo— cómo y por qué entregó esa carta, soltando las fieras sobre mí y haciéndome un daño en la carrera que él, funcionario subdirector de mi diario, colega, amigo de veinte años y casi compadre —es comadre María, aunque ustedes duden del dato en esta circunstancia— sabía que era un daño definitivo y de enorme tamaño.

El joven Munizaga da a entender que mi carta es para él. Délanos me ha dicho que me nombra “la Chela”, dando el singular dato de que así me llaman en mi familia, cosa que nunca ha ocurrido. Esta es la veracidad criolla, no española, porque estos son veraces, excepto cuando se trata, por ejemplo, decir, como los firmantes de la protesta, que son invenciones mis palabras sobre la miseria y la suciedad del pueblo español.

Entiendo, así y todo, la protesta de los españoles; yo habría hecho no defensa falsa de mi tierra, pero sí una respuesta muy fuerte y también quemante, si me maltratasen de esta manera un país de los míos, de aquellos cuyo pan he comido y de los cuales me siento. No son los españoles, son los chilenos, los que han sacado a lucir sus más tristes hábitos en este escándalo. El Gobierno español, al que, según veo, se pidió que me echase, no lo hizo; quedé en Madrid una semana más tarde de esos sucesos, que han venido por cable, y ningún elemento oficial hizo nada, ni acercarse a la Embajada ni buscarme, absolutamente nada.

Los comerciantes españoles del manifiesto no han querido leer en el fondo de todo ese documento, pasión justiciera y la cólera defensora del (...).

Los cuatro quintos de los juicios que van en la carta de la tragedia, me los han oído en casa los españoles amigos, con una continuidad cotidiana o semanal. Eran los que “tienen ojos y ven” y nunca se les ocurrió ni discutirme la miseria, ni la suciedad, ni el abandono ni la desventura sin nombre del pueblo. Había la ventaja para mí de que me oían hablar; de que veían en mi cara que me dolía como a ellos y más que a ellos, creo, ese dolor y esa vergüenza. Naturalmente, no aceptarían el acápite sobre el odio español de todas las razas ni lo de la raza acabada ni lo del sepulcro de Castilla. Yo sé que estas cosas no me las perdonarán nunca. Vendrá en España una campaña de injurias y me la espero: son los gajes de Chile. Palmita, los que conoces en doce años. Aquí ahora un reproche para ti. Cuando yo vi que ya no podía yo vivir de sostener con mi bolsillo un Consulado de Chile; cuando supiste que ya no daban más mis fuerzas para escribir artículos de los cuales comer; cuando mi paciencia se acabó, aunque no se gastase ni un mínimum tu deseo de mantenerme, yo te hablé de una resolución mía de ofrecer servicios a otro país americano en definitiva. Tú la oíste indignada, a lo nacionalista mexicana, de mi dación total a otra tierra. Estas que tengo ahora son las heces del ascenso que acaban de darme. Opté por pedir a Chile, por golpear a las puertas de gente que, en su mayor parte, no me estima y al corazón de algunos que me quieren y se duelen de mí. Creo que comienza solamente la hebra de rencor por este consulado de segunda clase, que se va volviendo la pirámide de Cheops. A todo el mundo se le asciende sin alharaca; este sueldo que aún no cobro, va a costarme mucho más de lo que me han costado, delante de los chilenos con que me

he encontrado en el extranjero, ministros y casi escritores, el aprecio extranjero y el pan ganado en el extranjero. Han venido de Chile anónimos envenenados y luego ha llegado la ocasión espléndida de este incidente, como traído para darles razón. ¿Por qué tú y Margot, por otro lado, no me dejaron tomar el camino que me correspondía, el de vivir de los que me sienten cosa suya, carne suya, en esos pueblos, tan míos como Chile dentro de mi consciencia? Acepté tu consejo, seguí los puntos de vista de Margot, como personas consultadas para ayudarme, y entré en esa campaña que muchas veces me ha dado vergüenza de amigos y de periódicos, pidiendo para mí como si se tratara de un caso nunca visto, de la brega por un ascenso mínimo. A los 46 años soy Cónsul de segunda clase, y para eso se han escrito un chorro de artículos; se han movido presidentes de academias europeas, se han escrito por mí unas cincuenta cartas, se ha agitado cielo y tierra. El resultado es que ahora, los propios diarios de Chile, como El Imparcial, me echan en cara las firmas españolas de aquel telegrama, que son dos entre catorce. Habría sido lo otro, créanlo ustedes, menos penoso para mí y de consecuencias menos amargas.

Voy escribiendo esta carta para informarles muy poco a poco. La dieta, que ya va a tener dos meses, me tiene muy caída; las frutas no sostienen un cuerpote por entero.

Por primera vez en los hábitos de adulación hispano-americana, sale una voz desafinadora y violenta diciendo la verdad de la situación social de España. He leído párrafo a párrafo la carta de marras y no hay allí un embuste, una adulteración, una acusación baldía. Pero yo no pensaba, ustedes lo saben, hacer esto. Alguna vez les dije que alguien debía abogar desde la América por este pueblo infeliz y

abandonado a su suerte, como lo hizo Sarmiento hace muchos años y como lo hizo, pasando, Trotski, hace menos. Pero yo no me hice nunca el voto de ser este declarador de verdades, porque no me veo tamaño para ello y el tema político me repugna. Les digo que me duele asumir este papel, en el que me ha colocado la infidencia de personas que siempre tuve por amigos, de ese tipo de amigos que casi son familiares. Ese era el caso mío con Donoso y su mujer. Me molesta el tono duro de esa carta, el tono, no el fondo, que es el Evangelio, ardiendo. Ilya Ehrembourg, el ruso, dijo cosas semejantes —en ningún caso menores— y aunque se ha escrito sobre su libro opiniones de cólera o de desprecio... como es un eslavo se lo perdonarán —algunos saben que no hay qué perdonar, que ha dicho la verdad en derechura de riel—; a mí no me perdonarán nunca. Me conozco los odios españoles probados en EE.UU. y entonces sin causa alguna, desde el implacable profesor Onís. Este archigodo no podía digerir el hecho palpable de que aún existamos los mestizos y los indios. Y, menos aún, la (para él) infamia de que hablemos su lengua castellana, y hasta mejor que él. Porque los españoles se consideran emperadores del idioma, soberanos dinásticos que jamás abdicarán y a los cuales la Historia misma, más la Geografía, han derrocado. Que eso es nuestra América: el tendal de tataranietos hablando en vivo lo que los tatarabuelos muertos. Además, en cuanto al legítimo hablar bien, ustedes ya me lo han oído: una cosa es hablar y otra es pronunciar y aún más otra, escribir. Se han engañado creyendo que diluviar palabras muy bien pronunciadas, pero muy mal reunidas (porque apilan y abruma), sea dominar la claridad y disponer la belleza. Cuando son cultos, con la cultura universitaria que allá se estila: infra-Europa, espejo empañado... y cuando son librescos y leídos se atollan en una elocuencia gritona, de candidato a Senaduría o Cortes. Me reventaban la cabeza hablándome

en la oficina consular, hasta expulsarle todo el silencio de la noche anterior, y toda la paz de los pobres objetos, también ellos invadidos por esa lava verbal.

Federico Onís, es cierto, me llevó a Nueva York, me dio clases que hacer y me hizo la primera edición de mi libro. Callo, por decencia, las pequeñeces anexas. Pero no callo el choque, la colisión que tuvimos cuando yo comencé a dar mis clases. No se esperaba que yo ni nadie fuera a defender lo indefendible: la indiada. Y menos esperaba que el alumnado captase y apoyara ese alegato en donde la sinceridad iba como saeta al corazón.

Desplazó sus espías. Dos colegas en la clase. Dos soplonas que tomaban apuntes de mis improperios, y después se escurrían, antes que terminara la hora, a llevarle el trofeo de la evidencia: un sartal de verdades escritas por... Bernal Díaz y por el padre Las Casas. A las citas de testigos españoles, yo solo allegaba el calor de mi sangre ante toda esa sangre desgraciada.

Se lo zampé tal cual, sílaba a la sílaba y cara a cara, pero el muy español no ablandaba coraza. Le cobré horror —el horror que se siente ante lo monstruoso—.

Y aunque medité con calma y supe que “un murciélago no hace gruta”, Federico de Onís no podía haber inventado, él solo, tamaña ceguera. Eso tenía que haberle entrado completo como un idioma del odio. No era capaz de fabricar tanto, tantísimo dolor.

Se me hizo España. Y cuando entré a la atmósfera reseca de Castilla y me fui conociendo sus especímenes, comprobé que eso era la patria de los Onises, el zoológico en pleno.

Venía, pues, malherida. Me dirán ustedes que debí llegar ya vacunada. Pero es que para el odio y para la estupidez nunca estaremos vacunados. Se hacen montoncitos de experiencia que no valen para la arremetida inédita.

Todo esto (y he llenado hojas sin decirlo en cabal) estaba agazapado en mí como esos bacilos que irrumpen cuando las defensas flaquean. Ya ha pasado el fiebrón. Convalezco.

Queridas, este feo, feísimo asunto me ha dañado el sosiego que necesito para vivir. Portugal es de una dulzura no... española, que me irá sanando, día por día, con solo mirarle, desde la ventana, su luz y sus nubes.

Palmita, esto es la merita verdad. Ya la sabes. Ahora espero que me escriban largo y cariñoso, Estoy contenta, pero las echo de menos. Ojalá Cataluña le pene a la mexicana y me la vea aparecer con su magia de hierbas aztecas. Más ojalá todavía: que el Portugal te hechice lengua y oídos con esta música cotidiana: ¡habrá que escribir de nuevo toda la poesía castellana —en portugués!

Las quiere tanto, su

Gabriela

P. S. — Délano se portó bien. Pensé que hubiera algún sombrero complot. Pero con Neruda ya habíamos acordado permutar oficialmente su Barcelona, por mi Madrid. Esto fue mucho antes que todo ese río de cobras. Por más que peche Munizaga, no creo que el Ministerio premie rufianes.

Lisboa, 11 de Mayo de 1936

Cara, cara Lydia cubana mía:

No le he escrito porque en vano he perdido su domicilio. Por fin me da cólera y vergüenza seguir en este impasse y opto por pedir un favor a Chacón y Calvo, a quien nunca he escrito para que me la busque a donde esté y le haga llegar estas palabras.

Lydia querida, es la única vez que a mí me duele haber dejado España. Yo pude allá ver y asistir a nuestra Teresa adorada si no tomo el camino de Lisboa, y yo pude acompañarla a usted en esta horrible pena como no hay otra.

La noticia me dejó una especie de estupor. A usted le daría cosa semejante este golpe final. La sabíamos enferma de gravedad innegable, mirábamos el fracaso de sistema y sistema y no creíamos.

Yo no he creído esto nunca, no se me volvió conciencia jamás aquella salud perdida que siempre pensamos saludable y hasta salvada... Ay Lydia, yo le puse a usted ese telegrama a Cercedilla (¿le llegó?), diciéndole que se reuniese conmigo porque no quería escribirle, sino hablarle y oírle de ella. Y he aguardado que viniese pasados unos pocos días. ¿Por qué no ha venido? ¿Es que eso no le llegó o es que usted ha preferido irse a Francia con los suyos? Yo quería, y quiero que se venga conmigo por el tiempo que pueda. Este reunirnos y este querernos es lo menos que podemos hacer por nuestra Teresa y por nuestra propia consolación.

No sé lo de la gravedad final. Yo estaba tranquila respecto de ella y ni le escribí el último tiempo esperando una excursión a la Sierra donde están los sanatorios más o menos hábiles del país. Ha llovido aquí cinco meses, cinco y no era cosa de traerla a Lisboa. Y vino en esto lo tremendo. Nunca me perdonaré este silencio imbécil. Le cuento a lo india supersticiosa la pequeña cosa casual o lo que sea, que me ocurrió la noche anterior a su telegrama. Yo dormía y de pronto desperté porque me tocaron la espalda hacia el hombro. Llamé a mi visita y le dije que tenía “miedo de muertos y de no sé qué muertos”. Ella se rió porque me cree muy niña chiflada. Yo no sabía, aunque creyese saberlo, cuánto y cuánto quería a Teresa, hasta dónde era ella criatura entrañable mía, un poco mi orgullo, otro mi delicia, otro mi ternura. Había llegado a ser tan perfecta que la memoria de ella, que me ha dejado, es algo cristalino, sino fuese a la vez vital, es algo como la presencia de un ángel, constante, tibia y ligera.

Dios mío, más la quiero que a personas con quienes viví años y no hay nada tan idiota como en años suyos y míos en Europa no viviésemos juntas para habernos dado este cariño natural y sobrenatural. Ahora lo siento en mí y sin uso, como esos terrenos que dan de comer y de vivir.

Yo no sé decirle, Lydia querida, ninguna especie de consolación. Me resulta todo necio y ñoño y huero mejor que tonto. Usted es alma de altura de una parte. Pero de otra hay la imposibilidad cabal de consolarse de esta muerte, Lydia. Yo no sé dónde, cómo, por qué esa criatura pudo coger semejante mal y no entiendo este “retiro” de ella, este escamoteo, porque para vivir estaba hecha. Sabía vivir como la que más. Lo había aprendido no de la gente por cierto, del chorro de gracia que cayó sobre ella. Tampon-

co sé en cuál minuto de su vida. Porque mi reencuentro con ella en Barcelona me devolvió a la Teresa de París más otra inefable que era una industria clara de la gracia, Lydia querida. Algo tenemos que hacer usted y yo para que esa criatura sea sabida de nuestra gente en su lado de pensamiento. Yo no quiero que la maravilla que yo vi siquiera de paso se quede sin que aproveche a la gente fea, baja y violenta de nuestra raza. Deben conocer lo que produjeron y tuvieron. Ay Lydia, no sabremos decir ni usted ni yo lo que ella era por este tiempo, pero tenemos que intentarlo.

¿Van a llevarla a su Venezuela? Yo lo espero; me duele que se quede en el pedregal de Castilla.

Yo no puedo pedirle que me escriba usted una carta gruesa como un libro para contarme aquel acabamiento de la muy nuestra. No deseo que usted revuelva la herida. Por eso es que le ruego venir, si es posible, a esta casa. Veré por darles silencio, cuidado cariñoso de los míos y cercana del mar, “que cura las heridas de los hombres”. A lo menos mándeme dos líneas de respuesta sobre este punto. Usted no necesita traer dinero. El boleto venida y regreso vale 120 pes. y dura un mes. Si esto le agrada puede quedarse el tiempo que desee.

Fue para mí un problema contestar a su telegrama. El de usted era de Madrid; sin saber su dirección al Sanatorio. Luego Délano no supo hallarla, fue a Roso de Luna y no consiguió nada.

¿Cómo está, qué hace, qué puede o logra hacer? Yo tengo aquí su libro admirable mandado por Miomandre y del que voy a escribir. Venga Lydia y verá por qué trabajo en esta casa quieta, que conservo limpia de gente. Está donde

esté tal vez Teresa nos vea y le dé gozo sabernos juntas.  
Maravillosa niña, maravilla pura.

Yo habría preferido no conocerla nunca a tener esta conciencia horrible de que no la veo más, no la disfruto más en todo el bien y el regalo inefable que ella era una vez vista y sabida. Dios mío, quién entiende ni desde la más profunda este venir de la carne y este irse sin dejar señas ni darlas ni aplacarnos con mensaje alguno. A ella, a mi Teresa, le habría dado alegría saber que yo recuerdo a Jesucristo lenta y hondamente, ya se lo contaré. No quiero seguir, Lydia querida. Tampoco puedo.

La abraza estrechamente, la acompaña, la sigue con una ternura muy grande.

Gabriela.

101 Ave. A. Augusto Aguiar 4, Lisboa.

AL PRESIDENTE DE LA CORTE FEDERAL  
DE PUERTO RICO

Lisboa, 21 de mayo de 1936

Ilustrísimo Señor Presidente de  
la Corte Federal de Puerto Rico,  
SAN JUAN DE PUERTO RICO.

Honorable Señor:

Tengo la honra de dirigirme a V.S. en demanda de una gracia y sin otro título a ella que el muy modesto, y muy profundo a la vez, de ciudadana honoraria de Puerto Rico.

La prensa de Europa nos ha traído, a los sudamericanos ausentes, la noticia de la prisión del Dr. Pedro Albizu Campos, de don Antonio Correjer y de un grupo de estudiantes de la Isla, medida tomada en contra de ellos por sus actividades nacionalistas.

Si en esta ocasión yo me hubiese hallado en Chile, la presente petición de gracia no habría tenido la pobreza de llevar al pie solo el nombre de un individuo, pues las sociedades de profesores, de escritores y de estudiantes acompañarían mi firma. Pero hallándome lejos, y existiendo la circunstancia de que nuestros pueblos más australes, no conocen otros detalles que los escuetos del cable sobre el movimiento nacional de Puerto Rico, a mí, que los conozco, me corresponde cumplir por los míos el deber de esta presentación.

La Isla de Puerto Rico realiza ahora, honorable señor, la acción de su Independencia que nuestras veinte repúblicas realizaron antes. Él corresponde a un ímpetu entrañable de americanidad, según lo conoció en su carne y en su alma nuestro Continente el año 1810. Forma parte esencial de nuestro carácter una pasión de libertad que puede retardarse o tener alzas o bajas de buena o mala fortuna; pero es tan inevitable el que se haga en nuestra sangre y es tan incontrarrestable su *elan*, que en los pueblos más débiles como en los más fuertes del Sur, obró siempre y alcanzó sus finalidades, que son lisas y llanamente *sagradas*. Sobra presentar a un ilustre ciudadano de los Estados Unidos, maestros de libertad en el mismo periodo histórico, la dignidad soberana de esta corriente que es, al mismo tiempo que una ideología, una marejada espiritual.

La maestra que firma y que ha enseñado la Historia de la América Latina, no duda de que se han producido en la Isla, lo mismo que en los pueblos del Sur, las violencias inseparables de cualquier agitación libertaria.

Es mi deseo solamente decir a V. S., con el respeto que me merece el cuidado dirigente de una gran democracia, que la personalidad de los portorriqueños enjuiciados corresponde, en categoría moral y en significación cívica, a lo que fueron en los países del Sur las de los próceres San Martín, O'Higgins o Artigas. El interno heroico y doloroso es el mismo, la calidad de los espíritus es idéntica, por más que se trate de una nación pequeña, o por tratarse del más pequeño de nuestros grupos nacionales.

En una hora álgida de cordialidad interamericana, a unos meses solamente de la celebración de la Conferencia de Buenos Aires y a raíz de las realizaciones de "política nue-

va” y de altura, que obran los Estados Unidos en varios países del Mar Caribe, la actitud asumida por las autoridades norteamericanas respecto de los jefes nacionalistas de Puerto Rico, va a adquirir para nosotros un sentido extraordinario. Teniendo presente una por una en el espíritu estas realidades, una maestra de niños y jóvenes de las dos Américas se ha sentido confortada para pedir a U.S., con el mayor respeto y con la mayor efusión, la libertad de los portorriqueños mencionados. Yo no olvido que hasta ahora, ellos son ciudadanos de Estados Unidos, pero tampoco puedo olvidar que son ciudadanos morales y naturales de la América Latina, por su lengua, su tradición y su suerte. Es cosa que nos importa como la que más, en este año de gracia en que los Estados Unidos, bajo la administración Roosevelt, miran hacia nuestra raza con una nobleza rectificadora de viejos errores y con una decisión rotunda de justicia.

Quiero añadir aun a estas reflexiones la de que los individuos que rigen el espíritu de una colectividad la representan de manera tan poderosa que en verdad en ellos el grupo recibe la estimación y la deferencia de que es digna. El Ilustrísimo Señor Presidente de la Corte Federal de San Juan, seguramente aprecia como los que hemos convivido con la sociedad portorriqueña, las admirables condiciones de moralidad, y de espíritu cristiano superior que esa sociedad ejercita como norma y hábito en su vida normal. Tales virtudes la vuelven un miembro moral muy puro y muy amado de nuestras veinte repúblicas, y seguramente también de la nación norteamericana.

Presento a U.S. mis cumplidas excusas, las de mi ansiedad por la suerte de los mencionados ciudadanos y la esperanza que me asiste respecto de su alta gestión de justicia.

A FÉLIX NIETO DEL RÍO

12 de octubre de 1936

Señor don Félix Nieto del Río, Buenos Aires.

Distinguido y querido amigo: me quedé sin escribirle, esperando papeles que usted me prometió: lo de su gestión en el Chaco. Nada más supe, y solo ahora tengo la noticia, tan feliz, tan buena, de que por fin le dieron esa Embajada, que a Dios gracias no ha caído en las manos siempre listas de los señoritos. Tarde lo he sabido: desde que España se ha vuelto el “infierno”, los correos vienen muy tarde a Portugal, por la supresión del Sur Expreso, que la traía de Francia. Tenemos cartas y prensa con gran retardo y yo he suspendido mis envíos de recortes por la misma razón de las noticias añejas.

Le auguro muchas felicidades en ese cargo, y más para nosotros que para usted. Va a tener ocasión, creo que por primera vez, de trabajar sin el patrono que más ataja que excita a hacer cosas; va a país americano, es decir, más vital que esta pobre Europa deshilachada y catastrófica; va a poder tener iniciativas sin consulta cotidiana. Usted es de las personas llenas de riqueza interna y de recursos propios, a quienes solo con fineza se logra ver en claro y es un verles sustentando obras o campañas que llevan nombre ajeno o ningún nombre. Ya era tiempo de que se acabase esta manera de vivir y de hacer de piedra sillar de casas ajenas. Y yo siento una alegría muy viva del acontecimiento, que para mi lo es, y que lo es para el país, lo sepa él o no lo sepa.

Ojalá pueda usted llevarse consigo a los hijos; eso le daría estabilidad y pleno sosiego para el trabajo. Y que se cuide del clima extremo, que se come mucho las fuerzas y que hay que manejar con gran tino, hasta que se le conozcan las veleidades, se pruebe y se aprenda la alimentación conveniente y se halle manera de hacer ejercicio a pesar del calor, para que el calor no enerve. Perdone usted estas “intrusidades”, que son cariño e interés real de saberle sano y contento.

A contar de julio próximo, usted disponga de mí, si, según la idea del señor Ross, le parece conveniente que se hagan allí algunas conferencias de propaganda sobre Chile. Él me habló de esto cuando pasó por aquí. Yo le dije que iría con gusto si usted iba a Río y si me dejan volver y mantener esta casa de Portugal. Le hablo de la posibilidad de ir después de junio, porque en este mes tengo una obligación que me importa cumplir. Me han nombrado miembro del Comité permanente de Letras de la Liga [de las Naciones], el presidido por Valéry, y me han dicho que, con ocasión de la Exposición de París del 37, quieren que hagamos allí acto de presencia los del Comité en la Sección de Artes Industriales y Aplicadas. Ahora, si usted no ve razón verdadera de este viaje, no me llama. Yo sé muy bien que usted se basta para llenar ese hueco de nuestra propaganda del que me hablaba el señor Ross —quien traía muy penosa idea de la representación nuestra en Río. Usted divulgará cuanto tenemos de mostrar; se relacionará con la gente de prensa de Río y no hay mucho más que hacer que eso, que bien cumplido estará por su competencia preciosa.

Escribí hace un mes al presidente Alessandri sobre un asunto del que tengo que escribirle largo. Le dije que le rogaba recomendar a usted la cuestión, si iba como era natural a

la Conferencia Panamericana de Buenos Aires. Le hice de paso el elogio de su inteligencia de usted y me permití indicarle que si el asunto expuesto era de su interés, a usted debería serle encomendada la gestión. Me temo que a estas alturas de tiempo, el Presidente que tanto lleva en su cabeza, se haya olvidado de lo que me prometió en su respuesta.

Se trata de la situación de Puerto Rico. Este país no hizo la guerra de la independencia de España y la monarquía se las arregló para mantenerlo de su parte dándole una autonomía condicionada y una representación en las Cortes para retenerla. Poco después sobrevino la guerra de EE.UU. con España a causa de Cuba. Perdida la guerra, la triste Madre Patria entregó a Puerto Rico, que nada había tenido que hacer en el conflicto, a título de indemnización de guerra y con el curioso añadido contradictorio de recibir ella de EE.UU. treinta millones de dólares de pago, talvez por el exceso de regalo... Según varios internacionalistas, España no podía disponer de la Isla como de una simple colonia, por haberle dado ya una autonomía relativa y porque el Tratado de París establecía que estas cesiones quedaban prohibidas como ilegales.

La isla es pequeña; pero mantiene una población de nada menos que un millón setecientos mil habitantes, y valía la pena que algún país nuestro, por solidaridad de sangre y por simple política continental alerta hubiese hecho alguna cosa por evitar esta maldad. Ninguno lo hizo y yo me conozco solamente ahora los trabajos de nuestro Vicuña Mackenna sobre el particular —se los envío en una hoja de *Revista Cubana*, por correo normal—.

Un pueblo católico pasó a ser feudo protestante; un grupo humano de tipo tradicionalista español —lo más español

de nuestra América— entró en la catarata de la modernidad yanqui, que ha hecho un desgarrón doloroso en su costumbre; una población de habla española recibió el inglés como lengua oficial y la ha visto enseñar hasta en sus *kindergartens*; un país mínimo y pobre fue más empobrecido aún por el establecimiento en él del sistema norteamericano de corporaciones que han devorado la pequeña propiedad en treinta años, dejando al yanqui anónimo de las sociedades o *trust* agrícolas, como el dueño sin cara responsable de la Isla. La miseria ha llegado a extremos fantásticos y las “generosidades” de las sociedades de beneficencia que echan hacia el Caribe algunas migajas no pueden ni aún aliviar a una población tan densa y desde los años del coloniaje español, perversamente abandonada.

Esta masa portorriqueña es lo más moral que yo he visto en nuestra raza en cuanto yo me la conozco; es una curiosa gente llena de dignidad, beneficiada por el yanqui talvez únicamente con el ejemplo de la actividad, pues son los más activos del Trópico, que han logrado una cultura media bastante decorosa en la clase profesional, ni más ni menos que la Argentina o que Chile y que, con el desarrollo cultural, ha ido despertándose el sentido político que les adormeció España.

Hace unos diez años ha aparecido entre ellos un líder nacionalista, el Dr. Albizu Campos, graduado de Harvard y hombre extraordinario, de profundas virtudes civiles y personales. Ha logrado caldear la consciencia de las mejores porciones morales de la Isla y su movimiento de opinión ha tenido dos efectos visibles, y contrarios, en EE.UU. Poco después de la independencia de las Filipinas, y ante el clamor del descontento de la administración yanqui en Puerto Rico, el Gobierno de Roosevelt ha aceptado un pro-

yecto de ley, presentado al Senado, para libertar a la Isla después de un plebiscito.

La noticia alegró mucho a la Isla, esclava de siempre y sin posibilidades de ninguna índole de hacer la guerra ni levantarse contra semejante mastodonte económico y militar. Le duró poco el gozo, porque las condiciones de la vislumbrada independencia son económicamente mortales para Puerto Rico. Luego, ha venido un viraje secreto de la política de Roosevelt y han llegado las persecuciones, o mejor, la persecución lisa y llana del movimiento nacionalista, oído y un poco acatado en el proyecto de ley del Senado. Se ha puesto en prisión al Dr. Albizu con todos los demás dirigentes del partido; se ha maniobrado con los otros partidos camaleónicos de Puerto Rico, a fin de desunir a los patriotas y especialmente, se ha iniciado la destitución de los empleados públicos que no son ayancados y se amenaza con lo mismo a los indecisos. El tal plebiscito no puede resultar cosa digna con semejante prólogo...

Los nacionalistas mandarán algún o algunos delegados a Buenos Aires a hacer opinión a favor de su causa. Es la ocasión de que nuestra sorda y egoísta América del Sur haga algo y cumpla con esa nación nuestra a la que hemos dejado devorar primero, vejar después y casi desaparecer como gente latino-americana.

Usted perdóneme mi pequeña violencia: quiero mucho la Isla y he visto las más feas acciones de imperialismo verificarse con esa masa débil de hombres y mujeres de nuestra sangre.

Mi información es muy vaga y pobre. Yo le pido, mi amigo querido, que usted procure, a pesar de su atareo de esos

días, ponerse al habla con los delegados portorriqueños que rondarán la Conferencia y oírles, sus puntos de vista y los apoyos legales de su defensa. Ellos le dirán lo que quieren obtener de los delegados sudamericanos; usted verá claro en el problema, podrá ayudarles con consejo ordenador, indicarles vías y sobre todo tantear, pesar y medir las posibilidades de ayudar una solución más decorosa que la del plebiscito ideado por EE.UU., si la cuestión cae a la mesa de la Conferencia.

Usted habrá hecho un bien natural y sobrenatural a la zona más infeliz y más olvidada de nuestra sangre criolla, interesándose por Puerto Rico, aunque no lo conoce. Y aunque esta circunstancia no cuente, usted le habrá dado a su amiga vieja y perdida en la extranjería, una alegría muy grande oyéndole su súplica, que lleva mucho de fervor y ansiedad.

Dejo para otra carta el contarle el asunto de mi consulado en Oporto; es renglón aparte y ya he abusado de sus ojos y de su atención cariñosa.

Dios le guarde en su nueva vida y que yo tenga dos palabras de usted de Río, en cuanto tenga sosiego. Dos líneas, para saberle instalado y descansando de las jornadas que habrá tenido en Buenos Aires, duras y largas y aburridas.

Un saludo muy fiel y lleno de respetuoso afecto.

Lisboa, 28 de abril de 1937

Mi querida C.C.:

Su carta y el folleto mandado por usted a París, más una que por milagro llegó aquí, me han hecho entender que ustedes no tienen allá idea alguna de que nosotros estamos sin comunicación con la España “real” desde el comienzo de la guerra civil. Usted tampoco tiene idea de lo grave que es decir algo que sea leído aquí. El correo se impone de la correspondencia de los extranjeros sospechosos, entre los cuales parece que me hallo. Le ruego guardar estas cosas rigurosamente para ustedes dos, sabiendo que aún vivo aquí y que, aunque voy a Brasil en meses más, tal vez regreso. A una pregunta hecha por cierta autoridad sobre qué razones de desconfianza y vigilancia hay sobre mí, contestó ella que “mis amigos y amigas” me comprometerían bastante con sus cartas y en sus cartas.

Ahí tiene usted una brizna de lo que pasa. Hay aquí una viva camaradería entre los españoles refugiados y el elemento hispanoamericano; naturalmente no he entrado en esa convivialidad y pago las consecuencias del acto. Ignoro lo que venga; ojalá que a mi vuelta de ese viaje al Brasil yo halle este ambiente ya descargado y tan dulcemente vivible como era antes.

Les he tenido en mi corazón en cada día y tal vez en cada hora, a ustedes, mi puñado de amigos de España —puñado que es más copioso de lo que creen mis chilenos—. Han vivido y siguen viviendo ustedes una experiencia atroz y

una tan mezquina solidaridad del mundo, que me temo les quede un sedimento de amargura después que hayan salido de su penitencia. Yo les ruego a ustedes que cuando midan el volumen de indiferencia tremenda hacia su dolor de los de afuera, piensen en la pobre gente que está a su lado invisiblemente, pero que es de una impotencia irremediable para ayudarles. Así y todo, cosas se han hecho que quedarán claras y puras en el final de esta jornada horrible.

Imagino su angustia respecto a Oliver; Dios le ha doblado la fuerza del corazón y de la sangre para ir al frente. Me ha conmovido mucho leer sus poemas y me deja inquieta de saberla a usted y a su madre en zona de frecuentes bombardeos.

Aquí no se sabe nada de la situación efectiva de ustedes. Yo anduve fuera y supe, mientras viajaba; luego he vuelto a quedar en la misma oscuridad.

Algo me dice que la tragedia no durará mucho más, que no llegará hasta el punto del agotamiento de los beligerantes. Lo quiero creer sobre todo. No es posible que Europa siga helada y pétrea mirando semejante trance de un pueblo y pensando que solo le afecta a medias.

Valor, Carmen, y que volvamos a vernos en este mundo, con el corazón ya apaciguado y sin que falte ninguno de los nuestros, de los familiares, aunque nos faltarán muchos, ¿Dios mío! tantos de los otros que amábamos y seguimos amando.

Lisboa, abril de 1937

Respetado y querido amigo Don Pedro y Doña Juanita:

Les deseo salud y paz, que son las cosas mejores de este mundo. El sosiego de Chile llega al parecer real y lindo, puesto al lado de la tempestad europea —no solo española—. Las noticias de los diarios de hoy dan una sensación de peligro inmediato, por la repercusión de los hechos de España en el Continente, y como la prensa portuguesa tiene una censura estricta, los afuerinos que la leemos pensamos siempre que las noticias malas pudiesen ser peores.

Don Pedro, me habló en su carta pasada del eco que lo español ha tenido allá y de su aprovechamiento político... Veo por El Mercurio, que allá le sirven al público una salsa fuerte de las crueldades “rojas”; ya vendrá el tiempo en que se sepan las de los moros y habrá también para gritar y escandalizarse. Con todo y dar tanto horror, la forma de guerra colonial con que se pelea esa gente a la que llaman “Madre Patria” los chilenos, yo creo que más serio, por ser de más fondo, es la agitación francesa y, al lado de eso, la organización, seguramente ya finiquitada de los fascismos europeos y a la preparación rusa, que es su consecuencia. Si Europa está tan loca como para suicidarse, esta será la hora de nuestra América y ojalá nuestros dirigentes vean con claridad el hecho que se viene encima. Pero ojalá sepan que, aun en el caso de que el Fascismo triunfase en toda la línea aquí —lo que es dudoso— ellos tendrán que hacer allá un mejoramiento muy subido, muy fuerte, de las condiciones en que vive nuestro pobre pueblo, porque

hasta esos fascismos envalentonados miran mucho por hacer justicia social y la cumplen a marchas forzadas. El programa fascista de Mussolini ojalá lo masticasen bien nuestros conservadores para corrección de sus egoísmos y de su tremenda ignorancia de la realidad nazi y de la italiana, en este aspecto social.

Don Pedro, aquí le va una molestia nueva. “Cuándo no”, tiende a decirme usted. Anteayer tuve una carta de mi jefe de Departamento consular, el señor Errázuriz. Me dicen que han “resuelto” mandarme como Encargado de Negocios y Cónsul General a Guatemala, que él cree que la noticia me será muy grata. Él no sabe que, contra la leyenda, yo soy una mujer que no tiene ninguna ambición, que solo le pidió a su patria darle eso que se llama el *mínimum vital* y que, conseguido esto, se quedó tranquila, sin mirar a un escalafón del cual aquella ley especial la excluía y feliz de no pensar en los artículos de periódico para comer. Pero, lo que ha pasado, don Pedro, es que en Portugal no he podido hacer la propaganda de conferencias que me encomendó el Ministerio... porque mi ministro, Señor Azócar, se ha negado rotundamente a que yo las dé, pues, según él, a Portugal no le importa nada de la América, porque, según él, la gente de aquí es muy necia y no lee ni escucha y porque el esfuerzo no vale la pena. En semejante disparadero de una obligación que cumplir y de un jefe que me ha maniatado por entero, yo me he puesto, por mi voluntad de servir de algo, a escribir artículos de propaganda para cinco diarios de América; cosa que tiene a Relaciones muy contenta, según me dicen en oficios. Pedí a mi jefe del Departamento mi nombramiento de Cónsul en Porto, a fin de tener allá la libertad de acción que aquí no me ha dejado mi ministro y resultó esta otra donosura. Me dijo mi amigo Azócar que este gobierno ultraconservador no

querría a una mujer de Cónsul en Porto y que él prefería, por mi propio interés, guardar las letras patentes y no presentarlas. Esta vez la indita que hay en mí saltó dentro, y pedí a un amigo del régimen preguntase al Ministro de Estado el asunto, y escribí a Gonzalo Zaldumbide, Ministro de Economía en París y amigo del Ministro portugués, me obtuviese el exequatur; se hizo todo con la facilidad mayor y el Canciller portugués me mandó decir que le extrañaba y le dolía que yo hubiese podido pensar en que él iba a negarme el exequatur, conociéndome personalmente y por mi trabajo en la Liga, viendo él con tanta complacencia que yo viva en su país y teniendo ellos mismos una mujer Cónsul en Berna. Transmití esto a mi amigo Azócar, quien al fin presentó las letras patentes; salió el exequatur, lo dejó consigo y me lo ha traído anteayer, junto con el ofrecimiento de Guatemala. Es una historia tonta, que tenía que contarle, don Pedro, porque alguien debe saberla allá, para el caso de que cualquier día se diga, por alguna mala persona, que yo no hago nada en Portugal. No vaya usted a pensar que mis relaciones con mi Legación han sido malas. Tan cordiales son que, cuando mi ministro sale a Alemania, por ejemplo, me deja a sus hijas a quienes adoro; vienen a mi casa ellos semanalmente y que él usa conmigo un trato familiar. El hombre dice que Portugal ha deshecho su actividad de joven, que la pereza nacional lo ha tomado y el pesimismo lusitano más que todo... Y yo me temo, don Pedro, que por esta desidia suya que me ha atajado el cumplimiento de mi misión aquí, el Ministerio haya pensado en mandarme a otro lugar, a la América, donde yo "hago cosas". Yo las hago en Europa lo mismo, solo que con menos campanillas que en esas tierras, donde se echan a volar por cualquier nadería.

Yo he contestado ayer por cable a don C. Errázuriz que acepto agradecida. Rehusar no podía, por mi temor de aparecer como persona de “malas ganas”, también porque el tono de su nota, muy afectuoso, es de darme el asunto por resuelto; también porque se trata de la América, donde está mi corazón, aunque mi cuerpo ande ambulando por estas Europas.

Pero la verdad es que a mí me ha dado una grande, una profunda pena dar mi vida de paz de aquí, de este Portugal medio-angélico, donde yo mejoraba bastante de mi mal, he tenido un año de felicidad, nada menos que de felicidad. Yo no hallo este país ni tonto ni inferior, como dicen los sudamericanos. Hay una dictadura fuerte y no popular, pero de administración honrada; yo no me mezclo en política en parte alguna de este mundo; tenía aquí tierra verde, un río precioso, mis libros, etc. He recogido aquí mi libro nuevo de versos, donde está mi trabajo de diez años; he escrito lo que era dable sobre Chile para el extranjero. Me acongoja salir de este reparo y refugio al aire tremendo de eso que llaman la diplomacia. Pero obedezco sin ningún rezongo, porque he agradecido a Chile infinitamente que, al fin pensara en mi vida material y me alargase el pan nuestro de cada día. Él puede mandarme donde le dé la gana, contra mi corazón de vieja sentimental. Hace dos meses me nombraron en Ginebra para un cargo de mucha importancia, que acepté declarando que quedaba en Europa; quedo mal con los que me lo dieron. Es la Comisión de Letras y Artes, donde se juntan las mejores cabezas europeas, y no hay más americano que yo.

El pedido es este, don Pedro: no me he atrevido a preguntar a don Carlos Errázuriz qué renta llevo yo a Guatemala. Aquí tenía ochenta y cuatro libras, más o menos; con eso

en Portugal, país de vida barata, he vivido holgadamente, pero ayer hablé con el Ministro de México, amigo mío que ha vivido en Guatemala y me ha dicho que la moneda de allá, el quetzal, es casi el dólar y no puede compararse el standard de vida, a causa de esta circunstancia, con que establece aquí el pobre escudo, cuyo valor es casi el del peso chileno. Me ha dicho de precaverme y de pedir datos exactos. El Ministro de Chile, por su parte, piensa que el Consulado General que me ofrecen es honorario, que yo llevaría allá el sueldo actual, el de la ley que se dictó, más una subvención de 7 libras para servir la Encargaduría de Negocios. Eso sería insuficiente, Don Pedro; no ha habido allí Legación y hay que comprarlo todo y llevar mis muebles, lo cual haré. Mi ruego es el de que usted me haga la gracia de averiguarme el dato en el Ministerio, en forma muy discreta, pues siempre es feo que la interesada aparezca presionando por dinero. Y sabida la suma total, que incluya sueldo y asignación, tomar dinero mío, mi amigo para ponerme un cable bien explicativo del asunto. Don Carlos no me ha hablado de Consulado General honorario, pero pudiese ser. El sueldo más bajo de Cónsul General de profesión, me satisfaría, pues es válido para vivir.

Don Pedro, perdone este eterno abusar y dar afanes. Yo salgo para París, por una sesión del Instituto de Cooperación Internacional. Dejo encargo de que me transmitan su cable. Usted puede dirigirlo a Minchile, Lisboa. El me hará llegar su contenido. Un gran abrazo para los dos amigos queridos, de cara presente, a pesar de los años y de nombre y de recuerdos vivos en mi corazón. Les piensa siempre, y más, mientras envejezco.

Gabriela

Lisboa, 28 de octubre de 1937

Queridos Zenobia y Juan Ramón, Maestro de todos:

hace mucho tiempo que ustedes me penan, que me rondan. Les parecerá extraño que una mujer que no fue a pagarles su preciosa visita les piense tanto. Así es, sin embargo. Me dejaron ustedes una estampa doble austera-dulce, como dicen los italianos y fue de veras “día de gracia” ese en que ustedes pasaron mi puerta provisoria de chilena errante.

Poco antes de sobrevenir la desgracia tremenda, yo leía y releía tantas veces como no se cuenta, el libro Poesía, que desde entonces camina conmigo siempre. Cuanto hallé en él para mi alma, cuanto allí supe de J.R., cuando allí entendí de la línea española que yo venero —angosta, pero que llega al centro de la Tierra— ya lo tengo dicho en unas lentas páginas que les mandaré cuando sepa dónde están. —Hace unos 6 ó 7 meses, el Ministro Mexicano en Lisboa, Daniel Cosío Villegas, y esta servidora de ustedes, se ocuparon en saber si J.R. quería ir a México con el doble de su Zenobia. Lo pusimos en nuestra lista (Daniel Cosío había ya obtenido de su Presidente la autorización para llevar un equipo de doce españoles que anduviesen fuera). Pero por esos mismos días supo mi amigo por la prensa de México que J.R. iba. Lo retiramos de la lista. En París, dos días antes de venirme, supe que J.R. no fue al fin y pensé en que Margot Arce, la portorriqueña, les buscara en su Isla para preguntarles si querían hacer ese viaje. Se trataría solo de que J.R. hablase allí lo que bien quisiese y de que

viese el país. M. Arce ya no encontró a J.R. en la Isla. Hoy leo la Antología Cubana y me remueve el prólogo de él, me remueve otros sedimentos. Alguien me dijo que J.R. daba a su choque con nuestro Neruda un sentido un poco de grupo racial, que, más o menos, él pensaba en “una sensibilidad del Sur que no lo entiende y que lo maltrata por falta de sentido de ciertas esencias”. No, J.R., Maestro de todos, no; hasta tendría la soberbia buena de decir a usted que me tengo por su admiradora más cabal, más íntegra en los dos sentidos de la palabra. Una veneración lisa y llana he conocido yo, chilena, hacia usted, desde mi lectura de Poesía (la edición pequeña) y de Belleza. Se ha completado el círculo de la perfección después de la lectura de la Antología general de que ya le hablé. Yo admiro a Neruda. Yo le quiero además. Y nada me ha sido más doloroso, más duro y agrio de ver, como ciertas brusquedades criollas de él para usted. Esto quería decírselo alguna vez y aquí va por fin. —Desearía que Zenobia quisiese decirme en unas palabritas de su mano cómo van viviendo. Supongo que han regresado a N. York. Quisiera saberles tranquilos, todo lo tranquilo que se puede vivir siendo español, en este momento de sangre viva del mundo y de sangre fuera de España. —Si logro saber de ustedes veré, según el parecer de los dos, si se rehace aquello de México. —Yo quedo en Río hasta diciembre. Sigo a Buenos Aires, Chile, el Perú y no sé qué tierras más. —Les ruego saludar al Dr. Camprubí. Su diario publicó algo en contra mía a propósito de cierta publicación dolosa y perversa de la cual algún día les hablaré. Si ustedes lo consienten. A él también. —Dios les guarde para ustedes, y para nosotros más que para ustedes mismos. —Les saluda con un cariño traspasado de una ternura grande.

Gabriela Mistral

Sao Paulo, Brasil, diciembre de 1937

Hotel Terminus,  
San Paulo, Brasil,  
diciembre de 1937.

Respetado y querido jefe:

Me da mucha pena darle un desagrado, y aparecer ante usted a quien respeto tanto, como una persona versátil en sus decisiones; pero es probable, don Carlos, que el desagrado que le doy aquí sea menor que otros que pudiesen venir.

Yo salí de Europa alarmada por la situación de pre-guerra y de guerra civil latente en que esos países viven y acongojada de ver día a día en el país en que residí tragedias y hechos que son para apesadumbrar a cualquier corazón bien puesto. Creía en la leyenda del pacífico Continente nuestro. Pero la verdad está muy lejos de ser esa.

He recibido en Río y luego en San Pablo cartas de Chile y una de Uruguay que contienen más o menos lo siguiente:

Desde Montevideo, al saber la invitación que me hizo ese gobierno, una persona católica, no sé si hombre o mujer, me dirige *amenazas* a propósito de un artículo que dice haberse publicado allí sobre mi ateísmo religioso. Dicho artículo, que no conozco, es de un mexicano o centroamericano Mario Santa Cruz, que ya en otras ocasiones me ha atacado. Es persona enteramente anónima, pero en el ambiente del Uruguay de hoy, que ha perdido todas sus tradiciones de ci-

vilidad inteligente, cualquier malignidad prende y alarma. El anónimo dice que tendré que hacer, en llegando, la confesión clara de mis ideas políticas y religiosas.

Yo, hasta la fecha, no he contestado nada *definitivo* al Embajador de Uruguay en Brasil, porque desde el comienzo vi sin alegría esta invitación a visitar un país que tiene desterrados o perseguidos a escritores y profesores, entre los cuales tengo varios amigos. Desde Río Grande a Río de Janeiro, hay una siembra de gente uruguaya desventurada como en los tiempos nuestros de Ibáñez, y que no son comunistas sino “constitucionalistas”.

Desde Chile, en otro anónimo, me hablan violentamente de que yo voy a mezclarme en la política en favor de mi viejo amigo, D. Pedro Aguirre y que esa era la razón de que yo, después de tantos años, acepté regresar. Yo debo al Sr. Aguirre toda mi carrera educacional; a él y a su esposa está dedicado, por gratitud, mi libro *Desolación* y durante mi ausencia él se ha ocupado constantemente de mí, de mi madre mientras vivió y de mi hermana, todo esto en el sentido de atenciones, *nunca de dinero*. Solo hoy sé la noticia de candidatura; ni antes ni hoy él me pidió ocuparme de política y respetó siempre mis ideas que sabe diversas de las suyas en muchos puntos.

La tercera carta es de mi hermana en La Serena. Le han dicho que yo voy a servir en “El Mercurio” la publicidad del candidato Sr. Edwards. Es cosa tan fantástica como la otra. Estos asuntos de Chile no tienen otra significación que la de mostrarme el estado de los ánimos antes de las elecciones. Mi país no es el único en vivir estas cosas turbias.

Me ha invitado a ir a la Argentina y a hospedarme en su casa la escritora doña Victoria Ocampo. Ella es, don Carlos, la editora de la revista Sur, la primera de la América Latina, y de la editorial del mismo nombre, que está imprimiendo mi libro "Tala". Es, además, una gran señora argentina por linaje y por fortuna, toda una dama.

En su carta de invitación Victoria Ocampo me cuenta, entre varios datos lamentables de la lucha social en la Argentina, el cómo ella acaba de soportar el allanamiento policial del local de la Sociedad "Unión de Mujeres Argentinas", que ella preside, de lo cual, se ha quejado a su amigo el Presidente Justo. Su Sociedad auspicia una reforma de la ley de derechos de la mujer a disponer de sus bienes y a votar.

Ahora el Perú. Es Ministro de Relaciones de ese país, don Carlos Concha, un viejo amigo mío. Desterrado hace años por Leguía, era director de Middlebury College en EE.UU. Me llamó como Profesora Visitante a trabajar con él, cuando yo vivía en Europa muy pobremente de mis artículos, por haberme suspendido mi jubilación el dictador Ibáñez. Es excelente persona y mi fino amigo, pero en su país, al igual de Uruguay, tiene a un enorme grupo de colegas míos de letras y de enseñanza presos o desterrados, en todo caso perseguidos duramente.

Estoy segura, don Carlos, de que al llegar yo a estos países se me presentará una de estas dos circunstancias, ambas odiosas: o la gente de oposición se me acerca a mí como siempre lo hacen a contarme sus cuitas y a hacerme de este modo antipática al gobierno o se irritan de las atenciones del gobierno para mí y me insultan en sus "papeles" como a persona, vendida, en vista de que *la línea de toda*

*mi vida ha sido la de creer y servir un tipo de democracia con libertad, civil y honorable y de repudiar las dictaduras claramente. Por ello he conocido pobreza e injurias.*

Respecto a la especie ridícula de mi ateísmo, es cosa que saben todos mis amigos próximos, que yo he sufrido una crisis religiosa de la cual he vuelto. Una nota de mi libro en prensa lo dice, lisa y llanamente y lo dicen dos poemas del libro. *Jamás en esta crisis yo llegué al ateísmo*. Los asuntos del alma son de Dios y míos. Yo no acostumbro defenderme de leyendas necias.

Don Carlos, yo le pido muy respetuosa y *conmovidamente*, que usted obtenga para mí el que se anule mi obligación de esta gira por países de fascismo militante y de dictaduras más o menos belicosas. Yo he venido a la América nuestra ignorando el “clima” de calentura que hay en ella. No soy líder, no tengo la ingenuidad de convencer a nadie de la locura extremista en que va cayendo nuestra raza; me repugnan totalmente, redondamente, el comunismo y el fascismo. Sé que uno y el otro acaban *en la matanza española* y ruego a Dios día a día, noche a noche, que libre a Chile y a la América de este horror que yo he visto y palpado y que me ha dado una tristeza de la que no salgo aún y no saldré mientras el mundo no se purifique por una nueva cristiandad verdadera.

Usted me decía, don Carlos, que es preciso que yo vaya a Chile para arreglar mi traslado a EE.UU. Es probable que esta carta mía me haga perder la buena voluntad de ustedes para ayudarme y me dañe en el escalafón. Pero yo, don Carlos, no quiero comprometer a Chile con situaciones mías personales ni aparecer en cuatro países como una líder que no soy, no siendo ni siquiera una feminista

ni habiendo sido *nunca una mujer de sección política* en país alguno.

Estoy en San Pablo y sigo haciendo publicaciones de propaganda en la prensa. Irán todas cuando regrese a Río donde quedó parte de los recortes del mes pasado.

Ayer me recibió aquí el gremio de los profesores católicos con la presidencia del Obispo de San Pablo que recordó a la Universidad Católica de Chile cariñosamente. Se reparó mi “Oración de la Maestra”, traducida e impresa tres veces en este país. Leí y expliqué mis poemas de niños. En la semana próxima me recibe el grupo oficial de los profesores. He hecho dos excursiones por el Estado a invitación del prefecto (Alcalde) de la ciudad y he visitado las bibliotecas y las demás reparticiones de cultura. Los profesores han querido pagar mis pasajes, mi hotel, pero no he aceptado porque no me parece eso decoroso en un Cónsul.

Le he pedido antes, don Carlos, ir como Cónsul a Nueva Orleans, Miami, en último caso a San Francisco, que me separa de Europa haciéndome imposible ir nunca a las reuniones de la Cooperación Intelectual de Ginebra. Me dicen aquí que el clima de Nueva Orleans es más fuerte que el de Río, lo cual ya es mucho.

En lo referente a la propaganda que ustedes necesitan en la América Latina, yo le prometo a usted hacerla en los periódicos de diferentes países hispano-americanos. Aquí he optado por quedarme con *O Jornal*, que tiene veintinueve diarios asociados en Brasil. Mi artículo “Elogios de la Tierra de Chile” por ejemplo, ha aparecido en todos ellos en Río y en las provincias.

Ya conté a Doña Carmela que estoy traduciendo poetas brasileros. Son veinte con cuatro a seis poemas cada uno. Este trabajo, que hago con mucho escrúpulo, me toma mucho tiempo a causa de los vocablos brasileros que no están en diccionarios.

Quiero que algo *concreto y efectivo* quede de este viaje mío. No hay un solo libro de traducción de la poesía brasilerera al español lo cual es un absurdo. El material que tengo da para un volumen que puedo editar en Chile o la Argentina. No estoy paseando, don Carlos. En cuatro meses de Brasil he leído más libros en lengua portuguesa que en año y medio de Portugal.

Le pido mil excusas por una carta tan larga: había mucho que decirle para justificar lo que tan encarecidamente le ruego.

Respetos y afectos de su paisana muy adicta,

P.D. Urpina contesta de Lisboa que recibió los papeles de prueba para su reclamación del paquete.

Estoy esperando aquí en San Pablo las pruebas de mi libro y he prometido a la Editorial Sur no moverse de aquí hasta recibirlas y despacharlas.

5 de enero de 1939

Caro Eduardo Frei:

Muy necesitada he andado de escribirle largo. Pero en Miami tuve una tanda de feministas obsequiosas. Y mi mal de amebas tropicales me quita mucha fuerza. Necesito absolutamente volver a tener noticias tuyas, más breves que su admirable carta anterior, porque no debo tomarle demasiado tiempo. Lo que he sabido de la situación de Chile desde las elecciones es poco y lateral. Díaz Ossa me ha contado en Cuba de una alarma parecida al pánico en la economía y lo social. ¿Es tanto como eso? En todo caso, hace 15 días que no sé sino lo que da la prensa yanqui, también alarmada, pero no tanto. Su amiga cree que el verdadero y mayor riesgo de Chile es el ibañismo. Me asombran algunas cosas como ésta que una hermana de Lira U., nuestro amigo, habría dicho en Cuba, de paso, que los conservadores darán un golpe contra Aguirre, ayudando a Ibáñez. Sería locura: Aguirre es un burgués honorable y un hombre bueno. Ibáñez es el eterno sargento de los golpecitos de Estado americanos. Mucho más me han dicho que lleva este denominador: "Ibáñez es preferible a Aguirre". Me parece insensato. Eduardo, una sola página de noticias concretas y honradas como tuyas. Es cuanto le pido. Y de urgencia. Voy a mandarle un dinerillo pequeño para posta aérea. Porque usted no está para ese gasto.

Ahora otras cosas.

Se me ocurre que sea bueno que Aguirre sepa de cerca nuestra amistad y ojalá que hable con usted. Lo sé muy ocupado. Va para él la carta adjunta. Como usted ve, caro Frei, voy a encomendarle mis asuntos reales, que son muy pobre cosa. Es un acto de cabal confianza. Me los manejaba don Pedro. Hay en su poder una suma alrededor de 5.000 pesos. Como no sé exactamente el monto, usted no le precisará nada. Ese dinero, Frei, lo necesito en pesos argentinos. Tome usted de él lo que debe tomar en el tiempo que perderá en hacer esta diligencia y emplee todo el resto en ese cheque en nacionales. Usted me lo mandará a la dirección que va al pie. Luego, Frei, hay esto: don Pedro o su Secretario Privado, le dirán el estado de cuentas de una casita que tengo arrendada en la Población Huemul. Es un desastre. Cuando estuve en Santiago, me dijeron que llevaba un atraso de 8 meses. Ahora serán ya 6 más. Me duele, pero no hay más remedio que despedir a la gente. Les entregué una casa pintada al óleo por dentro, limpia dentro de su modestia. Y me dicen que han hecho de eso un chiquero. Les dejé dados varios muebles. Procure usted, Frei, ver si recobra la mitad de la deuda para refacciones, a fin de poder venderla lo más pronto posible. No puedo darle los datos de calle y número. El Sr. Aguirre se los dará. El arriendo es muy bajo. (Son dos casitas que yo junté). Ante todo hay que desprenderse de las inquilinas, asegurando un mínimo de dinero para hacer unas refacciones que devuelvan algún valor a la casa. —Son ellas dos señoras, una de las cuales vive con un empleado de El Mercurio. Me han escrito varias veces que quieren comprar eso, que él puede comprar por la Caja de Periodistas. Pero como no tienen moral en sus tratos, —hay que asegurarse de la seriedad del negocio. Precio, usted averiguará a cuánto se venden las otras más o menos y doblarlo. Usted me hará la gracia de mandarme un modelo de poder para la ven-

ta. En N. Orleans hay un Consulado de Chile y podría yo mandárselo de allí. Después, si antes no tengo carta suya, tendría que esperar volver a Miami, donde también hay Consulado para hacerlo. Porque en N. York no pienso ir por lo pronto. Ahora otro asunto. Mi hermana me escribe desde La Serena proponiéndome comprarme mi casita de allá, que ella ocupa. El hecho de interesarse en una casa que ella usa, quiere decir, según ella, solamente el deseo de que no se pierda el seguro y sus deps. de la Caja de Empleados Públicos. Es maestra jubilada. Pero yo debo pensar en que la empujan a esto sus allegados: varias personas, algunas de las cuales ella ha criado: 4 ó 5... Cuando estuve con ella, me propuso la compra por 150.000 pesos, suma que me pareció muy exagerada y que ella creía que la Caja pagaría. Ahora me dice que la Caja acepta comprarla por 60.000. La bajada es muy grande. Yo la compré cuando el peso valía 5 veces más que el actual. Yo quería mantenerla exactamente al precio de lo que pagué, porque, además, se han hecho allí arreglos, varios. Entrego a su criterio enteramente esta cuestión, pues escribo a ella que se atenga a lo que usted resuelva. Tengo que decirle, caro Frei, que mi hermana (70 años) vive explotada por gentes a quienes lo da todo. Jubiló con 1.000 pesos. Recibe 600 pesos de mi sueldo de El Mercurio y además el arriendo (creo que 300 pesos) de una casa que yo le di a su hija, que es muerta. A pesar de esta entrada mensual de 1.800 pesos (no paga arriendo, pues vive en mi casa) ella hace gruesas deudas. Por ahora; que yo sepa, unos 6.000 pesos que yo debo pagarle. El Vicario del Arzob., don Tristán Fernández, sabe todos sus negocios y me ha contado de su vida loca. Es a la vez una santa mujer, de una caridad maravillosa. Pero siempre me ha dado grandes penas con sus gastos. Usted debía conocer esta historia. A mí me serviría venderle mi casa, pero no ruinosamente. Si Ibáñez llega al poder, me

echará y me suprimirá aún mi jubilación de maestra (1.000 pesos) porque así lo hizo antes y yo no callo mi anti-ibañismo. Me dejó en Europa sin un centavo y Dios sabe mi vida de sesos exprimidos por el periodismo para comer y vivir con decoro. El actual Presidente de Colombia me salvó 7 años con un sueldo en su diario, que pagó 7 años mi casa en donde yo estaba. Así, pues, me daría mucha tranquilidad vender eso, Frei, pero no demasiado mal. (¿Es verdad que nuestro peso sigue bajando?). Me dice mi hermana que le urge mi respuesta, pues si no contesto, ella comprará otra casa. Ahora, datos más íntimos aún. Ella me promete testar en mi favor. ¿Por qué no lo hace? Obtenga usted esto de ella. Está muy acabada y he velado por su bienestar 16 años. ¿Por qué promete lo que puede hacer en seguida? Don Tristán puede obtener esto de ella, y usted pidiéndoselo en mi nombre.

Ella puede cumplir con la única de sus allegadas que la sirve de verdad. Se llama Sofía (no sé el apellido). Es una pobre y buena mujer. Puede dejarle algo de su seguro. Pero ella olvida que su hermana no tiene nada y que cualquier día quedará como peón de horribles diarios o tendrá que volver a dar clases, a los 50 años, para comer. Tóquele usted el corazón. Yo nunca le he exigido nada y sé que su cohorte explota mi falta de codicia. Escríbale usted claro y si es el caso, ya con datos claros de ella, mándele un borrador de testamento y cerciórese de que así lo hace. (Su cabeza no es muy buena, pero su juicio es válido). Ella es solo mi hermana de madre. Se llama Emelina Molina V. de Barraza. Su dirección postal es Cas. 141, La Serena. Si usted pudiera verla, sería admirable. Piense en el caso, dígame lo que hay que hacer. Ella ha testado. No sé yo en qué forma lo hizo. Su casa (que yo di a su hija) es seguro que la ha repartido a esa gente y creo que la harán hacer otro tanto con la mía

que quiere comprar. Si es el caso de ir a La Serena por necesidad absoluta, vaya usted por mi cuenta. Ahí tiene usted, Frei amigo, todos mis asuntos en sus manos. Queda algo: saber cuánto hay en depósito en la Caja de E.P. por mí desde que soy Cónsul. Algo podría yo hacer con eso. Sea usted cariñoso con mi hermana al escribirle. Es alma muy buena y totalmente una cristiana de los viejos tiempos. Ella me crió; es como mi madre. Ella me educó en su Escuela. Mi “Maestra Rural” es ella. Ya no tengo más tiempo, Frei, y me he cansado además. Espero con ansiedad su carta.

Ignoro hasta hoy si recibió usted mi carta mandada con Doña Carmela.

No sé si don Carlos está en el Ministerio o salió. Ídem de Vergara. A ambos respeto y quiero y me importa mucho saber si han sido o no respetados en sus cargos. Esta tarde resuelvo si me quedo en San Augustine un tiempo tratando mis animalitos tropicales o si sigo el viaje a N. Orleans. Al pie de esta irá la dirección. Perdona esta fea carta de negocios. Nunca me ocupé de ellos. Pero estoy ahora llena de inquietud por lo que me dicen de Chile.

Un abrazo para ustedes tres de su fiel amiga

Gabriela

P.D.: Usted puede alojar en La Serena en casa de Emelina. Ella lo cuidará como a un hermano mío. Es una mujer muy tierna.

Dirección: “General Delivery, San Augustine, Florida, Estados Unidos”. He debido mandar por aire la carta para Aguirre. Espero que usted la haya llevado ya.

¿Junio? 1939

Caro Arciniegas,

mil gracias por sus líneas y sus recortes, recibidos en Atlanta, por esta persona errante... Muchas gracias también por esa publicación de mi artículo. Anteayer fue otro sobre el mismo tema.

No he recibido de Cuba su carta; aún puede venir. Pero recibí en La Habana, antes de salir, una circular sobre la "Revista de Indias". No sé si se lo he dicho: la publicación me es particularmente querida, aunque no la veo desde que ando caminando, hace año y medio. Si ustedes vinculasen —unificasen un poco— ese hermoso esfuerzo y el de América, de Cuba, fundiendo, o aproximando mucho a estas dos sociedades de escritores americanos, podrían hacerse cosas grandes, no de bulto, sino profundas.

Las cosas que pide a gritos la situación que vivimos. Tengo una especie de estupor, ilustre amigo mío de lo visto en este viaje, desde el Brasil. La América Latina va cayendo, sensible o insensiblemente, en el fascismo; está más que larvado, está en pleno almácigo próspero. Se hallan en peligro las menudas cosas de valor infinito, que íbamos logrando a duras penas: los gramos de libertad, la organización de gremios obreros y profesionales, el catolicismo sin torquemadismo, la escuela limpia de militarada. Todo lo más puro y lo más sano que hemos peleado y obtenido, todo eso está al borde del abismo. Yo podría contarle cien cosas, pero de nada tengo tiempo. —Si usted me consiente

que yo le mande colaboraciones breves— que irán articuladas por dentro, espiritualmente organizadas una con la otra, yo podré ayudarle. Pero de escribir artículos largos y honorables, periodísticamente hablando, hace mucho que yo no tengo posibilidad. Por eso, le cumplí tan mal a nuestro querido diario. Dígame si usted aceptaría esto. Cuando me queda una hora mía, hago versos, ahora algunas cosas, sobre el trabajo y los obreros, que tal vez son también cumplimiento de mi consciencia y bien de los trabajadores. La salud la he ido perdiendo. Me traje de Ecuador un mal tropical (amebas) que no se curan aún. Pero tengo, sobre todo, fatiga y, a la vez, la tensión que me produce el espectáculo del mundo y los adentros de la América, la entraña fascista que le toco y que me da una especie de terror sagrado. —Usted es un alma a quien en silencio, he amado, estimado y tanteado, de lejos. Ahora es lo mismo, que usted Mallea. (Vea por leer la Historia de una pasión argentina). Y es casi grotesco que ni a uno ni a otro pueda escribirles seguido. Ensayemos esas prosas cortas, fragmentarias, pero anudadas. Si salen bien, me lo dice, si no, hay que decírmelo igualmente. Los únicos amigos que quiero son los que me dicen la verdad. —Lo más seguro para escribirme su próxima carta es el conducto de Palma Guillén, pues oficina no tiene el consulado en Niza y yo no sé aún dónde viviré. Escriba con sobre para ella o, si olvida su dirección (Délégation du Mexique auprès de la Soc. des Nations, Ginebra, Suiza), escríbame a Niza, al American Express, que es siempre mi dirección cuando viajo. —Vivo también inquieta por las cosas de Chile. Veo un vago parecido con la situación de España antes de la guerra civil. Por esto, no sé ya dónde estaré mañana,

Y así, caro Arciniegas, así estamos viviendo muchos en este momento turbio y caliente del mundo. —No acepté la

legación nuestra en Centro América; no servimos algunas personas para la diplomacia. Creo que no reniego de América viviendo en Europa: no hago allá sino leer lo nuestro, o leer libros que nos curen, y escribir para nuestra gente. En nuestros países no me dejan paz ni para leer ni para escribir. Yo sé que es muy poco lo que puedo hacer por los problemas de acá, pero mi conciencia me dice que he hecho lo que es dable a una pobre mujer. —Ahora, Arciniegas, un pedido, muy rogado, hasta angustiado. José Carner, no es solo el primer poeta catalán, al lado de Carlos Riba, sino un gran prosista español, un prosista estupendo que Madrid ha oscurecido por su odio del catalán. Este hombre escribe la prosa más latina, más romana, de nuestro tiempo, y con razón: tiene su latín, su italiano, su francés y su portugués perfecto. Ahora queda sin nada: era consejero de la Embajada en París. Si usted pudiese darle un artículo mensual en *El Tiempo*, le ayudaría más de lo que pueda imaginar. Al lado del latinista, hay en él un hombre perfecto, un caballero de la cultura, la limpia persona letrada que tan poco abunda en nuestra desgraciada raza española. Él ha escrito a Palma pidiéndole trabajo periodístico en la América. A Palma podría usted decirle, amigo mío, si esto es posible allí, en *El Tiempo*. Y un servicio suyo, para mí, Arciniegas, no lo agradeceré yo tanto como este, créame: así estimo y quiero a este hombre sabio y modesto, que ahora carga con una mujer y dos hijos a cuestras, en su destierro. Puede pedirle usted muestras de su periodismo: verá qué bien cae en el medio hispanizante y castizo de Bogotá la prosa de él.

Respetos y afectos de

Gabriela

Niza, 24 de julio 1939

Cara C.B.: En mi memoria deshecha, creí haberle escrito —aún lo creo— diciéndole que, en carta a Neruda le pedí visar su pasaporte si usted se lo pedía y si Chile acepta aún españoles (fueron 2000 parece). No sé nada claro, preciso sobre el caso de Neruda. Me han dicho en Chile que es comunista. Su campaña en favor de la inmigración española es sincera y le cuesta el favor de los conservadores. En cuanto a su amiga, a mí, cara Consuelo, yo no soy sino... anti-dictadura, contra dictadura. Un comunismo criollo, y no digamos un fascismo criollo serían horribles en la América mestiza y en la indígena: sería la vieja matonería nuestra, elevada al cubo. He visto ejemplares humanos lamentables gobernando eso que llamamos las masas. No hay masas en esos países despoblados. Pero hay, sí, líderes que exprimen la ubre del presupuesto cada vez que pueden, al igual de la burguesía fina. Hay una suciedad de conducta que da más dolor que cólera y mucha vergüenza.

Amiga mía, le escribo siempre con tardanza porque se va la vida en minucias, el carterío americano que le dije más mis achaques. Y la inquietud de Chile que me sacude cada semana. Usted sabía algo por la prensa.

Ahora su caso. Es mi opinión rotunda, Consuelo amiga, de que en nuestros países una amistad segura vale más que un empleo, dos caras conocidas y no un papel sellado, dan seguridad y son el verdadero refugio. Yo en su caso me iría a México por tener allá la buena alma de Cueto. Él y su mujer, excelentes ambos, la defenderán de muchos ries-

gos. El ambiente es difícil, más que en Chile. Pero cuando el amigo mexicano existe, él es de calidad subida.

Debió irse, mi amiga. Las cuotas de inmigración van bajando en México. Ya sé que su pase lo tendrá siempre; mas había que aprovechar lo que estaba listo.

Le parecerá raro: no conozco a nadie, después de quince años, en la prensa de México. No importa: llegando usted allí y viendo la prensa, me dirá si le sirve una presentación mía y para quién debo darla. El trabajo es lo único que salva. Él es el verdadero refugio. Y hay en usted tales condiciones intelectuales y morales juntas, que, con lentitud, pero con seguridad absoluta, le crearán en México una situación después de unos meses. En revistas y en algún diario.

Lo primero, no abatirse y desdeñar un poco el chismorreo y las enviditas hispanoamericanas. Es muy importante cierta indiferencia y la defensa del fervor que hay que poner en el otro lado, el de la causa de la libertad.

Lo de España es siete veces lastimoso, pero no creo que caiga pronto. No hay que hacerse ilusiones. Esta carta dice poco. Sigo en poco más.

Si Aguirre no cae (Ibáñez me detesta) talvez yo pueda ayudarla para sus extras de libros y sus minucias, después de diciembre también yo, mi amiga, estoy pensando... en mi refugio en un huerto por allí, donde pueda, con papas y maíz, comer si viene la cesantía. Así andamos todos los que no somos siervos de los dictadores fétidos.

Un abrazo de Gabriela. 23 julio.

12 de Septiembre de 1939

Caras, muy queridas Adelaida y María:

¡Qué mal me les he portado! Me creerán o malagradecida o egoísta. Pero no pasa un mes sin que yo tenga una caída del cuerpo, un tropezón serio de la salud. Al ponerme buena, me encuentro con mi trabajo atrasado y debo ponerme a despacharlo. Voy quedando libre y vuelvo a caer. He tenido y tengo una bronquitis de dos meses. Nunca había yo tenido males del pecho. Es un quebranto general de la salud, un debilitamiento que ha de ser grande para que en la mejor estación de Europa, que es el verano, yo no logre rehacerme. Eso es toda la razón de mi silencio con ustedes y con casi todo el mundo.

Me conmovió mucho el que mi Adelaida buena recordase mis 50 años. En mi tierra nadie se dio cuenta. Su artículo ha tenido eco en varios países. Lástima que lleve muchos, muchísimos errores. Vieja periodista, yo sé que hay que coger los relatos lápiz en mano. Tampoco hoy tengo tiempo de anotárselos. Solo es la ocasión de dar un abrazo de agradecimiento a mi Adelaida por su “corazonazo” fiel y por su generosidad sin superlativo. Dios se lo pague.

En estos meses hemos hecho tres mudanzas, de un hotel a una pensión inglesa; de esta a una casa, de esta a la pensión otra vez. Ya tenemos la guerra encima y me he venido a donde tener “cave” para refugiarse en los bombardeos. Los aviones alemanes ya han pasado sobre la Costa Azul, pero todavía no nos tiran gases. Ustedes habrán pensado

en su Gabriela oyendo la radio. ¡Dios santo! ¡Cómo era verdad que el fascismo es solo la ley de la selva! Crean ustedes que no es sino eso.

¿Cómo están ustedes, queridas mías? Seguramente sin aflicciones de este tamaño, sin tragedia encima, con su río dulce delante de los ojos, viendo crecer a Carlitos y leyendo en paz tierna. Excúsenme con todos los amigos de allí y díganles que les tengo presente en todo el bien que me hicieron.

La “aventura” Premio Nobel de Adelaida va creciendo. La revista *Ercilla* de Santiago, por su dueño, don Ismael Edwards Matte, ha comenzado una campaña por la idea, según parece. Me manda la primera hoja que abre el tema: una encuesta con 6 opiniones favorables. Pido a Adelaida que le dé las gracias por ello y le dé a conocer la fuente del movimiento, que tal vez él ignora. Él ha escrito una biografía mía en *Hoy*, hace dos años, con buenos datos. Es dueño de esas dos revistas y además de la Editorial *Ercilla*. Pero aquello es toda una empresa y habría que comenzar con las traducciones en francés, de las cuales les hablé largamente. Hace dos meses, el escritor y traductor Francis de Miomandre (Direc. temporal: 3 Rue Adam Salomón, Fontainebleau, Francia. Estable: 24 Rue Jasmin, París XVI) publicó un artículo caluroso sobre mí en París y tradujo 2 ó 3 poemas de Tala. Yo prefiero para las traducciones a una mujer, Mathilde Pomes (20 Rue de Grenelle, París) a quien ¡por fin! escribo hoy. Le diré que conteste a Adelaida. Lo que cobre es de mi cuenta, pero no soy yo quien puede ni debe tratar el asunto con ella. Podrían ir traducciones de tres: de ella, de Miomandre, de Pellement y ojalá de Casson, amigos míos todos ellos. A M. Pomés la conozco poco.

G. Calderón (Ventura) ha estado o está en el Perú. Supongo que habrá movido allí a su gente. Me dolería mucho que me creyese su enemiga literaria. Yo lo admiro y quiero, a pesar de sus malevolencias en contra mía. Él ahora se dedica a escribir en francés y es académico belga.

Poco puede hacerse ahora con París: siguen evacuándolo. Mis amigos traductores se dispersarán por Francia. —Hoy tuve carta de mi Presidente Aguirre. Me dice que ha dado órdenes de que me cambien a mejor lugar. Puedo tener cualquier día la sorpresa de que me manden a país que no me guste o a tierra de mal clima. Sin posta aérea, es difícil ahora comunicarse rápido. Yo escribo el 14 a mi jefe indicándole el sur de Brasil o California, porque el mismo mal me hace el gran frío que el gran calor. Mi presión sigue subiendo. Veremos lo que ocurre. Yo no creo en la mentalidad italiana. Es decir, pienso que no durará mucho más. Mientras tanto, es bueno saber que no hay batallas de este lado.

Yin Yin les hace un pedido: quiere tener algunos sellos (sin más, de correo) del Ecuador. Si pueden, háganle caso...

Palma está siempre pensando en que debe escribir una carta larga a Adelaida y nunca tiene tiempo, trabaja como un animal en su papelería de la inútil Sociedad de las Naciones y eso durará hasta diciembre. Excúselas usted como a mí me perdona.

La dirección de Edwards Matte es: Revista Hoy, Santiago o bien Editorial Ercilla, Santiago.

Denle mis finos recuerdos a don Dositeo. Un beso de madrina a Carlitos, cuyo retrato está en estos muros y me

acompaña. Connie les abraza. Y yo les doy mi cariño invariable y mi agradecimiento sin tasa.

Dios me las guarde. Escribanme cuando sepan dónde quedo. Hoy por hoy no sé nada de mí.

Recen por mí.

Gabriela

Suiza, 1939

Queridas mías, Adelaida y Maruja:

Si no les escribo de este modo, nunca podría decirles todo. Irán las noticias poco a poco. —Tuve su carta con el recorte de Baquerizo antes de salir de (...), mil gracias, querida y buena, por su recuerdo constante. El 12 llegué a Niza. Luego me vine a Suiza a ver a Palmita y a Yin Yin. De aquí le escribo. La salud va solo regular y vine también para ver un buen médico amigo. Creo que pasó lo de los animalitos del intestino con una medicina muy violenta tomada en Cuba. Lo creo, no lo sé, lo sabré por los análisis que ahora van a hacerme.

¿Cómo están Uds.? Le dije en otra que me apenó su ausencia de la Conferencia de Lima. Nunca hay que perder la ocasión de actuar en un grupo tan grande de mujeres nuestras... Otra vez, aunque sea con sacrificio, vaya usted.

Estuve en Washington con su amiga, tan justamente querida, la señora Del Pulgar. Naturalmente, nos avinimos mucho. Es una bonita alma y le corresponde su cariño devotamente. Su marido también me gustó mucho. Parece que las dos vamos a ocuparnos de un asunto de traducciones de libros nuestros al inglés, que irían en una colección que hace editar allá su marido. Usted manténgale el entusiasmo por esta obra de difusión de la literatura nuestra en EE.UU., apenas conocida allá. Quedé pocos días en esa capital. Me habría gustado intimar más con ella y conversar al margen de la charla de las otras feministas. Me traje

del país una óptima impresión. A Dios gracias, hay un país no fascista, donde refugiarse cuando Europa ya esté anegada, que ese camino lleva. Voy a trabajar duro mi inglés, con mira a EE.UU., pues soy pesimista sobre la situación europea y es probable que allá regrese en menos de lo que pensamos...

Mil gracias por la atención generosa que dio a mis artículos sobre la catástrofe de mi país. Creo que le llegaría también el segundo y que me lo mandará.

Ya sabe que no acepté entrar en la diplomacia. Esa vida me parece cada día más horrible. No soy capaz de tratar mucho tiempo a la gente de las dictaduras. Tampoco me gusta la vida social y... estoy atada a Europa. Creo que hice bien. El Presidente ha podido disponer de un cargo más. El pobrecito vive acosado por una verdadera jauría de peticionarios.

Muy inquieta vivo por la situación política de Chile. El Presidente tiene al enemigo en casa, Ibáñez saltará sobre él en cuanto pueda.

Me gustó mucho, mucho, el largo y precioso artículo del señor Baquerizo y voy a escribirle pronto por su mano. Ha visto y pulsado pedazos de mi obra y de mi propio espíritu que otros críticos profesionales no habían dejado en claro. Le estoy realmente reconocida.

Vamos ahora a su empeño sobre el Premio Nobel. El primer paso que hay que dar en este grave asunto es la traducción de las obras. El poeta, según se lo dije alguna vez, es una persona que nace, vive y muere dentro de su lengua. Es siempre el menos conocido de los escritores

en el extranjero. Vea usted: Concha Espina está vertida a varias lenguas, mientras J. R. Jiménez o Machado, los dos mayores poetas vivos de España ¡son ignorados afuera! La traducción de la poesía es una empresa de romanos. Hay muchas mías, casi todas malas y aun pésimas. Me dan vergüenza. Sin embargo, es posible, amiga mía, que se haga una traducción cuidada, con la vigilancia del autor. Hay en Francia una o dos personas capaces de traducir “dentro del espíritu del autor”. La iniciativa de este largo trabajo no puede partir de mí, amiga querida. Usan en Europa de una manera muy linda de propagar a un escritor. Hacen algo que llaman amigos de tal o cual poeta o prosista. Este grupo, que no es una sociedad con cuotas ni local ni tonterías, suele no tener reuniones. Hay alguien que con nombre de Presidente, o mejor de Secretario, lo hace vivir por medio de la correspondencia. Usted podría crear los Amigos de Gabriela, reuniendo a los que tengo repartidos en la América. No son muchos, pero son algunos. La labor es bastante pesada y larga, sépalo usted desde ahora. Este grupo podría ir reuniendo las traducciones cabales de mi poesía. Usted sabe que yo no puedo tener la iniciativa en este asunto que solamente su noble porfía, su tremenda voluntad, quiere llevar adelante...

Palma Guillén tal vez pueda hacerse cargo de buscar aquí al traductor para el francés. Para el inglés, yo tengo la preciosa amistad del profesor jefe del Departamento de español en Oxford, el cual me tiene una exagerada estima. Él podría hallar tal vez un traductor de categoría, para el inglés. Reunidas, muy a la larga, las traducciones de una parte de mi obra, bien escogida, sería solo entonces el tiempo de editarla en la triple versión española, inglesa y francesa. Esto con mira a su distribución entre los miembros del jurado y los escritores suecos, pues habría que ha-

cer, antes que todo, una campaña de difusión, de perfecta divulgación.

No solo hay candidatos, sino que V.G. Calderón hace esta labor por sí mismo hace unos cuatro años, con grandes medios, porque es Ministro en Bélgica, tiene dinero y una corte de amigos periodistas. De corte y de dineros carezco yo, amiga mía, y de su valentía, la de él... Usted sabe, amiga mía, que los odios literarios en nuestra América son tan feroces como la Guerra española. Por algo venimos de estos. Usted, pero yo también, nos doblaremos los odios que ya cargamos.

No olvide usted que hay además un buen número de escritores de nuestro continente que valen tanto o más que yo, hay novelistas de primer orden. Ventura olvida que existe Rómulo Gallegos, por ejemplo.

Por hoy no puedo continuar sobre el tema, pero volveremos a él.

Estoy rendida de mis viajes de auto, malita, además, por causa de la gira enorme que hice. Dios me dé sosiego en Niza. En la semana próxima sigo con esta carta...

A mi Maruja la recuerdo mucho. Espero que ella me quiera a pesar de la Guerra del Pacífico. Yo le recuerdo la coquetaría —yo no soy reo de ese pecado...—. La gracia limeña, la fineza y el encanto constante.

También quiero saber de mi Carlitos. A Yin Yin lo hallé enorme y guapo. Algún día espero verlos juntos.

Den mis recuerdos respetuosos a don Dositeo. Y usted, mi cara, mi inolvidable Adelaida de los Andes ecuatorianos, reciba mi abrazo más fraterno y el más fiel. Voy a escribir pronto a nuestro Zaldumbide. Hasta luego. Dios me las guarde.

Dirección, mientras hallo casa: American Express, Nice, Francia.

Gabriela

¿1939?

Consuelo Berges, París

Cara amiga: Yo la creía en México, según la última carta suya que tuve. Me preocupa el que se haya quedado. No sabemos qué cosa se volverá la guerra cuando tome otro ritmo y pase del mar a la tierra. —He tardado un poco en contestarle porque he tenido la navegación de los repatriados chilenos. Hoy se ha ido el último. Los afanes, los fastidios que trae el sacar a la gente y ponerla en un barco son ¡toda una Odisea! No sé contárselos. Tengo la mejor voluntad para ayudar a sus amigos. Pero ustedes no den mucho tamaño a mi influencia. No conozco siquiera a mi Cónsul General en París. Vamos al caso. —Me dan noticias muy contradictorias los refugiados del Pirineo: los más me dicen que han recibido una nota del SERE diciéndoles que Chile dio contra-orden sobre el nuevo convoy de españoles y que no pueden ir. Uno solo, González del Valle me dice que va a embarcar un poco más. *No entiende nada*. La carta adjunta surtirá efecto *solamente* si Chile acepta todavía españoles. En caso contrario *es inútil llevarla*. Diga a sus amigos que vayan a informarse al SERE y que procedan en consecuencia. —En los pocos diarios que llegan de Chile no veo que se haga nada para colocar, establecer a los españoles. Y eso me inquieta porque si no se hace algo a fondo, darles tierras en el Sur, por ejemplo, o darles crédito para pequeñas industrias, ellos van a “mudar solo de costado” como los enfermos en los hospitales. Vi allá gran miseria, una clase de miseria castellana, amiga mía, y por eso a nadie he aconsejado ir, pesando la responsabilidad que va en ello.

Hasta hoy no logro saber si Neruda sigue en París. Le escribí de aquí a propósito de mi ex-conf. esp. Y no me ha contestado palabra. Dígame si trabaja allí aún. Le escribió también el interesado, J. Cid Piñana, con igual resultado. Por eso opto por pedir este asunto al Cónsul General, a quien no he solicitado nada, pues me las he arreglado sola, y particularmente, con todos mis casos de aquí.

—Sigue la campaña contra los emigrados en Chile. Veo que ellos aparecen en actividades comunistas oficiales, lo cual me parece una gran imprudencia. El Gobierno es de F.P. pero no lo son los jefes de industria o comercio, que son quienes deben dar trabajo a la mayoría. Si la diligencia resuelta, pida usted a sus amigos que resistan a la gran tentación y que no hagan ninguna política, aunque sean los propios chilenos quienes les inviten a hacerla...

—Me dice usted que esta gestión me deja libre con respecto a usted, amiga mía. Yo no lo creo, nada he hecho en su favor y debo hacerlo. Solo que ahora hay que esperar que yo llegue a mi nuevo... albergue. Parece que me voy a Brasil. No tengo aún noticias sobre el viaje, pero ya fui nombrada. Llevo conmigo dos personas y la estafa de los barcos italianos me hace estar ahorrando 640 dólares para dos billetes de segunda y lo necesario a mi nueva instalación. Es probable que salga el 15 o el 28 de diciembre. Me alegrará saber antes de irme el resultado de mi carta al Cónsul general. Llegada allá, si usted no se ha ido a México, podré cumplirle.

—Está bien eso de las colaboraciones. Dígame sobre qué temas escribe usted, para pensar en algo más allá en la Argentina. Porque el resto de la América sigue sin pagar lo que sus diarios publican...

—Un abrazo, Consuelo amiga. Y valor, su fuerte y tranquilo valor para esta prueba espantosa que le ha tocado vivir.

Gabriela

23 Nov.



D É C A D A

D E

1 9 4 0



Río de Janeiro, 25 de mayo de 1940

Señores don Amado Alonso y don Guillermo de Torre,  
Buenos Aires.

Queridos amigos: Por no retardar más esta respuesta, contesto hoy solo dos y no tres cartas recibidas de ustedes, porque aquella de Alonso en que me precisaba varias cosas, entre ellas la de la competencia que hacen a Desolación dos Edit., se me ha empapelado en la mudanza del hotel a mi casa. La estoy buscando y la contestaré al pie o en la semana próxima. La instalación nueva (número ciento...) me trae loca.

Agradezco mucho a Alonso que se haya acordado de mí con motivo de esa Antología de Martí. Es el hombre literario que más quiero en nuestra América, lo quiero con una especie de enamoramiento, pero eso no obsta para que yo deje de decir algunas cosas pequeñas y desagradables que también hay que decir de él como de cualquier romántico pleno... Anoto el plazo de seis meses y veré modo de hacer que comiencen a copiar los textos —supongo que de prosa y verso. Traje conmigo de Martí la vieja selección, que sigue gustándome, llamada FLOR Y LAVA y una de la Editorial América de Fombona, donde hay mucho del periodismo de Martí, más tomos SUELTOS de esa edición de Obras Completas que hacía Giraldo en Madrid y que no sé si terminó; más varios volúmenes de las Obras Completas que están aún editando en Cuba, creo que por cuenta del Gobierno. Tengo además el Epistolario. Es posible que deba pedir a ustedes, gente ordenada y no errante, lo que

pueda faltarme. Pienso que se han lucido mucho los discursos de Martí, restando sitio a ciertos artículos de diario magníficos.

El prólogo lo haré como cosa aparte de mis conferencias (dos) sobre Martí dadas en Cuba, a fin de dejar a Alonso para ese futuro libro de prosa escogida la segunda conferencia que debe ser la que él conoce.

Ahora el resto. Parece que, por ahora, hay que dejar en suspenso lo del volumen de Poesías Completas. Todavía es posible que yo encuentre un arreglo con Ercilla, reuniéndoles un libro de puros materiales sobre Chile, que ellos desean publicar ilustrado. Pudiesen quedarse satisfechos con este libro. La cuestión es que yo no tengo tiempo hoy por hoy de prepararles ese libro, porque debo añadir unos cinco artículos a lo escrito sobre mi país.

Ya dije antes a uno de ustedes —no sé a cuál— que acepto darles las Poesías Infantiles. Desearía conservar el título de TERNURA, pero no me opongo cerradamente a darle otro nombre. A de Torre le dije en detalle el material nuevo —inédito— que llevará.

Respecto de las Lecturas para Mujeres, talvez ustedes puedan conseguirme este libro, que no tengo. Lo pedí a México, pero desconfío de la diligencia de mis amigos —de la mía también...

El volumen de Folklore español está en mi poder. Mandé una copia a Margot Arce hace medio año, para que anotase al pie, en definitiva las notas sobre la lengua popular que me parecen necesarias, por el uso de este libro para las escuelas. Después le he escrito no sé cuántas veces rogán-

dole mandar las que tenga. No me ha dicho nada a ese respecto. Yo les rogaría que ustedes le manden un ultimátum y le agreguen que por la tardanza daña la publicación. Sé que tiene escrita la mayor parte de las notas, que no son de gran cuantía. Le indiqué que firmásemos el libro juntas. Parece que no aceptó esto, que es de toda justicia. Yo hice la primera selección, que ella expurgó eliminando algo: el volumen era muy grueso.

Yo le tengo amor a este libro. Tendría en él la ocasión de decir algunas duras cosas sobre la lengua en la América, de esas que tengo [...] me levantó en tumulto el libro de Alonso. He hallado una carta larga medio artículo que escribí a Alonso desde Madrid y que no le mandé nunca, tratándole de estos asuntos. (Por cierto que en la Argentina la lengua se va levantando muchísimo y de golpe; el sacudón de Alonso fue muy saludable). Creo que este libro puede venderse para las Escuelas de mi país, que han comprado oficialmente cuanto librito o librejo venden a nuestro Gobierno los pedagogos coleccionadores, sin que nunca un escritor vea un centavo de derechos sobre sus trozos aprovechados. Pero esto depende de que nuestro Gobierno no caiga, y aquí ya entramos en lo problemático...

El libro de Prosa Escogida será el que tarde más entre los que les he prometido. No sé cuánto; yo tengo ALGUNOS trozos extraviados y que me gustan en el recuerdo. Querría juntarlos. Hoy, por ejemplo, me vino en la Nueva Democracia uno sobre los TLALOCS —espíritus del agua y en general, agrarios de la mitología mexicana, que yo me quiero... Está en criollo, pero sin barbarie. Andan varios como él perdido en diarios. No puedo ponerme SOLAMENTE a este libro porque no quiero contar el Libro de Lectura AMERICANO que estoy haciendo, comenzado en Portugal;

interrumpido tres años por mi viaje, seguido en Niza; cortado otra vez y del que no quiero perder el tono, es decir, la unidad del tono. Eso es lo que más debo a nuestros niños.

En cuanto al plazo para entregar los otros, no será mucho. Mi secretaria puede comenzar a copiar en un mes más. Ella tiene que ir cada día —en mi lugar— a Niteroy, y como me he venido a vivir a la montaña, la pobre tiene tres horas solo de viaje cada día...

Creo que estas dos cartas quedan contestadas. Lo demás son detalles de la que aún no encuentro.

Desearía que Norah comenzase a pensar en las ilustraciones de los Versos de Niños. Es tiempo.

No recibo aún carta de ella. Les pienso siempre, ahora de veras doblados en la pareja de muñecos.

Perdonen la máquina saltona. Más me brinca a mí el corazón hace ocho días por cuanto ocurre en Europa y que solo los bobos pueden decir que no nos afecta. Me cuesta escribir cartas, me cuesta ir a mis visitas, me cuesta comer y dormir después de leer los diarios.

Un saludo cariñoso para ambos.

Río, 25 de Mayo —Viva la Argentina— 1940.

—Escriban todavía a la Embajada. Voy a tomar después una casilla. No me manden nada a Niteroy, a donde voy una vez por semana únicamente.

Brasil, 15 de junio de 1940

Distinguido y querido amigo Frei:

¡Qué mal me le he portado!

Escribí a mi hermana, que estaba en Santiago, y le pedí le acusase recibo por mí del dinero. Creí escribirle enseguida; pero vino la instalación del Consulado, y luego el buscarme casa, ambas cosas largas y muy pesadas. En ciudad de gente burguesa y estable, exigen contratos de año a todo el mundo, y las cartas que me llegan de Chile me han aconsejado evitar los contratos... Al fin, después de recorrer Niza en veinte direcciones, hallé un muy buen local en pleno centro, sin compromiso para el futuro, y más lejos, casi en el campo, pero con bus rápido; hallé una casa o apartamento para mí, con aire (de cosa) criollo, silencio y (aire de) pinos. Usted sabe, mi amigo, que yo soy lenta; a Connie no le vale el ser rápida; yo voy con pasos de indio en los asuntos...

Mucho le agradecí la carta larga, y el dinero, y la preciosa voluntad.

Por mejor, usted lo mandó telegráfico. Para otra vez, es mejor un cheque en carta aérea. Porque los giros telegráficos, los mandan a Londres y entre esos trámites, se van veinte días. A los 25 días me llegó su remesa, pues el Credit Lyonnais declaró, primero, no haber recibido nada y luego, no se dignó avisar, a mi dirección, ya nada. Todo esto usted no puede adivinarlo, menos saberlo, sin conocer a los

franceses. Llegó el dinero en días tan malos de la situación internacional, que no querían pagar en dólar. Dejé todo él en caja, es decir, en el Credit, hasta que la ola de pánico pasó, pues cobrar en franco, si hay guerra, es tener muy poca cosa. La situación europea ha tenido una larga pausa de alivio, desde que Francia e Inglaterra se han decidido, al fin, a mostrar cara dura y ceño fruncido. Ahora vuelve la ansiedad, por los sucesos del Japón.

Le reitero mis agradecimientos, amigo querido. La gente nueva del Ministerio no tiene idea de que no hay bolsa que resista, si no es rica, unos dos meses y medio sin sueldo, en el extranjero. Ha sido para mí gran descanso saber que lo tengo a usted allá, con más razón ahora que me faltan los Errázuriz. Esta pobre persona errante, Frei, a quien van a ver 50 ó 70 señores y señoras por día cuando está en Santiago, desde lejos no sabe a quién dirigirse, no tiene más que un puñadito de amigos reales. Algunos de los míos, y más seguros, se me han muerto; otros han dejado de quererme; otros son comodones y no se dan molestias. Sea usted mi Pedro, mi piedra sólida y durable de Chile.

Antes de volver a los negocios, quiero contestarle sobre sus comentarios de política. Tuve unos dos paquetes de diarios, mandados por mi hermana. Aún no vienen los del Consulado ni me mandan El Mercurio todavía. Al Ilustrado voy a suscribirme. Para ver si capto algo de lo que ocurre. Tengo, en este momento, una impresión que espero no sea falsa: la de que hay en el Gobierno cierta reacción sana, a lo menos en lo que toca a Relaciones para aceptar, siquiera en parte, la colaboración de la gente de otros colores. El nombramiento de don Carlos dice algo; el de Vergara para Madrid también. Es una vuelta a los técnicos, que puede afirmarse, si los del régimen pasado tienen tino

y “sagesse”, como estos dos amigos. Me da mucho dolor sentir el tono agrio y grosero en que se ha puesto la prensa de los dos cabos (de Chile). Es muy mal camino; la intemperancia de lengua lleva a los puños y la procacidad no (honra) da honra a ninguna lucha. Voy a decir algo de esto al Presidente. Pero no tengo a quien decirlo del otro lado, pues, aunque el Ilustrado fue muy fino conmigo en mi último viaje, carezco allí de amigos de confianza, y solo en la familiaridad se puede criticar.

El coco de Ibáñez continúa. Las dictaduras de cualquier parte del mundo en este momento son muy peligrosas: caen en el axe, en el bloque de los totalitarios, es decir, en la pesadilla. El ibañismo es lo más feo y burdo de la historia nuestra y repetirlo no tendría perdón de Dios. He visto en la prensa que se han ido con Aguirre varios capos del ibañismo:

Dios quiera que no sean de los peores.

Sigo creyendo en la excelente pasta humana del Presidente. Es su bondad lo que le llaman debilidad; tal vez vaya también envuelto en bondad su deseo de prestigiar a los Ministros, dejándoles responsabilidad y elección del personal en los diversos servicios. Va muy lejos: él escogería mejor y verlo vigilando la obra de los ministerios daría mucha más confianza. Nunca he entendido el odio negro y ciego de J. Prieto hacia Aguirre que ha sido muy poco odiado en su vida: no tiene pasiones envenenadas y hay en él una especie de humor cordial, empleando la palabra medieval.

¡Ay, el mal mayor, mi amigo, es la pobre madera infeliz que da nuestra clase media, y lo mal que anda el pueblo por

lo que toca a un criterio político y a su ignorancia total de economía. No tengo yo ninguna debilidad por la clase alta, cuyo egoísmo necio veo muy claro. Pero tengo ojos para ver y saber que no se puede prescindir de esa clase por completo, aunque se gobierne con F. P., porque la arena movediza y molida de la clase media no nutre a un régimen. Más lo nutriría el pueblo, si no louviésemos en hambruna, es decir, en rabia y amargura.

Le repito, sin idea de halagarlo, que ustedes, los de J. C., son lo mejor que ha dado de sí, cernida y lavada, la clase media. Cuándo será que se les vea en claro, para ahuyentar de la cabeza de ustedes el tabú que les crea esta doble equivocación bautismal: la de llamarse conservadores y la de llamarse falangistas. Los nombres, en cualquier pedazo del planeta, tienen una importancia enorme, y ustedes no cuidaron el rótulo, siendo Chile un país donde el rótulo puede tanto.

“Lircay” no ha venido. También voy a tomar una suscripción, en días más. Tal vez no me lo mandan ustedes pensando en que los ataques al presidente me sean penosos. Siempre yo prefiero saber a ignorar... Ustedes saben que mi aprecio y mi cariño de Aguirre son vieja gratitud y cosa en la que nada tiene que ver la política. Suelo darme cuenta de que soy una socialista, pero ay, no de Blum ni del sanguinoso Stalin, sino... del Imperio de los Incas o de su plagio, las Misiones del Paraguay, o de cualquier buen convento italiano...

Seguí mi viaje, de Chile arriba, y he visto fealdades, corrupciones políticas y matonerías de hacer llorar por esa América del Pacífico, ¡que yo quiero tanto! Esta experiencia más —y llueve sobre mojado— me ha hecho abandonar de

más en más la idea de que hay la política tal y cual: hay la podredumbre del hombre por la falta de cristianismo, por la envidia y por la estupidez. Hay la enseñanza sin Cristo y sin griegos. Hay nuestra falta de historia, de tradición, de vejez “miel de años”, como dice Reyes. Y hay una avidez de fiera en cada hombre criollo, vicioso de licor, de hembra, de lujo y de mando. Cuba se desgrana por esto. Y no es ella sola. Pero su amiga no tiene ninguna esperanza de vencer al enemigo ni al amigo de que el conflicto está allí y no en los grupos políticos. Para darse cuenta de que sin humanidades no hay Hombre es necesario o tenerlas o no odiarlas por complejo de inferioridad, como lo hacen los bachilleritos y profesorcitos de Chile; algo hay que comenzar a hacer, ¡Dios santo! Dígame usted qué. Cuando vea al Presidente más aliviado en menos aflicción, tengo que escribirle acerca de esto, me oiga o no me oiga.

El Sub-Secretario de Relaciones, me dijo en una carta larga que se piensa en una aproximación o protección, no recuerdo la(s) palabra(s), a la Universidad Católica. Siempre que nuestro santo Rector no siga aceptando los programas del medio pelo pedagógico de la Universidad del Estado. No veo yo con qué fin se crean las Universidades Católicas, si van a repetir el trabajo del zapatero remendón del frente... Cuénteme lo que sepa sobre el particular.

Vuelvo a la prensa nuestra. El tono de las dos, de la roja y de la morada, es de pre-revolución. Una mal escrita, la otra mejor escrita. La mal escrita sale de la lastimosa enseñanza del idioma que se da en Chile. No hemos tenido ni siquiera un buen panfletario, porque aún para eso hay que tener humanidades, como Leon Daudet o Leon Bloy —y vea como los dos se llaman leones— y haberse leído su Marcial y su Juvenal. La bien escrita, es decir, la católica,

sale de lo mortecino únicamente cuando ofende o injuria derechamente. No sé si el efecto desastroso que me han producido estos diarios viene de que el ambiente europeo vuelve a cogerme. No lo creo, porque leo los diarios colombianos, gozando con lo bien hechos que están, y leo a veces los argentinos, los grandes, viendo y sabiendo que estos periodistas leen y que siguen una línea ideológica y no la pura raya colorada del instinto de pelea. Estos diarios nuestros o hacen bostezar o suben la sangre a la cabeza. Parecen no ver unos y otros que echar y echar leña es querer la quemazón de la propia casa y están puestos a eso como a una faena. La crueldad para el enemigo es muy grande, pero la chabacanería es aún mayor, la grosería chilena suelta.

Ustedes pueden hacer algo distinto en Lircay. Voy a mandarle esta semana unos números de un periódico católico de jóvenes franceses que usted ya conoce tal vez: Temp Present, da gusto, da complacencia leerlo; vale un franco, menos de un peso nuestro de bolsa negra, y vale por la lectura de una revista de aquí y no digamos de allá. Tengo los números de estos meses, pero voy a encargár la colección y tomar la suscripción para usted. Necesito que me dé la dirección de los otros: la de Leighton, la de Garretón, la de Boizard. El periódico pide suscriptores y voy a ayudarlos mandándoles cada mes el pago de una suscripción destinada a Chile. También quiero que me dé las señas de Lira Urquieta y la del Dr. Cruz Coke. Le hallarán un saborcillo a izquierda; pero, bien leído, aquello no pasa de una democracia subida y entrañablemente cristiana de la generación pasada. Estos son los mozos de Maritain, hay gente madura entre ellos. El número que le mando, dedicado a 1º de Mayo, es magnífico; léaselo de pie a cabeza. Crear algo semejante en Santiago, talvez traería dignidad a la pren-

sa desventurada que tenemos. Pero hay que hacerlo así, barato, semanal y con un espíritu de selección perfecto. Sale también una revista que se llama Carrefour. No se la he mandado aún; ya irá. Esta obra mucho menos, por su precio alto y por ser mensual. He ido comprándome todas las publicaciones de cultura, las viejas para ver si han mudado y las nuevas, que se llevan de arrastre a aquellas. Me parece que lo mejor es T.P. ¡Qué nobleza y qué altura!

Me pide usted unos libros de J.M. con su firma. Con mucho gusto, Frei. Irán los tres mejores, que compraré aquí y le mandaré para su firma a él, a Meudon. No he tenido tiempo de acusarle recibo del precioso libro sobre la Poesía, que me mandó a las Antillas —textos de él y de su mujer.

Me parece tan importante, tanto, que si cualquiera de ustedes, los de J. C. tiene ocasión de hablar con el Presidente lo haga. Parece que cuando usted fue le costó mucho llegar a él y que solo hubo tiempo de tratar de mi asunto de dinero. Aguirre es hombre que siente la calidad de la persona en forma directa, en el trato un poco íntimo. Es fatal, en este momento, el que entre el pueblo y él están los ministros y que él no puede olfatear con su buen instinto de indio, semejante al mío, a cada individuo. Me gustó mucho leer una declaración de ustedes en el sentido de que apoyarían las reformas justas del régimen y que atacarían a las locas. Eso es lo que hay que hacer: la oposición de toro congestionado es muy criolla, pero no lleva a nada. Si Aguirre dura, presentará seguramente algunas reformas agrarias. Él no piensa ni remotamente en robar la tierra de los ricos; él cree en la creación de la pequeña propiedad. Si no dejara de su paso por la Moneda sino eso, ya habría para guardarle gratitud grande y viva. Ayúdenlo con una

crítica constructiva, partiendo de lo que se ha hecho, no digamos ya en Europa, sino en la Argentina latifundista. En su libro sobre la Reforma Agraria en Europa, está casi todo lo que hay que saber de la materia. (1) Naturalmente los insensatos, la cola socialista-comunista haré algunas piruetas extremistas por lucirse. Pero no vayan ustedes contra una reforma que el grupo conservador y católico de Chesterton aceptó, defendió y propagó a bandera batiente, en Inglaterra.

Cuando puedan, vayan al campo, lejos de Santiago, éntrense un poco por las cuchillas de la Cordillera y verán lo que yo vi en el valle de Elqui. Clama al cielo el abandono, el hambre, la mugre, la desnudez y la escuela infeliz de esos campos. Los viejos conservadores deben oír esto de ustedes; es natural que si lo oyen de los rojos no hagan caso. Ojalá entiendan que hay que evitar la vergüenza de España, la de antes y la de ahora. El fascismo sigue al anarco-sindicalismo; pero ambos son demonios fétidos y la España nueva es una fetidez. Oír las radios españolas da vergüenza cuando se tiene un francés delante y da un dolor profundo cuando se está oyendo sola: han caído en la estupidez. No hay tal perdón cristiano, hay un escarbar las llagas día a día y noche a noche. Algún día mi querido Garretón ha de convencerse. Que venga a verlos haciendo la guardia del palacio Venecia y que venga a ver a las mujeres militarizadas y de puñal al costado. O se las mandaré en foto para que crea...

A Garretón no puedo escribirle aún, me fatigo con poco de la espalda, por mis riñones malos, y debo contestar aún cierta pirámide de papeles atrasados. Además, quiero escribirle largo. Démele un recuerdo muy, muy cariñoso, entretanto. Y un abrazo de tía vieja a Leighton. Hablé poco

a Boizard. Me gustaría tratarlo más, porque me gustó mucho un “no sé qué” de apasionado, de poeta oculto que hay en él.

Si han liquidado la venta de mi casa de La Serena, usted y mi hermana, mándeme ese dinero, en un cheque en dólares, amigo mío, ojalá contra el City Bank, el más seguro siempre. Certifique la carta, aunque venga aérea. Y anote ahora la dirección nueva: la del sobre y el encabezamiento.

No deje de mano la diligencia de la Población Huemul. Hay que vender esas casas —son dos, que yo junté en una— después de haber obtenido de aquellos malos arrendatarios que la dejen cabalmente limpia, aunque no paguen su deuda. Digo pintada y enmendada, porque se les entregó una casa nueva por dentro. No les crea en las promesas de pagar: me engañan siempre.

Recibir el dinero de esas dos ventas, uno primero, otro después, me dará mucha tranquilidad. Le decía que me llegan cartas muy malas de Chile: me siento como Cónsul de paso, como funcionario parado en un oscuro umbral de oficina que no logra ver lo que pasa en la casa donde él tiene, de prestado, ese escritorio...

Un abrazo para usted y mis respetos a la señora. Un beso al niño guapo (bonito).

(1) Léalo y coméntemelo en Lircay.

Gabriela

Petrópolis, Brasil, 2 $\frac{1}{4}$  de febrero de 1942

Eduardo Mallea: van adjuntas unas letras de hace días, donde hallará usted un recado de nuestro Stefan Zweig. Yo no podía mandárselas hoy, 2 $\frac{1}{4}$  de febrero, sin añadirles unas palabras sobre el horrible día 23.

Salí hacia Petrópolis a las once y media; mi bus ha debido pasar por la casa de nuestro amigo a mediodía: a esa hora él y su mujer agonizaban, allí, solos, sin que nadie supiese esa agonía. La criada tenía costumbre de que sus patrones durmiesen hasta las 10; no le extrañó mucho, al acercarse a la puerta hacia las 12, oír “la respiración del señor Zweig”. Pero la pobre mujer solamente a las cuatro se decidió a abrir la puerta. Avisó a la policía; andaba tan trastornada que al recibir a un arquitecto francés que venía de visita, le contestó: “Sí, allí están; pero están muertos”. La policía llamó al presidente del PEN Club, Dr. De Souza, a quien estaba dirigida la carta del maestro para sus amigos y que tal vez usted ya ha leído. El doctor fue a comunicar personalmente la tragedia al presidente —quien ordenó hacer las exequias por cuenta del Estado— y avisó a la prensa de Río.

Nosotros supimos la desventura por un telefonazo de M. Dominique Braga, a las nueve de la noche. Yo estaba recogida y oía sin entender este diálogo: “No puedo oírle, señor Braga; hable usted más alto. El teléfono está mal. No le oigo todavía. No le puedo oír”. Y después: “¡Qué cosa tan horrible!” y el llanto no dejaba hablar a Connie, lo mismo que a M. Braga. Creí que se tratase de un accidente de auto y busqué entre mis amigos de Petrópolis. A cualquiera hallaba

menos a ellos. Porque hacían la vida más quieta del mundo, y la más dulce en la apariencia y la más linda de ver.

Tenía tanto miedo de saber, amigo mío, tanto temor, que no quería preguntar. Connie subió llorando como un niño. Aquí los tres teníamos, más que el cariño, la ternura de ese hombre llano como una criatura, tierno en la amistad como no sé decirlo, y realmente adorable. Usted sabe con cuánta frecuencia nos veíamos, ¡ay! Con menos de la necesaria para haber sabido el secreto de ellos y haberlos ayudado, si dable era ayudarles, ¡Dios mío!

Salimos hacia Petrópolis con una sensación de sonámbulos que hacen cosas absurdas: saberlos muertos no era posible para nosotros, y muertos por suicidio, menos. La pequeña casa de columnetas, a media colina, a cuya puerta nos esperaba siempre, subiendo lentamente las escaleras, estaba guardada por la policía. Arriba hallamos al doctor De Souza y a su buena mujer, al presidente de la Academia de Petrópolis, a un grupo de hebreos, al editor brasileño de Zweig y a los consabidos corresponsales de la prensa nacional y extranjera. Nosotros seguíamos hablando y oyéndolo todo como sonámbulos.

Al fin entré en el dormitorio y estuve allí no sé cuánto tiempo sin levantar la cabeza. Yo no podía o no quería ver. En dos pequeños lechos juntos estaba el maestro, con su hermosa cabeza solamente alterada por la palidez. La muerte violenta no le dejó violencia alguna. Dormía sin su eterna sonrisa, pero con una dulzura grande y una serenidad mayor todavía. Parece que él murió antes que ella. Su mujer, que habrá visto ese acabamiento, le retenía la cabeza con el brazo derecho, y toda su cara estaba echada sobre la suya. Al ser separada de su cuerpo, ella quedó con brazo y mano

torcidos y rígidos, y habrá que desgovernar el pobrecito cuerpo al ponerla en el ataúd. El rostro de ella estaba muy parecido. No habrá nada que me disuelva esta visión.

Tenía él 61 años; ella, 33. Él decía siempre: “En años, soy más que su padre”. Ella supo irse con él, dejando atrás la vida entera. La miré mucho rato en el ademán y en el prodigioso enflaquecimiento del veneno o de la angustia de la última hora: la de verlo muerto a su lado. Mantengo todo mi concepto cristiano sobre el suicidio, amigo mío, pero creo que él no me prohíbe sentir este desgarramiento por el amor de esa mujer hacia un hombre viejo a quien quiso con pasión y amistad. Lo cuidaba con un celo tal que no estaba lejos de él diez minutos: del aire frío, del mucho escribir, del mucho andar —que era su vicio único—, del desaliento: de todo lo guardaba. En mi país yo hubiese rogado que los sepultasen juntos, como a los Berthelot. Zweig dormía sin sueños, aliviado para siempre del tiempo y el mundo vergonzosos que fueron la ración de su vejez.

Mi asombro y el de cuantos lo tratamos aquí es inmenso. Hoy solo puedo contarle nuestro penúltimo encuentro. Nos invitó a almorzar, añadiendo a nosotros tres a Hortensia Río Branco, que estaba en casa. Lo encontré un poco desmejorado, pero en un ánimo más alegre que otras veces. Le di la noticia de la venida de Waldo Frank, anunciada en la carta suya, y le participé mi proposición de que el amigo viniese a casa, a Petrópolis, para escapar del calor. Entonces ambos me dijeron que compartiríamos a Frank, quien podía pasar días con ellos, días conmigo. Así lo convinimos.

Contó riendo que él había dispuesto un almuerzo austríaco, desde la sopa hasta el postre. Y él lo sirvió, con su linda manera, que nunca se sabía si era de uno muy viejo o muy

niño. Habló un poco de Bélgica con doña Hortensia, residente de media vida en ese país.

Luego salimos hacia la terraza, donde a él le gustaba trabajar, pero me detuvo al pasar por su escritorio para leerme una preciosa carta de Martin du Gard, el novelista. Leía y repetía frases y frases, haciéndome sentir el perfecto, el hermoso estado de espíritu de esta otra alma en prueba. Salimos a la terraza hablando de las gentes que están viviendo su tragedia sin la pérdida de una pizca de decoro y de elegancia en la conducta. Entonces me dijo, mirándome de un modo particular y recalcándome las palabras: “Habría que decir lo peligroso que es en América comenzar una persecución de los alemanes; sé que hay algunos signos de eso, y me alarman mucho”. Lo tranquilicé, asegurándole que no habrá inquisición, ni cosas parecidas a las *débauches* sangrientas de Europa, en nuestros pueblos.

Y entramos en una larguísima conversación sobre el indio, el negro y las gentes cruzadas. Le oí una alabanza conmovida de los misioneros portugueses. Yo había procurado antes interesarlo en los misioneros del Continente como asunto para un libro suyo que podría ayudar mucho a nuestros indios. Celebró la bondad del negro, “que es una sola cosa —dijo— con su alegría”. Añadió lindas observaciones del temperamento brasileño en la piedad y el equilibrio pasional. De la gente pasó a la tierra, y me pidió caminar con él por los alrededores de nuestra ciudad, lo cual le prometí. Él me creía entendida en plantas, solo por haberme visto cultivar un pedazo de jardín de la casa. “Gabriela Mistral —me dijo—, yo tengo este deseo que me va a conceder. Conversaremos mejor de todo esto andando por la tierra rural”.

Hace unos diez días de todo esto: trato de recordar con mucha precisión la parte referente a Frank y la última, porque son dos compromisos que él se hacía y que nadie le había solicitado. Estoy cierta de que no me engañaba —¿para qué!— y de que no pensaba matarse. Poco después me habló por teléfono para preguntarme si yo iría a una recepción oficial de la Prefectura (o Gobernación) de Petrópolis, pues él tenía la invitación, pero no la compañía. Allí fuimos y estuvo a gusto, a pesar de lo poco que le agradaba la vida mundana.

No creo en las conjeturas que se hacen sobre la situación económica del maestro Zweig. Su editor las desmintió rotundamente anoche, a dos pasos del muerto. Las grandes ediciones suyas lanzadas por la mayor editorial yanqui, más algunos artículos pedidos de los Estados Unidos, podían asegurarle a lo menos unos años de un bienestar modesto, pero suficiente. Por otra parte, no puede ni imaginarse un momento de extravío o de locura: escritor más sensato, más dueño de su alma, menos delirante (a pesar de haber descripto como nadie el delirio), no puede tal vez encontrarse en nuestra generación.

Pienso, sin pretensión de adivinar, que las últimas noticias de la guerra lo deprimieron horriblemente y en especial el comienzo de la guerra en el Caribe, el hundimiento de barcos sudamericanos. ¡Ay! ¡Había visto llegar así la guerra a tantas costas! Habrá que añadir su última información: la de los sucesos del Uruguay. También eso se parecía de un modo tremendo a lo visto en Europa, duela o no duela confesarlo. Estaba harto de horror, no podía ya más.

Amigo mío: ya sé que los fáciles dirán para condenar —y hasta algunos estoicos— que Zweig se debía a nosotros y

que su escapada de la tragedia común es una gran flaqueza. Y mucho más se dirá. Hablarán de su falta de fe en lo sobrenatural y acaso de la famosa cobardía israelita.

Yo me quedo esperando su autobiografía, escrita aquí mismo, en nuestro Petrópolis, que él amaba tanto como yo. Porque no sabemos todo lo que este hombre padeció desde hace unos siete años, desde que el escritor alemán fiel a la libertad pasó a ser bestia de cacería. Su sensibilidad superaba a la mostrada en sus libros: era una sensibilidad femenina, en el mejor sentido del vocablo; habría que decir “inefable”.

Cuando hablábamos de la guerra, yo seguía en su cara, punto a punto, su corazón en carne viva e iba midiendo lo que yo podía decir, lo cual no me ha ocurrido con ningún hombre de letras. Y no era que perdiese en momento alguno su control riguroso; era que los hechos brutales, o simplemente penosos, no parecían ser oídos, sino tocados por él en el mismo instante en que los escuchaba y le caía al rostro una tristeza sin límites que lo envejecía de golpe. (Usted recuerda la juventud de su aspecto; toda ella desaparecía en cayendo la guerra en la conversación.) Su repugnancia de la violencia era no solo veraz; era absoluta.

Le importaban todos los pueblos y se había apegado muchísimo a los nuestros. Estuvo a punto de irse a Chile, por una invitación de Agustín Edwards; se quedó en Brasil y lo sirvió con un libro ejemplar sobre territorio, historia y pueblo. Halló los Estados Unidos demasiado recios o duros, no sé. Prefería el sur porque, además, necesitaba de mucha dulzura de clima el hombre de sesenta años.

Su melancolía más visible era la pérdida de la lengua materna. En su primera visita a esta casa me dijo que nada del mundo podría consolarlo de no volver a oír en torno suyo el habla de su infancia. “Esto —dijo— es lo único irremediable.” Él esperaba entonces con certidumbre cabal la caída del hitlerismo; pero ya había comprado una casa en Inglaterra y posiblemente, como muchos desterrados, pensaba que al regresar llevaría las heridas de un dictador, y además las de los seudo amigos que traicionan o que consienten. Su sobriedad para juzgar a su patria me pareció completa; jamás un denuesto, ni siquiera un vocablo castigador; su continencia verbal formaba parte de su hidalguía. (El tipo de nariz no era judío; mejor recordaba al español, inglés o francés).

No pudimos hacer nada por él, aparte de quererle en esta casa los tres, porque era lo más natural del mundo el tenerle no solo admiración, sino una ternura conmovida. ¡Ay! Que no remuevan los creyentes estos huesos de doble fugitivo y renuncien al ejercicio fácil de dar una lección sobre un muerto que deja empobrecida a la humanidad, y en todo caso a los mejores. En él había miel de Isaías, también llama paulista, también ambrosía de Ruth.

Adiós. G. M.

OFICIO DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE SU INDIGENISMO

Contesta carta Confidencial número 3, del 2 de junio de 1942. N° 28/25

Petrópolis, Brasil, 30 de junio de 1942

Señor Ministro:

Tengo la honra de referirme a la Circular Confidencial N° 3 del dos del corriente.

La suscrita solo ha publicado desde que es Cónsul, una fotografía de indios, la que acompañó el legajo enviado con mi oficio N° 26/23 del 30 de mayo. Y no ha escrito ni publicado sobre el Indio Araucano sino un trabajo que es prólogo del volumen Folklore Chileno, editado por la Sociedad de las Naciones hace unos siete años. Dicho prólogo dice, precisamente, que los araucanos no sobrepasan de los 50.000 dentro de nuestra población, es decir, da una cifra mucho menor de la que trae la Circular Confidencial, que es de 90.000.

Me ocupé de los araucanos al tratar del poema de Ercilla, con ocasión del prólogo pedido por el Ministerio para la edición inglesa de nuestra epopeya.

Mi reputación de “indigenista viene de lo poco que he hecho por la reivindicación del indio en general” con apoyo en la admirable cultura artística que tuvieron —y tienen— mayas, toltecas y quechuas. No podía valerme del araucano para mis fines por la flaqueza de su labor artística y

por su raso primitivismo. Mi indigenismo, por lo tanto, no compromete ni de cerca ni de lejos a Chile y arranca sus raíces fieles de mi porción de sangre indígena norteña. Por el ímpetu de la herencia y por una lealtad elemental, mi defensa del indígena americano durará lo que mi vida. No se trata de un trabajo sistemático sino bastante esporádico: tres poemas, una conferencia y dos artículos sobre la materia... Salud pobre, viajes y falta de libros de especialidad no me han dejado hacer, por las artes autóctonas de la América, todo lo que yo les debo en cuanto a testimonios de quince pueblos nuestros más indios que españoles en los cuales he vivido y con quienes tengo una deuda de solidaridad cultural aparte de una deuda de gratitud personal. Y esto absolutamente desvinculado de mi profesión consular, pues aquellos trabajos fueron escritos en el año 1923 y en 1937.

Salvo error de apreciación, esta pequeña contribución mía a la campaña indigenista americana ha servido un poco para acrecentar la simpatía hacia Chile de parte de los pueblos indios como México y la América Central, los cuales estiman en mucho el que los países blancos del Sur no desdeñen la ancha base aborígen que ellos tienen.

No sobra añadir a estos datos el que mi trabajo escolar de México se refirió, directa y casi únicamente, a la educación rural e indígena de esa nación. Y no por decisión mía sino porque en los dos años en que fui funcionaria mexicana, el Gobierno se ocupaba solamente de esta rama de educación pública.

La publicación de fotos por los Cónsules depende del material fotográfico que el Ministerio manda desde hace unos diez o más años a los Consulados y depende también del

criterio de las publicaciones gráficas que la dan. Yo obsequié al académico Ribeiro Couto, Director literario de A Manhã, un álbum chileno oficial, recomendándole los paisajes. Él prefirió dar aquella “Mujer araucana” seguramente porque un brasileiro se deslumbra poco con temas de paisajes, por tenerlos en abundancia.

Me permito manifestarle la utilidad que tendría la distribución de fotos con calidad técnica de esculturas y cuadros selectos de pintura chilena. El de los “Héroes de la Concepción” de doña R. Matte merece tanta difusión como la que se ha hecho antes del “Caupolicán” de Plaza. Digo otro tanto de las obras de los maestros nuevos en pintura y escultura. Tótila Albert es escasamente conocido. El monumento a don Crescente Errázuriz llamaría también la atención por su factura moderna. Hay que decir que la mayoría de los viejos monumentos chilenos no despiertan interés.

La prensa gráfica extranjera se reserva el derecho de publicar lo que ella prefiere, a menos de que se paguen las publicaciones. Esto yo lo hago aquí en lo que toca al material informativo, según lo sabe el Departamento.

Desfiles de militares o de bomberos serán rara vez pedidos o aceptados. En cambio, se admiran fotos de aeroplanos, es decir, de aparatos en conjuntos y en vuelo. Como es natural el ojo extranjero busca el valor artístico en las fotos y a veces no repara sino en este dejando al margen el asunto pues los públicos son siempre un poco banales.

Tampoco dispone este Consulado de buenas fotos de escritores para ilustrar los juicios sobre ellos o los textos suyos que hago publicar. Así, por ejemplo, en el legajo adjunto,

va sin el retrato consiguiendo el artículo de Marta Brunet sobre Pedro Prado. Y apareció en la misma forma un artículo anterior sobre Benjamín Subercaseaux. Y otro mío sobre Eduardo Barrios. Dentro de Chile el detalle no tiene importancia alguna; en el exterior la tiene. Los diarios o revistas suelen exigir la ilustración.

Un material de propaganda de primer orden y que nos hace gran falta son los discos de música chilena así culta como popular. Yo tengo un grupo de ellos comprado a mi paso por Chile; pero la música radiable exige una renovación constante y por eso mismo, deberíamos tener un stock de discos en cada Consulado. La suscrita puede pagar la remesa de ellos que le haga una Casa de Música de Santiago, con tal de que sean de verdadera calidad y de que traigan óptimo embalaje.

Estas observaciones modestas no pretenden juzgar los envíos que se nos hacen y que suelen ser tan atinados como la revista "Informaciones de Chile"; ellas quieren solamente dar a conocer al Ministerio los gustos infantiles de los públicos a los que debemos complacer siquiera en parte, para ver que nuestros artículos de propaganda sean acogidos y publicados en páginas de preferencia.

Dios guarde a US.

Lucila Godoy  
Cónsul de Chile en Petrópolis

20 de julio de 1942

Mi querido y admirado amigo J. E.:

Le escribo en mal día: la onda fría me tiene con las manos entumidas y el ánimo bastante afligido. Perdone las tachas, la pereza manual y espiritual y perdone también si, contra mi voluntad, va en esta carta alguna violencia.

No recibo hace tiempo “Estudios”. Creo que la falta de transportes nos va llevando a una casi-supresión de los impresos, pero no puedo reducir a esta razón la carencia de mis cartas más queridas de Chile: por confesión de una co-autora de la hazaña, sé que manos fascistas han hallado modo de tomar la correspondencia mía en la parte que interesa al esperimento nazi. Desde que escribo sin seguridad de que lleguen mis cartas, y desde que no me llegan ciertas cartas de que necesito absolutamente en este momento, hay en mí una gran tristeza, porque siempre lo mejor de mi vida vino de algunos amigos repartidos por este mundo —casi todos en desgracia—, es natural, ante los patrones de la barbarie vertical.

El último número que recibí, aquel que traía una colaboración de su tía que andaba en EE.UU. (a quien respeto mucho, tanto como a su santa madre). Esta edición me inquietó, y no poco, por su tono hostil hacia EE.UU. No recibí ninguno más; pero en cambio vinieron dos cartas de comentario sobre una especie de campaña anti-americana que allí haría usted y si no usted, sus amigos.

Sabe mi J. E. que en ese país de pedagogos ayancados, nunca fui un corifeo ni escolar ni social de los EE.UU. Y más sabe: que el tipo de sociedad, de escolaridad y de literatura que siempre he amado y un poco divulgado es el suyo, el de usted; sabe que me moriré defendiendo una cosa que yo llamo la cultura oriental-greco-romana —que no es lo mismo que la cultura latina que allá defienden los retóricos ni que la griega que defienden los esteticistas—. Por lo tanto, sabe que, ni por convicción, ni por dineros que puedan comprar, seré nunca una propagandista de lo que allá se llama “civilización americana”. Espero que me crea, basada en estos antecedentes míos que usted conoce y en documentos de media vida.

Amigo Jaime Eyzaguirre, una de las cualidades que el ventarrón totalitario está aventando a ojos vistas es la hidalguía, ese sentimiento rancio y que vale para la eternidad, de no apurar el puñal clavado en un cuerpo, el otro de no añadir palabra que dañe al hombre en desgracia, y el otro aún que crea no ya la hidalguía, sino la mera vecindad y que me haría a mí visitar hoy mismo a mis dos familias laterales, a las que nunca he visto, si hubiese incendio allí o sin entraran ladrones al predio. Los EE.UU. viven en duro trance, lo viven por la primera vez en su vida. Nosotros hemos tenido ocasión de atacar sus ideas en los años que tenemos de uso de razón, pero no podemos, sin entrar en la ola de grosería y de rencor plebeyo que invade el mundo, injuriarlos precisamente en medio de su angustia. Para eso sobra tiempo, le quedan a usted todos los años que ha de vivir. No le digo una mera metáfora al hablarle de los ladrones en el predio vecino. El ataque japonés ha sido, sin vuelta, un ataque de bandidos. Sean lo que sean los americanos, por más de que estén a una distancia pavorosa de sensibilidad respecto de nosotros, o lo estemos nosotros

respeto de ellos, amigo mío; ese pueblo es cristiano en su 60 por ciento —le doy la cifra más pesimista que cabe— y el foragido japonés es el tipo del pagano mondo y orondo, porque de su viejo budismo solo le quedan briznas y hoy no tiene sino el sintoísmo crudo y repugnante.

No entiendo Jaime, el encono de vuestra revista contra los yanquis en esta hora de prueba tremenda que ellos viven. Fui siempre una cortejadora de la desgracia y no de la felicidad, y por haberlo sido en cien ocasiones, con individuos y con pueblos, me es imposible comprender la actitud de la revista, que debe ser la suya. Fui a México, cuando ese país era despreciado por la América del Sur casi entera; he defendido a los indios cuando su problema no le importaba a nadie; he visitado países tropicales mínimos, pudiendo aprovecharme de conferencias pagadas en Argentina; estoy con los judíos en medio de un mundo al que le importa un comino el que sea befado y matado como hormigas el pueblo de los apóstoles, y estoy con ellos sin subvención de ningún millonario; critiqué amargamente a la España que vi, y he ayudado y sigo ayudando con todos los medios que tengo a los españoles errantes y en miseria, por más que no siento en mí una sola fibra de esa raza, que absolutamente no es la mía. El vasco jamás fue español, el indio tampoco... Y esto, Jaime, no por espíritu de contradicción, es decir por vanidad, y menos por snobismo, porque puedo cargar con todos los pecados menos con este... Unamuno decía que sus famosas contradicciones se explicaban así: la desgracia tiene siempre la razón, cuando es superlativa. Y los EE.UU. están jugando su destino. Nosotros igualmente, pero ellos lo saben y nosotros no queremos saberlo.

Amigo mío, usted y la mayoría inmensa de los que van allá, conocen los EE.UU. que pueden. No hay nada más torpe,

más lateral, más reducido que el pueblo norteamericano que ellos conocen, nuestros compatriotas y quienes oyen sus informes. Esto se saben ellos, y a cuartas o quintas: ciertas universidades de tercer orden —no Harvard, no Yale—; un puñado de profesores de dudosa categoría, la bohemiada y el montón de aventureros latinoamericanos establecidos en N. York o Chicago, o San Francisco; unos cuantos misioneros protestantes harto primarios. Y la mujer de la calle o la que encuentran en los bares y algunos literatoides nuestros fracasados que nada hallaron allá. Y N. York, nada más que N. York. Mi amigo, lo enumerado, que es bastante y que parece hasta ser mucho, no da material decoroso para juzgar a un país de ese tamaño.

Veamos lo que no conoce allá el criollo común: la vida familiar de la clase media profesional que vale, de la que tiene realmente una cultura; los grandes escritores desde P. Buck hasta Santayana, el alto clero católico y protestante; la vida del campo —ella entera—; la vida social de las mil o tres mil ciudades de la provincia; toda la gente de ciencia en bloque.

Pese, mire a los dos platillos y dígame si usted, o nuestro Rodó, tienen realmente razón al juzgar a esa nación de entrañas espirituales ocultas o subterráneas con el absolutismo con que lo hizo el maestro uruguayo o con el que usted, según el juicio de mis dos informadores, lo hace ahora. Son mis informadores mi hermana, que es beata, que no es lerda y que no tiene ninguna yancofilia y un inglés que es... anti-americano, pero por razones lo más diferentes que cabe de un rencor.

En mi último viaje a EE.UU., hace cuatro años y medio, yo viví dos meses en una ciudad chica del Sur, en S. Augus-

tine. Allí vi más moral, más sosiego, más religión vivida, menos logrerismo, más dulzura de vivir que en cualquier ciudad nuestra pequeña. Cuando Hitler gane, si el Demonio y no otro que él nos hace esta jugada, es probable que yo vaya a vivir allí o en otro pueblo de la misma índole. En la mediocridad feliz, honrada, limpia y decentísima que conocí en ingresando en la cabal, completa, cristiana, solidaridad que allí viven las gentes y que no se conoce en nuestro país.

Jaime, el rico yanqui rara vez es peor que el nuestro; lo general es que sea mejor; la clase media no tiene tiempo para ser viciosa como se la dice: trabaja demasiado, el doble o el quíntuple que la nuestra, créalo usted; el pueblo es harto niño para ser pervertido. (Le digo sumariamente una cosa que pide un libro para quedar en claro). Y el sudamericano que va a espantarse de los vicios de N. York, no dice palabra de la corrupción de todas las capitales europeas, porque tenemos la inefable cursilería de creernos europeos y cubrimos la pobre con la capa filial...

Lo que más asombra y desconcierta a nuestras mujeres católicas en EE.UU. es la práctica del amor libre entre los jóvenes. No han salido, de noche, de un teatro ni atravesado como yo unas diez calles de Madrid o de otra capital católica de Europa, viendo la multitud inmundada de busconas, de poules, de escoria humana, derramada por la ciudad latina y católica como una ciénaga inmensa de la cual no hay idea por el día. Es preciso conocer ese Madrid nocturno e ir acompañada de unos dos hombres, para escuchar, espantarse y asquearse para toda la vida. (Por otra parte, la actitud del catolicismo universal respecto de la prostitución es algo que ni se sabe decir ni aun entender).

Su amiga tiene un hábito de vieja maestra: mirar bien la cara de los jóvenes, muchachos y mozas, para saber algo de su vida verdadera y escondida.

No es este el sitio, Jaime amigo, de contar a usted mi impresión comparativa de los rostros viriles y aun femeninos de internados y externados vistos en el Norte y el Sur. Usted vive dentro de una familia excepcional por la sangre, otro tanto por la formación, otro tanto por la religión y por la clase misma. Pero cuando usted quiera tener algo parecido a un documento a este respecto, hable de manera un poco confidencial con un médico nuestro que valga y oirá grandes miserias.

Pasemos ahora a la línea de cultura, al rumbo de ésta, a las fuentes.

Estoy enteramente a su lado creyendo que sin la formación greco-romanacristiana no existe cultura que valga como alimento y bóveda de la mente y por allí de la vida. Vi en EE.UU. una especie de caos mental, de confusionismo en las doctrinas y un bric a brac en el que se confunden los ideales más arquitectónicos con los más atomistas, los conceptos más enjutos con los más barrocos y cómicos. Estamos nosotros en las mismas y la Europa sabia ídem. Ay, procure usted conocer a un joven nazi, incluso uno de élite y se curará de una vez por todas de la virtud de los métodos y la autoridad de la disciplina. Búsquese usted un joven franquista, de esos que son tan halagados y festejados por nuestros católicos santiaguinos y hallará pobres diablos envalentonados con el uniforme, tipos del peor filipismo y una sub-Edad Media. Y búsquese al mozo francés de Vichy y tendrá la sorpresa de sentir, en vez de una ideología, el temblor de un burgués chiquito que tiritra por

su casita o por sus depósitos de la Caisse de Epargne, aparte de una fe católica sin llamarada, yeso blanco y muerto como la cara acabada del Mariscal.

No puedo dejar de añadir algo, aunque sea de pasada, sobre el escándalo actual del catolicismo criollo. ¿Qué pasa allí, en Chile, en Argentina, en Colombia y no digamos ya en España? ¿Por qué el catolicismo no confiesa lisa y llanamente que él, en esta lucha, se pone al margen de su fe, para correr a salvar sus intereses, sea a pedido de sus hijos, sea por exigencia de conservar el empleo tal o cual? Por qué no tener esta honradez cruda y poner a Cristo en cuarentena como a los navíos, mientras se está con Hitler desde la raíz del alma? No es posible, aunque se tenga la inteligencia más afilada, aunque se apuren todos los recursos, defender una posición hitleriana ni totalitaria en general, desde la umbral o un balcón católico. Hasta ayer no han ido más allá del rezongo contra Rusia, en unos cuantos diarios bastante tontos, pues no han sabido llegar a la mente o al corazón de nuestro pobrerió y librarlo del capataz de Stalin. Solo ahora saltan a hacer la cruzada contra el materialismo soviético; solo ahora volean el trigo de Cristo a todo viento; solo ahora se suman al movimiento europeo de defensa de la cultura occidental. Ahora, cuando un pueblo (no solo un tirano), un pueblo entero, lucha sobre sus fronteras a defender a Rusia de las fieras hitlerianas. Esa defensa es digna de respeto hasta para el hombre más inferior de consciencia; ese coraje da categoría a una raza; ese rango que nunca se reconoció a Rusia ni en los siglos pasados. Yo siempre creí en el ruso y nunca en sus capataces. Si algo sabe usted de mis últimos años, sabrá que los comunistas me han injuriado en varias partes, por un poema sobre Finlandia, por mis juicios constantes sobre el imperio del señor Stalin, por mi negativa a firmar papelitos mañosos de comunistoides.

Pero yo sé muy bien que más vale ser Rusia a ser Francia en este año de ceniza y humillación de 1942 y no confundiré nunca a un régimen con una raza.

El escándalo católico clama al cielo. En medio del corazón, en la última entraña, muy velado, creen ellos, como si el ser no fuese trasparente como el agua de nieves, está sentado su patrón, Hitler, con él van viviendo, con él están obrando, haciendo su vela y su espera. No le piden sino que les salve las tierritas, o los hornos de la fábrica, o que las deshaga de su enemigo, o que les dé mando para vengarse. Esto lo veo y lo toco día y día, y esto, Jaime, esto me produce la tristeza como de agonía en el polvo que llevo en mí. Pero esta tristeza es en su mitad vergüenza.

Usted no necesita decirme que no pertenece a la legión de los católicos ricachos ni a la de los que esperan la espada para acabar con sus hermanos. Porque usted tiene, precisamente, la mayor categoría católica, estoy escribiéndole. Su revista es la mejor que tenemos hoy y talvez la mejor que nunca tuvimos. Pero se dice de ella que representa a un grupo subido de clero y de gente de Iglesia, además de representar al grupo suyo, y el hecho aun cuando fuese pura carne de error, sin la sospecha, aun así, hace un daño grandísimo. Al lado suyo trabajan para la revista unos cuantos jóvenes de la más fina calidad intelectual, Jaime, si a eso se agrega todavía a un grupo de sacerdotes extranjeros o nuestros, me dobla la razón de alarma, de esta alarma que usted me siente en la carta que le escribo. He sido uno de los chilenos que más le admira, de una admiración que comprende el respeto y que comprende también el cariño. Muchas veces he sentido el orgullo de que usted sea mi compatriota y sea mi amigo, y sea el hijo de mi amiga. Entienda de este modo la violencia de mis palabras y justifíquela.

Sigue en Chile el debate de si hemos firmado o no compromisos con EE.UU. respecto de nuestra solidaridad con ellos al venir una agresión. Y se sigue el otro sobre si se aceptan los compromisos de Río. Respecto de lo segundo ni aún puedo añadir un comentario. Tendría cosas que decir tan contundentes y tan graves que vale más no decir palabra. Pero estoy cierta de que no en una, sino en varias Conferencias Panamericanas, hemos firmado, como todos los demás, promesas de honor. Hemos liquidado buena parte de nuestros principios sobre el honor. Digo hemos, aunque yo sigo creyendo en el viejo tema y la vieja virtud. Ay, no podemos discutir sino con una sola razón, y bastante grosera: la económica —no tenemos más que ésa que sea derecha y verídica; todas las demás hacen soslayo.

Éramos unos montañeses rectos; ahora podemos dar el record del pensamiento torcido o mañoso. Digamos únicamente que no queremos ver la miseria llegar a las puertas de la clase media, ya que el pueblo no ha conocido nunca sino el hambre y, con hambre y todo, ha sido recto y quedará limpio de nuestro deshonor. Me da horror la sangre en tiempos normales; en estos días apocalípticos, Jaime, sé, como cualquiera que tenga la conciencia sin daño, que lo que hay que salvar no tiene ningún precio menor que el de la sangre, ningún otro. Y la muerte no me asusta, de tanto ver morir a los que Hitler ejecuta de cerca y de lejos, de tanto oír con el alma caer los hombres en cada segundo. Y aquí no le digo ninguna hipérbole: bien que los oigo caer. Nuestra sangre chilena no vale ni menos ni más que la de los otros pueblos. ¿Pero para qué ir tan lejos? ninguno de los países que han roto relaciones con Alemania e Italia ha mandado sus hijos a la carnicería, según se dice allí. No tenemos hasta hoy más muertos que los ahogados por

los submarinos totalitarios. ¿Por qué se miente así?; ¿por qué se dice que los vamos a matar en masas? ¿Quién se está matando así, entre los pueblos que han cumplido el mínimo de su obligación despachando a los embajadores de las fieras? Yo no puedo creer a mi gente tan necia como para ignorar la organización científica del espionaje extranjero y la traición interna cotidiana. Es imposible que nuestra gente ignore lo que ocurre allá, lo que ocurrió aquí, lo que seguirá ocurriendo. ¿Y qué divinas dotes o qué capacidad mágica habrá en nosotros para imponer respeto a las bestias que en Europa han atropellado a pueblos como Bélgica, como Polonia y como todos los otros? Mi amigo, yo vivo dentro del país más cristiano de la América del Sur y yo vivo asombrada de la clarividencia y de la fe llena de gracia de Brasil. Cuando le digo clarividente le digo que mira y ve, oye y se da cuenta, y cuando le digo gracia quiero aludir a su coraje. Porque estoy bien segura de que la gracia, además de otros dones, da el valor y mata el miedo. Nosotros tenemos miedo y miedo tuvieron los países de Europa, grandes y chicos. Viendo el comportamiento de los sacerdotes aquí, desde obispos a párrocos, siento el alivio de pensar de que no se trata de órdenes de la Iglesia por lo que toca a Chile, que se trata de la idiosincrasia de los laicos, aunque haya tal o cual brote indigno, de curas nazis, que lo serán por ser ricos o por ser lisa y llanamente gente renegadora del propio estado.

Perdóneme usted si he ido muy lejos. Nunca fui serena, a pesar de mi leyenda. No pienso sino que vivo la convicción; mis pocas ideas —dos o tres... parecen animales vivos. O parecen mi padre y mi madre. Usted, hombre de línea intelectual entiéndame como un médico... Vuelvo a

mi punto de partida. Espere que los yanquis acaben de pasar su infierno para juzgarlos en sus diversos aspectos. No va a esperar mucho. Amigo mío, Dios lo tenga en su mano.

Lucila

Petrópolis, 9 de diciembre de 1942

Mi querido y respetado don Carlos: después de mucho tiempo tuve unas líneas tuyas y tuve hace días una carta larga de doña Carmela. Ambas cosas las he agradecido de todo corazón, estimándoles el tiempo que me dan y el afán. Yo no les he escrito por una razón triste. Hace muchos años tengo una infección del riñón que viene y va, según lo que yo coma. El régimen me había aliviado mucho; pero ahora el mal es tan constante que tengo muy pocos días de desinfección renal y la dolencia ha caído sobre los ojos, en la forma de tantas manchas que ya me perturban la lectura de tipo grande y teñido y me impiden en absoluto la lectura del tipo pequeño y deslavado. He reducido mi correspondencia a casi nada, a unas seis o siete personas. Yo atendía centenares de cartas por año. Me guardo la poca vista de que dispongo para leer lo que necesito sobre Chile y sobre uno que otro libro que hay que propagar, y me la guardo para la poesía propia. Hacerme leer es para mí muy penoso, pues no tengo hábito de ello y además un libro leído toma tres o cinco veces el tiempo que yo empleaba. Y en eso estoy. Un médico me dice que cortar el riñón dañado es lo mejor; yo no quiero operarme aquí sino en EE.UU... pasada la guerra. Esta es la razón de mi silencio, don Carlos. Mis cartas para usted son casi las únicas que llegan; ya sabe usted lo que hace con mi correspondencia el trío de que le hablé en mi carta llevada por Subercaseaux. La mujer italiana partió con su embajador, prueba clara de que para ellos trabajaba; pero me queda el italiano brasilero que sigue trabajando y el criollo que atiza ayuda y dirige. Me da un desaliento enorme que

se pierdan tantas cartas que me cuesta escribir con estos ojos nocturnos que ahora tengo.

Sus líneas me han afligido mucho, muchísimo. Yo he tenido con ustedes, desde el comienzo de nuestra amistad una veracidad absoluta y a veces temeraria. Es el único clima de la amistad y era el único clima de la chilenidad antigua, a la cual ustedes y yo pertenecemos. Nada me irrita más que ver la caída vertical en la falsedad, en el disimulo, en la macuquería, en la malicia, que veo en las dos generaciones que nos siguen y la cual tengo que padecer hasta que me muera. Me repugnan estas gentes que solo defienden intereses, llamándolos ideas, que representan un teatro malo, pues no convencen a nadie que tenga sesos, que hacen el Machiavelo sin tener genio y el Tartufo sin que les valga de nada sino con los tontos.

Seguiré, pues, dándole mi verdad, una pobre verdad que sirve de poco sobre el papel, porque yo soy persona de conversación mucho más que de escritura.

Creo, mi don Carlos, que Chile no puede continuar sus líneas de no neutralidad. Las líneas mayores de su política en el pasado han sido estas: amistad de Inglaterra, amistad de Alemania, amistad de EE.UU., comenzada con Alessandri, y amistad con la América Española, trabajada mucho bajo Aguirre y Ríos. Le pongo aparte la amistad del Brasil, que ha sido una especie de política natural, no buscada, hallada, tenida desde siempre. En esta lista de políticas sucesivas, Chile está perdiendo a ojos vistas los lazos ingleses, los yanquis y todos los iberos, excepción hecha de la Argentina. Lo de Venezuela es un reventón al que seguirán otros; ya Padilla tuvo algunos denuestos desde México. Nuestros países criollos han esperado la mudanza nuestra.

Se ha abusado de los discursos y de las promesas vagas o netas, que los cables transmiten. Sería mejor que no se discursara, que no se estuviese a cada semana prometiendo. La naturaleza de engaño, de que digo, ahora sale al extranjero, venteadada, visible y hace mucho mal, don Carlos, más del que ustedes puedan saber allá. La diplomacia siempre miente; pero no puede mentir por tres años seguidos. Mejor sería decir que nunca saldremos de la neutralidad y ahorrarse esa serie de declaraciones que solo enconan la herida y que no llevan a nada nuevo, porque ya no se cree, y le digo esto con la mayor certidumbre. No se nos cree. El chileno corriente, por primitivo, por audaz, por brutal, miente con gran torpeza; es transparente para cualquier persona con vida europea, mejor dicho, para cualquier persona un poco sutil.

Ahora vamos a otro punto.

Don Carlos, usted no tiene la información completa de aquel asunto mío relacionado con los yanquis y con Barros Jarpa. Yo no le mandé las páginas que me hizo llegar Mr. Rowe, porque no me pareció seguro ni aun el correo que le envié. Voy a mandárselo ahora, solo con estas miras. El secretario del triste señor Rowe, vino a verme para asegurarme lo que usted sabe, y asegurármelo a título de persona informadísima. En el documento que le mandará verá usted cuál era la realidad. Yo le ruego leerlo con lentitud porque va en inglés. Si usted ya no recuerda el asunto, se lo repetiré en otra carta. El yanqui tiene muchos defectos, pero en todo caso, el yanqui es infinitamente más veraz que nuestros criollos de hoy en día en Chile.

Otras cosas. Brasil ha aceptado la ayuda técnica y de soldados para guardar las bases de Natal. No hay un solo brasi-

lero que crea que los yanquis se van a quedar allí. Yo no lo creo tampoco por un solo momento. Hay aquí una tal saturación de patriotismo, un milagro patriótico que no tiene edad, que era antes monárquico y fue después republicano, hay una línea tan larga y tan fiel de defensa del territorio —han echado a todos los invasores— y nadie puede soñarse siquiera el que los americanos se queden con Natal, es decir, con el Noroeste. La ayuda y la protección yanqui, si así la quieren llamar, era indispensable. No existe en la América del Sur una técnica capaz de enfrentarse con Alemania. Hemos producido a millones de abogados, literatos, maestros de escuela; pero la técnica nuestra es un juego de niños. Declarar que somos capaces de defendernos solos de los japoneses, suponiendo que éstos obrasen aún sin los alemanes, es una niñería. La técnica japonesa es algo muy tónico y el heroísmo de ellos Idem. Yo he sabido de hace 20 años lo que era el Japón; nuestros criollos lo vienen sabiendo ahora. ¿Quién nos ha de valer si no los yanquis? Inglaterra piensa solo en ella; Rusia sería nuestro veneno; no quedan sino los EE.UU. Mientras Roosevelt no se muera, ahí hay una consciencia que no se emporcará por cogernos a nosotros unas dos o tres bases, pasada la guerra. Pero Willkie, es decir, el partido opuesto, tampoco hará una maldad como esa. Tienen demasiado territorio; tienen estados enteros vacíos. Y ahora, ahora, les importa ser honrados, han cobrado decencia internacional, ha habido allí adentro un vuelco moral, por el trabajo de sus profesores, de sus católicos, que siguen creciendo, y porque han aprendido al fin que más valen los buenos negocios que el robo de la tierra. Mientras México esté con ellos los del Sur podemos estar ciertos de que EE.UU. se comporta con decoro. Ese pueblo oscuro, indio, de poco cuerpo, es más inteligente que la Argentina, más sutil que el resto del continente español. Y México está con ellos

porque Alemania más el Japón, los habría devorado o los devoraría ahora mismo en unos cuantos meses.

Me duele, me hace daño casi físico decirle algo muy serio, pero que me trabaja desde que lo vi. Ciertas fuerzas cuya misión única es la de conservar su fuerza corporal, su lucidez mental, su tradición de capacidad, están roídas, a lo menos en los jefes, pero probablemente también en los subalternos, por el alcoholismo. Hasta un punto, don Carlos que ni se puede decir. Yo he sabido de golpe y porrazo lo que se puede esperar de semejantes técnicos para el trance de una invasión. Yo he andado con ellos, con borrachos que apenas se tenían, en actos públicos, y he visto que uno entre doce estaba en estado normal. Y he sabido después que las demás ciudades de Brasil han visto lo mismo, con el asombro consiguiente pues este es un pueblo que toma... café, leche, cidras de frutas y por excepción alcohol. Llevo aquí tres años; he visto y contado dos borrachos. Parece fantástico, pero es así. He tenido cuatro jardineros; uno era ebrio, y era un alemán puro. Nosotros vivimos aún de ciertas leyendas y estamos ciegos para no ver que el pueblo nuestro ha sido cariado o destruido por la bebida, pero no solo el pueblo. Los sueldos inauditos de la gente a que aludo se emplean en eso, en comer y en pagar los super-aguardientes que allá cuestan oro molido. Es imposible ver una mesa chilena donde no se beba y no se levanten los huéspedes congestionados y... en plena zoología.

Bebe el yanqui y bebe bastante; pero como son más fuertes que nosotros y son un pueblo de ayer, no han gastado su capital físico. El indio bebía desde la eternidad; el español no bebe en España. Nosotros no hemos visto a tiempo que el peón bebe por falta de fuerzas, que es un hombre débil por hambreado y que el chorro de alcohol solo se neutrali-

za por una alimentación rica y abundante. Yo creía que el vicio arrasaba solo al pueblo; ahora sé que no hay tal y que dentro de aquellas famosas e ilustres “fuerzas” el alcohol manda y gobierna el cuerpo y el alma.

Hay más: estoy convencida de que la corriente germanófila tiene allá en nuestro país, mayoría visible sobre la aliadófila. Alemania y el Japón deben saberlo mucho más que nosotros. Un desembarque japonés sería ayudado o tolerado a lo menos por muchos chilenos que ya no lo son. He sido budista 25 años, tengo la pasión del Oriente, en artes y en poesía, siento en mí esa sangre por dos lados, el vasco que era más asiático que europeo y el indio que no es sino asiático. Le digo más: me siento mucho mejor entre orientales que entre occidentales. Así y todo, yo le digo a usted, amigo mío, que prefiero ver a los yanquis ayudando a nuestras bases a ver a los japoneses devorar el poco trigo, la poca carne, los malos alimentos de que disponemos, como una verdadera banda de langostas. Yo sé, yo sé redondamente, que ese hombre japonés es mucho peor que el hombre alemán como elemento de dominio y como fuerza para resistir y quedar y rematar una conquista. Son puros, son sobrios, son más racistas que Hitler; no están roídos de vicios. Por esto mismo son temibles. Pascua es para ellos un globito de jabón. ¿Podemos pensar nosotros por un momento defender la Isla de Pascua? ¿Y a Magallanes? ¿Le ha vagado usted los canales, don Carlos, y le ha contado las islitas? Eso es el infierno vuelto desmenuzamiento geográfico, y trampas, y bahías, y bruma ciega. Nosotros nos encontramos de golpe y porrazo en frente de dos técnicos, Alemania y EE.UU., más otro de técnica de ayer, pero ya formidable, la japonesa. ¿Qué hace esa millonaria Universidad de Chile, qué ha hecho para preparar técnicos y qué piensa hacer en lo futuro, la gran logrera de los dineros

públicos? ¿Por qué no hay un parlamentario, uno siquiera que diga esta verdad, del tamaño del cielo nuestro: que la universidad ni ha sido clásica ni ha sido científica; que no nos ha dado ni humanidad ni ciencia aplicada. Parece que los ríos del dinero fiscal, los mayores, se van por estos cauces: Ejército, Marina, Educación, Higiene y Beneficencia y Jubilaciones. Los dos primeros no nos salvan en la coyuntura que vivimos, aunque otra cosa vocean los nazis que hay en esas ramas; la segunda es lo que digo, las dos siguientes no han hecho mucho, pues el pueblo ha perdido su vieja salud y la pobreza suya es tal que no tiene para comprar una medicina la más barata. Los jubilados voluntarios y los forzosos del señor Ibáñez comen y duermen. Ahora pudiesen crear un Ministerio de... Viajes. ¿Qué le voy a decir que usted no lo sepa: ya parecemos Persia o la India, en lo de los séquitos y en lo de las grandes bolsas de viajes. Este revoltijo de socialismo y de derroche, de pueblo hambreado y de líderes llenos, hace reír, pero mejor pudiese hacer llorar, don Carlos. Las Embajadas nuestras, del pequeño Chile endeudado, se dirían de Inglaterra por el personal y casi no hay Legaciones: a mi amigo Aguirre, pobrecito, le dio por las Embajadas.

Aunque sea usted bastante pesimista, me hallará a mí peor. La crisis moral de nuestra raza es de las más sombrías que se pueden ver en este mundo, y aunque seamos de ayer, la podridura se parece a la de las naciones viejas, Francia, por ejemplo. Yo sé que hemos de salir de esto, que saldrán, digo, los que están naciendo no nosotros. Es rápido el corromperse y el sanearse es largo, y no lo vamos a ver, amigo mío. Es preciso que el país tope, que llegue al fondo más negro para que venga la reacción. Porque existe además de todo, un sistema de compadres, por el cual ya no hay denuncias, la oposición misma se pone a la sordina respecto

de ciertas cosas; de la Masonería ya no se chista, por miedo a perder el empleo público y la cobardía es talvez mayor que la corrupción. Las patrias no se mueren; se enferman y a nosotros nos va a tocar como a ciertas familias ver un país desangrado por la demagogia y el logrerismo arrastrarse años dentro de su cáncer, hasta las vecindades de la liquidación. Yo no sé qué misterio hay en nuestro pueblo, don Carlos, para que soporte el hambre sin gritar, para que boquee de miseria, como en Coquimbo, y siga creyendo que su explotación sigue viniéndole de los curas y de los ricos. La clase media politiquera y alta-funcionaria es quien se lo devora, y él no entiende nada. Y a la clase media le deberá el país el que crezca el comunismo como una planta tropical, hasta que ya tape el horizonte.

Hasla luego, amigos míos. Que mi doña Carmela me espere, pues no le escribiré hasta más tarde.

Reciban el abrazo fiel de su devota amiga, que se quedó esperando que viniesen para el Congreso Eucarístico.

Cariños a cada uno de los hijos y de los nietos.

Gabriela

¿1942?

Tan estimado Waldo Frank:

Usted ha dejado de escribirle a su amiga, haciendo con ese silencio una Línea Maginot. ¿Cómo habría de embestirle una flaca mujer, avejentada y erosionada por las luchas, incapaz, por lo tanto, de... métraille?

Ha perdido usted más que la amistad en mí, la fe en nuestra América, y por eso sobra de absoluto sobrar el ponerme unas letras.

Por ahí yerra usted. No hay tal, no hay esa América desahuciada que algunos quieren ya tapar con coronas de flores. Haría mucha falta que otra vez fuese usted a caminar nuestros países y allá escuchara usted con su oído alerta —de cañor o de alce— los susurros en que aún se comunica el vaho de libertad, el tenue humanismo que nos va quedando...

Usted ha dicho acres cosas por ahí —las he leído con la cara ardiendo— y eso, en vez de medicinar, gangrena. Tiene usted su sangre hebrea y ella, ella le da el ojo por ojo, el filo de hoz, para censurar las caídas humanas. Nosotros, recuérdelo, no somos carne de Macabeos sino de Moctezumas. Solo en la Araucanía tuvimos indiana digna de Israel, huestes de pecho ancho sin temor del acero toledano. Los demás indios venían viviendo en el idilio blando del trópico. (La ferocidad azteca tolteca era un deporte sangüinoso entre élites de guerra, igual al feudalismo de Euro-

pa: mucha pluma de torneo... En tanto que el pueblo seguía acurrucado entre las calas y el maíz).

Ténganos así muy en cuenta y muy netos para que en estos días de “simún”, no caiga usted en menospreciarnos con menosprecio de europeo que jamás ha entendido caminando nuestra América.

Le deseo salud y paz, le recuerdo y le estimo siempre, su vieja amiga

Gabriela

Petrópolis, 27 de diciembre, 1942?

Confidencial

Mi estimado compañero Don César Godoy Urrutia, Santiago de Chile.

Agradezco a usted sus comunicaciones y su recado, que me vinieron de la mano de nuestro Embajador y de nuestro Adicto Cultural. Ambos se interesaron en su pedido con la buena voluntad que ponen en nuestros asuntos. Yo le estimo en mucho el recuerdo de una maestra ausente y jubilada, lo cual vale por dos ausencias que bien justificaban el olvido de mi gremio.

He deseado servir sus deseos, amigo Godoy, y escribí para su Congreso un artículo que fue de más en más creciendo, a lo largo de la semana pasada, creciendo por el deseo de dejar las ideas claras, los votos de bien calurosos y la crítica fundamentada. Acabo de releer un cuadernito entero, y después del afán que me di, opto por no mandarlo aunque caiga en su desagrado (ya ocurrió esto otras veces sin mayores consecuencias para nuestras relaciones de gremio, pues usted es tan rebelde como yo, algo más, yo creo, y no se espanta de los que no renuncian a sus ideas por miedo de la marea o el terremoto...).

Colega Godoy: un trabajillo de adhesión a un Congreso de tanto bulto debe ser presentado y no mandado. La ponencia ha de ser defendida por su autor, o por su grupo, pero yo no tengo grupo. No me gusta hacer cosa alguna

de índole formal, por un mero “cumplir”. Escribí siempre con la totalidad de mi consciencia, no con una parcela de ella, y en consecuencia, al tratar de la post guerra en relación con la Escuela, no puedo saltarme el periodo actual y este punto no me es dable desarrollarlo sin hacer algunas críticas duras. Veo como una desgracia grande, como la primera de nuestras desventuras, la división interna, que se me parece demasiado a las vísperas de España y no alcanza a regocijarme el clima democrático que ahora existe en Chile, pues este no beneficia hasta ahora sino a nuestra clase media, y la hambruna popular —la campesina en especial— sigue siendo la misma de antes. Tuve grandes ilusiones, cuando se habló de una administración a base de técnicos —mi herejía delante de usted es la de no creer en las políticas criollas—. Esta administración iría a zurcir la tela nacional desgarrada en pedazos por los partidos. El ensayo comenzó, me parece que con el señor Alessandri; se interrumpió apenas comenzando, para reaparecer con el señor Aguirre y volvió a malograrse, y ahora vuelve a reaparecer, talvez para sufrir la misma suerte. Vengan los obstáculos de donde sea, el fondo del fracaso lo pone la política calenturienta de ambiciones, loca por falta de estructuración, y demagógica por esclava de las elecciones y que sigue siendo la nuestra y de las Centroaméricas... Cuando una enseñanza no forma ni humanistas ni hombres de ciencia, cuando se rehúsa a lo primero que es la tradición y a lo segundo que es el futuro, cuesta mucho entender lo que se quiere y se busca, o si se busca únicamente dar a una clase media que está licenciando sus ideales toda la anchura del presupuesto, hasta que la paciencia del pueblo tope y venga entonces la degollina tártara.

Quedaban en nosotros, amigo Godoy, ciertas virtudes que yo me tenía por raciales, es decir, por eternas: la seriedad

del carácter, la sobriedad en la vida material, la franqueza solar (la veracidad su pariente), cierta hidalguía en los maduros y cierta continencia en los mozos. Me parecen ellas bastante amagadas, de un lado por el arribismo que hace horizonte y del otro por la ruptura hecha con tajo de cuchilla, de lo tradicional. Digo “amagadas” y no “perdidas”. Todo vuelve en cierta manera y aquellas especies dentro de lo americano que son nuestra razón de ser, han de recobrase, aunque sea en ración parva. Creo también en lo que llama nuestra gente la estrella chilena, una estrella no exterior sino recóndita que llevamos en la última entraña, opaca en los gordos tiempos prósperos, pero que se pone a llamear cuando viene la noche oscura, la de las pruebas. Yo no la veré, pero talvez sepa que arde de nuevo, cuando a esté en la otra orilla, desde la cual se entiende más agudo y se entiende todo...

Volviendo a nuestro asunto: me parece que, tratándose de un Congreso Americano, al cual asistirá una masa de extranjeros a quienes no se les puede lucir una herida o una llaga, o varias, como nuestra división y nuestro oscuro rumbo espiritual, y no pudiendo, de otra parte, callarme mi pequeña verdad, ni ablandarla para hacerla amable a los de afuera y grata a los de adentro; siendo yo además una ausente, que no trabaja allí lado a lado con ustedes para compartir los errores junto con los logros, mejor es dejar lo escrito conmigo, según dejo bastantes cosas, y mandarles en vez de mi cuadernito las excusas que estoy dándole y que son muy sinceras. Pude decirle sin mentir que no cumplía por mi mal de la vista o por los demás achaques que ahora llevo; pero la verdad es que sigo escribiendo sin estorbos del alma, y que puedo con los del cuerpo. Prefiero, pues, ponerle aquí la buena y rasa verdad, que conserva las amistades mucho mejor que las malicias y ladinerías criollas...

En otra ocasión cuando no se trate de asunto delicado y complejo como este, en el que anda de por medio nuestro país, yo le serviré, y con alegría viva.

Dígole, en respuesta a su carta primera, que llevé al señor Embajador una lista de profesores brasileiros, la que fue completada por Cecilia Meirelles y que fue redondeada aún con nombres de educadores conocidos por la Embajada. Frecuento a poca gente, porque no tengo tiempo para hacer vida mundana o más o menos social y también porque cada día soy menos persona oficial. Pero procuré atender sus deseos dentro de mis posibilidades.

Ahora permítame usted, Godoy, agradecerle casi como un servicio personal, su brava y justísima defensa de los maestros en relación con el aumento de sus sueldos. Leí eso con un placer grande.

Dios le de vida para ver un Chile unido, y alimentado, y culto. Y no olvide el campo, amigo mío, que clama al cielo como la meseta de Castilla o como cualquier tierra hindú o árabe...

Saludos cordiales de su vieja compañera

Gabriela, 27 de Dic. Dirección: Caixa postal 43, Correo de Petrópolis, Brasil.

Nada más perdone el lápiz escolar todavía...

Petrópolis, 20 de febrero de 1943

A Winett y Pablo de Rokha, Santiago.

Tuve el gusto de recibir un gran paquete postal con vuestra obra hace días. Es maravilla que llegase, pues viene un *minimum* de impresos, desde que hay guerra. Parece que ustedes mandaron los libros por vía oficial. Yo les agradezco cumplidamente este envío, que representa el recuerdo de allá adentro para una ausente, y una ayuda para su información literaria de Chile. Antes de eso había venido el último libro de Pablo, que leí ya y sobre el cual no le había escrito porque tardo mucho en despachar mis cartas. Mi vista ha bajado a lo menos en su mitad; se trata de una intoxicación renal muy vieja además del trabajo de los años. Leo un libro grande en un mes o más, siguiendo las órdenes del oculista y de este modo no puedo cumplir sino con unos dos o tres amigos en cada mes. Así y todo, me he leído el libro de críticas de Pablo y Winett. Procuraré contestarles sobre lo leído, que son dos libros y nada más y me excusarán el que esta carta no sea todo lo ancha que yo querría, por la misma razón apuntada. Yo no puedo adoptar el método de los ciegos que es el dictado, por más de que es el que me ayudaría, y tampoco acepto el que me lean, pues nunca eso anduvo bien conmigo.

Encuentro en el libro de juicios —que está muy bien hecho— una parte que me toca directamente. No es verdad que yo haya dado jamás un juicio literario opuesto a Pablo, como allí se insinúa; el chismorreo criollo andará en esta historia. Respecto al juicio personal, no tengo tampoco

ningún recuerdo de haberlo dado favorable ni desfavorable: guardo mis escrúpulos de chilena vieja y no hago la temeridad de dar opiniones de mis colegas a quienes no conozco personalmente. Pero es posible que yo haya dicho alguna cosa sobre el caso más espiritual que literario, de usted, Pablo, que siempre me ha trabajado. Aquí va eso.

Hace un mes o más, mandé al *Mercurio* un artículo sobre la obra *Panorama y color de Chile*, artículo de propaganda, de los que hago para el extranjero. Allí citaba yo a usted a propósito de un poema suyo que me encontré en *PyC* y que me llenó de gusto por la fuerza, la objetividad casi escultórica y la originalidad de las imágenes. Usted, creo, habrá leído mi articulejo, si es que salió: no llega a su destino más de la mitad de mi correspondencia, por obra y gracia de una mano fascista —mano plural— que la coge aquí, y que no es brasilera. Este poema de usted yo no lo conocía. Las ediciones suyas son poco comerciales; no he hallado libros de usted en los países criollos que recorrí y donde hallé varios de mis compatriotas. Aquel poema me llegó directamente y sin choque. Y es que usted puso en él la violencia de su temperamento, pero una pura violencia de visión y audición, no una violencia partidista ni personalista. Yo no puedo corresponder a la generosidad de su envío de libros sino con la lealtad de decirle mis opiniones, pues siempre creí que se ofende a cualquier colega de oficio con la adulación y la falsía. Así, le digo a usted que, con la limitación que me crea el ser un escritor de una generación anterior a la suya, sea por prejuicios religiosos —que para usted son prejuicios, pero dentro de mí son verdades—; sea porque tenemos rutas artísticas diversas, pues no las creo tan opuestas como usted puede considerarlas, por lo que sea, lo poco suyo que he leído, y particularmente lo del último tiempo, me hace recordar

un espectáculo del Vesubio, que la gente napolitana tiene incorporado a frases populares y refranes. El volcán tiene, antes de estar activo, unas semanas de lumbraradas o sea un resplandor claro y difuso. Después viene el estallido del fuego en pleno, con llamaradas y con lava, en la forma de metal fundido y piedras; por fin, viene un periodo de lodo, es decir, de lo que llaman en El Salvador, el volcán de fuego y el de barro. (No hay sentido peyorativo en la palabra, que usted sabe que yo frecuento).

Quiero decirle que su poesía me gusta en la violencia del fuego y del metal fundido y que me duele y me desazona en sus tiempos de barro hirviendo... a las gentes y a sus creencias o supersticiones, como quiera usted llamarlas. Siempre me gustaron los panfletarios: tengo un culto por León Bloy, el Montalvo que me place es el mismo que admiraba Unamuno: en vez del calcador de textos clásicos, el remecedor del *Cosmopolita* y del *Espectador*. Celebraba en Francia centenares de páginas de León Daudet, porque estaban en pleno hervir de lejía y la palabra viva y caliente me gustó siempre, al margen de las ideas que contenga. No se trata, pues, de que me asuste en usted la violencia de la calentura y de esa especie de rodado cordillerano que despeña sobre el lector; es que la parte lodosa del panfleto me hace daño, no solo en usted, sino en los grandes colegas suyos que acabo de nombrarle y a pesar de todo rango literario que ellos poseyeron.

Siempre me extrañó que nuestro país, cuya raza es la más viva, cáustica y *alacrità* de la América Ibera, hiciese por tantos años una literatura *morne*, tibia, lacia, en cabal oposición con la verdad de su carne y de su lengua hablada. Por lo tanto, soy de aquellos que mejor podían entender su reacción contra tal vejistorismo y tal desabrimiento

en la expresión. Pero soy una mujer y soy una creyente: no puedo dejar de sentir leyendo algunas estrofas y trozos suyos una impresión que va del asombro al calofrío, del desconcierto al rechazo. De este modo, lo leo como a saltos de complacencia y de espanto, de concordancia y de desacuerdo. Esté cierto de que no solamente los mojigatos lo leen a usted así y no piense que porque ellos le callen su impresión es que no la hayan probado.

En cuanto al fondo mismo de algunas piezas, me deja bastante perpleja el que usted, hombre de credo comunista, o sea de una doctrina dogmática, en el sentido filosófico de la palabra, siendo de una ideología absoluta si las hay, y en buenas cuentas de una creencia social, del tipo de varias herejías o sectas que han existido en el mundo —los cátharos o albigenses, por ejemplo, en Europa, y muchos semejantes en el Asia—, ataque con tanta cólera, sin ninguna flaqueza... de semejante, a los que tenemos una fe en lo sobrenatural, cerrada como la vuestra, vertical como la vuestra y acérrima como la vuestra.

No tengo el brazo manco para admirar. Pretendo que he admirado a cada uno de los valores de mi país que me han parecido genuinos, realmente fértiles, vitales, poderosos. Creo que reconozco en usted tantas o más virtudes verbales de las que le han alabado sus amigos de grupo o credo literario. Pero yo no tengo vida —y ahora salud— para escribir sobre todos, ni aún sobre los dos tercios, y me he de morir con deuda hacia mis compañeros de letras de Chile. Tengo la honra de no haber conocido la envidia, y no por virtud buscada y jadeada, sino por natural, por la índole un poco campesina que ha durado en mí. El rural goza con lo hermoso y no se le ocurre envidiarlo.

Quiero repetirle, pues, que el chismillo sobre mi indiferencia o mi hostilidad acerca de su obra y posterior a mi tarjeta o carta de México, es pura fábula criolla. Un hombre de la tierra y de piedra cordillerana como usted no podía dejarme indiferente; era natural que yo lo reconociese, a pesar de no haberle leído sino al azar, sin continuidad y sin sosiego, viviendo de aquí allá, con pocos libros a la espalda.

De Winett creo que sabía menos que de usted todavía. Espero escribir a ella más tarde, pues si lo hago hoy tendría que hacerlo muy de prisa, pues los ojos no me dan para una página más.

Sírvase decirme si le llega esta carta, de la que dejo copia, para el caso de que se pierda.

Mil gracias a Winett por haber hecho de su mano ese paquete de libros, destinado a su compañera, que no la conoce, pero que no puede ignorar los lazos o vínculos que corren entre dos mujeres que han servido a la poesía por rutas muy diversas, pero igualmente sinceras. La verdad junta a los veraces, aunque estos no lo sepan siempre. Vuestra lectora y paisana agradecida

Petrópolis, 47. Gabriela Mistral

17 de abril de 1943

Caro Caillois, van estas poquitas palabras para decirle algunas cosas de urgencia. Falconetti no puede irse. Cecilia Meireilles tiene todavía esperanzas de obtener su salida, yo mucho menos. La pobrecita hizo una tontería por mal consejo; un policía la acompañó en varias diligencias, a la vuelta al Hotel esperaba a Falco su amigo el Vice-Cónsul de Portugal y este le pidió que diese una propina al policía por haber perdido tiempo con ella. Falco le dio treinta cruzeiros, o sea seis nacionales y este fue a denunciarla por intento de corrupción a la autoridad policial. El Vice-Cónsul no ha tenido la hombría de tomar sobre sí la responsabilidad y era el único testigo. El proceso sigue.

Tengo que añadir con pena que Falco es de una torpeza tal para vivir en pueblo de otra lengua y de otra sensibilidad que ella malogra las mejores diligencias en su favor. Así y todo y aunque hiciera más leseras (tonterías) es preciso ayudarla, por ser quien es y por su criatura. Yo no la veo hace tiempo, porque soy colérica, Roger, y veo con estupor que no sigue consejo alguno y tiene una mente más aldeana que la mía aun para lo que toca a sus intereses, es decir, a su dinero. Cecilia le tiene una santa y prodigiosa paciencia y levanta su ánimo día a día.

Hoy me trabaja más que nunca el caso de ella. Un escritor judío, nacido en Alemania, hijo de padres ingleses, educado en Francia y Suiza, a quien me ha encargado su madre, fue citado por la policía. El que lo prendió le dijo que iba a ser detenido y el mozo —30 años— tomó dos tubos de

RIOL. Ha estado tres días en estado de coma, lo ha salvado una preciosa medicina yanqui que acaba de llegar a Brasil y que le administra el primer médico de Río, Motta Maio. Ha sido tan insensato como Falco: nunca se presentó a las oficinas a registrarse como extranjero. La prisión aquí no es cosa de muerte ni de maltrato: los alemanes van a la Isla de las Flores, situada dentro de la bahía de Guanabara, a dos pasos de Río. Pero el judío, usted lo sabe, es cobardísimo y el ejemplo de Zweig sigue haciendo víctimas. Cecilia me ha dicho por teléfono que teme mucho de Falco, pues a ella —y a mi tres veces— nos ha hablado de matarse. Le hemos ocultado la noticia de Ganz, pero él mismo seguramente va a contárselo todo.

Escríbale usted corto y dele esperanzas: mi alarma no es ingenua.

Ha venido aquí una poetisa brasilera, Maya Ronal, que escribe más en francés que en portugués y me ha traído esos versos, que destina *Lettres Franc.* o a *SUR*. Es mujer bastante inteligente, aunque su poesía no la expresa cabalmente todavía. El poema va sin ninguna exigencia de mi parte.

Sobre su generosa oferta, le digo esto: escribí hace tiempo un prólogo para un libro de poesías francesas escritas por Miguel Rio Branco, nieto del Barón, hijo de madre francesa, ahijado mío de casamiento y que vive hoy en Inglaterra —es Cónsul en Cardiff. Fue por mano de Rosa Chacel para Mallea. Yo supongo que por razones del momento que a mí no me toca juzgar, él no quiso darlo a *LA NACIÓN*, pues yo le he tratado del punto y él ha callado sobre ello en sus cartas. Han pasado seis o más meses. Voy a mandarlo a usted, traducido por Dominique Braga. Lo dejo en toda liber-

tad de publicarlo o rehusármelo. No lo publique por nada parecido a compromiso. Pienso en dárselo por el final, en el que se alude a la guerra. El alma de este mozo me interesa: es austero, dignísimo y no está tocado de las lacras de su generación (Miguel tiene 25 años). Es largo el Recado y talvez carga la revista.

Me alegra mucho, pero mucho, su visita posible a Brasil. Quiero decirle que me da pena y hasta cierta vergüenza no haber conversado con usted en Niza. Yo celo mucho una conversación con Victoria, a quien veo cada cinco o siete años y yo no sabía quién era usted. Avíseme si viene. Talvez pueda yo acompañarlo a S. Paulo. No tengo certidumbre, no estoy optimista por un examen mío de ayer que ha dado bastante albúmina: lo de la vista puede venir de allí. Pero si estoy en salud media, yo le acompañaré. P. Alegre me queda muy lejos. En todo caso usted debe hablar en Río, aunque sea en condiciones de gratuidad. Manuel Bandeira arreglaría su conferencia de Río. Es el escritor más culto entre los que conozco y el que será mas de su agrado aquí con Mario de Andrade, entre los hombres.

Hay tiempo de conversar sobre alguna traducción mía. Se sale del marco de la Revista, me parece. Me da alegría el que usted me quiera esa poesía Beber y el Niño Mexicano. La Memoria Divina no me gusta... Razones no sé darle, Roger.

Petrópolis, 6 de agosto de 1943

Mi amiga,

Usted que conoció a Yin Yin de cerca, puede entender mi espanto de hallármelo agonizando de arsénico. Nada, nada me había preparado para ese golpazo. Es cierto que él cruzaba dolorosamente una crisis de adolescencia. Pero no era tan dolorosa ni tan aguda como para hacerlo cometer esa barbaridad. En ningún detalle pude presentir eso. En ninguno. Y vivíamos más unidos que nunca en esta casona vacía. Me quedan, como recuerdo precioso para esta vida saqueada, que es la mía, las conversaciones que tuvimos en las tardes de lluvia y relámpago. Ahora les veo gesto avieso a los rayos que caían sobre la sierra. Y le veré dolo y valencia del Diablo a todo lo que mi memoria baraja y baraja, buscando luz y tanteando solo tiniebla, ceniza y silencio.

Han sucedido después cosas muy extrañas que no quiero fiar por carta. Contarte, una sola, como compendio. Entro a su cuarto, días después, cuando mi alma poco a poco volvía a mi cuerpo. Entro, digo, y me hallo con todo arresvado como después de un huracán: libros y cuadernos desparramados, anaqueles remecidos, su armario abierto y todos los cajones volcados sobre la alfombra. Me retiré horrorizada. Salí al jardín. Hubiera huido, de no llegar entonces Cecilia Meireilles, que entró a comprobar mis palabras. Si no hubiese llegado y no tuviese yo su testimonio, créeme que habría pensado que todo era una fata morgana mía. He tenido pesadillas que se prolongan de noche a no-

che como los capítulos de un libro nefando. Me despierto torturada. Vuelvo como de una Inquisición.

Debo merecerla. Esta muerte de Yin, amiga mía, en lo que le entiendo, es un castigo a delitos míos de vida anterior, de los cuales nada supe y solo recién me voy enterando: aprendiéndolos como una biografía de ultratumba —eso es el “karma”—.

Cristo, mi Señor, ha de sostenerme sobre este pantano. Si no me dan ayuda sobrenatural, creo que me moriré pronto, como bien quisiera. Me queda ahora solo mi pobre hermana baldada, que ha de partir en cualquier momento. Ojalá ella me tiree a seguirla en su regreso. Mi madre no me acude ahora. Se me ha estuchado en un limbo al que mis oraciones no alcanzan, no entran. Juan Miguel lucha por enhebrar su ruta hacia el cielo. Le rezo todos los días, al caer la tarde, antes de la noche, que ahora temo, y le pido que avance con la fe que nunca perdiera, la fe bendita que ha de valerle para ser perdonado y entrar en su bienaventuranza.

Decirte, tratar de decirte más, sería fatigar tu paciencia querida. Mi ánimo está por el suelo, literalmente por el polvo. Ni la poesía logra empinarme. Solo un instante. Y me abato.

Perdona esta carta amarga y reza conmigo por Yin.

Tu Gabriela

A GRACIELA MENÉNDEZ BEHETY  
Y A TRES AMIGAS

Petrópolis, 14 de octubre de 1943

A doña Graciela Menéndez Behety y a tres amigas mías:

Si no les escribo así, en cuadrilátero, yo no sé cuándo podría escribirles por separado, y es tiempo de sobra de agradecerles sus cartas y su compañía desde lejos y de contarles de detalle la mala muerte que entró por mi casa por tercera vez y peor que antes. Mi Yin, mi “niñito”, ahora más que nunca “niñito” por la locura que me lo llevó, no se fue por dolencia, Emita, se me mató. Y escribir estas tres palabras todavía me parece sueño. Y estaré insensata y no tocaré fondo de estabilidad para mí misma mientras no entienda el absurdo. Me aliviaría, me descansaría solo por entender, aunque el entender no tenga nada que hacer con el recobrar ni el aceptar.

Las razones que me dan, que me agrupan, que me descubren, casi todas resultan inválidas, o tontas, o débiles. La razón de más cuerpo y la más inmediata es la de una banda de malvados que le maltrataba de palabra en un colegio odioso, lleno de xenofobia. Pero yo no lo mande ahí siquiera y el habría podido dejarlo en cualquier momento. Le decían “el francés”, con el dejo de burla que ahora le dan a la palabra en el mundo exitista: le reían su pequeña joroba, que no pasaba de un lomito doblado. Pero uno de los pícaros se le aparecía en los lugares mundanos, cuando le veía con muchachas o familias (a echarle en cara algún deslíz con mujeres livianas) delante de las señoronas “bigotes”. Estos hechos lo torturaban visiblemente; su sensibilidad,

de excesiva, parecía la de un desollado. Yo le había rogado hacia el final, —que fue cuando lo supe— de vivir en su casa y salir menos. Pero él era sociable e ignoraba además la maldad criolla. Él no sabía cómo un extranjero, aun siendo familia de un cónsul, siempre resulta un intruso o un vagabundo para el de adentro. (El pecado único del que me acuso es el de haberle impuesto mi vida errante, pues había en él un claro daño hecho por su existencia ambulante sin raíces, y sin regularidad, por lo tanto). La banda escolar lo convenció, al final, de que la muchacha a quien quería hablaba mal de él y lo tenía por antipático. Y más, lo convencieron de que la tal muchacha estaba por encima de él y era inaccesible. En todo: clase, en medios de vida, en educación, hasta en físico ella le era inferior de punta a cabo. Él creyó, porque su inteligencia maravillosa no le sirvió jamás para darse cuenta de sí mismo.

Cuando yo vi que su crisis de adolescencia era muy fuerte, y cuando, en el último tiempo, vi su obsesión de aquella muchacha, llegué a decirle que aunque me dolía que fuese alemana y aunque nunca la había yo visto, él podía casarse con ella y traerla a este caserón vacío, pues ya habían partido la huésped Río Branco y Connie, que trabaja en su embajada de Río. Me contestó que no pensaba en casarse.

Vivíamos una especie de idilio, porque el estar solos nos había ligado mucho más; él sabía mi dolencia del corazón y me cuidaba con un primor, con una ternura indecibles. Y no hay quien me haga comprender que ese niño que se levantaba a media noche por haberme oído respirar mal, se haya matado en estado normal sin que me lo hayan enloquecido con una droga cualquiera de las que abundan en los trópicos o de las que manejan otras bandas de hoy. Él vivía ahora a todo su gusto; no gustaba de las visitas y

tenía un sentido de la casa que parecía árabe: los suyos, ni el aire de afuera...

Otra razón, la segunda que me dan, es la de su temperamentalismo.

Me la dan las que no conocen a mi gente. Pero nunca vi a un Godoy que no fuese peor que yo, que no viviese torturándose y que no resistiese esta vida hasta los 60 y los 80. Es nuestra normalidad y yo me inquietaba demasiado de las pequeñas rarezas de Yin. Peor soy yo misma.

Mucho más razonable se me queda la explicación de su nacimiento, que fue con fórceps y estropeó a madre e hijo, y mucho. El tenía su cabecita con 5 ó 6 daños y con una cicatriz grande en la nuca. Me cuentan ahora que entre los 15 a los 20 años se hace una reacomodación favorable del sistema nervioso de región tan delicada y que en otros casos el sistema se derrumba. Pero no ha habido síntomas mayores, palpables, de este derrumbe.

Una mujer francesa, madura o vieja, andaba en su busca, de S. Paulo a aquí y de esta historia de última data no sé más, sino que le pedía abandonar a su familia e irse con ella, lo cual él había rechazado de plano.

En los últimos tres días, Yin ha hecho varias cosas que prueban el que no pensaba en el horror que había de consumir: mudanzas de muebles para su cuarto, de un piso a otro: proyectos en detalle para más tarde, ingreso en sociedades, con pago de su cuota anual y mucho más.

Ustedes me entienden que no pienso en que una droga cualquiera lo mató, sino en que le trabajaron el cerebro

hasta enloquecerlo. Y aquí mis sospechas no miran solo a tres de la banda, sino a unos dos grupos que lo buscaban, que corresponden a las serpientes que trabajan el mundo hasta en sus mínimos rincones. A un grupo de esos lo eché de esta casa de mala manera; el otro nunca se apareció aquí, y dos de ellos llegaron tarde, y no sé con qué fin, cuando mi chiquito estaba ya muerto, con señales claras de lo que son. Yo estaba en cama, pues en nueve días no pude andar; los recibieron dos bobos que no conocen la malicia, Connie y un amigo y colega de oficio, y nada averiguaron sobre estas figuras de bajo fondo que nunca se habían aparecido por la casa.

Es cuanto en una carta puedo decirles de la materialidad de los hechos. Como una sonámbula, en la semana última que me dio de compañía, tuve con él conversaciones que habría tenido solo por adivinación de su riesgo. Le hice saber que, por fin, yo había redondeado la suma necesaria, que siempre busqué tener para que él acabase su educación si quería seguir estudios, o bien para que comenzase a hacer negocios menudos, a los cuales se inclinaba, por dejarse la vida libre y dada a leer y escribir. (Muy bien, pero muy bien, hacía sus novelas de ensayo, en una lengua limpia y sobria, sin un solo lugar común, con un fondo de pesimismo muy Godoy, con una rara elegancia de sintaxis, sin vicio de sentimentalismo, con ironía, y adentro con una agudeza y una sutileza que nunca vi en gente de su edad). Para aligerarle su pena de los malos compañeros, le conté minucias de mi vida y este hecho: que la he hecho entera con solo unos 6 amigos, que en todo me han valido y que me han bastado. Él tenía dos, ambos de sangre francesa.

(Aquí una explicación destinada a Victoria: Yin no embonó nunca con el país ni con lo sudamericano en general;

nuestro confusionismo y nuestro hábito de mentira y de hipocresía le repugnaban vivamente. Yo tal vez le sacrifique con traerlo de Europa. Pero ¿cómo iba a quedarme o a dejarlo en medio de la guerra sin superlativo que vino?)

Don Pedro sabe, Margot otro tanto, que este niño no era una porción de mi vida, que era ella misma, que en él empezaban y acababan mi razón de trabajar, mis alegrías y mis preocupaciones, que vida personal no tengo de hacer tiempo. Más que nunca en estos años de Brasil. La guerra me ha desnudado tantas tristes verdades de mi gente criolla americana, me ha hecho verla tan ciega y tan sin remedio próximo, que la pasión de ellas, que me había absorbido y gastado, fue abajándose o apagándose. La casa era él, el día él, la lectura él. Yo sé que Dios castiga rudamente la idolatría y que esta no significa únicamente el culto de las imágenes.

Ay, pero tengo que volver a mi vieja herejía y creer en el karma de las vidas pasadas a fin de entender qué delito mío fenomenal, subidísimo, me ha castigado con noche de agonía de mi Juan Miguel en un hospital, tan espantosa, a pesar del estoicismo increíble con que soportó las brasas del arsénico en su pobrecito cuerpo querido. Tengo que echar atrás mi cristianismo y dar oído a los muchos brasileños que me han repetido como en letanía esto —no viene de ahora ni de aquí, sino de una orilla oscura que usted no sabe, este golpe, este azotazo y esta ceniza—.

Por otra parte, no es consuelo lo que busco, es verlo y en el sueño suelo tenerlo, y en sensaciones de presencia en la vigilia también, y de lo que ambas cosas recibo es de lo que voy viviendo, y de nada más que eso.

Palmita llegó tarde para salvarlo con su camaradería y con su amor lúcido que no es el mío. Él sabía su llegada y tampoco puedo yo comprender que se fuese, teniendo ya la certidumbre de su viaje en dos semanas. Él la adoraba, le daba una confianza plena, más cabal de la que a mí me daba, como sí se tratase de una niña de su edad.

Ahora no me queda sino una hermana tendida, postrada, y con 72 años. Nunca la poesía fue para mí algo tan fuerte como para que me reemplace a este niño precioso con una conversación de niño, de mozo y de viejo, que nunca se me quedaba atrás en ella, que en muchos asuntos me llevaba la delantera. Otro no me puede encandilar como él: no hay compañía que me cubra el costado derecho como él, cuando yo iba por esas calles de las extranjerías heladas y duras; no hay tampoco don de olvido en mí para semejante experiencia. La tengo trenzada conmigo en cada cinco minutos. Y yo voy viviendo en dos planos, de manera peligrosa. Decirles más es inútil, porque no les he dicho nada en tres páginas. Ustedes recen por él algunas veces, hasta aquellos de ustedes que no creen mucho.

Yo mejor que nunca veo la certidumbre de la vida eterna y un pensamiento único me aplaca o me pone a dormir cada noche: el de que yo iba a dejarlo pronto y a vivir sola mi trasmundo y ahora tengo mi trasmundo con él, en poco tiempo, a corto plazo.

Les abrazo, les agradezco sus palabras y los quiero todo lo que ellos saben y más que eso.

Su Gabriela

Oct. 1943— Mi Yin murió el 14 de agosto, hace pues 2 meses. Parece ayer; así gotea de húmeda la memoria mía infeliz, mi pobre memoria viva.

P.S.: Mucho, pero mucho, me placen los libros de su sobrino. Necesito el O'Higgins, que no conozco. ¿Puedo pedirlo a usted? Me ayudará mucho. Mis respetos a don Julio. Mis cariños a todos los hijos. A Alex, que ahora vuelva a ser un poco mío y me escriba a veces. Que tome el lugar de mi chiquito ido.

Su Gabriela

¿1943?

Hermanita:

Gracias por tus dos cartas.

Mis ojos, el calor y las visitas me han tenido callada. En cinco días más —hoy es tres— iré tu mesada, de nuevo a don Zacarías. Iré lo que pueda, pero no menos de tus dos mil pesos. Cada mes, don Zacarías tomará cien pesos para libros. Ruégale no mandarme sino lo que yo pida. El gusto literario de Brasil no es como el de Santiago.

Imagino que no vives atenta a tus remedios. Tienes que darte masaje, por la circulación. Y beber agua, bastante, poniendo en ella un poco de Urodonal —como agua a pasto, es decir sin hervir—. Y tomar vitaminas mixtas, para tener alguna fuerza. (A mí me han mejorado un poquito la vista). Todo esto, con paciencia. Fitina basta tomar dos, o una y media antes de dormir. Basta con esa dosis. Y tomar diez minutos, no más, de baños de sol en las piernas. Que nunca el sol te caiga a pecho ni a cabeza. Pedí a don Zacarías algún folleto sobre la cuestión de la adquisición de casas por la Caja de Empleados Públicos. El Reglamento de las operaciones. Parece que Palmita viene. La niña (de nueve años) volvió a Río. Connie pasa ahora cinco días aquí y se va al mar dos días o tres. No más por ahora. Dios te cuide.

Tu hermana

OFICIO DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE AUXILIO INFANTIL

Sobre auxilio infantil N° 3/21

Petrópolis, 31 de enero de 1944

Señor Ministro:

Tengo la honra de referirme a la “Colec̄ta para la Navidad de los Niños Pobres” que se hace en Santiago, la cual, aunque de iniciativa privada, tiene cierto carácter oficial por hacerse bajo el patronato de nuestras presidentas.

Este āo la suscrita no mandó contribuci3n a dicha colec̄ta por cuanto se ocupó de los escolares pobres de Montegrande (Elqui). El producto lı́quido de la edici3n de mi libro *Antologı́a Poética* (Editorial Zig-Zag) ocho mil seiscientos y tantos pesos, fue cedido totalmente para este fin.

Doña Juana V. de Aguirre y la esposa de nuestro ex Jefe Don Carlos Errázuriz, mandaron confeccionar ropas y calzado para más de la mitad de esos niños a quienes vi en extrema miseria en mi último viaje. Escogı́ con exclusividad las dos Escuelas de Montegrande por haber vivido allí mi infancia.

Recibo con frecuencia cartas muy penosas de leer sobre la forma en que hacen su vida escolar nuestros niños en los pueblos rurales de poblaci3n escasa. En una proporci3n subida, que va de mitad a los dos tercios ellos van a la escuela descalzos, sin el abrigo necesario y, sobre todo, estn sub—alimentados hasta un extremo lamentable.

La felicísima iniciativa de nuestras dos presidentas podría ser recogida por las autoridades y los terratenientes de esos lugares perdidos. No creo que estos grandes propietarios sean gente desprovista de conciencia social; necesitan, esto sí, recibir un llamado concreto y preciso para responder y cumplir respecto de esta infancia campesina con cuyos problemas no puede cargar el Estado únicamente.

La obra preciosa de las visitadoras sociales no alcanza hasta los puntos muy alejados del territorio y particularmente a los valles nortinos y cordilleranos. Pero una visita extraordinaria de ellas a los rincones más desventurados del país daría un cuerpo de información substancial que, divulgado, bastaría para remover las conciencias.

La Navidad de los niños pobres, esfuerzo muy bien preparado, no puede, por ser obra anual, conseguir unos beneficios regulares que se extiendan al año escolar. Pero ella puede ser el punto de arranque para un trabajo a fondo.

Cierta estoy de que el mujerío de clase media que hay en esos millares de aldeas, a pesar de sus magros recursos, acudiría para ayudar, siempre que la acción partiese de las autoridades locales —sub-delegados, maestros y clero—.

Yo no abandonaré esas escuelas mientras pueda asistir las (acabo de mandar a la de niñas siete grabados de fauna y flora brasileña); pero otro tanto y mucho más pueden hacer los propietarios rurales.

Nuestra infancia rural debería crecer sabiendo que no solo está atendida por el Estado en la instrucción gratuita, sino que también miran por ella aquellos cuya riqueza finca en la lonja misma de su suelo. La concordia presente y futura

de las clases, que busca nuestro Gobierno, tal vez dependa en buena parte de que esas criaturas no vivan desde su infancia viendo la indiferencia o el abandono de sus patrones inmediatos que su catecismo llama prójimos en el sentido de próximos.

Sé que los Clubes Rotarios hacen en otras patrias pobres de la América criolla un trabajo que llega hasta estos reducidos infelices. Para Chile será siempre mejor que estos servicios, tan necesarios como localísimos, arranquen de creaciones nuestras. La Navidad nacional del niño pobre tal vez sea un buen punto de partida para una creación chilena semejante a la realizada en Brasil por la “Legión Brasileira”, salida de las manos de su presidenta y hasta hoy bastante afortunada.

Como cualquier buen deseo debe llevar alguna noticia servicial, me parece que no sobra dar aquí la que sigue:

Varios países aprovechan el auge de la filatelia, haciendo emisiones extraordinarias de sellos en beneficio de algunas instituciones de interés nacional. Francia lanzó unos hermosos sellos que llevaban grabado alusivo y esta leyenda: “¡Salvad las élites!” Su producto, subido pero que no recuerdo con cifras netas, estaba destinado a la Ciudad Universitaria.

Dos o tres sellos sucesivos de estampas y rubro atrayentes darían una suma nada desdeñable para ampliar la obra de las presidentas, esta vez en favor de la infancia rural.

Todos sabemos que el instruir siempre vendrá después del alimentar.

Las ciudades chilenas tienen también una infancia en penuria; pero la miseria campesina a la que he querido referirme me parece tan superlativa que clama por su atención y su alivio inmediatos.

Los sellos de que hablo tendrían un mercado mayor después de la guerra, pues el coleccionismo filatélico sigue siendo una pasión, y hasta un vicio, de la época, y no solo un gusto burgués sino popular.

Dios guarde a US.

Lucila Godoy  
Cónsul de Chile en Petrópolis

A RAFAEL LARCO HERRERA

Petrópolis, 31 de enero de 1944

Privada

Exmo. Señor don Rafael Larco Herrera Vice-presidente del Perú.

Lima.

Respetado y caro amigo:

Mi correspondencia —hasta la más querida— ha estado en abandono por meses. Las razones usted las conoce: el duelo, la salud. Por eso he callado, amigo mío, que no por olvido.

Tuve sus hojas-circulares, muy bien pensadas y redactadas para el caso. Mandé cinco a escritores y he de mandar el resto. Gracias.

Tuve también una carta suya, abrumadora de generosidad, sobre un poema mío. Mil gracias todavía.

La presente carta le lleva un ruego y me importa mucho más que un favor personal, don Rafael, a causa de la calidad de mi presentado.

El ilustre ensayista francés Roger Caillois, ha sido invitado a dar unas conferencias al Colegio de México, institución súper-universitaria que dirige Alfonso Reyes. Según el curioso hábito criollo (que tanto dice) no le han ofrecido el

pasaje de avión para su esposa, y los franceses viajan siempre con sus mujeres. Yo sé que él no pedirá lo que falta, aunque sea de su derecho. Y tengo mucho interés en que este viaje no se malogre.

M. Caillois es un joven un poco fabuloso: a los treinta y tres o treinta y cinco años tiene la cultura y el criterio de un intelectual de cincuenta y tiene un curioso talento en el que se casan el espíritu de sutileza y el de acción. Su prosa misma es volitiva y nunca morosa y es, además, tan robusta que no contiene nunca las carcomas latinas que a casi todos nos roen... Estoy cierta de que, pasada la guerra este hombre será cabeza de su generación en Francia y también de que entonces hará mucho por nosotros, pues será el único francés y degaullista, que nos habrá conocido de cerca entendiéndonos.

Mi amigo dirige en Buenos Aires la preciosa Revista Literaria *Lettres Francaises*. Es autor de seis libros substanciales —uno de ellos sobre la caída de Francia, está en español. Acaba de publicar una visión de la Pampa argentina que me parece una maravilla. Él no debe volver a Europa, don Rafael, sin haber visto tres pueblos del Pacífico: Perú, Chile y México.

El favor que pido para él es este: hallar modo de que M. Caillois dé tres conferencias, pagadas, en Lima. Ellas y otras tres dadas en Chile yo creo que redondearían el pasaje de avión de su esposa y le darían la ocasión de ver ese mundo andino, que es el más tónico del Continente y de un valor enorme para un artista de su categoría.

Ignoro quiénes manejan en Lima de una parte las conferencias de Profesores Extranjeros y de otra los de la Alian-

za Francesa. Cuando mi amigo vino a Río, la Alianza hizo casi todo. Uniendo una pequeña cuota del Ministerio de Educación a la de la colonia francesa del Perú, creo que todo estaría hecho.

Si el proyecto es viable, don Rafael, procure usted llevarlo a Chiclín y hacerle ver el Museo incásico de usted; procure igualmente que él suba al Cuzco. Para nosotros, indigenistas, es de mucha importancia que este hombre francés comprenda el Incanato, como lo entendió el bueno de Baudin (acaba de traducirse en Chile).

Excuse la crudeza de mi “pedigüeñería”. Usted sabe que le hablo siempre como a un familiar. Y con los familiares yo quemó enteramente la cortesía y las reticencias...

Hasta la próxima. Mil perdones y un abrazo que retorna sus recuerdos.

Río de Janeiro, 14 de marzo de 1944

Respetados y queridos Raissa y Jacques Maritain:

Mi vida errante de estos años, un duelo doloroso y las caídas de mi salud me han hecho callar con ustedes a quienes recuerdo constantemente, talvez todos los días.

Yo he vivido en estos años en el Pacífico y el Caribe y luego en Brasil. A ustedes les sé hace cuatro años en Estados Unidos y Canadá. Leo y releo las noticias sobre el trabajo de ustedes que da la prensa y siempre les bendigo con pensamiento y palabra.

Supe de la Pastoral reservada del Obispo encargado de la Acción Católica de Santiago. Lo único importante era el resultado que podría tener si enflaquecía el grupo de maritainistas de Santiago. Que yo sepa *eso no ha ocurrido*. Antes de esta guerra usted, Jacques Maritain, era jefe de una porción católica de Francia; hoy están puestos sobre usted los ojos de la juventud católica del Occidente y de la América y además mira hacia usted la ansiedad acongojada de los viejos como yo. Dios le dé a usted la salud para construir sobre las ruinas de cuerpos y *almas*.

He tenido ocasión de conversar en Río sobre el caso argentino-boliviano-paraguayo— que es el de la disidencia americana que empieza, con el líder socialista Don Vicente Lombardo Toledano. Me preocupa grandemente por mi país y por toda la post guerra en América. Hace ya semanas que busco información precisa sin hallarla suficiente.

No me es dable informarme con Victoria Ocampo por la censura argentina. Me cuentan mejor noticia de ella; pero aún no la tengo de ella misma: que volvió de Estados Unidos católica o casi católica. En la ojeada que echa sobre este Continente donde tengo esparcidos mis amigos me detuve naturalmente en ustedes. Créanlo más saben seguramente de un hemisferio al otro que yo desde aquí respecto de los sucesos de Buenos Aires.

Lo que yo necesito, y de urgencia, son dos palabras verbales de ustedes que me valgan para saber y evitarme yerros profundos. Ojalá puedan ustedes mandármelas por medio del amigo que les lleva esta carta.

Por otra parte él desea vivamente y desde hace años, conocerles y yo deseo que él tenga la honra y la alegría que recibí de su encuentro en Portugal.

Don Vicente Lombardo Toledano es un curioso jefe de obreros: es un hombre de estudio, primero jefe de los suyos y ahora de la acción obrera hispano-americana entera. Están en él las virtudes de nuestros pueblos y no están el confucionismo ni el jacobinismo criollos. Tiene humanidad, talento y un sentido agudo de sus responsabilidades. Por azar llega hasta usted encaminado por una mujer sin credo político pero que no se halla entre los que ven con una indiferencia de paganos caer el mundo latino que la hizo entera.

Háganle ustedes, Raissa y Jacques, la gracia de su conversación, ciertos de que regalan una hora de su tiempo urgente a quien es digno de ella.

Si allá en Estados Unidos son ustedes necesarios, más lo son en el Sur. Es asunto este en el que he pensado cien veces largamente. Pero este viaje Dios lo dispondrá en su hora, Él y no nosotros. Yo sé que usted acudirá cuando más fuerte sea la presión de la necesidad.

Y nada más: solo repetirles que no hay en mí ingratitud, sino males del cuerpo ajetreado y del alma que perdió lo mejor que tenía en su casa ahora vacía (Rueguen ustedes por el alma de mi sobrino Juan Miguel Godoy)

Un tierno abrazo de su devota

¿Julio? 1944

Respetada compañera:

He leído con sorpresa el reportaje hecho a V.E. por *Diario da Noite*, la misma sorpresa con que supe los comentarios hechos en la fiesta de las “Victorias Regias”.

Pesa sobre mí el cargo absolutamente falso de no haber avisado con la debida anticipación mi inasistencia a aquel acto, a fin de que él se hubiese suspendido.

Los telegramas publicados al pie dejan en claro que di aviso de ello con veinte y tantos días de anticipación. Por otra parte, yo no podría creer ingenuamente que, por mi inasistencia personal debía anularse un homenaje dedicado a la poesía hispanoamericana. Lo ha, pues, volver sobre este punto. Es de responsabilidad de las personas que dirigían la fiesta no haber defendido por simple solidaridad gremial, a una ausente injustamente acusada y haber dejado que las delegaciones de los estados creyesen en mi falta de elemental agradecimiento y de cortesía.

Yo me excusé, sobradamente, doña María Eugenia, con dos telegramas extensos y con una carta llena de comprensión y solidaridad hacia vosotras. V.E. alude tácitamente al ataque hecho a la fiesta por *O Journal* en una crónica de índole satírica, que a mí me dolió tanto como a V.E. Pero V.E. no menciona el periódico y de este modo la versión de su palabra permite que el lector superficial me atribuya a mí el ataque que V.V.E.E. han sufrido.

Si V.E. me conociese un poco más, sabría que he sido totalmente extraña a esa publicación, que no tengo en ella parte alguna directa o indirecta. Y sobre todo que, en cuanto a extranjera, no se me ocurre intervenir en las discusiones de los nacionales. Mi respeto por vuestra ilustre nación es perfecto y probado.

Vuestro país y el recuerdo del que soy un huésped han sido siempre cabales y constantes. Veo, mi señora, que en este asunto se ha tratado de todo menos de lo siguiente. Yo les he faltado a una fiesta por razones de un duelo “particularmente doloroso”, según dije a la Señora Presidenta y hace un año que no asisto a ninguna reunión pública que no sea estrictamente de mi obligación en cuanto a funcionaria. Estos han sido el reciente desfile oficial de Petrópolis y un acto panamericano en la Asociación Cristiana, en el cual la mitad de mi discurso trató de Brasil.

Me deja extrañada que ciento o más mujeres no justifiquen que el que otra mujer no tenga ánimo para fiestas después de recibir un golpe moral tan grave como el mío, y no comprendo el que hayan preferido buscar la causa de mi asistencia en razones realmente tan absurdas que sobrepasan mi pobre entendimiento.

La asistencia a fiestas de la índole particular de la que V. V.E.E. querían ofrecerme, representa para mí atender a muchas personas a la vez y atar siquiera algunos vínculos individuales; nunca hice vida social en país alguno y tengo este modo de obrar cuando asisto a actos más o menos gremiales; procurar el conocimiento humano e individual y no cumplir con una mera cortesía. Tal actividad o atención a muchas cosas y personas de una sola vez me es imposible

desde que no tengo aquel “ánimo entero” del que les hablé en mi respuesta.

V.E. que está llena de sabiduría de vida, puede aceptar que esto sea verdad en un ser que, cuando menos, ha dado testimonio en su obra de una sensibilidad aguda ante la muerte de los suyos y también la desgracia ajena.

V.E. se sorprende de que yo no le haya enviado mis agradecimientos por la poesía que se dignó leer en la mencionada fiesta. He esperado, señora mía, que la organizadora que sabe cabalmente que yo no he ofendido a nadie, me hiciese la gracia de mandarme en préstamo los trabajos leídos y que yo no conozco, a fin de escribir a cada una de mis colegas repartidas por los cantos de Brasil.

No puede V.E. ver un signo inamistoso en una compañera que hace un mes ha ido a visitarla dos veces a su hotel sin haberla hallado.

Diario da Noite habla de mi desinterés por el movimiento literario femenino de Brasil y V.E. misma refuerza esta grave aseveración con su alto y puro prestigio.

Yo no me he ocupado de conocer como cosa aparte la producción literaria de vuestras mujeres; la considero dentro de la cultura brasilera “tout court” y como a tal la he buscado y conocido en las 5 antologías de Brasil que tengo conmigo. He tentado, además, traducir no pocos poemas de ellas con la ayuda de mi amiga la Prof. Jaudera Pereyra. Por escrúpulos de hacerlos revisar, aún no los he publicado\*. Durante los primeros dos años de mi estada en Brasil, no leí sino portugués del Brasil, suprimiendo mi lectura en francés y en español. Después, doña María Eugenia, vino

mi dolencia de la vista que usted ignora también junto con mis otras penas y ahora solo leo en la ración infeliz impuesta por mi médico.

Las únicas sociedades de mujeres que me han invitado a hacerme su miembro son la “Soc. pelo Profesoos fem.”, a la cual pertenezco hace 5 años y una que se acabó pronto: la “Soc. de Mujeres Periodistas”.

Aunque Comercio da Noite me dé como cónsul en Río, yo soy únicamente cónsul en Petrópolis, ciudad donde pertenezco a la “Legión Brasileira de Asist” y a la Acad. Petropolitana. Pésima errante, nunca me sumé a 4 asociaciones en un solo país...

He respondido a sus cargos, Doña María Eugenia, con la extensión y la precisión que impone su nombre doblemente ilustre, pero doliéndome mucho hablar de mí misma sin tener de ello costumbre.

Vuestra servidora y amiga respetuosa,

G.M.

\* (El Espíritu Santo no me dio el don de lenguas y soy para este trabajo una obrera inválida que insiste sin lograr la traducción decorosa que anda buscando).

A JOSÉ RUMAYOR

Petrópolis, 7 de noviembre de 1944

Querido ahijado José Rumayor Netto:

Doña Eugenia González Rumayor, su buena madre, ha estado conversando conmigo de usted y me ha dado sus últimas noticias. Su retrato y lo que la madre cuenta del hijo me hacen verlo y hasta oírlo.

Ella me da alegría cada vez que viene a verme, y me la deja después que se va. Es una criatura llena de vida y de esperanza que no llora y no se queja nunca. Ha sabido de golpe que tener Patria es un regalo al que de tarde en tarde hay que corresponder: rara vez llama a un servicio directo y grave, pero cuando eso llega, es preciso acudir y con un corazón alegre.

Sabe eso y muchísimo más la madre suya, y ello le sirve ahora para aceptar la ausencia de usted y vivirla con dulzura.

Su madre está orgullosa de su soldado anti-fascista; sus hermanos lo están, y sus amigos, y también esta que usted llama “madrina segunda”...

Cuando la radio da el noticiario especial del Cuerpo Expedicionario, yo oigo el reguero de noticias de otro modo que antes. Y es que ahora esas “nuevas” suenan también para mí, y me mantienen más alerta que antes a los detalles de nombres locales, de fechas y de regimientos.

Usted saltó desde el jardín del Museo Imperial, que es tan lindamente quieto, al “frente” de la Emilia o la Liguria. Es una mudanza grande y usted tiene que sufrir la reacomodación violenta; pero esto es lo que en los libros escolares se llamaba una “hazaña”, y en la boca de su madre se llama “una prueba”. Las dos estamos seguras de que usted puede con ambas cosas.

La raza brasileña sabe vivir todas las cosas con espíritu unitario lo mismo en las familias que en las haciendas de café, o en los campamentos de soldados. De este modo todas las madres de los expedicionarios están ciertas de que en ese frente reina la misma amistad cristiana que en el Brasil interior; ellas saben que ustedes están viviendo para sus jefes, y ellos para ustedes, y unos y otros para Brasil. Por esto el nombre de sus comandantes anda aquí en la boca del pueblo vuelto ya palabra doméstica.

La ciudad suya —y mía por préstamo— no tiene malas novedades. La sequía pasó y el cielo se ha hecho perdonar con tres aguaceros.

Su gente reza por usted y yo acompaño la oración de ella desde esta casa a la que, cuando regrese, usted no mirará más como extranjera.

Su madre y yo procuramos adivinar lo que le será más agradable recibir de aquí. Recibirá usted, de estas adivinanzas y estos tanteos, unos panes de pasas que le mandan los famosos hornos petropolitanos, y unas nueces de Pará, que yo tengo por el mejor alimento concentrado que hizo Dios.

Preferiríamos que usted nos pidiese algo, pero si no lo hace volveremos nosotras a desviar un poco hasta que acertemos...

Viva tranquilo respecto de los suyos: La Legión Brasileira vela por ellos con una lealtad no menor que la del ausente, y así no hay en su casa angustia alguna.

Usted, soldado nuestro, hace su faena mayor, la más noble por ser la más dura de los últimos cien años. Usted está peleando la liberación de Italia, viga nuestra, la de la América Latina y la de cada uno de los seres que usted ama. Todos seremos rescatados dentro de esa campaña, y liberados así en nuestros cuerpos como en nuestras almas.

Le sigo con ansiedad cariñosa, y más, con una constante ternura.

Su madrina,

Gabriela Mistral

Río de Janeiro, 28 de abril 1945

Caro Eduardo Mallea:

Yo le debo aún el final de una carta. No es cosa de urgencia, los intuitivos se entienden a medias palabras hasta cuando creen que no se entienden...

Vuelvo a Petrópolis. Aquí no he tenido ningún sosiego. Le escribo de allá, pero le anticipo lo siguiente: no sé qué diario de Buenos Aires es el que recibe mis artículos de la agencia colombiana. Recelo que sea "Crítica". Ya tuve un impasse en "La Nación" por esta mala cosa. Si usted lo sabe, hágame la gracia de telefonar a Marta, quien me lo dirá. Y perdone, amigo mío.

Esta carta es para hablarle de asunto que me ronda hace... los seis u ocho meses que duró nuestro silencio.

Vive aquí, desde los comienzos de la guerra, el escritor checo-austriaco Otto María Carpeaux, trabaja en la Biblioteca Nacional y hace una sección estable de literatura extranjera en "Correio de Manha". Y está acabando una "Literatura Universal", empresa que, por ambiciosa que parezca está a la medida de sus muy ricas capacidades.

Él habla y escribe cinco lenguas con un don maravilloso para ellas. Entre esas lenguas está el español. Conoce nuestra literatura —la peninsular y la nuestra— de una manera que casi parece milagro. Suele ocuparse de ella (aunque aquí

interese tan poco) por un amor tan íntimo de “las entrañas hispánicas espirituales” que decía Don Miguel.

Hay en él una pureza rara de hallar en hombre padecido, el desdén de los éxitos circunstanciales y la negación del cristiano verdadero para los nacionalismos aplicados a las alturas. No se siente alquilado al auge temporal de ninguno. Lo conozco tan limpio que en los tiempos que corren me parece un fenómeno ético.

Además de todo esto —que ya es mucho— posee el don de dar su sabiduría toda viva, sin los plomos que le ponen los más calientes, y hasta orgánica, aunque sea en un “rodaje” de periódico.

No creo que a estas horas haya en nuestra América un hombre capaz de tantas utilidades juntas para trabajar sobre nosotros y en bien de nosotros.

Por cuanto digo estoy queriendo acercarlo a usted *hace años*. Una vez ha sido embarcarme en otros asuntos suyos y míos, otras veces, el dudar de si podía hacerlo sabiéndole a usted cargado de preocupaciones hasta más no poder.

Pongo aquí este “Mea culpa” y me descanso al escucharle por fin sobre este hombre. Se trata de persona llena de pudores, que no se ha sentido capaz de mandar sus libros. De pudores y de timideces, como usted. Una y otra cosa yo las entiendo en ambos, pero no las celebro y me parecen dañinas para muchos, si no para ustedes mismos.

Usted va a recibir en días más dos libros de él. Hallará por ahí *su* Kafka entre veinte asuntos que lo cogerán.

Carpeaux se nacionalizó brasilero. Lo entiendo por su necesidad *absoluta* de sosiego después de una cadena de fronteras pasadas y de angustias lentas de contar aquí.

Es, creo, uno de los grandes católicos de nuestro tiempo, pero exento de “bigolerie” y de vejestorismo.

Si a usted le es dable llevarlo a “La Nación” aunque sea con un artículo bimensual, nos habrá hecho un servicio a todos.

Él se hace pronto una clientela propia y también un grupo de seguidores fieles y pasa con ello a defenderse solito de la competencia, cada vez más dura en los periódicos. Porque es realmente un especialista de la crítica literaria adobado de formación filosófica.

En respuesta a su pregunta sobre Ayala le mandaré en meses más algún comentario sobre él. Creo que le tengo el mismo aprecio e igual cariño que usted.

Hasta luego, amigo mío, y no me tenga a mal la tardanza en escribirle. Tengo la impresión de que esta vez le dejo con otro amigo más digno que yo, mientras yo vuelvo de hacer diligencias caseras...

Un abrazo

OFICIO CONSULAR DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE EVENTUAL PREMIO NOBEL

Sobre un oficio del Cónsul de Estocolmo N° 29/8

Señor Ministro:

Tengo la honra de acusar recibo a US. del oficio E3-12-10-0  
N° 00022 $\frac{1}{4}$  sobre asuntos de la Academia Nobel.

No tengo ninguna ilusión respecto del Premio que da esa  
ilustre Academia; pero estimo y agradezco mucho el inte-  
rés cordial que toma nuestro Cónsul en este asunto que se  
relaciona con la cultura chilena más que conmigo misma.

Escribiré a mi colega de Estocolmo respecto de su oficio N°  
148/36, enviándole el material que se digna pedirme.

Dios guarde a US.

Lucila Godoy  
Cónsul de Chile en Petrópolis

OFICIO CONSULAR DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE EVENTUAL PREMIO NOBEL II

Sobre el Instituto Nobel N° 109 / 21

Petrópolis, 30 de abril de 1945

Señor Ministro:

Tengo la honra de acusar recibo de la Providencia N° E3-42-10-0- N01767 de fecha 17 de Abril, que acompaña la copia del oficio N° 205/50 de nuestro Cónsul en Estocolmo.

Mucho agradezco al Ministerio la atención de esta copia y otro tanto la benevolencia de nuestro Consulado en Suecia.

Las remisiones más útiles que debieron mandarse al Sr. Fassbender desde hace tres años son las reediciones de mis libros.

Ha habido de mi parte alguna desidia: yo no he creído ni creo que me sea adjudicado ese premio, hasta hoy demasiado europeo para que alcance a nuestras literaturas nuevas, realmente “de ayer”. Vi hace años una lista confidencial de candidatos que me envió un funcionario del Instituto Nobel. Contenía la flor de la literatura europea y era un buen preservativo de ilusiones criollas...

El mismo funcionario me alentaba, sin embargo, con datos de valor, sobre el deseo y la decisión de varios miembros del Instituto Nobel sobre la liberación del premio, dado solo una vez al Asia a pesar de sus ochocientos millones de habitantes —lo cual dice mucho sobre su europeísmo—.

Comprendo que era necesario mandar libros (ahora los piden también las editoriales suecas). Pero ha habido dos obras mías retenidas y muertas en las manos de la Editorial Calleja durante veintiún años: Ternura y Lectura para Mujeres.

El primero ha sido, por fin, rescatado con razones y malicias —es decir, astucias— por Espasa-Calpe-Argentina. Hubo que amenazar a Calleja con la publicación del hecho en la prensa de los países hispano-americanos.

Espasa-Calpe-Argentina, con el derecho que le da su diligencia bien lograda, está imprimiendo Ternura, hace dos semanas, con autorización legal.

Ternura comprende el material del antiguo, más todo el resto de mis versos para niños y tiene el mérito de reunir, por fin, los materiales infantiles dispersos en dos volúmenes, los que andaban en revistas y los inéditos.

En cuanto a Lecturas para Mujeres ocurrió lo siguiente: El libro —texto escolar en varias escuelas de México— fue compuesto hace veinte años.

El año 43 dediqué en Petrópolis un mes de trabajo a revisarlo, corregirlo y aumentarlo, pues ninguna obra de índole más o menos pedagógica puede estar al día y servir sus fines después de tanto tiempo y a mí me importa la obra en sí misma y su rendimiento me importa poco.

Propuse, pues, al Sr. Manuel Olarra, Agente de Calleja en Buenos Aires y Jefe de Espasa-Calpe en Argentina, que obtuviese de aquella editorial española hacer una nueva edición (el libro es de renta abundante y segura) y le remití

la obra, corregida en forma cuidadísima y minuciosa, estableciendo que no cobraba nada por esa revisión que la deja válida para diez años más.

Calleja sigue aprovechando los viejos clichés y rehusó por una economía que corresponde a un logrerismo algo bajo o a la torpe política en que han caído los españoles de Franco respecto de los escritores sudamericanos llamados “liberales”.

Creo que un oficio a nuestra Embajada en España pidiéndole la diligencia podría tener buen resultado.

Mi firma es tabú en la España del momento, aunque Calleja haya hecho buenos negocios con ella. No me perdonan mi anti-fascismo y mi ayuda, modesta, pero sabida, a los niños vascos y catalanes.

En otro oficio seguiré tratando sobre mis demás libros, solo ahora doy cuenta al Ministerio de estas cosas, por evitar molestias a oficinas tan atareadas.

Por lo pronto, está a salvo mi libro infantil, que remitiré a US. tal vez en un mes más, pues está ya en prensa.

Dios guarde a US.

Lucila Godoy  
Cónsul de Chile en Petrópolis

(1940-1945)

Caro amigo E.M: Ayer he hablado con Mis. Knopf sobre las posibilidades de su Editorial para dar lo mejor de la producción nuestra. Me alegró y me alivió saber que ella ha tratado ya con usted el asunto y le dije que con usted tiene para su empresa. Usted le basta y le sobra. Me di cuenta de la inteligencia de Mrs. Knopf por su elección agudísima.

No me convenció el que su consejero para Chile sea un americano y no hay deseo alguno mío de reemplazarlo: yo ando ausente hace muchos años. El americano le servirá mejor que un chileno en captar la comercialidad de un libro y algunas de las cualidades de bulto; pero no sabrá, por la lengua elemental, todo lo demás que saber especialmente si van a hacerse también ediciones en español.

Ella tiene a Jorge Amado para Brasil. Me parece excelente; pero no sabemos cuánto tiempo va a estar fuera. Podría ella dejarlo a él para la selección de la novela brasilera, del cual él es un maestro como usted en su país, nombrando aquí en Río un cortesponsal-consejero que debería ser Álvaro Lins, el crítico de "Correio da Manhã". (No confundirlo con sus hermanos José e Iván). Álvaro Lins es un hecho y un hombre creado de golpe, y acatado de golpe también, aunque tenga bastantes enemigos. No veo que haya quién le supere en sentido crítico y en veracidad de juicio. No le conozco personalmente ni he cambiado con él una palabra. (Voy a mandarle a usted unos tres artículos suyos; creo que usted estará de acuerdo conmigo después de su lectura).

Hablamos de Arciniegas también. Aunque hombre muy ocupado, habría que contar con él para la de Colombia y Venezuela, porque ocurre el hecho de que nosotros, los del Sur (yo no he ido a esos países) ignoramos a escritores como Tomás Carrasquilla, no en la fama sino en la obra misma, y talvez desperdiciamos a otros de su categoría.

Hablamos largamente sobre unos libros de difusión geográfica, hechos en una manera que sería más o menos Geografía Humana, sin docentismo. No tuve otro nombre que darle para hacer tales libros que el de Benjamín Subercaseaux, porque no he leído ninguna otra obra sobre país nuestro que valga lo que el libro “Chile”. Usted puede darle el que tenga; ella necesita que se hagan varios libros, y Subercaseaux, a quien le presenté, no haría la “Argentina” y no le veo ganas de hacer tampoco el “Brasil”. (La gente nuestra, la hispano-americana, no entiende hasta ahora ni quiere entender a Brasil; repiten tontamente el divorcio español-portugués). Subercaseaux haría “Paraguay”, “Perú”, “Bolivia” y alguno más, según parece.

Para lo literario pleno, le hablé de unas antologías: *no vi claro si a ella le agrada el género Antología*. Una, de prosa de Leopoldo Lugones; otra de Horacio Quiroga; otra de prosa brasilera, que podría hacer Álvaro Lins; una de “Cuento Chileno”, que podría hacer Roque Esteban Scarpa, autor de tres Antologías españolas que son las únicas buenas que tengamos (Poesía Religiosa, El Amor Español y Lecturas Clásicas). Le hablé de los cuentos de Ventura García Calderón. Ahora creo que mejor que una Antología, habría que dar todos los cuentos de Ventura. Hablamos de un libro de M.L. Bombal; pero si la Antología chilena fuese gruesa, allí cabría todo lo de ella —que me parece óptimo pero escaso. M. Latorre da para un volumen sólido de

Cuentos. Hay ahora un conjunto excelente de cuentistas bolivianos y ecuatorianos.

Después de mi visita a Mrs. Knopf he pensado en un tomo de Tomás Carrasquilla, el colombiano y en una selección de nuestro Vicuña Mackenna, único de nuestros muertos que está vivo y al que acabo de repasar.

Nada hablamos, porque no tocamos el género, de Sarmiento. Si se piensa en una especie de *Colección Hispanoamericana*, habría que comenzar la serie con una Selección de Sarmiento. Y hacer otra de González, de Cané, de Wilde, etc. englobándolos talvez en un rubro de costumbristas o cosa parecida. En tal caso podría hacerse uno idem con V. Mackenna, con Pérez Rosales y con Jotabeche, los chilenos. Después, de la obra de Rivera, Güiraldes, Gallegos y Guzmán me parece bien la “Raza de Bronce” de Arguedas y dos o tres libros de Reyles.

Volviendo a Brasil: hay aquí el caso extraordinario de un periodista único: Assis Chateaubriand, que escribe dos columnas diarias y que es un fenómeno de prosa vital, en la cual *ha dado a Brasil* durante veinte años. Sería una Antología sui-generis y magnífica.

Me parece, amigo mío, que si hay colección, debe dársele unidad y esta unidad la crean, en parte, el prólogo de un solo hombre y la línea de relación mantenida por la super-vigilancia de este prologuista. No pretendo que usted pierda su vida en buscar material de diez libros —mi experiencia de la Antología que hago ha sido desastrosa como pérdida de vida; pero usted podría imponer las líneas genéricas de los libros a los recopiladores, sin lo cual saldrán unos libros o plebeyos o confusos.

Hablé también a Mrs. Knopf de un libro de descripciones escogidas de nuestra América: en Brasil hay buen material de base para ello, en México también.

Mrs. Knopf no había oído el nombre de Alfonso Reyes y no tiene por qué fiarse solamente a mí. Debería hacerse un libro de Reyes como el de García Calderón, es decir, de relatos, pero aludiendo páginas suyas de índole descriptiva, que son magistrales. Recomiéndelo a Mrs. Knopf si está de acuerdo.

Tampoco le hablé de lo mejor de todo: de un volumen grueso de folklore hispanoamericano. Yo tengo nombres de especialistas que dar a usted para esta materia. Podría salir algo *no docto, pero serio* y espléndido. También le hablé de un libro de biografías norteamericanas y nuestras que podrían ser unas veinte. Habría que mandar escribir las nuevas y aprovechar las de Martí y otros como base.

Y no más. Perdone usted, hombre que estalla de trabajo, esta carta temerariamente abarcadora. Mrs. Knopf me pidió que fijase en una carta los datos que le di en desorden y que le mandase a usted un ejemplar y otro a ella. Queden servidos sus deseos. Usted, amigo mío, no necesita de mis datos para su labor, pues sabe mucho más que yo de nuestra literatura; pero si le faltase alguno que yo tenga... por casualidad, mándeme como quiera y cuando quiera.

Tengo grandes temores de que la comercialización de nuestra literatura en Estados Unidos siga haciendo lo que ha hecho hasta hoy: la divulgación de lo más mediocre que tenemos, de lo que menos cuenta para nosotros. Por esto me tranquilizó y me llenó de alegría oír su nombre en la boca de Mrs. Knopf. Ella me dijo que busca editar libros

nuestros de calidad: los tendrá sin más que seguir las sugerencias tuyas.

Un abrazo tan fraterno de su devota amiga.

(1940-1945)

Excmo. Señor don Assis Chateaubriand, Río.

Ilustre y tan querido amigo: Pídale a su Secretario me haga la gracia de hacerle llegar estas líneas y no dárselas solamente en resumen.

Recibí de doña Hortensia con emoción real, con un agradecimiento muy vivo, una oferta suya para escribir en sus diarios de manera estable. Me conmovió por ser un testimonio indudable de confianza y de afecto hacia su amiga de ayer, que casi es una desconocida para usted en lo personal, Dios se lo pague.

Cuando viví en Madrid como Cónsul honorario, acepté un sueldo de EL SOL. Mis finanzas eran malas y además yo quería mucho ese periódico, de personal tan bien escogido como el suyo. Pero me di cuenta de que los escritores madrileños y españoles en general, por su desmedrada situación económica, luchaban mucho hasta hallar un sitio en la prensa. Dejé mi lugar ganado, para que lo ocupase con todo derecho cualquiera de mis colegas. Ahora, amigo mío, yo tengo cómo vivir por ser Cónsul de carrera. La situación de los escritores brasileños no es tan aflictiva como la de los españoles; pero tengo, ahora con más razón, el escrúpulo de no arrebatarles una ocasión o un sitio. Dos veces han venido a esta casa personas de mi oficio para pedirle una recomendación o una influencia ante usted. Me he rehusado a hacerle un pedido, porque esas presiones de la amistad son dañinas para los directores de diario. Yo

no podría, querido amigo mio, tomar el lugar de esos dos candidatos —uno de ellos mujer— ni el de otro brasileño.

Los Cónsules, incluso los que hemos recibido un sueldo per vita y por ley especial del Parlamento, por el hecho de ser hispano-americanos, jamás tenemos una real estabilidad. Mi centrismo en las ideas me hace a mi persona muy poco simpática a los extremistas de mi país o ídems que viven afuera—. Así, pues, su amiga suele, en las noches de desvelo, pensar en lo que deberá hacer en el caso de una cesantía. (El famoso General Ibáñez me suspendió seis años mi jubilación legalísima). Para tal caso yo cuento con dos diarios, uno argentino y otro colombiano. Usted con su oferta me trae un gran alivio, una tranquilidad que le agradezco de todo corazón. Tengo un diario más con el cual contar. Eso me basta para sosiego de mi insomnio...

Ahora otra cosa. Yo suelo escribir en A MANHA. Este diario, por la mano de mi admirado compañero Cassiano Ricardo, por la del buen hispanista Ribeiro Couto —que se me ha ido— y por la de mi querida Cecilia Meireilles me ha ayudado mucho, muchísimo, para cumplir mis compromisos con el Ministerio, que son únicamente algunas colaboraciones en prensa brasileña y otras más numerosas en la de la Argentina y el Pacífico. Es una verdadera deuda esta mía con A MANHA. Pero ustedes no tienen en Río la exclusividad absoluta de la Nación de Buenos Aires, por ejemplo y yo podré, en adelante, mantener mi colaboración en el suplemento PENSAMIENTO DE AMÉRICA de dicho periódico y a la vez mandar a O JORNAL algunas colaboraciones no frecuentes. Insisto en que estas no me sean pagadas, por la razón que ya le di. ¿Acepta usted esto? Deme, si es dable, esta ocasión de servirle, usted que ha tenido para su amiga varias y delicadísimas atenciones.

Aprovecho la oportunidad de esta carta para tratarle de otro asunto en el que pienso hace mucho. Si no yerro, la Radio TUPÍ no hace un servicio separado y especial para la América Española y sobre ella misma. Yo hablo monótono y seco, pero así y todo quiero ofrecerle o proponerle lo siguiente: una radiación MENSUAL sobre un país hispano-americano, en un texto muy sintético sobre cualquier aspecto del mismo, literario, artístico o educacional. No más de diez o quince minutos y ciñéndome yo locutora aprendiz a la disciplina allí fijada por ustedes. Sobra decirle que no cobraré nada. Pero talvez de ser aceptada por usted mi proposición, haya que pagar a la persona que añade unos números de música regional y a veces yo escogería. Hoy por hoy tengo en mi casa a una artista fina de calidad, doña Maria Amelia de Bastos, la mujer del cónsul del Uruguay en Minas. No es profesional, su marido la ha hecho desertar de los conciertos del Colón en Buenos Aires. Estamos sus amigos procurando que Bastos sea trasladado a Río. Él es hijo de un diplomático vuestro hace años. (linda gente ambos).

Un abrazo de su amiga más y más agradecida

Monrovia, Calif. Estados Unidos, 1 de octubre de 1946

Mi querida Palmilla:

Perdona que vuelva a escribirte a mano. La máquina que tengo es de otro teclado y no ando con ella todavía. Además estoy en cama. Ayer tomé humedad de vuelta del almuerzo en la Universidad de South California, dado a Jiménez Rueda (Jefe de la Misión Cultural Mexicana) y ha seguido lloviendo toda la noche.

Voy a la historia de la famosa secretaria a quien “no pagué sus haberes”, según la horrible mujer Gufianti. Cuando estuve en San Francisco (de vuelta de la ONU), nuestro cónsul en San Francisco, que es un hombre talentoso y escrupuloso, no quiso que yo viese a la española Dolores de Arroz, que telefoneaba constantemente por un aviso de Sec. que puse en un diario. Sus razones tenía; él la conocía bien, lo veo ahora. Yo me vine a Los Ángeles y en carta a él le dije que seguía sin nadie. Entonces no el Cónsul sino su familia, talvez me la mandó. La niña era tonta y sin cultura alguna, pero la dejé porque no había otra —triste— razón. Con ella me vine a esta casa vacía y aquí sirvió para hacer la comida. Escribió solo recados pequeños para las compras y una carta en inglés para Frances Mason, a la cual, por azar, le añadí el borrador en español recordando que lo entiende. Frances me contestó, de inmediato, diciéndome que, por favor, no hiciese escribir a mi Secretaria ninguna carta, porque ella no sabe inglés y yo quedo en ridículo. No tuve, por lo tanto, más trabajo de secretaria, porque ignora enteramente el español escrito y nunca pudo copiar

un original de un artículo mío. Ganaba un sueldo y algo tenía que hacer: sin que yo se lo pidiese siguió confeccionando una pobre comida para ella y para mí. La casa era una suciedad completa; yo no le exigía nada. Solo esperaba hallar cocinera y secretaria válida. Arribaron Adriana y su acompañante y llegaron sin hablar palabra de inglés, aunque aquel Sr. Seijo lo lea y lo escriba. Dolores quedó... para oír y responder el teléfono y hacer el mercado —esto con 120 dólares de sueldo, cuarto y comida—.

Yo no pensé nunca en que Adriana quedase indefinidamente sin sueldo, aun cuando mantener y alojar cuatro personas fuese un capital en este país. Creí que ella o Seijo aprendiesen la lengua antes que yo por ser jóvenes y pensaba despedir a la niña semi-analfabeta en cuanto eso viniese pasando su sueldo a ellos. (Tú sabes que con un sueldito de 125 dólares y suprimida mi subvención para gastos de oficina, yo no puedo darme el lujo de pagar dos secretarías). La niña creyó quedar en definitiva. Supe un día que ella estaba en comunicación frecuente con los españoles que se habían ido de aquí y le dije, con la franqueza rasa que me conoces (la cual me daña, pero que mantendré hasta que me muera), que me parecía eso una deslealtad, pues ella sabía por qué razones esa gente había tenido que irse. (Te las di en otra carta). Ella persistía en quedarse y para ello se alió a los recién llegados y a los idos, en una especie de “liga”. Por fin la despaché pidiéndole su cuenta de gastos pequeños y de unos días de salario. Tres cuentas sucesivas presentó subiendo desde 7 a 60 dólares. Hubo 2 feriados seguidos bancarios a comienzos de septiembre, y ella sabía, la mala muchacha, que se me habían agotado los cheques en la chequera. Cuando vino con la madre a cobrar ella subió a mi cuarto trayéndome la segunda cuenta por 50 y tantos dólares más un certificado de con-

ducta y de competencia que me negué a firmar. Porque no lo merecía y a estas alturas de mi experiencia con esta clase de gente sin cultura alguna y con poca honradez, yo sé la responsabilidad que significa el que un Cónsul más una escritora conocida, firme recomendaciones dañando a patronas inocentes que se fían en su firma y las toman a su servicio. La muchacha, a quien repetí que no tenía chequera y que iría al día siguiente a buscarla a Monrovia, dijo a la madre que yo no le daba certificado ni le pagaba. La buena española (pobre raza tan procaz) vomitó abajo injurias, no solo hacia mí, sino hacia los chilenos, aunque tiene un yerno Dueñas que es compatriota mío. Injurias horribles de las cuales yo oí los finales cuando ya la mujer salía. Pero, óyelo bien, la habían recibido abajo y fueron testigos de todo esto, dos americanas, una escritora y la mujer de un Account (contador fiscal), quienes me dijeron espontáneamente que serían mis testigos si esa mujer me hacía un escándalo. Tú sabes que en este país el insulto es pagado con multas que van de 500 a 5.000 dólares y hasta con prisión. Ahí están estas personas prontas para un caso dado. (Lo mismo que estarán prontas, ellas y las cuatro familias vecinas, para responder a la malvada Adriana en su acusación de que estoy loca). Una de esas personas, que viene a esta casa desde que estoy sola, día a día, es prima del General inglés Montgomery y madre de un mayor que hizo la guerra y hay además dos Párrocos de las Iglesias a donde voy, con quienes trato en francés, de cosas de beneficencia de la región y que conocen... mi estado mental y hay mi médico francés y uno más. Aquí cuesta mucho dinero mentir, Palmita, y más aún difamar a una persona que escribe cada día, dejando, como quien dice, su ficha mental, su “test” cotidiano, en sus escritos.

Mandé a Dolores Arroz un cheque por 50 dólares dirigido a mi Cónsul en San Francisco, previendo la maldad que haría, con el fin de que se recogiese allí un recibo oficial. Pero la tenebrosa Adriana Gufianti la ha retenido en Los Ángeles y, según veo por tu carta, la ha llevado a México, con el fin probable de tener un testigo a su favor y hacer el proceso allá o acá. (Por esto me doy la fatiga de detallarte este asunto.)

Días después me llegó citación de la Justicia para asistir, el 18 de Septiembre, a dar cuenta de “los haberes no pagados a la ex-secretaria”. Contesté brevemente lo ocurrido y añadí que no podía asistir por tener que asistir a los festejos de mi país. El cobro venía por 60 dólares. Añadí los diez... del aumento. El señor que firmaba la citación estuvo indignado al conocer el hecho, al saber que se trataba de un Cónsul y de un Premio Nobel, porque en este país una región cualquiera mira como una honra... y hasta como una publicidad turística, el hecho de que un P. N. viva en ella.

Es todo, Palma querida. Yo guardo copia de mi sobria carta a la Justicia.

Ahora este dato olvidado. Días antes de lo que conté, Dolores me preguntó si era verdad lo que le habían dicho Adriana y Seijo: que yo había tratado de “ladrón” a su cuñado, el chileno Dueñas. Le contesté textualmente: “Jamás he hablado de Dueñas. No lo conozco, ignoraba su propia existencia, no habría justificación alguna de un odio mío en su contra. Le digo, delante de Dios, que jamás lo he mencionado”. Esto solo te dice el punto al que llegan esos dos seres que tuve en mi casa. La conducta de la madre y de la hija españolas, solo se entiende por la cólera de perder un empleo.

Palma querida, tú sabes hasta qué punto yo no soy avara sino dispendiosa. La estampa odiosamente plural que hacen de mí esas criaturas, así esto como en lo de “mi locura”, no tiene superlativo. Pero ellos olvidan que en su país, México, y en estos mismos EE.UU. me conocen desde los personajes de Washington hasta los profesores más solventes de California. Y olvidan los dos ateos, que Dios existe y que el final de estas villanías ha de venir. Te ruego guardar mis cartas. Distráigo en ellas mucho tiempo sin tenerlo. Ellas te servirán un día, cuando yo me muera, para defender mi memoria de Adriana, de Seijos y de algunos de mis propios compatriotas. Palma, tú sabes que mis paisanos no me conocen, que me ignoran totalmente en cuanto a persona. Tú pondrás mis huesos en tierra extranjera y los lavarás de todo este fango. Pero piensen de mí lo que quieran mis paisanos, me cuesta creer lo que Adriana te ha dicho en su visita: que la Sra. del Cónsul Pradenas está dispuesta a ser testigo de ella en contra mía ante la Justicia americana. Le creo una maldad más de ese ser sin escrúpulos. Porque sé, de mi experiencia de 11 años consulares, que nosotros, los funcionarios del país en el extranjero, somos nombrados incluso para defender a los nacionales donde sea y no para cosas semejantes. Y una mujer de Chile —quien sea ella— no puede llegar a ese punto. (Léete mi artículo de Vogue sobre la mujer chilena).

Yo sé muy bien que en la nueva administración de mi país yo estaré en peligro. Cuando yo vea ya cuajado ese riesgo personal, jubilaré porque he servido treinta y tantos años legales, y 10 ó 12 me ocupé en la Sociedad de las Naciones en cosas de Chile sin sueldo alguno. Yo tomaré en EE.UU. una clase cualquiera y podré vivir: mi cabeza sirve todavía mal que le pese a la espantosa mujer que tu bondad sin experiencia de los bajos fondos de la época mandó a vivir a esta casa.

Seguiré en la próxima con el contenido de tu carta larga.

Recuerdos a Nicolau. El abrazo de

Gabriela

Guarda esta carta y me la devuelven porque la necesitare. Yo no puedo escribirte así tan largo en forma seguida. Tengo un mundo de cartas, Palmita. Ya sabes que vendrá a vivir conmigo una antillana.

1946

Mi querida Isolina,

Me conmovió ver su carita en el retrato de grupo que me mandó mi hermana.

Yo he tenido una crisis seria de diabetes —pero le escribo cuando ya he salido de ella—. Al decirle que he salido no quiero decirle que me he curado, porque parece que de ese mal nadie se cura, aunque él deje vivir largo tiempo. Los médicos de aquí son maravillosos. Me temo, Isolina, que llegue a los oídos de mi hermana el que he estado en el hospital. Le ruego que si ella tiene esa alarma, recibida de gente sin tino, usted le diga lo que yo le he puesto en mi última carta: que la crisis ya pasó y que me siento muy bien. Realmente, yo voy a dejar el hospital pasado mañana, con el favor de Dios.

Le escribo sobre todo para preguntarle si recibió una carta mía de hace tiempo, tal vez tres o cuatro meses. He tenido yo por compañía gente de tal especie que no ponían las cartas aéreas por guardarse los centavos. Solo ahora ha llegado a acompañarme Consuelo Saleva, que vivió conmigo cinco años y que tiene seriedad. En mi carta, que era para usted y don Pedro, yo le decía rotundamente que me parece un escándalo el que, en un valle tan pobre como un aduar árabe, se pensara pagar con 250.000 pesos un monumento mío hecho por Laura Rodig, que avalúa su trabajo de esta manera inefable.

Después de esta carta, he visto un dibujo de ella, en que mi cara parece tan parecida a mí como a usted... Prefiero no calificar la acción de ella respecto a la tierra elquina y su gente.

Acabo de recibir carta, según la cual no habría monumento sino una casa para niños americanos. No entiendo, pues, cuál es la verdad.

Yo sé que el valle adentro, que es en verdad mi pueblo, porque en Vicuña nací de casualidad, vive una miseria incalificable, igual a la de todo el Chile montañés que está lejos de las ciudades gastadoras y cursis. Si ustedes insisten en lo del monumento, yo tendría que hacer pública esta protesta mía que me es dictada por la sensatez y además por el corazón. Aunque la haga reír, quiero decirle que el valle adentro tiene unos 500 o más cerros sin nombre. El de "El Fraile" (Montegrande) era tan mío como mi mamá. Busquen otro sin nombre, que esté en esa aldea, y bautícenlo conmigo. El único amor que me va quedando en la vida es el de la naturaleza, y hasta un punto tal que no sabría yo decírselo.

Me quedé contenta de que a usted le gustara el Arrorró elquino, cuyo fondo es todo verídico, porque a mi hermana ni a mí nos ha gustado otra cosa que el amor en la soledad y no las fiestas.

Voy a enviar en poco más muchos libros para la biblioteca, pues no me caben en ninguna casa. Dejaré conmigo los indispensables.

Mándeme una foto de su chiquitito.

Estoy procurando que quede asegurada para el futuro la Pascua de los niños de Montegrande y La Unión. En esta aldea me hicieron y en la otra me crié. Esta es la realidad. Y a Vicuña apenas la conozco. Algo que usted ignora es que después de la hazaña de doña Adelaida, un grupo de muchachas de su escuela me apedreó en la plaza, lo mismo que en un cuento ruso. ¿Qué gracia me va a hacer aquel muñeco de Laura Rodig!

Me importa mucho que usted me dé esta información: ¿es verdad que a mi hermana no pueden aplicarle insulina a causa del corazón? Porque esta medicina me ha resultado a mí un verdadero milagro. Yo creo posible, mi amiga querida, que ella es capaz de no ponérsela por ahorrar el dinero para “las niñas”.

Un abrazo de su elquina que la piensa siempre,

Gabriela

2 de enero de 1947

Recordado amigo,

tanto tiempo sin darle señales de vida, en este mundo que solo da señales de muerte. Pero usted ya lo sabe, el Gran Primario y el Gran Primate, nos han hundido en un infierno colectivo total, y los que hemos sobrevivido en las afueras del holocausto, hemos estado muriendo día a día, de vergüenza, de pena, de lucidez. Los años de Portugal fueron para mí una mixtura de Calvario y Arcadia. Me dicen que la Virgen les prometió a los pastorcitos de Fátima, salvaguardar intacto el Portugal, velando Ella para que la matanza no entrase en esas dulces tierras, tan vecinas, tanto, a las ácidas de la España acérrima. Dormir en Lisboa, sabiendo que la frontera era solo una rayita azul o roja... en un mapa de mentirijilla, requería, amigo mío, un cansancio físico de derrumbarse, como el de los buenos peones de riego.

Cuando hube de salirme de esa vida lisboeta llena de agradados, acepté la legación en Niteroi —una vieja oferta— y me fui a un país que apenas había aguaitado de paso, yendo hacia Chile. Usted sabe mi duelo. Y sé yo que esa desgracia echa a perder las maravillas del país, estropea toda la memoria feliz. Hablemos de plantas. Al fin y al cabo, toda suntuosidad botánica nos recuerda el Paraíso mal aprovechado...

Seis años quedé en la sierra brasileña llamada de Los Órganos, viviendo dentro de unas y más colinas que son matto, o sea bosque. Cuesta creer en una conversación tan lar-

ga y sin tedio con los árboles. Pero esa es la verdad. Puedo decirle, amigo mío, que me voy de allí sabiéndome más las tribus vegetales que los habitantes y, además de eso, aficionada a la Botánica, hija de Linneo.

Es que 16 años de Europa me dieron cierta aridez y casi secaron en mí la frescura de los sentidos que sostienen toda alegría.

Me tocó en la juventud el mal trance de una mala época: el romanticismo recogía su hojazón pirotécnica y reblandecida, en tanto que de él nacía el modernismo, que no era mucho mejor... aunque trajese bienes de adquisición y de eliminación.

Tal vez los de mi generación tuvimos la mala fortuna de salir de la mentira romántica, para pasar a la cara pintada de la nueva escuela.

Tardé bastante en descubrir, sola y sin brazo de llevarme, a los clásicos. Antes de entrar en ellos en pleno, tuve la Biblia, en cuanto a la lectura “que hace las entrañas” y el llegar a ella en tiempo de católicos anti-bíblicos, me vino de una abuela maravillosa a quien oí los Salmos en un reguero inacabable. No lo entendía de su boca y a la vez me fascinaban. Debo al libro plural el gusto del vocablo común y viviente, vulgar y cabal por su desnudez. Espero acabarme cogida a este verbo como a una hierba brava. Creo que no me costó ni grande ni pequeño esfuerzo asimilarme a esta lectura tan jadeada para los jóvenes de hoy. La naturaleza del Valle donde me había criado era naturalmente enfática y el énfasis interno del Antiguo Testamento no tuvo conmigo ningún choque ni lo tiene hasta hoy. En cuanto al Nuevo, éste me costaría más, tal vez por ser de un sublime

manso y divinamente abajado hasta la talla y la boca de los hombres.

Mi mejor tiempo de lectura, que corre entre los 17 y los 25 años, añadió a mi libro formativo otros más, tan porfiadamente releídos como la Biblia: el Dante fue uno de ellos. Tiene su comedia la misma poderosa atracción que la montaña de imán del cuento árabe-egipcio. El Dante, que es Virgilio renacido y remachado, tiene mediterraneidad en lindo lingote de endecasílabos. Cuando no soy una campesite de Elqui, yo soy de la Campania o de Sicilia; es decir, compatriota allegada a esos dos grandes bucólicos... Sonría usted, amigo consentidor, ante mi modesta vecindad.

Vino sobre mi generación un aluvión de literatura rusa. En buena hora, porque de verdad es que estábamos sumidos en los suburbios nada deseables de lo español y de lo francés, que eran pura mediocridad y bazar argelino.

Los rusos sombríos y los luminosos se me adhirieron tan fácilmente como si fuesen cosa de mi solar, estando tan lejos. Yo comí de los amargos que daban gusto a mi pesimismo natural, desde Dostoievski a Gorki, pasando por el conturbado Andreieff. Pero comía otro tanto de mi Tolstoi, evangelizador en botas y con una herramienta falsa de zapatero en la mano. Unos y otros me daban esas embriagueces de dolor y de mística de que gustábamos tanto por entonces. Creo que de dos industrias, la que atormenta para purgar y la que enseña para purificar, quedan pozos en mí y no quiero que se me sequen.

A causa de que no tuve universidad, mis clásicos españoles vinieron después (como para Neruda) y no al filo de la estación de siembra. Pero de haber tenido universidad, tal

vez aquel senado de las letras raciales no me hubiese ayudado gran cosa, como se les enseña harto mal, cumpliendo con ellos en una mera cortesía.

Ellos me llegaron por la mano de los místicos, desde mi fray Luis de León hasta mi San Juan de la Cruz, hasta el pobre Molinos, haciendo una posada larga en santa Teresa. El núcleo fue este y solo de este lar de fuego vivo fui tomando contacto con Calderón y Lope y la tremenda picaresca, hasta llegar a la intemperie ancha, salubre y definitiva del Romancero y de la poesía popular, que es realmente la enjundia del genio español y de la cual parece que se nutrirá siempre.

Usted sabe que Chile ha sido el menos afrancesado de nuestros pueblos iberos. Compárelo con México. Sin embargo yo tengo de Francia sobre mí algunas marcas que corresponden a las de los pescadores mordidos por los grandes señores del abismo: unos puntos de fuego de mi Pascal, él convivió con Montaigne y el ruralismo cristiano de Peguy, y respecto de la poesía provenzal, añadiendo a la italiana medieval, me sé su deudora indirecta, pero muy fiel.

Es natural que, por ley de jerarquía, yo haya nombrado a los grandes ancestros o abuelos, antes de mencionar a mis parientes próximos. Comencé, seguí y continué leyendo a mi gente criollo-americana. Aunque suelen llamarme con el apodo de cosmopolita, que es para promoción, pero no legítima, yo he vivido mis años de extranjería llevando a los míos sobre mí como una manta o forro protector. Sé muy bien que el viento de otros climas no daña solo la piel, sino los pulmones vitales. Sé más aún, que el abandono de lo propio desangra, enfría y nos hace acabar en esqueletos pulcros y ligeros, pero en “carcasse”...

Me he defendido con todas las maneras y las mañas de guardar por cuanto él representa la infancia y que la infancia con su dedo meñique gobierna las tres edades.

He corrido el peligro, y lo confieso, de dejar caer de mí ese sabor de la leche materna que algún teólogo manda conservar en la lengua, lo mismo que el becerro antes de los pastos... Es muy verdad que mi patriotismo, a fuerza de mujeril y detallista, es más bien una especie de regionalismo absurdo. Pretendo que sea un licor mucho más fuerte, el amor del terrón, que el de la masa.

Con los años de vagabundeo, cargando como le digo, con estos ponchos o choapinos, de lo criollo, yo he ido aligerando sus urdimbres, hasta quedarme vestida como... el buen Inca, con lo más selecto de sus vicuñas y con el arcoiris de sus tejedoras. Quiero decirle que ando en criolla y que ando en europea, ahora, y con una soltura real, no postiza, menos jactanciosa —sin “show”, a lo... Dalí. Y leve como Dios me deja andar, voy caminando mi postrimetría, con el bulto inclinado hacia la huesa, con los odiosos pico-teando como gaviotas contra mi nuca.

Usted entiende, hombre trabajado por los dolores, el que yo me le descargue con esta cartaza que arrolla de arrastre, por pura soledad y urgencia de rebalsarse el empellón de... ni sé de qué, amigo mío, pero se lo lanzo, tal cual, fiada en su generosidad de amigo genuino. Dios le tenga de su mano.

Muy suya,

Gabriela

¿Abril? 1947

Cara Isolina

Cara Isolina buena: Van estas pocas palabras para agradecer esa noble carta suya que trajo la tremenda noticia y agradecerle más aún las muchas, las innumerables atenciones, primores y regalías que usted dio a mi hermana querida. Ella las merecía; pero el mundo de hoy ralea de servidores, de amigos y de sacrificados al dolor ajeno. Y usted es todo eso, Isolina.

Hay una palabra en inglés, “realizar” que es la válida para decirle esto: —Yo no realizo todavía la muerte de ella. Es decir, no se me hace conciencia plena, hecho, vivencia. De otra parte, mi sentido de la muerte es muy otro del normal en nuestra gente. Cuando yo la sepa muerta, la sentiré liberada, absolutamente espíritu y bienaventurada. A mí me ha costado mucho vencer dentro de mí la imagen mórbida de eso y cuanto ella contiene. Creo que la he vencido no hace más de un año. Después de dos años de sangramiento interior por Juan Miguel, a quien “me suicidaron” en Brasil. (Otra vez iré esto en extenso). Ahora yo rezo a Emelina y Yin (J. M.) juntamente, a ambos los invoco y creo que ambos llegan. Y aunque no la vivo como muerta, les pido rezar conmigo, según reza él desde hace mucho. Yo he perdido el apego natural a la vida y creo que más sirvo para la otra que para esta. Ella como Yin me ayudará a la faena que me quedé aquí abajo. Mi vida de 1946 y la de 1947 y 45 en Brasil no ha sido cosa llevadera, mi Isolina. Y en este país existo ayudada de Coni y de otros americanos que me

quieren, solo de ellos. El hombre Pradenas, hoy héroe y personaje allá, en mi pobre país ciego, fue para mí todo lo malo que puede ser un jefe. Por otra parte, no hay razón para que aquellos que no creen en una migaja de la vida sobrenatural tengan ética (a menos de tratarse de gente de cultura superior).

Rece usted por ella, alma querida, a pesar de lo bien aviada que ella se fue, de caridad paulina, como le decía, y de una penitencia infinita, llevada en el cuerpo y el alma.

Escríbame, acompáñeme. Yo creo mudar de casa en un mes más, no antes. (Por una clínica de Sta. Bárbara). Muy suya,

Gabriela

Santa Bárbara, 7 de julio de 1947

Madres carmelitanas, alumnas y enfermas:

Yo no voy a visitarles hoy porque tengo dos viajes seguidos y la fuerza da para poco. Pero quiero hacer presencia en este día de graduación, que se realiza allí, en ese ángulo de Duarte y Monrovia donde he vivido, al cual alcancé a cobrar apego y abandoné con pena.

Es esta la primera vez en que encuentro la asociación tan novedosa para un sudamericano, de un hospital doblado por un liceo, o sea de una casa de humanidad doliente donde se cultivan las “Humanidades” dichosas. Nunca supe antes de graduaciones en sanatorios; pocas veces vi la conjunción de hospital y granja que allí han logrado, y en rara ocasión me hallé a la monja enfermera desdoblada en pedagoga. Son estas novedades fértiles que me parecen una ancha siembra de ejemplo. Siembra es, en todas direcciones, y especialmente hacia el Sur, punto cardinal a donde miran fijos nuestros ojos.

El caso de vuestra institución se me vuelve más sorprendente aún al constatar que es la propia Orden Carmelitana, o sea la más dada a la contemplación, quien abre ese ventanal para intervenir de la vida de todos.

Con humildad y civilidad perfecta, vuestro “monjío” vive la ley del Condado de Los Ángeles y le acepta la supervigilancia escolar —ella adopta métodos escolares extranjeros y deja indemne su credo, sin abajar la llama mística de la

cual la Orden Carmelitana es celadora acérrima. Hay más todavía: ellas obtienen allí la reconciliación de dos razas: creando la Casa americano-mexicana, que todavía no se logra en la ciudad de los tres millones; y todo esto se alcanza sin choques ni baraúnda, con la blandura de los acuerdos cabales.

La sorpresa se me trepa a orgullo al saber que cuanto allí se realiza: plantío, escuela primaria, secundaria, economía doméstica y cursos de artes, sale de un mujerío mexicano emigrado de Guadalajara.

Rara convivencia.

Mantiene el Sanatorio casi doscientas enfermas que no parecen tales: se distraen con labores artísticas, trabajan sobre las materias del bachillerato, que es un racimo complejo y pesado; las buenamente ambiciosas se adentran en las mieles del humanismo; todas tienen la radio para oír el mundo al que volverán tarde o temprano; aprenden su propio régimen alimenticio, y las que rebosan de buena voluntad, ayudan en los menesteres de obra tan dura como un hospital. Aquellas realmente postradas, se alegran con ver una actividad gozosa a su alrededor y, como cada semana miran salir a las rivalidades, ellas esperan con una esperanza que no es nada loca.

Cuerpo criollo.

La dolencia del pulmón, como tantas otras, abunda en nuestra gente, a causa de la pobreza o de la desidia, y no por una mala constitución racial. Ella se vuelve lenta de curar en

razón de nuestro abandono; nosotros, los del Sur, somos botarates de la salud, una especie de niños locos, que se creen arracionados de una vitalidad sempiterna... Pero el cuerpo criollo resulta en los sanatorios un ente muy leal y responde pronto a la ciencia, al tratamiento, al cuidado, y aquella Casa rinde testimonio de ello por la carne recobrada que salió “de alta” y ya va fresca y lozana por las calles. Como el pájaro ligeramente alcanzado del plomo, nosotros nos rehabilitamos a corto plazo, si el clima al que nos llevan se asemeja al nuestro, y éste es el caso de California y México, y más aún el de California y Chile, regiones que se parecen como las mitades del mismo fruto... Y es que el cuerpo reconoce su buen sol, ni laxo ni arrebatado, sol “en sazón”, al igual de las manzanas del valle de San Fernando.

Yo pretendo tener algún atisbo de los rostros (los viejos profesores aprendemos el semblante y sus mudanzas), por lo cual sé que las más de ustedes están al borde de cura y liberación y puedo escribirles, sin optimismo fraudulento, un “Recado” que va resultándome alegre según lo deseo.

La enfermedad.

La dolencia en general es una especie de región que se va aprendiendo, de país al cual se va entrando sin sentirlo, en un sordo deslizamiento. Ella es una segunda patria, país duro por no sabido, pero cuyos caminos nuestros pies acaban por cavar, según pasa con los otros. Hasta ella, la enfermedad, una vez rumiada en el hábito, se vuelve llevadera, convivible. Yo camino con un par de males, como quien marchase entre dos muros ceñidos que solo me dejan libres y sin prohibición el cielo y el aire: me basta con esto que Dios me da, me basta.

Ciencia americana.

Ustedes reciben de los Estados Unidos, en esta época creadora de la post-guerra, un gran capital de esperanza. Si leen revistas científicas, saben que, mes a mes, los médicos americanos obtienen un logro pequeño o mayor; eso es, por ejemplo, la medicina llamada “ácido fólico”, que, a estas horas está curando a millares de anémicos; o es un método hallado para “capear” la presión arterial, o es el descenso vertical de las muertes por la tuberculosis.

Todos los campeonatos a los que se lanza este curioso pueblo de averiguadores de las materias y de artesanos empeñados de la salud pública, me admiran, me maravillan. No hay tal vez en el mundo un equipo tan subido de vencedores de las taras humanas; son ellos ahora los soldados de la paz y como tales, viven rehabilitando día a día el montón de carne estropeada que dejó detrás una guerra indecible.

En cuanto a ustedes, mientras viven allí la lucha con la enfermedad, a lo largo del día y de la noche, ellos buscan hincados sobre vuestro problema y hostigan vuestro mal en un millar de laboratorios sin distracción ni descanso. La ciencia americana, a los 150 años de haber comenzado, va cobrando una categoría de épica, de la mejor épica posible, que sería aquella que no huele a sangre, ni a codicia, y no deja cenizas detrás sino la vida restaurada y los fogones reencendidos. El asedio actual de los médicos contra el cáncer, la tuberculosis y la parálisis, acapara aquí dineros incontables y consume vidas enteras de sabios que no se dan por vencidos con los fracasos parciales. Aquel investigador que no encontró lo que rastreaba en los materiales terrestres, pasa sus atisbos al camarada de especialidad, y este

al otro, en un cable que no se corta porque rematará solo el día en que la plaga sea acorralada como la mala bestia.

Tal espectáculo significa para ustedes, lo repito, todo un campo de esperanza que refresca ojos y alma; él parece un desagravio que no hace a la humanidad caída en el desaliento. En vuestro caso, es como si, mientras duermen ustedes, alguien trabajase sobre vuestro costado, inyectándoles sin ruido una sangre mejor y procurándoles una respiración más ancha y es como si, de este modo, se fuese rehaciendo en cada una de ustedes la hacienda mayor, el bien-raíz por excelencia, que llamo Vida.

La fe.

Ustedes guardan la fe en lo divino y la fe en lo humano, esta a causa de aquella; ustedes sienten la confianza en el médico asistido de técnica y además, de cierta inspiración, y por esta fe talvez corren tácitamente ciertas palabras leídas en el Evangelio, allí mismo en su propia Capilla: “Mi padre trabaja todavía”. Y así es seguramente: el Padre de las criaturas sigue asistiendo a su creación, a la carne que Él hizo, y la asiste por vías vulgares como la mano del curador. Con lo cual toda creación sigue siendo regada por Él, como es la fuente nocturna que cantó de manera maravillosa San Juan de la Cruz.

La inspiración o intuición científica resulta tan misteriosa como la artística; pero créase o no en ella y llámesele con el nombre que se quiera, el hecho visible es que el río de invenciones que estamos viendo parece continuar la dádiva inicial del Padre, el don de la vida, más dorado que el Jardín de las Hespérides.

La fe caliente esa Casa, de basamento a muros y a techumbres. Cada sala del Sanatorio tiene una alta temperatura que se siente al entrar, y que no es solo la tensión del sufrimiento, sino la fe puesta en la cura, la fe ardiendo.

Muchas de las que yo vi en mi visita anterior, ya han pasado el río oscuro y descansan ya sobre la ribera soleada, después de haber dado el salto de la esperanza a la curación.

La Monja-Enfermera.

Admiro a vuestras monjas-enfermeras una por una, y las amo, además, porque alguna de mi sangre (Sor Carmen, enfermera en el Hospital “San José” de Santiago), cuidó, veló y curó enfermos por cuarenta años, lo mismo que ellas, “fémina” valerosa, Zoila Godoy, sin énfasis para servir y sin protesta para soportar, la cotidianidad suya de casi medio siglo entre la miseria corporal, la tumbó al fin, con los nervios rotos como a las grandes sensibles que sufren callando, y sin darse el alivio del llanto.

Algunas veces velé yo con vicentinas o juanistas (de San Juan de Dios) a chilenos tronchados por el mismo mal vuestro en varias partes del mundo. Vi de cerca a la religiosa cuya existencia parece volteada de revés, porque su noche es día; y entendí lo que será eso vivido en la forma de oficio largo, de faena “sin mañana”.

Así me aprendí de una vez por todas el bultito blanqui-negro o azulado, o pardo, y el brazo cargado que lleva y trae vendas y frascos; y a esos pies sin pisadas como los de los pájaros que van y vienen por corredores, patios y salas durante la noche entera (que es tan larga en los hospitales)

y creando el silencio para el sueño ajeno, casi haciendo el sueño, con sus plantillas de trapo y sus tocas de aire. Y yo seguía las mil paciencias de ellas con el que lucha todavía o con el que se acaba delirando a voces.

Me complace el lindo amor de la pulcritud en la monja-enfermera que regentea una sala dentro de un cuidado parecido al del jardinero de planta amagado, cuando limpia y limpia para que el espacio poblado de rostros con pesadumbre pase de triste a alegre y de duro a ligero. Entonces aprendí lo que no quieren ver algunos: quienes manejan el decoro de los ornamentos y los cálices bien que pueden con el aseo del instrumental médico y con la asepsia de mesas y toallas y minucias de acero y lienzo. Todos estos primores, pequeños y sin cuento, yo los palpé en los cuatro puntos cardinales y no hablo de oídas.

Por esta vieja gratitud fui a ver vuestro Sanatorio, y volveré más tarde, cuando yo también, con la misma lentitud de ustedes, me vaya rehaciendo (vieja herramienta tendida sobre mesa de enmienda y fiada a manos buenas).

Alumnado de Sanatorio.

Estudiar allí mismo, en un Sanatorio, mientras la dolencia está mordiendo como una alimaña pegada a la carne, y estudiar bien, como las que se sientan íntegras y frescas en las aulas normales; ser enfermas y colegialas dentro de un mismo ángulo circunstancial; aprovechar el plazo moroso de la cura en el aprendizaje de profesión, son cosas que levantan en mi ánimo una admiración muy grande, hasta el punto de que ustedes me parezcan el milagro de unas voluntades “a lo divino”. Porque estudiar cuando el cuerpo

dice un ¡no! rotundo y contestar al propio cuerpo un terco ¡sí!, se me ocurre que sea la porfía más extraordinaria que me conozca. Y como se trata allí de gente mía, casi de parientes, alabo lo que veo complacida y hasta un sí-es-no-es orgullosa de ustedes, alumnas de Sanatorio, mujerío corajudo que no se dobla.

Mucho ha endulzado vuestro año de hospital esa granja generosa de veinte acres, lograda por las carmelitas que limosnean y por las que gobiernan los cultivos. Albergar bien ya es bastante, pero ellas, además, han querido para sus enfermas vistas suaves y verdes, la alegría perenne del naranjal, el terciopelo raso de las hortalizas y hasta el regodeo de los jardines que corren al costado de cada uno de los pabellones. Todo eso es un rebose del servicio y de la misericordia; es la ternura criolla, el dar doblado, el mimar al que se recibe. Esta ancha caricia de verdor palmoteado de colores, bastante alegría que os ha dado a todas.

Reciban sus diplomas sabiendo que han redondeado toda una hazaña en el año escolar que acaba; tengan conciencia de que se han sobrepasado a sí mismas y que ganaron el amor de cuantos asistieron a semejante prueba: religiosas, médicos, maestros y visitantes.

Gabriela Mistral  
Santa Barbara, California.

Noviembre de 1947

Cara Isolina buena,

Yo he andado de pata loca en Los Angeles por una “semana sueca” con motivo de la visita de un personaje. Los suecos me consideran como a los otros Premios Nobel de su colonia...

Querida, qué pena saberla sin él. Yo no tuve padre a mi lado, pero he visto las paternidades perfectas y entiendo lo que será ese descuajo.

Creo que él sería hombre de mi generación. ¿Cuántos años? Vive poco nuestra gente, querida: los médicos son mediocres. Pero cinco o siete años más o menos, son cosa sin importancia. Todos nos vamos y el encuentro más largo no es aquí. Lo único que importa es no olvidarlos y usted regará día a día esa preciosa memoria. Porque usted, Isolina, está entre las almas fieles, lo cual es un tesoro para vivos y muertos.

Yo voy volviéndome algo parecido a los japoneses. Su culto de los idos es maravilloso. Es crearse una vida con ellos, pero con ellos como si estuviesen en una presencia constante y familiar, sin nada de espantoso (ni) de tremendo. Es aquello un trato inefable y real. Yo lo tengo con Yin, con mi madre, con Emelina. Busque esto usted. Es bastante difícil para un católico de tipo español. Nos han envenenado la imagen de los idos; han hecho de eso el espanto puro. Es preciso luchar contra 2.000 años de superstición y de venenos mentales. Acompañelo usted sin tortura: lea para

él trozos bíblicos —búsquelos en David, en sus Salmos—. No procure traerlo a su lado; procure ir hacia él en el sueño. Deseo con fervor, pero sin angustia —ir hacia él—. Y rece con él allí oraciones suaves y de fe rotunda. ¡Nunca nos enseñaron a rezar, querida mía! —Le escribo al atardecer: es la hora en que los tengo de manera más evidente—. Más tarde yo le mandaré algunas de mis oraciones. Recuérdemelo.

Isolina, he olvidado agradecerle ¡y tanto! ese retrato de mi madre.

Querría yo tenerlo en tamaño triple. Si quiere, se lo envío para la amplificación. Porque yo veo poco, querida, y pongo en el muro caras o lo que sea, grande, a fin de verlo(s) desde mi sillón. Y estar, durar, con ellos. Deseo yo pagar ese trabajo del pintor bondadoso que me la ha hecho, de pago modesto, pero que le sirva de algo. Dígame usted cuánto debo mandar. No lo olvide.

Mi corazón ha aliviado bastante con la vitamina menos popular que existe: la E, que es de trigo. Parece que más que dañado, mi corazón tiene una gran flaqueza. Tomo de cuatro a seis por día. Pero, además, me hacen tomar la Certofotis, que son todas las vitaminas, en dosis... triple. Una al día. —El invierno siempre es malo para mí, querida, porque me encierra. Y yo fui hecha para vivir al aire libre. La diabetes se refrena, es decir, está controlada. Nadie se cura de esta dolencia.

Escríbame, querida. (Ya mandé por la “Grace Line”, los vestidos de las niñas de Montegrande). Irá el dinero para comprar allá los zapatos de los niños o de ellas mismas. Nunca les olvido.

Su Gabriela

¿1947?

Cara Consuelo Berges:

Créalo usted, he recibido vuestro folleto sobre mí hace quince días. Parece cuento, pero es verdad.

De varios puntos me llegaron unos “recaditos” sobre mi popularidad entre los franquistas y sobre un “homenaje” que yo ignoraba...

Y es que, de un lado, yo soy vagabunda y en cada cambio de domicilio pierdo una porción de mi correo. Además, cara Consuelo, hace dos años yo no registro mi correspondencia entera y los impresos suelen quedar amontonados. Pero vuestro folleto no ha venido sino ahora.

Me irrita no poco el que la política —por muy noble que sea— divida a familias y a amigos. Tengo un hábito que peca de ser todo lo necio que se quiera: no puedo arrojar por la borda de mi pobre y viejo barco a ciertas criaturas —y hasta a ninguna criatura— por razones de urna electoral. Me duele, sí, me duele mucho tener a mis amigos españoles repartidos entre dos orillas; pero negarme a ellos, y barrerlos, y darlos por “almas perdidas” son cosas con las que no puedo. Y aquí no hay virtud alguna: hay solo eso que llaman con desdén los filósofos “la mera naturaleza”.

He leído dos veces su generosa contribución a ese folleto. Por recobrarla y por recobrar algo de mi vida de España, yo sé que olvidar es ceder a la muerte y hacerle entrega

de la substancia más noble que llevamos en el hatillo del cuerpo y que se llama *memoria*.

Nuestra noblota Carmen Conde trajo entre mis amigos de allá —pocos pero lindos amigos— ese montón de adhesiones dedicadas a una republicana que fue echada de España por la República. Ella es una curiosa alma a la vez tierna y tenaz. Me sorprende su recuerdo, el de ella y el de usted.

En el mundo demoníaco y líquido que vivimos todo se borra o se deja atrás. Creo que a lo menos habría que defender de esta batahola infernal eso que se llama la amistad.

Mi vista ha bajado mucho a causa de una diabetes vertical, Consuelo; sostengo mi relación con recadillos que van en las revistas urgidas pero fieles. No volvamos a soltarnos, Consuelo.

Mil gracias por ese largo y lento recuerdo. Se la siente y se la ve, y éste poner en pie el recuerdo, que es cosa tumbada a medias, siempre me pareció maravilla. Hasta guardo muy bien y callado mis deficiencias o fallas. Todo eso salta de la mejor tradición española.

A ver si volvemos a vernos antes de que yo, mujer vieja, me vaya. Fío estas palabras de Carmen y dejo para otro día mi carta para ella, por hacerla larga y por la miseria de la vista. Si no hallo el domicilio de ella irá a Amira de la Rosa, amiga muy querida.

Vuestra, Gabriela

## A CIRO ALEGRÍA

29 de Febrero de 1948

Caros Ligia y Ciro:

Yo me he callado mucho tiempo. De un lado hay el que cada semana tengo 3 ó 4 días malos. De otro, que el Ministerio —ahora con jefe técnico— pide un montón de cosas. De otro, que estoy leyendo todos los Mercurios, a raciones, porque la vista se cansa mucho. Y leo por entender lo que pasa allá adentro —que es mucho y no todo es claro—.

Yo debía haber ido a las fiestas de Gallegos. No hubo fuerzas. He prometido ir a comienzos de mayo. Pero es probable que para entonces no haya... turismo, sino guerra.

Quería irme al norte de México para saber si de veras eso es tibio en invierno. Porque es el frío el que me maltrata más. No hemos podido ir a causa de que Marta Salotti está aquí hace dos meses y en comisión de estudiar Literatura Infantil, por cuatro meses.

Ciro, no me crea perezosa para las diligencias. Pasó aquí su Pascua (Noel) Torres Rioseco; yo aproveché la velada para hablarle de usted mucho. Le digo, confidencialmente, que no logré de él nada preciso, concreto. Mucha admiración y promesa ninguna. El caso no ocurre solo con usted. Hice cuanto es dable antes por convencerlo de traer a Alfonso Reyes a Berkeley. Estaba muy malito entonces y escaso de dineros. El hombre Rioseco dice apreciarme mucho, pero nunca ha hecho nada por mí. Cuando yo estuve (un mes) en San Francisco no me presentó a nadie de su Univer-

sidad. Aquel Doctorado H. C. que me dieron partió de la rama de Berkeley en Los Ángeles.

Yo no veo en esto, queridos, ningún odio ni malevolencia personales hacia Alfonso y usted. Veo una gran desconfianza que él tiene de los sudamericanos. Porque mi país ha sido para él duro, seco, egoísta y de una indiferencia rasa. Está herido, y sin fe. Yo creo que él no tiene confianza ni a mí misma.

Cosa muy diversa Ramelli. Ella fue derechamente al jefe de su college —aquel señor del almuerzo— y le pidió clases para Ligia, en nombre de ella y en el mío. La respuesta tardó, por la clausura de los cursos. Esta carta también por lo mismo. Las nuevas cátedras dependen de las nuevas matrículas. Había una vacante que se iba a llenar y que Ida y yo codiciábamos y creíamos tener segura. Pero resulta que hubo cien y tantas inscripciones menos en el Departamento de Lenguas Romances. Dice Ida que se va un Profesor de Francés y que necesita saber si Ligia podría enseñar esta lengua.

Esto es todo, Ciro: Ida, tanto como yo, no hemos estado dormidas, sino muy vivas.

Yo pido a Ciro decirme si realmente le interesa (a él o a usted) San Francisco.

Porque yo escribiría al jefe del Departamento —que no es Rioseco. En caso afirmativo, Ligia, mándeme usted una carta escrita, muy efusiva en el juicio y con los datos suyos o de él incluidos. Yo la firmaré y enviaré enseguida.

Coni me dice que ustedes no parecen interesados en San Francisco, sino en Santa Bárbara. Necesito saber esto.

Nunca he tenido yo mi vida más indecisa, queridos míos. Estuve a punto de hacer un corte definitivo con mi Gobierno (guarden esto también para ustedes). Me duele, más aún, me encoleriza seguir dependiendo de aquel señor, quien manda de nuevo a Los Ángeles al Cónsul-minero y semianalfabeto (cinco veces Ministro) que se llama Pradenas. Quise renunciar y di aviso de ello a mi Cónsul General Grey (de N. York) y dije lo mismo en oficio al Ministro de Relaciones Exteriores, que es amigo mío, me mandó una carta casi mimosa (pero privada...) y obtuvo —parece que con trabajo—.

En EE.UU. se hurga mucho para cualquier empleo el color de la gente. Solo ahora, después de lo de Checoslovaquia, entiendo y justifico esto. Parece que la manotada del Pantagruel Stalin va a seguir. EE.UU. tiene que amarrarse los pantalones.

Queda el que usted considere lo siguiente: si Ciro no tiene motivos en contra, yo creo poder obtener de Haya algo para él, en EE.UU. Creo, puedo errar. He encargado que me avisen si él viene a Los Ángeles. Si ustedes saben en dónde él está, yo le pondría un telegrama para saber si viene.

Olvidaba esto otro: a media hora o 40 minutos de aquí van a instalar un grande internado para... 5,000 alumnos de Berkeley. El local es militar, era militar. Es una ocasión a esperar. Están en plena actividad. Yo les diré lo que venga.

Los sueldos de los colegios religiosos o privados de Santa Bárbara son míseros.

Yo les quiero, mucho, como si les quisiese desde siempre.  
Y les tengo muy vivos en el recuerdo.

Fue telegrama. Yo me he retardado por darles algún dato firme. No lo hay aún.

El abrazo fraterno de Gabr. para los dos. Y el de Coni.

P. D. Mis bonos con Chile son tan bajos que aún no me pagan los sueldos de 2 meses...

29 febr. — Perdonen el pulso: regué plantas y la mano quedó así...

Gabr.

A INÉS MARÍA DE MUÑOZ MARÍN  
Y JAIME MUÑOZ

Anexo al Oficio consular 25/16

30 de abril de 1948

Muy queridos Inés María y Jaime:

Perdónenme ustedes el que les escriba a los dos, así, en comandita, porque tiempo ni fuerzas tengo para hacerlo por separado y esta carta va a salirme larga. Además, yo los junto en mi memoria, porque casi, a la vez, me hicieron esa linda señal de irme con ustedes, por tiempo largo, cosa que me ha conmovido más de lo que ustedes saben. Perdonen la mala escritura; hace mucho que he dejado la máquina.

Yo estaba pronta a hacer el viaje y tan decidida que había arrendado esta casa grande en que vivimos. Mi respuesta favorable para ir a Venezuela era una consecuencia del viaje a Puerto Rico, mejor dicho, dependía de esto mismo.

Yo sabía de Puerto Rico que tenían ustedes allí un reventón comunista, pero débil, e ignoraba casi enteramente que el nacionalismo había parado en fascismo. Digo "casi" porque alguna vez oí de esto y no lo creí. Bueno, amigos míos, yo les confieso que el asunto es para mí punto o puntada de fuego. No puedo extenderme en detalles. He visto a amigos liberales abandonar por entero la idea republicana y echarse en uno u otro de esos pozos de nafta ardiendo; los he abandonado sin vacilación, y a algunos con un dolor profundo, porque hay en mí un tipo de amistad

vehemente y perder a los míos siempre es un desgarrón con sangre. Dicho todo lo anterior, que ya es bastante, les añado que la novedad de los últimos dos o tres años que me ha caído a los ojos es la conjunción monstruosa de esos que teníamos por opuestos. Cuando las cosas paran allí, el conflicto de un pueblo se vuelve muy grave. Porque las dos corrientes de alcohol ardiendo, que no eran caudalosas, se hacen grandes y los furores cobran una fuerza indecible. En territorio tan pequeño, que parece el patio de una casa; el triste suceso tiene más peligros que en cualquier otra parte, porque las gentes se topan por donde vayan, y tener yo de auditorio tal mixtura me da un cierto horror.

Yo sé, queridos míos, que, a pesar (o a causa) del casamiento de ambos polos, queda un centro nada corto ni pequeño; pero el problema, mejor dicho, la desventura, es la de que este centro resulta demasiado neutro, que suele ser moroso, lleno de miedo y que no lucha, solo se aguanta y deja hacer a los dos frenéticos. No tiene espíritu esta lonja central, es aquello de los tibios a los cuales “el Señor va a vomitar de su boca”... Observen ustedes el conformismo de esta especie de limbo, sin cielo y sin infierno, a la vez, que resultan los liberales, es decir, los míos.

Ignoro, queridos, si en Venezuela hay un panorama parecido. En todo caso, mi viaje, repito, era principalmente por ustedes y obedecía a la decisión de vivir a lo menos un año en la Isla querida; ahora se me ha roto la voluntad de moverme.

En verdad, Inés María y Jaime, yo no debería sorprenderme tanto de que el nacionalismo de allí parase en un fascismo; la semilla de este engendro ha salido —perdónenme ustedes— de ese extraño, y para mí irritante, colonialismo español. Porque nuestra raza se mueve siempre

de manera pendular y una oposición decidida no nos lleva hacia el centro, sino hacia el otro extremo. Cuando viví entre ustedes tuve discusiones, las más escocedoras, sobre el repudio del colonialismo americano, que se traducía en un viraje muy claro hacia el colonialismo de la Madre Patria.

Queridos míos, no me veo dando clases, con esta lengua que me tengo, clara como una espada y tajante como ella también, teniendo delante a una mitad de ejemplares de los bandos que he dicho. He vivido aquí dos años de seguir en la prensa la situación del mundo, después de haber visto el desastre de la Europa Latina por mis ojos. Leo, leo y leo, y me hace tanto mal ver el descalabro del mundo, que hoy estaba pensando en que no puedo curar mi alma, a no ser de que abandone por completo esta lectura matinal que me daña el día entero. Porque viví 17 años en Europa y ese continente, sin que yo misma lo supiera, es casi una mitad de mi alma.

Siento un poco de orgullo al ver que mi Jaime Benítez se ha portado como “todo un hombre” y un republicano, en el zafarrancho de los muchachos totalitarios, y doy Gracias a Dios de que haya salido vivo. Cuesta mucho, en la sangre nuestra, no perder los quilates en semejante trance de estar cercado por esas fierecillas a las que no se puede golpear porque son niños. Me alivia mucho, mucho, saber que Jaime lleva en sí esa pequeña zona fría, preciosa en situaciones como ésta, y que sus pulsos no se le acalenturaron.

Deseo que él me mande el resto de esta historia.

En los recortes leídos hoy, me doy cuenta de que, el centro que dije, la zona de los comodones o asustadizos, se ha hurtado el peligro, como en todas partes.

Jaime, yo tengo escrito mi discurso entero. Si es dable que alguien lo lea, se lo mandaré. Póngame dos palabras por cablegrama. Si eso no se usa, no importa mucho el que mis hojas se pierdan.

Me ha dado muchísima satisfacción hallar entre los adherentes a usted al chileno Jorge Millas. Es un raro hombre que ha escrito, siendo mozo, un bello libro de filosofía. Guárdenlo allí y díganle que me da mucha pena no verlo en ese lugar del mundo que tanto puede en mi corazón.

Si tuviese salud, yo iría de entrada y salida a leer mi discurso y a regresar enseguida. Pero no la tengo, queridos míos. Es tan flaca mi mejoría de salud que si hoy tengo un día normal los dos siguientes están quebrados. El calor que comienza me sube la presión de más y los golpes emocionales empeoran eso. Es aquel viaje por Europa, viendo las más tristes cosas vistas en toda mi vida —lo italiano me puede como cosa mía—. Pongan eso encima de mi luto, que sigo repasando, añadan mi soledad, que alguien llama en la Argentina “pavorosa”, y tendrán ustedes mi realidad y entenderán el que me hurte, sin cobardía, a la lucha que yo tendría en la Isla.

No puedo hacerles promesas. Nadie sabe cosa alguna de lo que se nos viene encima. Pero quiero decirles que tal vez les serviré, indirectamente, en la defensa de la idea republicana en general, contra la embestida de las dos bestias ensangrentadas que se llaman fascismo y comunismo.

Jaime, Coni les manda por separado el cheque. Se avisó a Alabama de no reservar esos pasajes. Espero que haya ido a tiempo el aviso. Y Dios le dé fuerza aún para lo que venga; tengo los ojos puestos en usted, después de lo leído hoy

sobre aquel ataque de locos. Vivifiquen ustedes ese centro inerte; miren que es asunto grave el que hoy solamente los extremos obren.

Un tierno abrazo para los dos; para don Luis mi recuerdo cariñoso. Muy vuestra.

Gabriela

4 de Mayo de 1948

Caro Ciro:

Me he dado cuenta, leyendo “Los perros”, de que eso es el valle de Elqui —en el ambiente, pero en todo él, y no digamos en los adentros de cada uno—. Lo cual quiere decir que nosotros somos “paisanos”. No en el Perú, sino... en los Andes.

Y entiendo, por rebose, que mi gente —la santiaguina y las otras—, no me quisieron nunca, por sentirme “afuerina”. Y eso somos todos los montañeses. Y es un poco fatal, Ciro, es algo sin enmienda.

Por todo lo cual usted tiene que ayudarme un poco a vivir. Porque es muy duro el simple hecho de existir en este tiempo, tal vez interesante para usted; para mí, desastroso. Porque para mí, Ciro, a pesar del Valle, no existe otra cultura que la que llaman greco-romana-cristiana y eso es, eso, lo que está cayendo hora a hora en la desgraciada Europa. Si usted quiere, enunciando la fórmula, achicándola: la cultura mediterránea, el simple borde. Porque del Loire arriba ya Francia no me gusta.

¿Cómo van viviendo? Miren ustedes lo que pasa conmigo. El verano me sube mucho la presión. Ayer, segundo día de calor, tuve una fuerte congestión (19°).

Pero, además, hay lo del “panorama universitario” de Puerto Rico. Yo quiero muchísimo a Jaime Benítez; pero

sé, por la primera vez, que “las guaguas” de allí se han dividido en fascistas, diz que nacionalistas y comunistas. Tener delante, en tendal, esas dos clientelas escolares, me da un calofrío chiquito... Contra toda mi leyenda, Ciro, yo no soy —ni fui nunca— una “mujer de batalla”. No sirvo para “pelea” criolla ni para la “lucha” semi-burguesa ni para las grandes batallas de ideas. Creo que lo único que importa en un aula es ayudar a esas “guaguas” enmendadoras del mundo a construirse a sí mismas en lo intelectual y en lo espiritual: a “conformarse” (no en el sentido criollo).

Estoy muy, muy feliz de que usted vaya allá. Yo creo poder ir en el otoño. Cierta no estoy. Me voy haciendo quieta demás, un poco inmóvil, excepto cuando dan el turno del agua y salgo a regar mis pobres plantas (tres meses de sequía, queridos).

Usted sabe que tengo un convite reiterado del Presidente (Miguel) Alemán.

Lo de Venezuela subsiste y ahora ha venido otra invitación de Guatemala.

Como el invierno es harto malo para mi salud aquí, se me ocurre que andaría bien un programa así: Guadalajara —si es tibia, que no lo sé con claridad—; Guatemala (la quiero mucho por los indios). Venezuela y Puerto Rico. Si de aquí a entonces la Islita está asentada, podría quedar allá unos meses. (Inés María Muñoz Marín y Jaime quieren que me quede hasta que me acabe). Me remordería un poco la conciencia el dar gasto a país pobre, Ciro. Los canso con todo esto para decirles, que ustedes me afirmarían allí y posiblemente podría usted evitarme choques con esa gironda sin río pero con girondinos y chuanes de estudiantado fe-

nomenal: franquistas-católicos-independentistas críos del gran señor de las estepas (usted perdóneme, Ciro).

En todo caso, espero sus noticias. Largas y jugosas. “Como era cuando”... los quechuas estaban sentados en corro. Hábleme largo y tendido si va. Yo deseo que vaya y que se queden allí los dos. ¿Por qué la isla no ha de aprovechar del talento de Ligia y de todo eso acabado que hay en ella, persona hecha y derecha?

Si ustedes quisiesen ir por acaso, a Guatemala o a Venezuela, me lo dicen, queridos. Yo, haría algo. Para México no me ofrezco: el extranjero —lo he observado— no vive en paz allí.

El clima es lo primero para mí en este repertorio de pueblos; luego la paz interna y sobre todo colegial...

Hay muchísimo más que decir. Pero yo tengo una bolsa de hielo en la cabeza y no me deja seguir...

Llegó Norte. ¡Mil gracias, Ciro! Es excesivo, es un “trop plein”.

Afectos muy fieles de

Gabriela y Coni.

18 de septiembre de 1948

A D. Miguel Cruchaga Tocornal,

Respetado D. Miguel:

Le escribo en la mañana del Dieciocho como quien manda “memorias” al país y a uno de sus más nobles padres y mentores.

Cuando estuve en Santiago. Señor, yo quise verle por decir a usted de viva voz un viejo agradecimiento que vive y dura en mí. Usted estaba cargado de preocupaciones y no le ví. Es mucha pena.

Si por cualquier razón usted viniese a EE.UU., D. Miguel, yo iría a verle allí, desde México o Guatemala o Venezuela. Hacia noviembre salgo para esos 3 países.

Hace 10 años, Don Miguel, usted me llevó al servicio exterior. Nunca he olvidado el telegrama de usted que recibí en P. Rico, proponiéndome el consulado *ad-honorem* en España. No fui feliz allí, porque nadie lo era en aquella nación “dividida contra sí misma”. Pero entonces como hoy he vivido un poco —he procurado vivir— en una línea de consciencia cristiana que no desdiga de la suya, que tenga alguna cosa que corresponda a vuestra consciencia, en lo nacional y lo internacional. No le he escrito porque, en el fondo, soy una tímida, aunque me tengan por “valiente”.

Muchas veces he deseado hacerle llegar datos sobre asuntos extranjeros que no llegan a nuestro país: me ha retenido esa misma timidez.

Hoy lo hago para agradecerle ese “Premio G.M.” del cual me dio noticia el Sr. Cruz Coke. Mil gracias, Señor, por todas las maestras que se beneficiarán con él y por la ocasión que usted me da para tomar contacto con mi gremio escolar. Me han separado de él no mi vida extranjera ni mi segundo oficio, sino el anillo cerrado que han hecho en torno al magisterio una secta y el oficialismo radical. He vivido 26 años esperando que la Escuela y el Liceo sean liberados de esa especie de cingulo o barricada invisible. No lo veo hasta hoy, Don Miguel. Pero no he perdido la esperanza: cuando ciertas cosas topen, entonces la asfixia traerá el abrirse las ventanas, es decir la libertad, la verdadera que no la fraudulenta.

Repito que Uds. me dan ahora la posibilidad de tocar, si quiera en un punto, ese mundo mío perdido que es mi gremio primero. ¡Gracias, de nuevo! Y vea usted don Miguel, de hallar algún módulo para que aquel Premio no se vuelva también materia de monopolio político. Porque el adueñamiento, consumado por un partido, de 3 o 4 ramas de la enseñanza es, de un lado abusivo, y del otro fatal para la formación de la mentalidad nacional. Cuando yo sentí, siendo Directora del Liceo 6, la garra de aquella “clique” sobre mí, tomé mi jubilación. Sola, sin partido, sin padre y sin padrinos, yo no podía luchar. Tampoco sé esto último ¿no entiendo el monopolio de las ideas por un grupo de hombres y me repugna cuando lo veo y palpo!

Creo, D. Miguel, que habiéndose ya coronado ciertas cosas en Chile, tenemos a la vista un orden nuevo, una claroboya

abierta. Si en lo venidero yo puedo ayudar en algo a la cristianidad de Chile, dígamelo usted, don Miguel. (También he dicho esto al Dr. Cruz Coke).

Me parece escaso el esfuerzo que hacen en Chile respecto de la divulgación —la publicación— de libros de alta cultura católica. Conectar eso con editoriales belgas, italianas y francesas —las hay magníficas— sería muy útil. Porque hay que ganar a la juventud bien dotada que comienza a aparecer, por medio de obras fundamentales, de mentalidad latina superior, cuyo sentido de la democracia cristiana no sea mediocre, pardo y vulgar. No hemos creado un grupo que mire rectamente a una defensa de las capacidades de los bien dotados, para nuestro credo y los  $\frac{3}{4}$  de la juventud se nos han ido hacia el extremismo.

Es tiempo todavía de recobrar a algunos y de ganar a muchos para el futuro. Yo me formé, don Miguel, en una soledad espantosa y no deseo a los muchachos ese tipo de formación dolorosa, sin lectura superior, sin libros al alcance de la bolsa vacía, sin el contacto de guías esclarecidos, en verdadera orfandad dentro del propio suelo.

Perdone usted, don Miguel, el abuso hecho de su tiempo precioso y reciba el saludo respetuoso y fiel de su deudora. Dios guarde su salud para bien nuestro.

Gabriela Mistral

Compadre:

Usted debe renunciar a esa generosidad loca, sí loca, de escribir una biografía sobre mí, si quiere mi bien. Eso sería nada menos que entregarme a un montón de gente, mía o ajena, que no ha olvidado todavía ese Premio Nobel. Aunque nunca lo busqué y aunque declaré a la gente de esa “empresa” que “me pondrían en ridículo”, mandaron a Estocolmo esa “presentación”, nada quisieron oír y entender. ¿Qué de odios han caído sobre mí en toda nuestra América criolla y poblada de literatos! Han pasado —parece— seis años y aún eso trabaja visible e invisiblemente y sus ecos llegan. Yo sé muy bien que eso debió ir directamente hacia Alfonso Reyes, pero aún no se realizaron hechos tan claros y tan limpios. Ahora él mismo se opone a una nueva presentación, aunque le he dicho que son varios o muchos los que insisten, sin que eso les impida ser presentados (¿No cree usted, como yo, que Alfonso es lo mejor que tenemos?). Es por saberlo por lo que insistimos. Sigo creyendo que, pasados ya los 6 años del primer intento, podemos insistir.

Si usted que puede leer más que yo conoce una obra de la anchura y de la dignidad de la suya, me aconseja algo que se haya publicado mayor y mejor que ella, dígamelo. A causa del Reglamento de la Academia Sueca no podemos insistir en Alfonso hasta dos años más a lo menos. Él no volverá a presentarse por sí mismo. Solo podemos hacerlo nosotros.

Ahora vuelvo a lo suyo, pero le ruego dar unas semanas a la revisión o segunda lectura de los libros de Alfonso, de todos. Le ruego igualmente darme el nombre de la persona que lo supere como candidato. Yo deseo y necesito esto. Se ha hecho mal —por ignorancia— del hecho en presentar candidaturas de valor apenas pasado ese Premio Nobel mío. La gente no sabe que no acepta premiar pronto otro libro del mismo origen. Yo sé mejor que nadie que Neruda es el más importante y hasta indiscutible entre los nombres todos que veo y oigo barajar a los escritores. Pero hay un dato fatal; la Academia Sueca —la informadora— es un “cuerpo nacional”, es el organismo que discute y da ese premio, siguiendo las órdenes de su creador, Nobel. Ella maneja absolutamente la elección anual del premiado. Alfonso no ha hecho ninguna política; no tiene partido.

Los que manejaron el asunto Reyes —todos mexicanos— aprobaban el hecho de que no se presenta enseguida de un Premio otro de origen —de lengua— igual a la precedente. El autor español no puede seguir a otro español —aludo al idioma y además a lo geográfico—.

De nuevo, esto: No me haga el mal grande que me causaría la publicación de un libro entero sobre mí. La honra sobrada, exagerada de un Premio Nobel se doblaría con su libro. ¡Por favor, yo no puedo más con estos años de gente herida y profundamente! Hágame, deme silencio.

Un abrazo para ustedes de su

Gabriela

¿1948?

Muy queridos: Gracias, mil gracias por vuestras noticias. Ahora van las mías y con prisa...

Yo no recuerdo, querida, sino su carta o cartas de antes de su partida hacia Europa. Doris, que tiene memoria fiel de yanqui, recuerda lo mismo. Yo me escucho lamentando este fracaso mío de una llegada a Cuba para no hallarla y recuerdo a la vez todo lo pensado sobre ese riesgo de no tener allá nadie que me orientase sobre los sucesos cubanos.

A pesar de las órdenes repetidas de mi Gobierno y de mi Cónsul General, yo he demorado mi estada aquí por esa causa de “vuestra ausencia de Cuba”.

Por fin doy con Uds. gracias al correo, pero repito que hay cartas perdidas. Tengo solo la del 22 de nov. que sea fresca.

Pasemos a Concha Espina. Mi memoria, aunque es poca y yerra bastante, me dice que nuestra Concha Espina fue presentada o presentó ella misma su candidatura al Premio Nobel hace tiempo ya. No recuerdo bien si yo adherí a la 1a o 2a presentación, querida. Ayúdeme usted con su memoria joven y fiel. En Suecia se extrañarían bastante si yo insistiese conociendo el reglamento. Durante los años corridos yo recuerdo las gestiones a favor de Alfonso Reyes y un percance sin apelativo que me ocurrió con la candidatura de Rómulo Gallegos.

Yo estaba en Veracruz y llegó Rómulo con un muchacho a pedirme la “presentación” de su candidatura. Le conté lo ocurrido ya, y le dije que no podía presentarlo sino el año siguiente por aquella razón. Yo vi que el mozo aquel se salió de carrera y dijo que iba al pueblo y volvía. Al regreso este cínico me dijo riendo que ya él había puesto un cable mío favoreciendo a Rómulo. Dudé todavía de este cinismo y fui a averiguar al telégrafo; el cable estaba despachado. Imagino la redacción que este necio daría a la adhesión. ¡No me dieron el cable a leer por estar ya despachado! Estas cosas solo pasan en nuestros pueblos que no respetan nada y suelen obrar como meros locainos. Poco después comenzó allí una campaña en torno mío —que dura hasta hoy— en forma de ataques a mis escritos. La dirige un literato y crítico, Iduarte, que atiza a su pueblo —tan orgulloso este— y hace de mí un “trapito”, según nuestra expresión popular de chilenos. Este “trapito” ha robado o escamoteado el premio a Alfonso. Este sabe muy bien lo ocurrido, es un viejo amigo mío y es una gran persona pero, así y todo, acabará por creer a su compatriota por la insistencia de aquel odio feroz. Nuestra América criolla es bastante madrastra en los odios que alimenta en sí. Yo creo que Alfonso es la primera pluma hispanoamericana y volveré a votar por él en el plazo de 3 años si estoy viva. Bajo la presidencia anterior de Ibáñez, querida, yo fui “cesada” por 6 años. ¿Sabe usted por qué? Este señor, que echó de la Presidencia a Alessandri, me ofreció 4 legaciones en Centro-América. Yo respondí que mis fuerzas no me daban para vivir viajando —yo tenía una crisis diabética muy fuerte—. Él no creyó en esto y me suprimió la jubilación misma dejándome en la situación de comer de la paga —escasa e irregular— de mis articulejos. Eso duró 6 años, querida.

Yo escribí durante esos años 400 y tantos articulejos: yo no había hecho nunca periodismo, *dear*. Cayó, por fin el dictador y tiranísimo gobierno legal. Vino el locaino González Videla y arruinó nuestras finanzas. El pueblo volvió a traer a Ibáñez. Alguien (el crítico Alone) le preguntó si volvería a echarme del empleo. Contestó que “no porque... un país que no sabe él cómo se llama me ha dado un Premio que él no recuerda tampoco cómo se llama...”. Esto es textual, Dulce María. La razón real, si es que me deja en mi empleo es esta. En un congreso de escritores mundiales celebrado en París, hace años, Unamuno, que sabía mi situación ridícula de Cónsul sin sueldo telegrafió a Alessandri (Pres. de Chile) pidiéndole que Chile pagase mis servicios. Alessandri propuso una ley al Congreso y este me declaró “Cónsul rentado y... vitalicio”. Yo pude por fin tener paz. Pero... Ibáñez ha vuelto, tuvo 6.000 votos de mayoría. Dicen que viene cambiado. Ha comenzado por hablar contra EE.UU. No sabemos qué va a seguir a esto. Yo no he olvidado aquellos 12 años de cesantía, Dulce, y llevo un mes de pensar en serio el prevenir para este futuro inmediato. Fui robada, hace meses, por aquella portorriqueña Consuelo Saliva. Robó todas mis economías, 15.000 dólares; acaba de comprar una casa en S. Juan. Yo vendí una casita que tenía en California, pequeña. Me darán 6.000 dol. Yo espero completar 10.000 y asegurarme una vejez mansa y dulce con una casa pequeñita que tenga un huerto grande. Yo creo saber algo de plantas. Ignoro si me dejarán jubilar.

Le he dado esta “lata” para pedirle una gracia: que usted y su esposo me digan con toda franqueza si es posible hallar en el campo de Cuba esto: una casa de 4 cuartos con un huerto de 1/2 hectárea a lo menos. Lo que necesito ahora es vivir prevenida porque mi enemigo ha vuelto y durará de 6 a 12 años si lo reeligen. Deseo respirar aire de mar, me hace mucho bien.

Ruego a Uds. su absoluto silencio sobre este asunto. La gente me cree rica y no debe saberse que se busca esa tierra con casa para mí. Esto se lo pido y ruego, querida mía cubana. Ídem lo pido a su esposo. Mil excusas y hasta luego si Dios lo quiere.

Gabr.

Veracruz, México, 2 de enero de 1949

Sr. D. Hjalmar Gullberg  
Radiotjänst  
Stockholm 7 Suecia

Ilustre y querido amigo:

Yo vivo bastante abrumada de cartas y con una salud quebrada, que suele darme algunas sorpresas, como un reciente colapso cardíaco que casi me llevó... a descansar. Esto es la razón de mi silencio con aquellos a quienes más debo y mucho quiero.

Tengo presente, amigo mío, las dos ausencias que a usted y a mí nos trabajan: la de su hermana y la de mi sobrino. Así le pienso siempre, un poco apareado con mi ánimo, a pesar de las razas diferentes y de la distancia extrema.

Hoy he de hablarle, con extensión que su bondad me excusará, sobre un asunto que creo de mucho interés para nuestra América Latina.

México, que, con la Argentina, hacen lo mayor y lo mejor de nuestra cultura, ha presentado a la Academia Sueca la candidatura de Alfonso Reyes. Hay una segunda candidatura, la del Sr. González Martínez. La diferencia que para mí existe entre ellos es esta: la del Maestro Reyes corresponde a un movimiento hispánico y además latino, la segunda es nacional.

Alfonso Reyes, sesenta años, escritor y poeta de mi generación, es un fenómeno de labor realizada en varias direcciones, a causa de un temperamento muy rico de creador; luego, por una cultura europea y americana que todos reconocemos como la primera del Continente y luego por una preocupación aguda de los problemas culturales de nuestra raza. A todo esto se añade un espíritu cualitativo riguroso y una conducta ejemplar de “ciudadano hispanoamericano”, los cuales nos gobiernan desde hace treinta años. Tales condiciones las reconoce mi gente del Sur, argentinos, chilenos, uruguayos, etc.— las tres proas de la vida intelectual del Continente.

Sigo la obra de Reyes desde hace mucho y reconozco su influjo sobre mi prosa y un poco sobre mi vida de escritor. No puedo en esta ocasión en que su candidatura al Premio Nobel va y viene por la prensa hacer de adherente tácita, a pesar de ser Cónsul, y como tal obligada a la prescindencia. He adherido, pues, directamente a la causa de Reyes. La producción de Reyes dura sin relajo dentro de una línea de robustez y juventud, en un zig-zag maravilloso que va de la creación a la erudición y que regresa sin gasto a la creación, asistida siempre de una frescura que parece conservada por los dioses....

Me permito enviarle una lista somera de los trabajos de Reyes, aunque usted talvez ya la tenga.

Reciba usted mi amistad fiel y mi gratitud sin tiempo

A JUAN MARÍN

Jalapa, México, 7 de mayo de 1949

Sr. Juan Marín. New Delhi, India.

Queridos Paisanos:

Tengan ustedes paz y alegría, queridos paisanos. Ya no se sabe alcanzarlos de tanto como corren y vuelan.

Vino esa carta de allá, yo admiro mucho a Aurobindo (¿le ha leído usted la versión —con notas preciosas— del *Bagavat Gita*? Léasela. Y *La madre* —la devoción de la Madre del Mundo—).

Lo que yo le pido responder a ellos, haciendo de correo de lujo de una paisana común, es lo siguiente: sé que la Academia Sueca evita radicalmente entrar en el campo de lo religioso. Son ultra laicos.

Pero Alfred Nobel, en su famoso testamento, aludió directamente a que toda Obra premiada deberá significar que el autor ha contribuido al perfeccionamiento moral de la Humanidad.

Como usted ve, Juan, hay y no hay, a la vez, buenas perspectivas.

El Presidente de la Academia, me dijo de manera contundente que se premia la Obra de Creación y no el ensayo.

Yo ignoro si lo religioso lo clasifican bajo el rubro de Ensayo (si se pierde la campaña que hacemos por Alfonso Reyes, la razón será que en su Obra domina el ensayo).

En este momento me doy cuenta de que tal vez ellos van a presentar al Maestro Aurobindo para el Premio de la Paz. En este caso, ellos disponen de mi firma enteramente y desde ahora mismo. En el caso de que él sea presentado para el Premio de Literatura, dígales, compañero Juan, que, por lo que toca al presente año, yo he adherido a la candidatura de Reyes. Yo podría adherir a la del Maestro Aurobindo en 1950 (es bueno recordarles que ellos pueden presentarle hasta tres veces con intervalos de no recuerdo cuánto tiempo. Tal vez es de un año).

Yo escribiría alguna nota pequeña sobre la candidatura para el Premio de la Paz, caso de presentársela bajo ese rubro.

Mi amigo: yo compré por ahí su libro —no recuerdo el título— sobre el Budismo. Ha hecho usted un gran bien a la gente dejando en claro la degeneración de ese credo en el Tíbet. Nuestros semi-orientalistas siguen valorizando en mucho esa brujería inferior y dañina.

Muy claro su libro sobre asunto tan arduo para occidentales. Solo peca de breve. El asunto es inmenso.

Deme noticias de ustedes aun cuando yo calle. Paso hace mucho por una serie de miserias físicas: mi vieja diabetes, la vista dañada por infecciones, la flaqueza de un corazón viejo y padecido. Perdóneme, callo pero no olvido. Siempre le admiré y le quise Juan.

Un abrazo para los dos. Repártanselo... Vuestra

Gabriela



D É C A D A

D E

1 9 5 0



OFICIO DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE REFORMA AGRARIA

Jalapa, México, 3 de abril de 1950

Sobre la reforma agraria en Veracruz.  
Al señor ministro de Relaciones Exteriores  
Santiago de Chile

Señor Ministro:

Tengo la honra de enviar a usted algunas informaciones sobre la Reforma Agraria, según ella existe en la actualidad en el Estado de Veracruz, que es uno de los más extensos del país.

Sus mayores ciudades son el puerto del mismo nombre y Jalapa, que es la capital, asiento de la Universidad estatal y de un Seminario de Humanidades. El tráfico marítimo y el terrestre, de trenes, autobuses y camiones, más las industrias aquí establecidas, dan también al Estado ventajas económicas, pero es la agricultura su mayor fuente de entradas. El cultivo del café es el primero de la zona. Sigue después el de los cítricos, que fue remolón hasta hace unos diez años, y que ha tomado un auge extraordinario debido a dos causas: el pueblo se ha habituado a comer la naranja, y ya la consume abundantemente por la ausencia de los frutales que corresponden a la llamada “flora mediterránea”.

Sigue el cultivo del maíz: después vienen la caña de azúcar, y el bananero; se sitúan después las cactáceas mayores y menores, que hacen el paisaje mexicano más divulgado por las fotos.

La zona cafetera y azucarera es la baja, o sea la de clima cálido; la zona de las cactáceas cubre la región semi-cálida y la templada-fría, es decir, la subida hacia la meseta.

El arroz se cultiva en el Estado en una proporción bastante inferior al maíz que es, por excelencia, el sustentador del indio y de la clase media pobre. Las cactáceas no reciben cuidado alguno y se sacan de ellas bebidas alcohólicas, ordinarias o finas: el pulque, el mezcal, el tequila, un aguamiel, y cierta fibra de excelente calidad para hacer cuerdas. (Pero Yucatán es, por excelencia, el mercado de cuerdas).

El pastal alimenta pocos vacunos; en la región tropical apenas medio. El ganado caprino es raro.

En el paisaje “jarocho” (veracruzano) sorprende al extranjero la falta casi total del durazno, del damasco (chabacano), del granado y hasta de la higuera, que no pide cuidados. Pero en la región de Perote están ahora en auge el cultivo y la producción de la manzana.

Los naranjales van liquidando los matorrales brutos que cubrían el estado hasta hace 20 años, con lo cual el campo aparece limpio y culto, por el aposentamiento de los cítricos en general: naranja; toronja (pomelo), lima, limón, etc.

La naturaleza tropical resulta en estos pueblos a la vez gracia y daño. El cafetero exige un mínimo de cuidado, una calidad de tierra solo mediana y ningún ajeteo para “colocar” las cosechas en el mercado interior ni en el exterior. No debiendo los productores mestizos e indios luchar ni por la planta ni por los mercados, se ha ido creando en ellos una pasividad expresiva; fuera de la cosecha misma,

el cafetal no exige nada, y los cítricos muy poco, después del tercer año.

El cultivo escaso, mínimo, de la hortaliza, crea una alimentación centrada en el maíz y el frijol, nada favorable para la raza por lo que toca el maíz, porque es sabido que uno de los cereales menos ricos en poder alimenticio es el maíz.

Parece ser muy difícil trocar en el indio el paladar, o sea el sentido del gusto, y aficionarlo a los cereales de primer orden, como la soya y la lenteja. La preferencia viciosa del maíz preocupa a los gobernantes, quienes comienzan una campaña en favor de la maravillosa soya, tan desdeñada o desconocida de toda la América tropical y hasta de nosotros.

En el desnutrimiento del niño, la mujer y el hombre, anda el hábito del corsal único que llega a parecer una religión en el indígena, y esta dieta absurda dura desde hace miles de años.

Acaba de morir un agrónomo famoso, el ingeniero Ramos Millán. Él logró, después de largos ensayos, subir en casi un cuarto el peso de la mazorca a base de estudios y de una técnica fácil que se está divulgando con gran empeño en las aldeas...

A la muerte de Ramos Millán se le hizo una especie de apoteosis oficial y popular (Si al Ministerio le interesase tomar más datos sobre este asunto, yo mandaré todos los necesarios).

SOYA. Leí en los Estados Unidos un cuadro técnico, es decir, abonado de ciencia y experiencia, sobre el valor nutri-

tivo de los cereales. Y en ese cuadro, el maíz, preferido de todos nuestros indios, desde el piel-roja al chilote, aparece como el penúltimo de la lista.

Solamente en las cercanías de Veracruz he visto yo aquí unos plantíos de soya, y bastante prósperos. Felicité por ello al Alcalde, Sr. Tuero Molina, y él me contó las dificultades que tienen los agrónomos regionales para hacerse oír del campesino respecto al noble grano japonés. El tema de la soya es en sí cosa vivida, porque en mi dura crisis diabética de California, que se postró enteramente, yo fui llevada por mis médicos del Hospital Huntington a reemplazar el pan de trigo por la soya, como un medio para sacarme de mi extrema debilidad. El resultado fue excelente y sigo viviendo a base de ese pan.

Es lugar común en Europa el atribuir el contraste entre el cuerpo japonés y el chino, a que el primero come soya y el otro persiste en su dieta de arroz...

Hay en el periodismo de la capital mexicana una preocupación viva por corregir los vicios de la alimentación popular y la testarudez de los cultivadores, quienes se contentan con un mínimo de producción, por estar saturados, hasta hoy, de una tradición remolona que no fue solo india, que se prolongó a lo largo del régimen colonial español.

SALARIOS. El salario mínimo en la industria es aquí de siete pesos; el campesino, de 4 ó 5 pesos. El último equivale, pues, a un poco más de medio dólar. Hay que recordar que el costo de la vida resulta ser un poco superior al de la vida chilena.

La familia indígena es casi siempre numerosa. La jornada agrícola, pagada tan parvamente, aunque deja vivir (digamos “comer”), resulta ser bastante magra para la adquisición de ropas y medicinas.

LA PARCELA AGRÍCOLA “EJIDAL”. El Ministerio seguramente está informado de las fluctuaciones (reformas, enmiendas, cortes, esclarecimientos) que ha sufrido esta empresa mexicana que es la mayor honra de la Revolución. Yo me limito, por ahora, a comentar la última enmienda de su reforma, la cual resulta importantísima (Hace unos meses, la prensa publicó la noticia de que las “parcelas”, hasta hoy adjudicadas a título de provisorias, pasaban a ser propiedad de los campesinos y serían, además, hereditarias).

En esa semana estuve con el presidente Alemán en su casa de Veracruz, donde él daba a sus amigos un concierto de música clásica.

Conversamos en los entreactos y yo le felicité por el remate leal que su régimen ha dado a una reforma que ha sufrido de tantos altibajos.

Él se dignó explicarme la razón de la tardanza en conceder la propiedad plena del ejido. —En varias partes, me dijo, los campesinos, aún los jefes de familia, vendían o hipotecaban la parcela por “cuatro reales” sin consultar a la mujer, la cual, en la familia indígena, representa el sentido de responsabilidad en cuanto se refiere a los hijos.

Antes de esto, yo había preguntado al mayordomo de la hacienda en que vivo la razón de que en las parcelas —harto generosas— que rodean la casa, no haya plantación alguna de árboles frutales. Me respondió el buen hombre que

nadie quiere darse el trabajo duro que es el de unas plantaciones de cuatro a diez hectáreas, por cuanto la propiedad a título provisorio —de préstamo o de “prueba”— desalienta al labrador su inestabilidad.

ENTRENAMIENTO AGRÍCOLA. El Gobierno mantiene una ancha plana de ingenieros agrónomos, de prácticos y también de meros cultivadores que saben su oficio, quienes están encargados de difundir en las aldeas instrucciones someras, pero frecuentes, respecto de los cultivos. Hay un servicio ya bastante amplio y eficaz para el reparto gratuito de semillas seleccionadas.

Es esta una faena enorme y que se llevará medio siglo o más, pues se trata de adiestrar a unos diez millones de campesinos que saben de agricultura, muy poco más de lo que sabían sus abuelos aztecas y sus mayores españoles. Así y todo, la contribución del campo a la riqueza nacional no representa mucho menos en el conjunto del país que la riqueza petrolera y el primer ciudadano de México sigue siendo, a pesar de su primarismo, campesinado. La mayoría absoluta de esta población rural debe ser objeto de una preferencia también absoluta, para que México mantenga la bella paz social de este momento y no vuelva al descontento y a la inquietud revolucionaria. La guerra civil de quince años fue incubada y sostenida en primer lugar por un sub-proletariado campesino. El Gobierno actual tiene los ojos puestos en su problema máximo que es el de crear de prisa una agricultura técnica y afirmar la confianza de los “ejidatarios” en que la tierra, esta vez, les ha dado “de veras”, pues mucho se jugó antes con “repartos” ficticios y con “revisiones” maliciosas de los títulos de propiedad.

En todos los órdenes, desde la habitación hasta la escuela, el mejoramiento de la vida rural, y más que eso, la transformación del campesino en un hombre y un ciudadano real, consciente y cooperador, son asuntos que planean sobre todas las demás empresas nacionales. El mejoramiento de los casinos y la empresa formidable de irrigación en la cuenca del río Papaloapan (Estado de Veracruz), mira rectamente a una transformación del campo por medio del aumento en la producción agrícola. La sequía es la única tragedia de esta zona.

Es un conflicto muy viejo, muy serio y difícil, el de hacer un vuelco en la costumbre indígena, tan vieja como tenaz; la Colonia Española no puso mano sino en el subyugamiento y la cristianización de las poblaciones indias; y ni aún respecto de la última trabajó en profundidad, pues nuestra religión, según fue dada aquí, sigue siendo una cruda idolatría que solo tiene el mérito de suavizar las costumbres. Pero esta misma operación moral fue manejada de manera bizca, porque ella dobló la depresión del carácter indígena, ya oriental de más. Los regímenes republicanos de un siglo poco miraron hacia esta falla de su hombre mongólico y su política ha sido, en buena parte, de demagogia electoral y de una falta lamentable de realismo. El régimen del presidente Cárdenas aparece como una excepción: él consideró la tragedia rural, y su llamado “extremismo”, no fue más radical que cualquier reforma agraria de Europa —de las nórdicas de siempre o la italiana de hoy—.

Es el indio mexicano un hombre de paz, con un apego a la familia y a la región que habita, bastante mayores que los de la clase burguesa. Su patriotismo representa una fuerza íntima, muy fuerte y provechosa para él y para la colectividad. Este campesinado, después de 27 años de experiencia

republicana, ha adquirido convicciones preciosas: él siente ahora la repugnancia del guerrillerismo; él juzga ya con entendimiento a sus gobernantes locales y los obedece si los ve honestos o los rechaza si le fallan. Su fatalismo es mucho menor: el indio siente hoy sus derechos, se sabe ciudadano, y alega o protesta sin la pistola al brazo.

Al costado de la hacienda en que vivo existe un pueblecito totalmente indígena, y he observado por ocho meses su vida cotidiana: ni “balaceras” ni algaradas, sino un convivio bastante más dulce que el que existe en las ciudades que siguen siendo politiqueras de más y poco laboriosas. Tanto me ha sorprendido este convivio indígena, que suele corregirme las ideas hechas y orondas que todos tenemos sobre nuestra civilización como un paradigma social irrefutable. La policía huelga en el pueblecito y está representada por un mero sub-inspector que viste de paisano y que se ajetea poco o nada, por la ausencia de conflictos...

COLONIZACION EXTRANJERA. La prensa declaró hace poco que el Gobierno iba a emprender una colonización rural a base de emigrados italianos. (Se observa aquí que cuando el Gobierno desea iniciar alguna empresa de bulto, la hace llegar al público a título de rumor y como balón de ensayo. Viene entonces un revuelo en la prensa que es favorable o adverso, y el Gobierno insiste en la reforma o la elimina de golpe, según haya sido la reacción popular.) La noticia mencionada tuvo muy mala prensa. La crítica coincidió en este hecho: dar tierras a gente extranjera antes de haber rematado el reparto entre los indígenas y antes de haber iniciado una colonización por la clase media pobre, era cosa que representaba un despojo de los nacionales en favor de los extraños.

Es muy de lamentar esta campaña, porque se trata talvez del país hispano-americano más necesitado de brazos europeos que trabajen el suelo. Pero hay el antecedente de una experiencia fallida de hace años. Trajo un Gobierno cierta masa de campesinos italianos. A esta gente se la dejó en libertad de ubicación y todos se aglomeraron en un solo punto, bastante favorecido, sobre las tierras fértiles y próximas a las ciudades. De lo cual salió un poblado homogéneo de más, o sea rotundamente blanco y que rechazó el mestizaje, quedando cerca de Puebla, como un lamentable injerto racial.

No está México liberado ni a medias de la xenofobia que roe al mundo. En cuanto a país de absoluta mayoría indígena, a México le costará mucho —un siglo o más— llegar a una realización de tipo argentino en la fusión de sangres. Porque aquí, como en ninguna otra nación hispánica, el hombre blanco abusó de sus privilegios y estos llegaron a anular los derechos más elementales del aborígen.

No he enviado antes informes sobre este asunto por cuanto solo he podido recorrer los pueblecitos después de tener alguna mejoría en mi salud. La porción rural del Estado de Veracruz es muy extensa y las aldeas están harto diseminadas, y en país tan grande, mejor es viajar y ver que fijarse a la literatura nacional a veces demasiado patriótica...

Dios guarde a Ud.

Lucila Godoy  
Cónsul en Comisión

Jalapa, México, 25 de mayo de 1950

Al Dr. Hans Flasche, Bonn

Caro amigo:

Yo sé que estoy en deuda con usted y desde hace tiempo. Pero los vagabundos somos los peores corresponsales...

Hace 20 meses que yo vivo en México, pero mudando de residencia según la estación.

Y hace no más de dos meses que mi salud me permite cumplir con los amigos. Porque la vista se arruina en las crisis diabéticas. Por otra parte, tuve en Yucatán un colapso cardíaco de tres horas. Salí de él muy dañada y sin fuerzas.

Talvez yo no respondí a su generoso pedido de autorizarle la traducción del poema goethiano. Usted dispone del poema. Va adjunta una autorización por si usted la necesitase.

No recuerdo tampoco si yo le di explicaciones sobre aquello de buscarle algún empleo en país latinoamericano.

Creía obtener eso de un viaje a Guatemala. El presidente Arévalo me invitó a ir. Porque en la psicología criolla, amigo mío, solo las peticiones personales se logran; las epistolares no tienen fuerza.

Dicho convite sigue pendiente. Pero ¡han venido tantas cosas después!

Por ejemplo: el presidente (Miguel) Alemán me dio aquí las hectáreas de tierra para afincarme en su país, parece... En la región que me ha aliviado, esta propiedad. Yo solamente ahora estoy sacando adelante las refacciones de unas ruinas, muy válidas que están allí y que me darán base para dos casas. Todo camina lento en nuestros pueblos...

Estuve al mandarles café a usted y al Dr. Curtius. Pero la diligencia del envío seguro se hacía en Los Ángeles, y yo, pobre de mí, vivía en Santa Bárbara bajo dos calamidades: primero, mi Cónsul General, jefe mío, minero de profesión, minero del carbón de Lota... Este hombre me hizo grandes miserias y yo nunca iba a Los Ángeles por no encontrarlo... Segundo, yo vivía dentro de una especie de vaho de entorpecimiento grande. A causa de que una calamitosa enfermera me dio barbitúricos por tres años... Sobra explicarle esta mala acción cuyas consecuencias han obrado sobre mi salud tanto tiempo.

Con todo esto, yo sé que usted me excusará.

El presidente Arévalo ya se va pronto. Me queda a mí la esperanza de obtener para usted más tarde un curso de seis meses en la Universidad de Puerto Rico, Antillas. El rector es un exalumno mío muy inteligente. Dan pasajes y 700 dólares por mes. Ignoro si dan comida. Pero casa creo que la dan, en la propia universidad. Serían, talvez, seis meses de curso. Ojalá sobre Goethe.

Dígame usted algo sobre esta probabilidad.

En México los sueldos son muy bajos, excepto para los expertos que traen para cosas industriales. Solo valen la pena para un europeo los sueldos en dólar. Puerto Rico es

colonia americana. O en moneda de Guatemala, que vale lo que el dólar mismo. El peso mexicano está a 9 con el dólar, amigo mío. Y mi casa no le vale, porque vivo a mil metros de altura y no puedo con la meseta.

Le lleva esta carta una colega y amiga a quien estimo y quiero mucho: Doris Dana. Ella ha tenido para mí la misericordia de recoger “el trapo” mortecino que yo era en Santa Bárbara y cuidarme hasta lograr mi... resurrección. Tengo, pues, una gran deuda con ella, aparte de la admiración literaria y el vínculo pedagógico (ella es profesora en la Universidad de Nueva York).

Va ella a su Alemania con un deseo grande de servir a vuestro grande y desgraciado país. Escribiendo sobre su situación *real*. Es persona de probidad y merece toda confianza.

Yo le pido a usted para ella tres cosas: 1. Mostrarle su Bonn y la universidad; 2. Presentarle al Profesor Curtius, para quien le doy una carta; 3. Guiarla con consejo respecto de las ciudades que debe ver. Más aún: 4. Darle algunas cartas para profesores o escritores de Berlín o de otra ciudad importante.

Yo sé, Profesor, que cuando se va a Alemania y no se es ayudada —guiada— todo el viaje se malogra. ¡Perdóneme usted mis abusos!

Ahora esta pequeña historia: he querido dos veces mandar a usted café mexicano. Pero en este país todo hay que hacerlo desde la capital. Y, sobre todo, hay una complicación de impuestos y *autorizaciones* de salida, largas de gestionar.

Doliéndome mucho, yo he querido evitar eso, más los *impuestos alemanes*.

En la confianza de nuestra vieja amistad, yo le ruego aceptar este pequeño “recuerdo”. Compre usted allí el mejor café que halle y repártalo entre usted y el Profesor Curtius. Y quiera aceptar el cheque adjunto, de 30 dólares para hacer esa compra.

Yo procuraré obtener de mi exalumna, la esposa del gobernador de Puerto Rico, que ella les envíe, después, su café *magnífico*, sin gabetas, libre y de primera calidad. Recuérdemelo usted.

No más por hoy le ruego darme noticias de Doris Dana; es débil de salud y debe cuidarse. Haga usted por ella, amigo mío, lo que yo no puedo hacer.

Afectos y finos recuerdos de

Gabriela

OFICIO DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE RIEGO

Jalapa, México, 14 de julio de 1950

Sobre la lucha por el riego en México,  
Al señor Ministro de Relaciones Exteriores  
Santiago de Chile.

Señor Ministro:

Tengo la honra de enviar un discurso del presidente de México sobre asuntos agrarios.

Continuando las informaciones ya remitidas sobre este asunto, comento de este discurso solo un punto que creo sea de interés para Chile.

El reparto agrario, o sea la dotación de hijuelas para los campesinos, tiene aquí algunos puntos neurálgicos difíciles de resolver.

México vive, en cuanto a país de meseta, el conflicto de las Sierras Madres, en cuya orografía dominan las pendientes, que en varias partes suelen ser verticales. En ellas el agua de las lluvias se pierde en buena parte o totalmente.

La distribución de los ejidos —hijuelas— fue hecha en el comienzo de la reforma con un criterio de igualdad absoluta o relativa en cuanto a la extensión de los predios.

Pronto se vio que el valor real de cada parcela no era sino el de la cantidad de riego del cual el ejidatario iba a disponer.

Vino entonces la campaña por el agua vital. Dado el número subido de las parcelas distribuidas, las reclamaciones de los granjeros o ejidatarios dispuestos al cultivo inmediato, llovieron sobre las autoridades. Este clamor por el riego estable en las tierras de secano, corre a lo largo de todos los gobiernos post-revolucionarios. El actual Secretario de Agricultura, Ingeniero Nazario Ortiz Garza, es considerado como un funcionario capacitado y muy activo en la faena durísima de la lucha contra la aridez por la sequía.

El enorme espacio que cubren las faldas de las dos Sierras Madres representa una capa de suelo vegetal que en relación con las llanuras limosas es calculada a veces en un quinto, pero generalmente en un tercio, del sobrehaz mexicano.

Por estas inmensas faldas de las Sierras paralelas, semejantes a las andinas nuestras, pululan hoy las máquinas perforadoras de suelos.

La demanda de pozos es enorme y la faena ya emprendida cubrirá, según los técnicos, más del siglo.

Me dicen que por primera vez en la historia de México se da a esta empresa la anchura y el ritmo rápido que ella requiere. La llamada "revolución agraria" tardó en darse cuenta de que el primer tramo de su empresa era la dotación de agua en el Norte y en el Centro, donde solo la región del Bajío está suficientemente regada.

La dotación de agua por los ríos, hasta ayer desaprovechada, parece que sea el asunto más considerable y de mayor urgencia nacional.

La campaña por el aprovechamiento de los ríos ya está en pleno en el Estado de Veracruz que posee el segundo río de México; el Papaloapan. La lucha en el Norte semi-desértico se hace en torno del llamado río Grande del Norte o río Bravo (la pérdida de los Estados de Texas y Nuevo México significó el enajenamiento de la orilla derecha de esa arteria fluvial, nada pequeña).

El anexo adjunto se refiere también a la llamada “colonización interna”. Se trata de corregir la desventura de las parcelas concedidas por los regímenes anteriores, cuyo valor debió estimarse, no por la extensión bruta, sino por la cantidad de riego disponible o posible de obtener.

Ignoro lo que Chile ha hecho, en este sentido, de nuestro territorio tan amagado por los Andes y el asunto me interesa mucho por mi valle de Elqui, en el cual me crié viendo la lucha de mi gente contra la sequía, antes de que las obras de La Laguna fuesen emprendidas por nuestro Gobierno.

Tengo una buena información técnica sobre la considerable empresa fluvial del Papaloapan, que pongo a vuestra disposición por si fuese de interés para nuestro Ministerio de Agricultura. Se trata de un río caudaloso, donde se han iniciado ya trabajos grandes y costosos de embalse de los cuales aprovecharán tres Estados (provincias).

Dios guarde a US.

Lucila Godoy

OFICIO DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE DÍA DE LA MADRE

Veracruz, México, 29 de agosto de 1950

Sobre la Fiesta de la Madre,  
Al señor Ministro de Relaciones Exteriores  
Santiago de Chile.

Señor ministro:

Los recortes adjuntos se refieren al “Día de la Madre”, oficialmente instituido en este país.

Aunque el asunto parezca mero sentimentalismo, él corresponde realmente a una especie de culto subterráneo de la raza mexicana.

A lo largo de dieciséis años de Revolución, la entidad femenina —maternal—, es decir, de madres y hermanas, obró palpablemente guardando y manteniendo una especie de “islas de paz” en medio de las guerrillas...

Excepción hecha de un número mínimo de “soldaderas”, que formaban meros grupos y solían seguir a la infantería, la mujer mexicana vivió la guerra civil siendo un elemento pacificador y manteniendo día a día, en ciudades y aldeas, un sentido cristiano unitario y unificador de la mexicanidad dividida.

Tal vez fue el mujerío quien más padeció las consecuencias de esa lucha; en todo caso, ese mismo mujerío puso en los cuatro cantos del país la nota humanitaria y reconcilia-

dora. Fueron esas madres y hermanas, quienes guardaron intacto el espíritu de unidad nacional y la costumbre cristiana, conservándolos contra viento y marea.

Todos los extranjeros que vivimos aquí hace 25 años las postrimerías de la Revolución, nos dimos clara cuenta de esta fuerza enorme de la mujer mexicana que era a la vez potente e invisible, y vimos actuar la influencia de esos imponderables salvadores que refrescaban la calentura guerrera de canto a canto del país.

Con éstos antecedentes, se entiende el que, ya pacificada la nación, en cada lugar del territorio se produjera este movimiento honorador de la madre y el cual resulta una especie de “Acción de gracias” enderezada hacia la que veló sobre los intereses espirituales y materiales de la mexicanidad durante casi un cuarto de siglo.

La campaña en favor de este homenaje público y definitivo partió del diario Excelsior, considerado como el más reaccionario de México. El Ministerio de Educación prohibió la iniciativa, dando al “Día de la Madre” carácter oficial.

Los festejos tomaron un sesgo acusado de patriotismo, según ocurre en México con cualquier actividad pública. Nunca en este país se inventa un movimiento popular que no se sature enseguida de un subrayado sentido patriótico. Los extranjeros conocemos este hecho formidable y casi mágico del trueque sufrido acá adentro por cualquier ideología extraña en cuanto ella cobra auge dentro de estas fronteras.

Así es como la “Fiesta de las Madres” ha tomado la índole no meramente familiar que tiene ella en todas partes.

Los desfiles del Día Materno, más los festejos de los barrios y los agasajos domésticos, se hicieron con trajes regionales.

He marcado en los recortes los puntos más significativos de la “Fiesta Nacional de la Madre” para ahorrar lectura a quien se digne imponerse de este oficio.

Dios guarde a US.

Lucila Godoy  
Cónsul en Veracruz

Rapallo, marzo de 1951

Caro amigo D. Exequiel de la Barra;

fue para mí una fuerte emoción la de ser defendida por un paisano.

Cuando en el camino me toca recibir una “pedrada”, nunca me levantan los propios sino los ajenos.

Esta llaga española del resentimiento conmigo es cosa de muchos años. Ya pudieron haberse cansado. La última cólera arranca de algo tan necio y tan ingenuo, que a mí me ha costado entenderlo porque, excede el sentido común. No creo que el ABC, a pesar de su ultra-nacionalismo, olvidase que si nosotros tenemos a España por Madre, ellos tienen, como tal, a Roma, que les dio talvez dos tercios de su cultura y todo en cristiandad. Entendería algo si se tratase, como en otra ocasión, de insultarme en cuanto a... afrancesada, pues los españoles ven rojo en cuanto se nombra a Francia.

Amigo mío, cuando yo viví en Madrid, tuve como Providencia en todos mis asuntos menudos de forastera recién llegada a tierra extraña a un ultramonárquico, a Ginés Albareda, hoy personaje al lado de Franco. Era casi mi niño de mandados, tengo muy fresca mi gratitud hacia él. Mi pobre vida en ese Consulado que yo jamás pedí y para el cual fui nombrada por un hombre irreprochable —D.M. Cruchaga— transcurrió en algo que ni sé contar: en oír a los madrileños, hablar mal, no mal, “pésimo” de media

Europa. Un día dije esto a un colonialista portorriqueño: “yo quisiera saber a qué pueblo europeo ama España. Ella desprecia a Portugal, ella odia a Francia, ella guarda un sombrío rencor a Inglaterra, y ella se burla de los italianos, a quienes parece ignorar, porque Ella... no viaja. Hay que amar a alguien para bien y alivio del alma. Por odiar tanto, España parece un brasero”. (Tengo esto escrito en unos “Recuerdos”). Sabiéndome indigenista, aquella cristiana gente se especializaba en este tema y con una crueldad que excede los adjetivos de que yo dispongo, amigo mío.

Va una sola muestra de esta lejía. Un Embajador de la República Española en Venezuela, puso el tema indio en un banquete de Luis Oteiza —tal vez el día de... la Raza—. Y me lo dirigió, especialmente, como un torero: “usted dice que agradece a España el que aceptase mezclar su sangre con la de los indígenas. No agradezca eso. Los que fueron allá, si no cogen a las indias, cogen a las monas. Al cabo, lo mismo daba: indias o macacas”.

Talvez usted, señor, no conozca la procacidad de la lengua en el español. Pero sí la conoce en la Picaresca... Yo sufría mucho de oírlos; pero la cosa llegó al colmo en mis conversaciones con don Miguel de Unamuno. Después de sobajear el tema indígena muchas veces, pero muchas, yo apelé como a un final a esto, le dije: “usted talvez crea que los indios, que usted nos tiene por sangre dañina y fatal, y que desea eliminar, son pocos. Pero no son menos, sino más de la mitad de la población iberoamericana. Talvez llegan a los dos tercios”. “No importa”, me dijo a gritos, “¡que desaparezcan!” Le di la cifra después —ahora la he olvidado— y volvió a gritar: “¡que desaparezcan!”.

Entonces, desde entonces, mi amigo, yo no creí más en la conciencia de España. Porque ese viejo, admirable por otros lados, era, precisamente, la conciencia de España. Pero mi final fue decirle: “ustedes mataron muchos, pero no los acabaron. Nosotros no podemos rematar esa tarea, porque los llevamos adentro, D. Miguel”.

Por ahora, basta con eso. Recuérdeme contarle mi salida de España, en otra ocasión.

Es mucha hidalguía, colega y amigo, defender a los ausentes. Hemos tomado para la propia gente un rostro extranjero, o... borroso, o... caricaturesco. Yo no tengo en Santiago más que un grupo de maritenistas, de falangistas, ay, la mala palabra. Nada más.

No he hecho ningún mal a mi país. Dejé la enseñanza —jubilé— cuando vi muy claro que tenía en contra de mi pobre Liceo 6 al elemento político que manejaba la Instrucción Pública de mi país. Contra lo que de mí se cree, yo no tengo pasta de luchadora; yo no sé luchar ni aun con las mujeres. Y alguna, o más de una, tuve en Santiago, y que era una potencia política.

Me fui a acompañar los últimos años de la vida de mi madre vieja a La Serena. Allí me llegó la designación para un alto cargo en la Corporación Intelectual de la Sociedad de las Naciones. Lo renuncié, por mi madre, dos veces. El Ministro de Relaciones, D.J. Matte, me obligó a aceptar. No vi más a mi madre. Me apegué a Europa. Todo lo que sé, poco, pero muy fértil, en mi vida, ella, Europa, me lo ha dado. Y por vivirla, quedé aquí hasta con mi jubilación suspendida 6 años por Ibáñez. Escribí gacetillas para periódicos. Una barbaridad de artículos que me “mantuvieron”.

Sigo otro día. Gracias, mil gracias, amigo mío.

Gabriela.

10 de septiembre de 1951

Mi querido compadre Tomic: Esta carta va a salir kilométrica. No se trata de mi viaje a Chile —ahora más imposible que nunca— se trata de consultarle a usted sobre una posible jubilación mía. Pocas veces he estado tan contenta como ahora con un país y una residencia o fijación. Pero... ¡Ibáñez está a las puertas! Y mi experiencia con él fue esta. Yo tengo adentro una Quijota y... me la cuido. Hace años, recibía yo en Europa —estaba jubilada y con muy poco— una carta de María Monvel. Su hermana era entonces la borrogana del Hombrón. En nombre de él, María me ofrecía una legación con añadido de palabras muy adulativas. Él estaba ya en plena dictadura y yo respondí textualmente que yo me quedaba con mis cuatro reales pero no me manchaba con la representación de una dictadura. Incontinentemente, mi jubilación fue anulada. Era entonces el Ministro de Educación nada menos que Eduardo Barrios, mi “hermanito” —así me llamaba: “hermana”. Eso duró seis años si mal no recuerdo y yo me exprimí los sesos escribiendo mera gacetilla —no hay un poema de esos años (sigo recibiendo las copias de esos artículos y van doscientos y tantos; faltan aún muchos). Palma Guillén me asistía también con parte de su sueldo de Profesora de la Universidad de México. Dios veló sobre mí, no mis compatriotas.

Nunca imaginé que el Caballo volviese. Pero tal ha sido, parece, la ruina de las finanzas bajo el otro fenómeno, que medio Chile —parece que hasta Uds.— vuelve los ojos al hombre del trío. Gente muy informada de Francia y de Roma, dicen que tres dictaduras están ya a punto de fun-

cionar unidas: la de Brasil, la de Argentina y la nuestra de Ibáñez.

Yo no he querido hasta ahora aceptar esta realidad. Pero anteayer he tenido una conversación de tres horas con el Dr. Grez, hermano de mi noble Jefe, el Cónsul Grez Alfonso, de Chile en New York. Me pareció hombre muy de fiar, serio, sobrio, sin nada de farsante. Y él me ha dicho, fundándome los datos, que la unión de radicales e ibañistas está hecha y que la suma aproximada de los votos asegura absolutamente el gobierno de Ibáñez (ya antes me han escrito de Chile que la candidatura del Dr. Cruz Coke no tiene).

Se me ha acabado la paz y, dando vueltas a mi problema, he acabado por ver que talvez pueda salvar a lo menos parte de mi sueldo fiscal con una jubilación que me conserve  $\frac{2}{3}$  o siquiera la mitad de mi renta actual. Yo comencé a trabajar, compadre, a los catorce años (parece fábula, pero es así). Estuve jubilada de cuatro a seis años, a causa, repito, del Hombre providencial. Parece, pues, que tenga derecho claro y notorio para jubilar sin que eso resulte ser una gracia del Estado —que yo tampoco pediría a G.V. por gracia sino por derecho. Consulto a usted, compadre, antes que a nadie. No pediré mi retiro desde luego, sino antes del avènement del sable. Pero dudo de si me lo dan o no y esto es lo que quiero saber.

Tengo un convite del Uruguay para ir allá y quedar allá. No querría volver a la lucha de vivir dentro de mi gente criolla. Aunque sé que Uruguay es un lujo moral del Continente, hay allí una tensión vieja entre colorados y blancos, y mis amigos de Uruguay son Jefes blancos... Me parece más sano, más íntegro, y más claro está, retirarme lisa y llanamente. Mi corazón se sostiene, pero da sorpresas tan

serias como la de Yucatán y otra de aquí. Quedarme en Europa, incluso con guerra, no me asusta. Suiza está muy cerca. Quiero solamente guardar mi tranquilidad personal. Si mi país se echa al disparate, al absurdo y al ridículo, yo no debo danzar dentro del régimen (este matrimonio entre comunistas y radicos con ibañismo me da vuelta los sesos).

No es por comodonería por lo que yo esquivo ir a Chile; es porque el estado de histerismo, de calentura, de adolescencia sin tino que palpo en gentes de algun tamano cuando los oigo. Parece que yo sea sin remedio “la chilena vieja” que no entiende la “droga política” y que no logra aceptar que el aceite se junte con el vinagre para hacer gobierno. Entiendo a los argentinos que con terquedad que se llama decencia vomitan a los dos aventureros y les dejan hasta robarles sus haciendas, pero no entran en la zarabanda de los pícaros asociados. Tienen razón: la pareja trágico-cómica est desahaciendo la mayor y la mejor patria sudamericana.

Cmo ir, compadre, de visita y andar en jales de fiesta sabiendo que una o diez veces debo dar la mano a gentes de esa “alianza”, de ese trío fatal y además vergonzoso para nuestros pueblos y aún para el Continente? Mejor es que me dejen libre, y limpia de toda situación equívoca. De ese viaje saldría el quedarme all adentro, bajo la égida del Hombrón, después de obligarme a saludar al Otro además. Yo he cuidado de mi decencia civil toda una vida, amigo mío, y eso me ha costado a veces unas situaciones próximas al hambre. Más me importa esa honra que mi fama de mera literata.

Perdone la crudeza. Dos hermanos se hablan así y usted es para mí más un hermano que un mero compadre. Excusas, y el cariño de vuestra Gabriela.

Nápoles, 15 de octubre de 1951

Archivar

Respetado y generoso Conde Sforza:

Perdone V. S. Estas letras que van a pesar en sus ya anchas y duras tareas.

Mi gobierno mandó dos delegados a la Conferencia sobre Inmigración. Yo asistí solo a dos sesiones, a fin de no invadir atribuciones... Y ahora necesito tener a la vista lo tratado allí. Porque V.S. pensase que mi pluma me sirve un poco para hacer llegar a los países latinoamericanos artículos sobre este importante asunto, yo debo usar algunos de los datos allí declarados y afirmarme en la información italiana de esa conferencia.

Por mi salud flaca, mi ilustre amigo, yo no me he puesto a las órdenes de vuestro Ministerio respecto de esta campaña en favor de Italia, la cual debe hacerse, *yo creo por la prensa* de nuestros países mismos. Ya voy mejor, aunque la fuerza sigue siendo flaca. Debo ir en poco más a Roma, a encontrarme con nuestra amiga la argentina Victoria Ocampo.

Si de algo puede servir, yo iré dispuesta a oír el consejo *y a seguir* las direcciones de vuestro Ministerio respecto a la propaganda organizada, *larga y a fondo* que creo se debe hacer en la América Latina. Pero si V.S. prefiere mandar a Nápoles a su informador que me de su consejo verbal y me

traiga los documentos de información útiles para mí, V.S. dispone y yo acepto sus voluntades evitando al Ministerio esa visita— Todos talvez están muy atareados a causa de la inquietud de Europa.

Mis votos por su preciosa salud, y mi decisión de ayudarles con ese problemón de descongestionar a Italia beneficiando de manera superlativa a nuestra vasta America del Sur. (Creo, mi respetado amigo, que lo que más falte allá sea una propaganda *ancha, hábil* y larga de prensa).

Prometo a V. S. que, si yo mejoro, estaré pronta para hacer una gira con ese fin y sin gasto para Italia, yendo de paso hacia Chile vía Buenos Aires y regresando por la vía Panamá. Esto permite visitar más países.

Mande a su servicio,

Gabriela Mistral

OFICIO DE GABRIELA MISTRAL  
SOBRE SU POSICIÓN POLÍTICA Y LA PAZ

Nápoles, 11 de diciembre de 1951

Al señor Ministro de Relaciones Exteriores Santiago de Chile

Señor Ministro:

Doy a US. la información detallada que no pudo ir cablegráficamente en relación con vuestro aerograma N° 4561 de fecha 7 de noviembre.

Mi posición en favor de la paz no dimana de partido político, pues no pertenezco a ninguno. Mi posición moral de pacifista es la reacción normal que la guerra levanta en una mujer, y particularmente, en una ex maestra y en una hispano-americana que sabe la estrechez de nuestros recursos y sabe también que las aspiraciones de nuestro gobierno son las de aminorar, con una política de salarios suficientes, de habitación popular y de cuidado de la salud pública, las deficiencias de nuestra democracia, que por ser un hecho de ayer, no puede estar madura (tengo una conciencia muy viva de cada una de estas finalidades, que son las del gobierno actual y que son también la aspiración cívica de cada chileno consciente).

Yo no ignoro, Señor Ministro, que hay algunos individuos que aprovechan de mi ausencia de Chile y del desconocimiento de mis ideas sociales para atribuirme maliciosamente cualquier color político, sea reaccionario, sea futurista. Soy para muchos una mujer que, por mero egoísmo, comodonería o conveniencia, no se interesa en la vida civil

y política de su Patria. Ahora, y dando el salto temperamental del criollo, esa leyenda se vuelve de revés y paso a ser una líder más o menos comunistoide. S.E. el Señor Presidente González Videla, sabe más y mejor que cualquier otra persona que yo soy “el fenómeno de una mujer sin partido político”, por cuanto él me conoció suficientemente en Brasil y vio allí, precisamente, mi alejamiento de esa gente. Mi índole refractaria al extremismo político no ha mudado y, por el contrario, se aferra más a su viejo concepto de que la política de los dos superlativos, el ultra-tradicionalista y el futurista, dañan a nuestra América criolla de Norte a Sur y le consumen los años o en una especie de calentura ecuatorial o en una inercia mortal.

Las leyendas presentes y futuras que allá adentro se confeccionen sobre mí, talvez se basen en este hecho: es mi hábito recibir a quien llega al Consulado o a mi casa, a tirios y a troyanos, a honestos y a ladinos y también a los que me detestan de un odio que es gratuito, pues apenas me han visto alguna vez. El conservador y el comunista son para mí lisa y llanamente “ciudadanos chilenos” que vienen a pedir información sobre el país en que trabajo. No me cuesta mucho darme cuenta de que a más de uno, o de una, no los trae sino la curiosidad de recoger mi “ficha política”, que no existe. Frecuentemente veo en estos averiguadores o bien la chispa maliciosa o bien... la cólera del empleo que sirvo. Esto es humano y especialmente criollo. Más de alguno me ha enrostrado mi prescindencia “egoísta y comodona” en lo político. Les digo: “Siento mucho no poder darles gusto; tengo una falta real de temperamento político”.

Es frecuente el que las visitas, sin cortesía alguna, me den largas informaciones sobre “el odio general que existe hacia mí en Chile”. Les respondo que trabajo para Chile des-

de la edad de quince años, que jubilé como profesora y que volví al servicio fiscal, porque esa jubilación no alcanzaba a costearme vida, médicos y medicinas, que mi carrera comenzó a los quince años, que estuve jubilada seis años y que tengo cincuenta y seis años de servicios. No estoy invalidada ni cosa parecida. Si el gobierno me manda jubilar, lo haré enseguida, pero no es cosa de obedecer el antojo de cualquier deseoso de vivir en Europa, que me acarrea miserias vulgares salidas de los circulitos literarios o partidaristas.

Yo me hago leer bastante prensa, señor Ministro, porque es mi obligación el informarme del continente europeo en cuanto a Cónsul y en cuanto... a habitante que vive sobre la costa misma. Ha estado aquí, en Nápoles, anclada frente a mi casa, una escuadrilla de diez y seis o más barcos de guerra americanos. La población parece haberse quedado más tranquila cuando ellos viraron... hacia Sorrento. Es una pena el que en toda Europa exista este mismo "recelo" hacia la única nación que está dispuesta a hacer, en caso dado, algo serio y costoso por los europeos libres. Esta reacción es la popular y la de un sector de la clase media también. Los dirigentes europeos, en cambio, se dan clara cuenta de que sus naciones no pueden por sí solas ganarle una guerra a Rusia, nación ultra-militarizada, y que ahora suma a sus tropas el enorme contingente chino.

Los chilenos alarmistas me aconsejan dejar a Italia. Les contesto que tengo ya visto para el caso de invasión un refugio de tierra adentro, en la provincia de Nápoles, que es mi radio.

Yo no hago vínculos aún con el elemento popular de mi provincia de Nápoles y no puedo todavía palpar su conciencia un poco. Pero me alivia darme cuenta de que este

pueblo, y no digamos el de Roma, ha ganado mucho en sensatez, en una prudencia fría que poco o nada tiene de la famosa “locura napolitana” de antes. Ha mejorado su tren de vida y los obreros pesan mucho sus conquistas de salario y su dignificación como clase. El problema de la habitación, o sea el de la “casa propia”, sigue siendo duro y pide largo plazo. Nadie desconoce la labor y la honestidad de los gobernantes de Italia y la crítica de la prensa, aunque dura y constante, no es venenosa como la de nuestros países tropicales, porque no puedo dar pruebas ni de torpeza ni de indolencia en los gobernantes. Por otra parte, el catolicismo, hasta hoy, refrena muchísimo los ánimos y sus fuerzas son anchas y respetables.

En todo caso, entre la Italia que me viví durante seis años bajo el fascismo y la de hoy, corre un espacio muy ancho: esto es realmente, hoy, aquí, realmente, una “democracia cristiana”. Pero los recursos para hacer lo que falta, para crear la justicia social a lo suizo o a lo americano, son fatalmente inferiores, a causa del exceso fenomenal de población que vive sobre un territorio mínimo.

Hoy yo leo en la prensa la primera noticia internacional alarmante sobre la situación europea: es la del estado de sitio en Egipto y el dato desnudo de que Rusia tendría ya puestas las manos, es decir, su influencia, en la enorme masa popular de ese pueblo hambreado por siglos y ayuno de cultura primaria. No es precisamente Italia el foco mayor de descontento popular: son esos puntos norteafricanos y coloniales, donde los líderes, talvez más comunistoides que nacionalistas, cuentan o creen contar con Rusia en el momento dado.

Todo esto, Señor Ministro, es todavía confuso de ver, porque el alma norteafricana, pariente de la oriental, resulta bastante secreta. La xenofobia norte y centroafricana, eso sí, es una tragedia viva. Los ingleses perdieron a la India principalmente por su complejo jerárquico y racial, que los hizo apoyarse allí siempre sobre la casta superior, la cual es muy pequeña. Nunca ensayó el inglés, en sus colonias, vencer la miseria rasa de ciudades y campos.

Durante mi estada en Francia —seis años— oí hablar del colonialismo democrático, que era el de Francia en Asia y Africa; pero los delegados hindúes y egipcios que acudían a las reuniones de nuestro Instituto de Cooperación Intelectual nada tenían de eufóricos al tratar de su vida colonial...

Perdone, Señor Ministro, la extensión obligada de este oficio. Dios guarde a US.

Lucila Godoy  
Cónsul en Nápoles

19 de diciembre de 1951

Caro Díaz Casanueva,

buen hermano con el que callo sin olvidarle. Mucha, pero mucha alegría me trajo su carta. Pienso que ya usted estará embarcado y que llegará a Génova en los primeros días de enero.

Yo deseo ir a encontrarlo a su puerto, pero nunca sé si puedo salir de esta casa. El frío me trae ciática o bien el corazón da sus señales fuertes. En todo caso usted va a hallar en Rapallo una familia ítalo-chilena de gente óptima: la familia Pendola, padre, madre, hijas. Hoy les escribo rogándoles ir a encontrarlo a Génova si es que yo no puedo ir. Trate usted en confianza al padre, Humberto, y consúltelo en los asuntos de las monedas porque es hombre entendido. La hija mayor me ha acompañado varias veces. Ella es la más inteligente. La otra también ha andado conmigo.

Va usted a buen solar. El Norte de Italia es muy civilizado y la zona de Rapallo-Génova tiene muchos antiguos residentes en nuestro Chile.

Que pena, Díaz Casanueva, no estar allí bajo su amparo y dentro de los suyos, de su familia. Yo dejé eso porque, después de Santandren, el Cónsul de antes, quien fue conmigo cordial y sano, llegó un pije, el Señor Silva Marcelo, cuyo contacto me dio miedo por lo venenoso. Pedí entonces venirme a Nápoles. Me da una gran pena, sí, mucha pena, perderlo como Jefe y haber perdido el Norte además.

Procuraré, amigo mío, ir a verle a Génova cuando ya Uds. estén instalados allá. Pero si estos días tan helados que estamos pasando mejorasen, yo iría a su puerto, a Génova.

Desde luego mi bienvenida la más fraterna al colega y al amigo de años. Nunca le escribo pero siempre me refiero a usted cuando se presenta la ocasión de tratar sobre nuestra poesía dentro de la cual, yo me lo sé muy bien, usted viene enseguida o lado a lado con Pablo Neruda (le doy la buena noticia de que Pablo piensa venirse a Italia, a Nápoles parece, mientras su santa mujer anda en la Argentina. Me temo que ya no le envían fondos a Delia, por un decreto “fatal” de Perón).

Veo a mi Margot y veo a la acostadita a la cual besé. Son Uds., están Uds. entre las gentes más limpias y señoras de la chilenidad. Le es más bueno y se cree una mujer entre Uds.; se sabe una a seguro y se les entrega.

Fíese a los Pendola y consúlteles cuanto necesite. El padre es un señor y las muchachas muy limpias de alma.

Hasla luego, amigo mío. Toda felicidad. En Nápoles conversaremos más tarde. Un beso para Margot.

Vuestra Gabriela.

Caros compadres:

Yo les dejo todo derecho a sonreír sobre estas cartas en las cuales yo me embarco —partiendo del Torito— en teorías largas de exponer. Es que lo suyo —el rumbo que tome— me importa mucho.

Desde el día en que leí la cifra —para nosotros pavorosa de 2.000 y tantos inventos —mayores y menores— logrados en EE.UU., yo hurgo en nuestra gente para entender esa pavorosa quiebra nuestra. No recuerdo bien si en otra carta yo he detallado claro y bien este asunto, que me parece casi de quiebra intelectual de una raza. En asunto tan ancho solo puedo tratarles un ladito. Este lado es cierto enviciamiento criollo-español en el pensamiento abstracto. Aunque este pensamiento debe ser el cogollo de la ideación, el zumo exprimido de muchas observaciones hechas sobre cosas objetivas, nosotros casi suprimimos la operación inicial con lo objetivo y concreto, y saltando eso, nada menos que eso, caemos en un pensamiento abstracto, a veces hasta brillante, pero que nos nace con alas y no con pies. Y aquí no se puede suprimir la marcha, el ejercicio, la ruta, o sea el encadenamiento de los hechos concretos, el 1, 2, 3, etc., el desarrollo pedestre, fatigoso, ordenado de una intuición, hasta que esta llega a verse clara, neta y larga como un camino largo.

El kinder alemán miraba, compadre, a enseñar la observación desde los... cuatro años. Nosotros lo desfiguramos

y solo vimos en él un juego de monos y una diversión para los chiquitos. Yo vi esta falsificación en Chile.

Es curioso que un poeta se vuelva enemigo de la imaginación, pero es que no se trata tampoco de esto, de la fantasía —creadora hasta en la ciencia—. Se trata de la mente criolla que no investiga nada a su alrededor, que no tiene curiosidad ni ganas de esto: la observación de lo próximo, los ojos fijados en algo: una planta no sabida, o una piedra rara, etc.

Me decía un catalán, profesor conmigo en EE.UU. (Middlebury College): “Cuando usted salga con sus alumnos americanos puede preguntarles por cada planta que usted no conoce. Ellos sabrán el nombre. Pero si se lo pregunta a un español o a un criollo, él le dirá “Yerbecita de los campos”...”

Y así era, compadre. Asimismo...

La educación superior de EE.UU. en lo referente a las Humanidades y especialmente a la literatura, es mala en varias partes. Ellos aplican también a esto un sentido utilitario que suele hacer reír... Pero lo otro, lo suyo, lo que viene del genio inglés o el alemán, el ver y palpar el mundo físico, lo botánico, lo zoológico y lo mineral, todo esto vive en ellos bien servido, siempre observado, hurgado, perseguido, hasta la posesión. Es lo que yo deseo para vuestros niños y para mi Torito en especial. Salidas al campo y en ellas el hacerlos distinguir pastos de pastos, y los arbustos que no son los de la huerta casera. Y el coleccionar piedras bonitas y feas, y el nombrar en los libros de animales cada bestia o pájaro. Yo no les he mandado nada de esto desde EE.UU., por la lengua. Pero aquí, aunque recaigo en lo extranjero, voy a mandarles lo que halle, aunque sea simple.

Recaeré en lo extranjero, mas el italiano lo leen los padres, ustedes. Aunque ninguno de ellos resulte un botánico ni un zoólogo, esto forma poco a poco la mente aplicada a lo concreto, que es la de los inventores y los naturalistas. Oí allá adentro a las madres —“Dejen esos monos”—. Y se los quitaban a los chiquitos, siendo que la imagen es el alimento de ojos y mente.

Nada más por hoy. Sigue en la prensa la preocupación tensa sobre Egipto y Suez. Es muy seria esa aproximación de Rusia a tal zona, mejor dicho esa “simpatía” demasiado visible... ¡Qué bien trabaja Rusia! ¡Y qué “a gatas” andamos nosotros y los occidentales!

Cariños de

Gabriela.

Cara señora y amiga:

No se enoje por mi silencio. Yo soy una pati-locas. Como no logré que me dieran una calefacción ni mediana en el apartamento de Nápoles, me vine a Taormina, donde hay sol, rico sol todos los días, ¡Alabado sea Dios! El frío me paraliza cuerpo y espíritu. Por esto, si algún día vuelvo a Chile, no podré vivir en esa capital, yerta en invierno y en el verano vuelta un horno. He revisado mentalmente los climas nuestros que conozco. Lo que más quiero, Magallanes, me dio por *sécula seculorum* el reuma que tengo. En Santiago sacrificué a la señora Errázuriz, quien no hallaba cómo calentarme el cuarto de dormir, siendo la calefacción que le pusieron en casa “la carabina de Ambrosio”. Nosotros ponderamos de más nuestro clima... o bien mi circulación de sangre es pésima, cosa que dicen mis médicos, o nuestro invierno... ceñudo.

Me impresionó tanto la muerte de Pedro Prado. Yo quería mucho a ese hombre; tuvimos una larga amistad que él trizó por chismecillos, de esos que envenenan la vida chilena. Pero él me mandó, antes de irse, un recado conciliatorio. “Somos la hierba del campo, que un día asoma y al otro desaparece”, dice la escritura y lo dice muy bien.

Sí, Sabat Ercaſty con Neruda —el chileno antes— son, entre los que conozco, lo mejorcito de la poesía hispano-americana. Gran honra para dos países pequeños que crecen por el espíritu.

Sigo esperando a Alone. Todavía vacila en venir, pero yo confío en que lo haga y he insistido en ello. Todo productor intelectual precisa de paz y de un poco de dicha, todos. El escribirá en Nápoles y en Sicilia ayudado por una vida dulce y un campo ídem.

Me da usted la primera noticia de que aquello del Premio salió. Es demasiado bonita esta nueva. Pero yo no he recibido aviso alguno de ellos. En todo caso, gracias mil por el mensaje anticipado. Me parece cosa extraordinaria y de una generosidad superlativa. Ojalá eso sea repetido con los escritores de hoy, de mañana y de siempre. Con ello pasaría a evitarse la dispersión fatal de la gente de letras, y salvaría a muchos. Nuestro Chile no es grande ni chico en lo físico y debemos tener, en todo tiempo, la honra de una cultura viva y de una creación literaria y artística sin caídas, constante y alta.

Un abrazo de su amiga y agradecida devota,

Gabriela.

Nápoles, 3 de Julio de 1952

Querido Roger Caillois:

Los asuntos que me trae tu carta muy apreciada son tantos y tan inteligentemente vistos que te los iré contestando poco a poco. Pero voy a empezar con lo más crudo y urgente. Roger: a mí me escriben bastante los escritores jóvenes que son precisamente el elemento del gremio que más debemos observar. Cual más cual menos todos tienen una cólera sorda y muy natural respecto de un hecho sin apelativo, pero que es general en la América nuestra: periodistas novicios, ensayistas buenos y a veces excelentes y hasta viejos escritores que no están ga-ga, viven por años de años escribiendo gratuitamente para los periódicos chicos y medianos de las provincias y hasta para los grandes...

Hay en cada país nuestro un grupito de hombres maduros y de viejos que escriben gramaticalmente bien, casi siempre sin novedad alguna y que no tienen lectores sino en el viejerío... Este bloque nada chico acapara literalmente los diarios más o menos buenos. Ellos sacan su recurso de vida casi siempre de un sueldo fiscal por un cualquier empleo grande o pequeño y como no hay moralidad económica alguna en las capitales de provincia y a veces ni en las capitales de los países criollos, tales diarios llenan con esta colaboración gratuita la mayor parte de sus páginas. Y es tal el deseo de estos viejotes de escribir y publicar que los periódicos aceptan, adulan y cultivan a tal grupo de colaboradores eternos y gratuitos.

He observado en algunos países nuestros que la cultura literaria de los muchachos ha subido bastante de calidad; suelen leerse críticas o estudios ingeniosos, maduros y sustanciales de ellos. Después de unos años de no ser pagados o de recibir una cosa que llaman gratificación de su periódico casi todos ellos entran en un clima espiritual ácido, rencoroso y... comunista. Cuando puedo “seguirlos” un poco me doy cuenta de que acaban por entregarse al extremismo “a todo trapo”, con un fuego vivo y con un rencor cuyas consecuencias serán pésimas.

Comprendo perfectamente el escrúpulo de la “UNESCO” para dirigirse a individuos y a empresas. Yo estoy dispuesta a escribir esos artículos, pero naturalmente ningún diario aludido querrá publicarlos. Te pregunto, porque sé que ustedes tienen un registro de publicaciones, si habría unos tres a lo menos adonde mandar lo que yo escriba sobre esta *orfandad de los escritores*.

El asunto, Roger, es mucho más serio de lo que tú puedas pensar. Se está creando un ejército de jóvenes talentosos y llenos de amargura, cólera y odio de clases. Y esta cosecha de veneno tendrá consecuencias nada lejanas.

¿No pueden ustedes, a lo menos unas cuantas veces al año, solicitar de los mejores entre esos muchachos algún artículo sobre asunto *que no provoque en ellos una escritura tocada de política?*

Además de la necesidad de ganar dinero alguna vez con lo que escriben, hay en estos mozos una ansiedad caliente de *ser conocidos* y porque se publique algo suyo en cualquiera revista con prestigio, incluyendo a las burguesas. Tal vez

fuese dable encontrar ciertos temas que por su índole no se presten a hacer propaganda política.

Tú sabes que nuestros Gobiernos han dado protección muchas veces a jóvenes de valor. Gracias a eso se salvó de vivir en miseria, aquí en Europa, Amado Nervo. La odisea de Darío fue un turno de hambrunas y saciedades. Pero ahora en la calentura de politiquería y odio que vivimos, este asunto se vuelve más y más desventurado. Los premios literarios van aumentando de número y de valor; mas esto mismo se tiñe de política en algunos jurados sudamericanos.

Me hace falta de hace tiempo leer una novela o un libro de versos en el cual se vea y hasta se huelga el campo criollo. Este asunto sería magnífico para un concurso. El tema de la mina resulta casi una palabra maldita, porque en la mayor parte de ellas el asunto es una brasa y quema. Haría también para un concurso el tema de la infancia de un niño criollo o indio, pero de un niño chiquito, Roger. Porque la adolescencia es asunto tremendo.

No tengo nada sobrado mi tiempo y te escribo bajo un calor horrible, pero me importan tanto esos problemas que te mando un "cartapacio" pidiéndote de ello perdón. Recuérdame que dejes sin tocar otro tema chiquito: las visitas colectivas de grupos de maestros que ahora vienen a Europa, visitas a la UNESCO. Aquí me suelen llegar sesenta maestros chilenos. Recuérdame esto.

Te mandaré por separado la respuesta sobre la reunión con Thomas Mann y otros dioses. Agradece mucho su recuerdo de mí al Pen Club. Es la más simpática de las instituciones. Naturalmente si me invitan procuraré ir. Pero si se realiza en este mes de calor infernal no podría asistir,

Roger: la presión arterial más el corazón gastado de viejo  
me dan de pronto unas malas sorpresas.

Un abrazo de mi viejo cariño

P.S. Si es posible lee esta carta a nuestro Director Z.B.

1952

(Confidencial)

Viejo compañero de su hermana vieja:

Me han llegado dos artículos sobre el asunto Neruda. Son, parece, del Mercurio y del Ilustrado. Me falta tener lo que se haya publicado sobre lo mismo en los diarios de izquierda. O en revistas. Es mucho lo que le pido, pero mi caso es el de persona que no tiene en su patria sino a una buena alma de mujer, también vieja, que lee poco y no anda por las casas para oír... lenguas sueltas.

Esta confabulación chiquita y grande a la vez de dos periódicos no es cosa banal. El odio de Maluenda me lo sé desde hace mucho y creo haberle tratado esto a usted, hace tiempo (jamás le hice nada fuera de existir, E. B.). Pero creo que esta vez hay la confluencia de lo oficial con lo... mercuriano. (Dicen los astrólogos que Mercurio es planeta de mal augurio para los ahijados de los otros planetas. Parece que sí).

Usted, hermano, entiende cabalmente el que una persona que escribe, más un cónsul de Chile, reciba a P. N. —chileno en grande— cuando llega a su oficina. Ni siquiera viene seguido aquí Pablo; viene su pobre esposa, muy de tarde en tarde y siempre por asuntos vulgares que no tocan ni de lejos al Gobierno del Sr. G. V. Nunca me quisieron ni Pablo ni Delia, sobre todo ella. Les recibo con la cortesía que se merecen, más el afecto admirativo que he sentido y

probado a Pablo desde... que tenía 14 años! Me llegaba al Liceo de Temuco a pedirme libros. Vino más tarde su comunismo y conjuntamente su carrera literaria maravillosa. No me quiso más y, según el relato de gente española de toda calidad moral, mi echada de Madrid, cuando era cónsul allí, fue obra conjugada de G. Lorca y Neruda. Aquel lo quería mucho y sabía a la vez mi choque con la frenética gente republicana y... la monárquica también, con esa pareja de desenfrenados que solían matarse en la puerta de mi oficina. Yo había prometido ya a G. L. y a Neruda permutar mi cargo en Madrid con el de Pablo en Barcelona. Porque yo quiero a vascos y a catalanes y no tenía choques con ellos. Tardé en verificar la permuta por meras razones de mi torpeza para una mudanza y porque, sobre todo, la permuta no llegaba desde Santiago a Madrid. Entonces, según mi informante vasca, G. L. y Pablo obraron de conjunto y me llegó el corte oficial de mi exequatur español, determinado, según tres versiones, por mi carta que publicó Marta Brunet y por el pedido de G. L. a su íntimo amigo el Ministro de los Ríos.

No me ha costado nada, pero nada, Barrios, perdonar aquello: G. L. era un temperamental, Pablo un enamorado de la España-España y no de la Cataluña-provenzal y... civilizada de veras. Dejé Madrid sin pena. Vivía ya espiada incluso por el portero del edificio. Un pobre hombre monárquico, novio de una amiga mía colombiana, me hacía todos los “mandados” en aquel Madrid que nunca supe ni pude entender, loquera suelta, mar de unos odios africanos dentro de la misma República; la cual nació tarada de eso, de un frenesí peor que el de nuestros pueblos tropicales. A las puertas del Consulado un madrileño no borracho había cogido por los senos a la esposa de Enrique Délano, Secretario del Consulado. Vi a éste cargarla por las escaleras, desmayada y desgarrada en el pecho. Yo había pedido

ya la permuta a Santiago por todo lo dicho más el hecho de la denuncia de mi “espionaje” de la república... El corte fue cumplido, me dicen, por pedido de G. L. a su Ministro y amigo, y además por mi reputación de indigenista —y esto es inefable—, de monárquica, en cuya casa este partido “solía reunirse”... El mentidero español en pleno. Me fui a Portugal. Allí sería “una tremenda espía española y republicana”. Mis dos criadas más un secretario, español escapado hacia Portugal, cobraba sueldos por su menester. Tres espías para una mujer...

Portugal me invitó más tarde a volver allá, “como huésped de honor”. (Habían descubierto que soy católica y que la República Española me había echado y estaban felices...) Ay, E. B., ay la latinidad. Es un guiso de locura y de odio, una especie de urticaria desesperada y a la vez banal, un amasijo de pobreza y pereza y, sobre todo, una imaginación febril y descontrolada más una soberbia infantil (y rompe platos) y grotesca, que vive rompiendo sus propias porcelanas históricas, sus grandes santos y sus creadores. A nadie vi ser feliz en esa España del momento y caí en el tedio y la fatiga de su vicio murmurador y del desuello de sus tirios y sus troyanos a la vez.

Vuelvo al asunto Neruda. Poco vienen aquí a la casa-consular suya Pablo y Delia, a pesar de que se les recibe con el mayor afecto y con cabal distinción. Delia se fue a Buenos Aires, creo que para obtener dinero suyo. No dejan salir dineros los Perones. Pero el fervor de esa buena mujer por Pablo, más el Buenos Aires de sus relaciones sociales, tal vez logren algo. Pablo sabe que, en todo caso yo les valdré. Usted también, usted que lo quiere, descanse en esto. En lo personal y en lo oficial, yo haré por ellos lo que esté en mis manos hacer. El deber no es hazaña.

Me he quedado boba leyendo los dos artículos Ilustrado y Mercurio respecto de algo que sería un pacto o tramoya político entre Pablo y yo. Nunca “he dado color”, Barrios amigo. Por.... no tenerlo. Y esto lo sabe mejor que nadie el Sr. G. V. Y sabe más: sabe cómo echó su odio de patrón sobre mi cabeza flaca de Cónsul de tercera clase, a causa de que tuve que hacerle llegar los peligros que corría en Brasil respecto a su izquierdismo rojizo y sus reuniones con una tropa de extremistas en la mera Embajada. Vivía yo con doña Hortensia Rio Branco, hija del Barón, ya muerto. Era mi ahijada de casamiento un nieto del Barón, y ambos trabajaban en “Itamarati” (es decir en el Ministerio mismo de Relaciones Exteriores). Ambos, después de muchas vacilaciones, acabaron por hablarme sobre el peligro de que Itamarati interviniese a propósito de las reuniones subversivas de nuestro Embajador, que apoyaba a los líderes aquellos de los colores blancos y negros, y los aconsejaba y los protegía. Tardé meses en masticar semejante diligencia y comisión. Y un día fatal vacié todo lo sabido ante mi Rey y Señor, aún sabiendo que yo era para él una especie de tonta reaccionaria que escribe “esas bobadas de versos y nomás”. Le pedí expurgar en esa gente y cuidarse del auto oficial del Gobierno que le seguía a todas partes, más de los espías disfrazados de extremistas que asistían a tales reuniones suyas con la “racaille” de Río. Después de semejante diálogo, yo pasé a ser odiosa para ese Rey criollo. Era su slogan éste: “ustedes, brasileños le dan tamaño a una mujer a quien nadie mira ni hace caso de ella en Chile”.

Supongo que esa publicación del Mercurio esté ordenada por el ídem del Ilustrado. Y lo que vengo a pedir de usted, E. B., es esto: saber a dónde van, qué buscan allá con esta picardía de asimilarme a Pablo en las ideas. Yo no sé el ABC de la política chilena. G. O. no me odia; pero sé tam-

bién que G. V. no respeta a los jefes y que su comando es absoluto.

Yo recibiré cada vez que él llegue aquí a P. N., primer poeta de nuestra lengua hoy, y persona aceptada con distinción por cualquier escritor europeo de primer orden. Es Pablo un chileno patriota hasta los huesos a pesar de todo su comunismo... literario, porque se vincula hasta con la aristocracia chilena, por chilenidad, pues el chileno acepta, sin esfuerzo alguno, como por vocación y hábito, al grande y al chico. Grandes compadres y comadres que somos, criollos fáciles, compadristas y fraternales. El que tanto P. como su mujer no me quieran, es mi destino chileno. Tampoco me quieren de allá adentro y el saber esto no me envenena, he acabado por creerlo una orilla de mi destino y del Destino con mayúscula también.

Repito mi ruego de que usted me informe de lo que allá siga y no solo en ese diario enemigo —Mercurio—, sino en los demás y en las revistas también. Quiero saber, porque apenas entiendo el absurdo de la sospecha comunista respecto de mí, persona apolítica si las hay, y porque sé que, al igual de todas las Legaciones, la italiana informará a su Gobierno y mi amigo el Conde Sforza sigue enfermo. (Es el Ministro de Relaciones Exteriores. No conozco a su reemplazante todavía).

Escríbame bajo sobre para Miss Doris Dana. Vive en mi casa esta Profesora americana y me cuida como una hija. Es la discípula más querida de Thomas Mann. Así es como una yanqui vive por tiempos con esta... comunista, fabricada ahora por el Sr. G. V. su jefe y señor.

Un abrazo y... mil excusas.

Gbr.

¿1952?

Caros Delia y Pablo:

Hoy embarco para la tierruca. Tengo el recuerdo de una conversación malograda con Uds. dos. Iban a contarme un asunto colombiano o peruano y yo injerté otro asunto y aquello falló. Solo recuerdo que el tema era... una insultada que yo creía peruana, pero que parece haber sido *colombiana*. Un recorte que yo he recibido *aquí* da la medida del asunto, pero yo creo que la campañita lleva varios artículos y yo los ignoro todos menos uno.

Para que podamos hablar en paz, Uds. talvez puedan hacerme la gracia de llevarme a vuestra casa y procurarme que no reciban otras visitas.

Hasta hoy, yo he pensado que se tratase del Perú; ahora casi sé que es de la bella y estupenda etc., etc. Colombia.

Dos veces yo he tenido alojados en mi casa —y por meses— a gentes de ese país de mil o más literatos. Eran dizque expatriados y seguidos por sus enemigos etc., etc. Solo recuerdo el nombre “Martínez Mutis”: el del otro no lo retuve. La medida de la gratitud de ambos la da el hecho de que nadie haya respondido ese hato de injurias que solo he leído ayer. —Pero esta carta no es para hacer comentario porque salgo hacia mi barco en una hora más. Es para decirle otra cosa:

Nuestros ilustres representantes en el extranjero, que viven con frecuencia ociosos ¿pueden leer semejantes textos publicados en diario local y quedar con su lengua pegada al paladar? Yo, ni mi pobre vista extranjera sí he defendido a extraños de la xenofobia indecente que vaya caminando sobre nuestras naciones *casi todas*.

¿Sabe usted el nombre de nuestro embajador y el del Cónsul General nuestro *por el tiempo del suceso este*, cosa realmente de escándalo puro? Si los sabe, favor de dármelos, porque yo quiero tratar este asunto a quien pueda y me quiera oír.

¿No se ha dado usted cuenta *cabal* de que cada cónsul a los cuales va usted a visitar, a veces por pura cortesía, resultan una especie de monarcas *asiáticos* que apenas nos responden el saludo o nos *pasan* al pobre empleadito que no nos ayuda porque no entiende el asunto o no puede ayudar...? Tiembla de hacerlo aunque se trate de una nonada. \*Durante los seis años del pasado gobierno del Sr. Ibáñez yo, además de tener mis sueldos suprimidos *no tenía pasaporte*. Para salir o entrar de un país yo iba en el pasaporte de Palma Guillén como... su secretaria. Era ella la secretaria mía... Cuando lo vea le contaré la razón del hecho de mi eliminación del servicio, que fue cómica y duró esos seis años. Denme su dirección. En vuestra casa solamente podremos hablar largo, sin que se nos *encajen* los extraños. Que no vuelva a pasar lo de antes. Tal vez yo logre irme al campo. Nadie entiende el que yo, crecida en puras aldeas, me sienta bien solo en el campo y entre su gente. Hasta pronto.

Un abrazo. *Gabr.*

Enero de 1953

Dulce María:

Le escribo en un día antes de partir hacia Cubita bella. Estoy en cama por una pequeña herida diabética, pero tengo fuerzas para llegar pronto a su tierra. Tal vez usted sabe que pedí ir a Cuba. Los empleos de La Habana están ocupados y pedí, por no dañar a nadie, ir a Santiago de Cuba. No sé todavía, querida, el barquito que tomo.

Me llena el corazón una gran dulzura el pensar que su patria puede ser el final de mi vagabundaje. Porque ya es tiempo de que yo sosiegue, y en lugar donde tenga lo único que hace bien a mi cuerpo y a mi alma, y esto es la tierra verde.

Todavía es una incógnita para mí el hecho de si es fácil o difícil hallar habitaciones en Santiago. Doris (Dana) tendrá que cargar con esto del ajetreo en busca de eso. Me hace mal andar mucho y andar rápido.

Si es posible que usted me recomiende a alguna persona de Santiago —o a dos—, yo le sería muy agradecida a esta ayuda. Espero encontrar alguna agencia de casas que sea honrada y no me suba los precios. La gente me trata como a persona rica, pero ¡ay! aquel Premio Nobel lo robó totalmente una puertorriqueña, mi secretaria. Yo vivo al día, es decir, yo vivo de mi sueldo. Y esto es todo.

Necesito, querida, solamente esto: un comedor, dos dormitorios y un recibidor o sea saloncito. Pero, sobre todo eso

un pequeño huerto. Cuidar plantas es el único trabajo que he hecho con alegría y hasta pasión en este mundo. Pero el destino torcido e ingrato que ha sido el mío, nunca, querida, nunca me ha dejado vivir en paz y dicha delante de una tierra verde. He tenido cosas que no me gustan ni me importan, nunca lo que ama mi corazón que sería lo que tal vez sanase mi cuerpo. Yo creo en el karma, o sea en el destino, como los griegos, y pienso que es mi karma el que, por culpas mías de otra vida, no me deja sosegar delante de una tierra verde.

Voy a su Cuba por dos únicas cosas: hablar con usted todas las veces que pueda hacerlo y buscarme —por mí misma— ese rinconcito de pastos y de arbolitos.

No recuerdo nada de Santiago de Cuba, solo sé que tiene mar y esto es para mí una fiesta. Me mandaron a N. Y. pero yo no puedo con esto y lo dejo sin ninguna pena.

Dios les guarde la salud y la dicha a ambos. Un abrazo fiel de su

Gabriela.

8 de Agosto de 1953

Queridas mías:

Ustedes no saben que las noticias de ustedes me traen siempre alegría.

Ahora mi correo no es ya criollo: es natural que mi gente me deje a causa de mi silencio. Pero yo no tengo que callar una cosa: que veo mal, que veo poco. Y callo porque a los empleados que no tienen vista o tienen muy poca, los cesan sin más (ustedes guardarán esto mío como cosa propia).

Recordará usted tal vez que este Señor, que es mi patrón, me cesó por 6 años cuando fue su primera presidencia.

Me ha conmovido mucho su artículo sobre V.O. (Victoria Ocampo). Estoy bastante preocupada por esto: ella en su última carta me anunció su viaje para acá como cosa inmediata. Y no llega, querida, y no hay carta última tampoco.

Yo hice por ella algo, lo único que podía hacer, fui a ver a su Embajador y le pedí la licencia para su viaje. Me la acordó enseguida. Es un hombre seco y helado. Yo avisé a Victoria lo del permiso para que ella venga aquí, a esta casa, y ella puso un cable agradeciendo y aceptando. Pero ni llega ni hay carta reciente de ella.

No se me ocurre nada nuevo, querida. Había pensado que una invitación oficial de Francia, pudiera sacarla de su país. Conozco solo a Bidaut, pero, pero, es un hombre que

bebe mucho y sospecho que no lee sus cartas y que resuelven sus asuntos los secretarios. No conozco a éstos.

Adhesiones a Victoria y pedidos sobre ella se han hecho muchos. Querida: Siga usted. Sigamos lo que pase allá. Es muy difícil, pero es posible. La cuestión está en no dejar este asunto muerto u olvidado.

El mayor amigo de su Presidente es el mío pero... ya sabes que no soy persona grata en la Moneda.

Podríamos hacer una “presentación” a su Presidente mismo, el argentino, muchas mujeres, a lo menos 3 ó 4 de cada país, con el dato de la nacionalidad al pie, o al lado de cada nombre y además con los títulos expresos de cada una. Para que aquel “primario” sepa que le pide gente culta y conocida. Se pudiera también hacer una manifestación pública en cada país del mujerío. Evitando la crudeza en los discursos. Aquí la Argentina no es país grato, no se le quiere. Lo único que veo es que han fallado los cables y las cartas a P. (Perón) y las presentaciones como la mía y la de otros. En Francia se ha hecho algo parecido a una campaña, querida mía. Siga usted pensando y dígame sus ideas. Yo soy una pesimista respecto del caso de Buenos Aires. Como del caso chileno. Ayúdeme con sus ideas.

Solo veo que lo que queda por hacer es apelar a los presidentes de nuestras repúblicas. Contésteme sobre esto, dear.

Queridas: me da una gran tristeza el observar desde lejos que no hay progreso moral en nuestros pueblos criollos, que se viven cosas cien veces vividas ya.

La Argentina me duele como una llaga propia. Yo he querido mucho a ese país, mucho.

Por si yo no pudiese llegar a alcanzar a Victoria le ruego hacerle llegar este recado: “Que la esperamos aquí Doris y yo y que ella no tendrá gastos que hacer acá. —(Yo sospecho el que no la dejarán sacar fondos de sus Bancos). Añadir que si yo no alcanzo a verla por estar en Cuba o en Canadá, ella tendrá aquí la casa —muy grata— de Doris y yo vendré a verla desde Cuba o ella irá a Cuba donde la esperaré.

Le daré a usted desde Cuba mi nueva dirección. Viene el invierno y tal vez yo no esté en La Habana sino en Santiago de Cuba. No sé aún mi hotel, pero la gente cubana me conoce y su carta me llegará.

Chiquita mía, no sobra el decirte que si escribes a quien sea sobre este asunto de V.O., tengas gran cuidado: los soplones abundan y yo creo que, además, el gobierno argentino procurará saber todos los movimientos de Victoria. La reserva es necesaria. El ejemplar de representante argentino que vi —su Embajador— me dejó la peor impresión de hombre emboscado, hostil y sin finura alguna.

Respecto de Consuelo Saliva —este es su apellido— obra según su apellido. No ha dejado vileza por hacer. Además de robar todos mis ahorros, absolutamente todos, se puso en la escritura de una casa mía como co-propietaria y Palma tuvo que pagarle el valor de esa mitad de la casa para poder liberarme de ella.

Vuelvo a Victoria. Me preocupa el caso de su porfía para retardar su salida. Su patriotería me vuelve casi tímida para decirle mi opinión desnuda sobre su Embajador aquí

y sobre el punto, el grado de asombro y de miedo por ella que me ha dejado ese hombre.

Escríbele, hijita, con gran cautela —su correo debe estar intervenido—.

Podemos inventarle un convite por franceses o por yanquis —mejor por europeos tal vez— a fin de hacerle más fácil —y fundada— su salida. —Lo único que yo sé es cosa vaga: el gobierno argentino cree en un grupo de gente de la sociedad argentina, que opera contra el régimen y hace reuniones secretas. Miran esto como un delito y están locos de rabia. Yo espero hablar aquí con Bidole antes de irme. Es jefe alto en el Ministerio. Tal vez me dé alguna idea buena y útil. —Yo tengo una salud bastante pobre, pero no estoy en cama. Cuida de mí una personita excelente cuyo nombre y señas te doy porque puedes necesitarla: Doris Dana. Ella sabe de ti, linda alma, y atenderá cualquier cosa que tú le encargues para mí, incluso cartas que no puedas dirigirme antes de que yo tenga paradero. (No me trates de usted por favor).

Ahora lo principal: ¿yo no te he contado mi tragedia de Brasil? Yo viví casi cuatro años y estuve siempre con mi casa vigilada por un policía. Yo tuve toda mi correspondencia intervenida —abierta y vuelta a cerrar—.

Ellos me miran hasta hoy, en cualquier parte, como un ser que sabe ahora entera la tragedia de Yin, que la sabe al fin “por la banda misma que envenenó a Yin”. Pero voy a procurar desde hoy y seguiré esto en Cuba, para donde salgo mañana, procuraré obtener de mi Gobierno el que ese pedido en tu favor lo haga él mismo. Son estas cosas que necesitan tiempo para madurar. Tenme paciencia. Hoy voy a comer con mi Embajador y le daré el primer empujón.

Es un hombre inteligente y bueno. Escribiré también a mi Ministro de Relaciones. No lo conozco. Ignoro de mi país actualmente casi todo. No me dan noticias oficiales por lo que saben del Presidente en relación conmigo. Así y todo, el viejote no me hace nada malo todavía. —No te extrañe el que tu país —o tu Gobierno— no se den cuenta cabal de tu valer para un cargo consular o diplomático. En todos nuestros países las mujeres de edad no contamos... porque no somos p. (Perdona el vocablo). Pero creo que hablaré en Santiago, a una, dos o tres personas, que obtengan esto. Dame un tiempesito. Saldré pasado mañana hacia Cuba.

Ese país está más infeccionado de comunismo que los otros y yo espero vivir en el campo. Solo éste me deja escribir en paz y junto con el mar, solo él me da inspiración. ¿No querrías tú venir a Cuba? Yo te mandaré tus pasajes y los de tu compañera si es que veo y siento que el calor no me daña... espero hallar una casita sobre el mar. Doris no puede ir conmigo: está en un trabajo importante. Te pido el plazo de más de un mes para recorrer esta isla que quiero, que me gusta pero que es demasiado cálida —no para ti, para mí—. Me gustó mucho Canadá. Si veo a Cuba difícil (por su politiquería) me iría a Canadá, país muy civilizado y señorial sin orgullo. Si tardo en escribirte será que ando con el afán de casa —detesto los hoteles—. Yo sería muy feliz de vivir con ustedes.

En el caso de que Cuba esté difícil y Canadá muy frío, pediría la isla Bermuda, de clima excelente, dicen. Pero es inglesa y yo no sé inglés y no quiero cansar mi pobre cabeza con otra lengua más. Sé francés, italiano y portugués. Un abrazo grande para las dos.

Gabr.

¿1953?

Caro Alone: Buenos días. Que el día esté allá tan lindo como para que usted tenga paciencia con esta carta mía.

Yo estoy esperando a una amiga inglesa con vida americana para consultarle el asunto de Victoria Ocampo, pero estoy tan inquieta hoy con respecto de Victoria que me pongo a escribirle a usted. Sea mi confesor esta vez y calle absolutamente este asunto.

Yo obtuve del Gobierno Argentino el que soltasen a Victoria. Pero esto era solamente la mitad del asunto; la otra mitad era obtener que ella pueda dejar su país. No hice nada por esto a causa de que ignoraba que nadie sale de allá sin previa licencia del Gobierno, o de la policía. Y hoy el *Times* trae tal información de lo que allá ocurre que me doy cuenta de que habría que traerla acá, y lo más pronto posible. Si esto no anda, habría el que ustedes la invitasen a Chile por conferencias.

Sería fácil para mí, Alone, conseguir una invitación de Inglaterra o de Francia, pero creo que ella debe estar más cerca de sus intereses para acudir en caso dado.

De otro lado, hay la cuestión de que ella no debe salir como huída y solo se me ocurre que deba salir como invitada por alguna institución nuestra que sea conocida y respetable. La invitarían Uds. a dar conferencias sobre Literatura argentina de preferencia. De este modo, si se echasen sobre sus bienes ella estaría cerca para defenderlos. Además, talvez es

más segura la visación de su pasaporte si se trata de Chile. Hoy mismo mando carta a gente uruguaya por si lo de Chile fallase o por si Victoria prefiere estar más cerca para defender sus bienes. Un viajero yanqui me aconseja esto ¿Piensa usted como yo, Alone, que allá en nuestra tierra no la moleste la gente oficial? ¡Ay, acabo de saber que yo vuelvo a tener como Ministro de Relaciones al que hace años me anuló la jubilación y me dejó en la aventura de hacer periodismo por seis años para comer y pagar arriendos...

A todo esto yo ignoro si Victoria quiere dejar su país; tal vez piense que el ausentismo suele resultar lo peor en estos casos.

Favor de contestarme y, además, de escribir a Victoria pronto porque si eso no le agrada —*et pour cause*— yo haría otra diligencia aquí con cartas para Europa sobre lo mismo.

Va el recorte del *Times* para que no me halle usted alarmista. Están pasando en este pobre mundo cosas muy raras.

Hoy escribo también a Francia por si ella prefiere un país europeo.

Devolverme enseguida, por aéreo, ese recorte. Lo necesitaré aquí si ella resolviese venirse, para obtenerle alguna comisión de conferencias.

Voy enseguida a hablar con mi Cónsul General sobre la cosa alarmante del cobre que viene también en el diario de hoy. Esto es serio para nosotros. Ojalá haya regresado Rockefeller; andaba lejos. (Esta diligencia me la pidió el Cónsul hace mucho; pero pronto me dijo de no ir porque “las cosas se habían arreglado ya”). Una noche este gran

señor llegó a mi casa de Brasil a... preguntarme una hebra de cosas respecto de ese país. Fue una visita de tres horas. Es hombre muy inteligente. Lo que temo realmente es aquello de lo ocurrido en el comienzo de este gobierno nuestro: aquel discurso respecto de EE.UU. Me quedé atónita al leerlo.

Ahora otra cosa: me dice Tibor Mende que allí van a publicar un libro suyo —de él— ¿quién lo ha traducido? Es persona que cuida mucho del asunto traducciones. Solo ahora nos hemos comunicado. Yo le debo mucho y me importa el que tenga un traductor digno de él.

Espero salir pronto para Cuba. Junto con llegar el invierno cae el reuma a mis huesos. El Cónsul general creo que informará a favor mi pedido de licencia.

(Vuelvo atrás). Es algo de valor para todos nosotros el que Chile pase a ser país de traducciones serias, es decir de divulgación de libros de valor. ¡Hay tanta bobería que se publica en nuestros países!

Un abrazo fraternal de su agradecida Gabriela

¿1954?

Queridos amigos:

Doris y yo estamos preocupadas por no tener noticias últimas de nuestra Raisa. Pedimos dos líneas *para saber de ustedes*.

Gabriela se permite, en cuanto a persona de poca salud, aconsejarles un cambio de médico. Doris y yo hacemos esto, y siempre con buen resultado. Cuando un médico no alivia, a lo menos a su enfermo, ya no hay sino ensayar otro. Gabriela *vive esto* y solo por este método llega a encontrar uno que la alivie o la deje en un estado que le permita trabajar todavía. Y Gabriela, a causa de su larga experiencia con médicos buenos o malos, ha obtenido *algo*, siquiera *algo* de ellos.

¿Querría nuestra querida contarle a Gabriela con detalle su dolencia? Si ustedes no pudiesen venir a esta ciudad, nosotras consultaríamos con uno de los médicos mejores de esa especialidad. No hay ninguna necesidad, si ella sigue mal, *de viajar, de venir acá, talvez*, seria cuestión de mandamos *por escrito* los detalles.

Gabriela cree en esto porque lo ha vivido. Su profesión, cuando la fija en un lugar y no le valen los médicos de ese lugar, ella la elimina por dos a cinco meses y ensaya el país vecino y siempre este régimen le vale. Digo yo (G.) al que no ha servido, que le doy las gracias y busco con paciencia otros...

Si nuestra enfermita no halla en ese lugar uno que le valga y la mejore, ella lo despide muy cortesmente y nada más... ¿No querría nuestra enfermita hacer lo mismo hasta encontrar alguno que posea la gracia de comprender *su mal* y sobre todo *su naturaleza*, la de ella? Llegó aquí no en salud, le buscaron médico conocido y que se interesó por su tratamiento y ya se ve mejor, puede leer y escribir casi todos los días.

Esta Gabriela tiene ya muchos deseos de transmitirle este consejo a nuestra enfermita. ¿Qué dice ella de esto? Esperamos su respuesta *pronto*, porque talvez salgamos después. Gabriela tiene su casa en California y debe ir a ella para ver si se la cuidan los que la habitan. Ella desea saber si la enfermita se siente mejor en lugar tibio.

Les recordamos día por día y deseamos verlos.

Recuerdos de estas dos personitas que les piden darles noticias de ustedes con alguna frecuencia.

Manden ustedes a sus devotas amigas que los recuerdan día a día,

Gabriela y Doris

4 de enero de 1955

Gracias, amigo mío, por su carta.

Usted no debe robarse tanto tiempo para despilfarrarlo en mí. Con una cartita me contento y la gozo y saboreo una semana entera.

Usted es de los escasos que ha entendido que Lagar no puede ser la segunda parte de Tala, así como Tala no lo es respecto a Desolación. Hay quienes nos quisieran cadena de eslabones gemelos, nunca capaces de variar la forma, el tono, la visión. Pero una es criatura de Dios y, por lo tanto, voluble y sorpresiva.

Después de Yin, la vida mía es Lagar. Escribo poesía porque no puedo desobedecer el impulso, sería como cegar un manantial que pecha en la garganta. Hace tanto tiempo que soy la sierva del canto que viene, que acude y que no puede ser sepultado. ¿Cómo sellarme ahora? No hay lacre tan espeso ni cera tan densa para sofocar ese empellón del canto que busca desembocar al aire, a la oreja, al corazón. Ya no me importa quiénes reciban lo que entrego. Cumpló por respeto a eso, más grande y profundo que yo, del cual soy el mero caño.

Pocos entenderán qué balbuceo al columpiarme entre dos orillas, a punto de, por fin, desprenderme de este lado y caer al dintel de la Patria.

Vivo a medio irme, en puro deseo de irme. Muy lejos yo, muchísimo, de Santa Teresa, pero le entiendo cabalmente su morir de no morir. Solo Jesucristo entregó su alma cuando Él quiso, Rey de su propia muerte.

Ya ve, acá sigo. Conversar en carta es testimonio de este doloroso encierro. Quiero responderle algo que usted quiere con suma cortesía. Lo de mis cambios de estilo.

Amigo mío, yo sé intuitivamente lo que hago; no tengo esa ciencia de otros escritores, que pueden exponer sus rasgos o sus trucos como quien dicta una cátedra de mineralogía. Cada poema es una aventura con rutas nuevas, incluso con armas y animales desconocidos. Y hay que inventar a toda prisa el arco capaz de tumbar al bólido incandescente que se nos viene encima o al ave vertiginosa que nos anilla. Parto de una emoción que poco a poco se pone en palabras, ayudada por un ritmo que pudiera ser el de mi propio corazón. Usted sonreirá, conociéndome mis taquicardias... Pero, ¿acaso no están muchos de mis poemas, más que todos los de Lagar, a caballo de un corazón desbocado?

Fui una romántica escandalosa. Desolación flota apenas encima de tanto almíbar. Aprendí, después, de los clásicos y de la vida, a no arder tan aparatosamente como las Fiestas de Pamplona, para arder mejor, es decir, con brasa larga, con tizón escondido, como los griegos de siempre.

Todo el vocabulario ha de ser diferente, según la hoguera o según el brasero: en vez de los leños veloces en volverse humo, las pavesas que laten lento y suave. Nada les sobra.

Busco palabras primordiales y que nombren derecho, palabras sin roña ni desgaste, duras como los ejes de madera

de espino de mis carretas de Monte Grande. Lo que no ha mudado en mí es el contacto con lo real, la buena yema de los sentidos rasando el mundo en un éxtasis que no interrumpirá ni la muerte. Pero lo que detrás de ella reciba yo, alucinada; no podré nunca escribírselo, amigo mío, porque allá dejamos de ser tubos del canto, para sumirnos en el Canto.

Mi cabeza no me responde bien, como antes. Hay tardes en que no sé ni dónde estoy (para lo que me importa...), y tardes en que los recuerdos del Valle me agarran como esos remolinos de aire a las hojas secas. Téngame, pues, paciencia. Mejor, desahúcieme usted también, como yo me desahucio, apurando así la partida. Ya nos encontraremos en las alamedas del cielo. Sabré encontrarlo: por la mirada azul.

Su Gabriela

Nueva York, 1956

Señora Eleanor Roosevelt:

A pedido de ilustres mujeres de mi pueblo, en representación de todas las mujeres de Chile, tengo el honor de dirigirme a usted como a una de las más altas dirigentes de la opinión pública norteamericana, que encarna en sí las virtudes cardinales de este gran pueblo: amor a la libertad, respeto a los derechos humanos, tolerancia y comprensión cristianas para con todos los credos políticos o religiosos, y hasta para los propios enemigos, a fin de que nos sirva usted de intermediaria ante el H. Gobierno Norteamericano en el caso que paso a explicar, que inicialmente pensaba someter a consideración de la Asamblea de la N.U., actualmente en receso.

La mujer chilena, sin distinción de clases sociales, se halla vivamente preocupada por la situación de penuria, de desamparo y de esclavitud en que se mantiene desde hace cuatro años a gran parte de la población de Bolivia, país hermano y limítrofe del nuestro, como consecuencia del régimen político imperante en esa nación. No nos mueve ningún interés subalterno, político o sectario, en esta posición de solidaridad humana con las madres, esposas, hermanas e hijas de los muchísimos presos, exilados y perseguidos políticos bolivianos que han debido abandonarlas, ocasionando que sus hogares queden sumidos en la miseria y la desesperación.

Como ya no es un secreto para nadie, en Bolivia han sido cancelados todos los Derechos del Hombre, seguramente por necesidades políticas del Gobierno. No existe ninguna libertad, ni derecho de propiedad, ni respeto para la vida humana. Verdaderos esclavos pueblan por años siniestros campos de concentración, como los de Corocoro y Curaguara de Carangas, muy cerca de la frontera con Chile. Sus familias no pueden verlos ni atenderlos en sus más premiosas necesidades, ni siquiera socorriéndolos con remedios cuando están enfermos. Cientos de desterrados viven en Chile en condiciones muchas veces lamentables, como en todos los demás países de América. Sus hogares están destrozados. Los que más sufren con esto, son las mujeres y los niños. Por ellos pedimos, no justicia, sino un poco de piedad humana. Que el Gobierno norteamericano que tanta ayuda presta a Bolivia, pida a su gobierno que dé libertad a los presos políticos y permita volver al país a los exilados o que deje salir de Bolivia a sus familias, detenidas ahora como rehenes políticos. No es posible que estas cosas tan penosas y desdichadas sigan ocurriendo en nuestra América generosa y buena, llamada tantas veces el Continente de la Esperanza.

Esperando se digne hacer suya esta noble causa de las mujeres chilenas y bolivianas, en bien de toda nuestra América, la saludo a usted con mis sentimientos de estimación y aprecio.

Gabriela Mistral.







BIBLIOGRAFÍA CARTAS DE  
GABRIELA MISTRAL

Barrera, Gustavo; Brodsky, Camilo; Encina, Tania. *Epistolario Americano. Gabriela mistral y su continente*. Santiago, Das Kapital Ediciones, 2012.

Ganderats, Luis Alberto. *Antología mayor, tomo 3, Cartas*. Santiago, Lord Cochrane, 1992.

Quezada, Jaime. *La lengua de Martí y otros motivos cubanos*. Prólogo de Roberto Fernández Retamar. Santiago, Lom Ediciones, 2017.

Vargas Saavedra, Luis. *Epistolario de Gabriela Mistral y Eduardo Barrios*. Santiago, Centro de Estudios de Literatura Chilena, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1988.







*Quemé toda mi memoria.*

G.M. ("La dichosa").

1 8 8 9

Gabriela Mistral (de nombre entonces Lucila Godoy Alcayaga) nace en Vicuña (7 de abril), pequeña ciudad precordillerana del valle de Elqui, distante a 540 kilómetros al norte de Santiago de Chile. Hija única de Juan Jerónimo Godoy (maestro de escuela) y de Petronila Alcayaga Rojas (modista y bordadora), cuyo matrimonio se había realizado el año anterior. El mismo día de su nacimiento es bautizada, con el nombre de Lucila de María, en la iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción en Vicuña. "La casa en que yo nací no existe ya (calle Maipú N° 759). Yo misma la vi caída en el suelo. Es cierto que nací en Vicuña, pero a los diez días mis padres me llevaron al pueblo de La Unión (hoy Pisco-Elqui), donde se habían casado. Mi nacimiento en Vicuña fue un puro azar".

1 8 9 0

Su padre, de origen minero, es maestro rural en la escuelita de La Unión. Hombre extraordinario que sabe demasiadas cosas. Artista modesto, con ambiciones literarias. Versifica con facilidad a la manera de los payadores o trovado-

1 Preparada por Jaime Quezada, actualizada y publicada originalmente en la obra antológica *Gabriela Mistral: Poesía y prosa*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1993. (N. de los Eds.).

res. Además de enseñar y escribir versos, toca la guitarra y sabe algo de latín. Y siempre un espíritu de aventura lo anima. Su madre, descendiente de antepasados vascos, “es una mujer muy hermosa y muy delicada, cuya voz, que conmovía oír, me habla siempre en el recuerdo como la más perfecta voz humana que yo haya escuchado. A esa voz suave y patética se le había subido la caridad maravillosa de su corazón”.

1 8 9 1

Mientras su madre prepara la huerta, cultiva el jardín o borda la tela, Lucila crece y muda sus días al ritmo de las canciones de cuna (“que caían dulces y mansas como la claridad de la luna”) escritas, entre las ausencias y retornos hogareños, por su padre. “Cuatro o cinco estrofas que mi padre hizo a su compañera para acunarme. Tal vez no son hermosas, son tiernas y simples nada más: *Duérmete Lucila que el mundo está en calma, / Ni el cordero brinca, ni la oveja bala / Duérmete, Lucila, que cuidan de vos / En tu cuna un ángel, en el cielo Dios*”.

1 8 9 2

Jerónimo Godoy abandona definitivamente el hogar: “el padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día”. Antes de marcharse, sin embargo, contando historias y fábulas, plantó en el huerto de la casa higueras y nogales, y hasta construye con sus manos una bañera para su hija en el patio. Desde el pueblito de La Unión es llevada por su madre a Montegrande, aldea del valle de Elqui, donde su hermanastra, Emelina Molina Alcayaga

(hija de un primer matrimonio de su madre) es maestra rural y enseña en la escuela lugareña; asume, también, las responsabilidades familiares en reemplazo del padre.

1 8 9 3

Monte grande será la infancia de Gabriela. “Un valle cordillerano de Chile cubrió mi infancia: el valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle”.

1 8 9 4

Quitando horas al descanso, su hermana Emelina (15 años mayor que Gabriela) le enseña las primeras letras, la educa, es su devota y generosa guía —“cuanto sé y quién soy se lo debo a ella”— en la muy particular Escuela Primaria que tiene en su propia casa. “Pero en esa escuela sin tablas en el suelo, de puro barro reseco, barrido con un decoro japonés o belga, allí me fui haciendo el alma, y allí me acudieron los primeros ritmos”. Su hermana será después la mismísima imagen, humana y lírica, en los versos célebres de “La maestra rural” (*Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano / ¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!*).

Aprende perfectamente a leer Un manual de *Historia Sagrada* —el único libro usual en la aldea elquina de Montegrande— es uno de los primeros textos que cae en sus manos. Le llama vivamente a interés el ancho despliegamiento de estampas, las láminas de escenas religiosas, las motivadoras representaciones bíblicas, “todo en un chorro de criaturas judías que me inundó la infancia”. Se siente más discípula del texto que de la clase, “porque la distracción, aparte de mi lentitud mental, medio vasca, medio india, me hacían y me hacen aún la peor alumna de una enseñanza oral”.

“Yo era una niña triste, una niña huraña. Y mi madre sufría de que su niña no jugara como las otras. Y solía decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa me encontraba conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino”. Pero también se entretiene con juguetes que son de su gusto huesos de fruta, vidrios de colores, piedras de formas extrañas. Escucha por primera vez la palabra *Albricia* (un objeto escondido que se busca: hallazgo, sorpresa, novedades). “Tengo aún en el oído los gritos de las buscadoras y nunca más he dicho la preciosa palabra sino como la oí entonces a mis compañeras de juego”.

La naturaleza y el paisaje del valle de Elqui, con sus montañas, su río y sus huertos de árboles frutales, constituyere

su patria real y verdadera. También sus primeros trabajos o faenas. Colabora, junto a otras niñas de la aldea, en la cosecha y “pela del durazno” (con anterioridad a la máquina deshuesadora), y en la preparación de los arropes, los uvates y otros infinitos dulces caseros y familiares del valle.

1 8 9 8

Una auténtica imaginera tropical, vivida en un valle caliente, conoce en casa del hacendado Adolfo Iribarren que tiene, en Montegrande, un parque medio botánico y zoológico. “Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán y muchos árboles exóticos, entre ellos el flamboyán de Puerto Rico”. El hacendado y naturalista elquino le enseña el nombre de las plantas y flores o la instruye en la historia de los animales. Aprende geografía y botánica (“de la cual me habría de enamorar más tarde”). También adquiere elementales conocimientos de astronomía.

1 8 9 9

Cumple diez años de edad. De boca contadora de su gente elquina conoce (lo que no tiene en libros) cuentos, fábulas y leyendas. “Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui —mi región— y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil”. El día de la Virgen Inmaculada (8 de diciembre) realiza, vestida de traje blanco, su Primera Comunión.

Ingresa, para terminar su último curso de preparatorias, a la Escuela Superior de Niñas de Vicuña. Gabriela deja de ser feliz apenas sale de su valle de Elqui. Nadie podrá devolverle ahora la alegría que le robaron: “La directora de la escuela (Adelaida Olivares) era mi madrina y tenía una reputación de santa. Estaba casi ciega y por ello me hacía que yo la acompañara al colegio, para no tropezar en la calle. Mi madrina me había puesto para que yo repartiera el papel a las demás alumnas. Yo era tímida y las otras muchachas, audaces, y con un manotón me quitaban siempre más cuadernillos. Resultado, el papel se acabó antes de la mitad del año. Cuando esto ocurrió, me acusaron a mí de habérmelo robado. La directora sabía que mi hermana era profesora y me daba todo el papel que yo quería. ¿Para qué iba yo, entonces, a robarme el papel? Sin embargo, fui acusada de ladrona. Yo, que era una niña puro oídos *y* sin conversación, no dije nada. Las otras muchachas me esperaban con los delantales llenos de piedras, que lanzaban contra mí. Aquellos hechos nunca pudieron borrarse de mi mente. Después me quedé un tiempo de vaga en la casa. Me pasaba las horas en el huerto con los árboles, que eran mis amigos”. Su hermana Emelina vive en Diaguitas, cerca de Vicuña, donde enseña en la escuela del poblado.

Breve temporada de vivir con su familia (madre y hermana) en el Molle, y luego residencia en La Serena y Coquimbo. De su laberinto de cerros tutelares elquinos llega a conocer la costa marítima de Chile. La niña de 12 años se encuentra con el mar: “Me eché en la arena mojada, so-

bre unos rollos endiablados de plantas y animales marinos hurgando lo muerto y lo vivo, queriendo entender, criatura de cerros y quiscos y caída de bruces al mar. Primer tacto del mar gusto y susto”. En La Serena frecuenta a su abuela paterna, doña Isabel Villanueva, que vive de bordar casullas y ornamentos de iglesia, y tiene la pasión de leer textos bíblicos. De ella conoce, muy sentada a sus pies en un banquito o escabel, los Salmos de David: “Mi abuela pasó por mi vida parece que solo para cumplir este menester de proveerme de Biblia. Ella sería la criatura más penetrante que cruzó por mi vida chilena. Pasó de veras como un dardo de fuego, por la niñez mía”.

1 9 0 2

Ha aprendido los estudios elementales que le dio la escuela pública de Montegrande, Diaguitas, Vicuña. Estudia ahora por su cuenta. Empieza a hacerse una entusiasta y constante autodidacta. Busca libros. Lee sin método ni idea alguna de jerarquía, a “troche y moche”, como dirá después. Toda nueva página “es una fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vespéral y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más”. Aprende, también, de las gentes, de las cosas, de la naturaleza. Escucha arrobada a las mujeres contadoras de relatos, coquimbanas o serenenses, decir sus cuentos, sus fábulas. Su valle de Elqui es reemplazado por el mar. Se pierde mañanas enteras recorriendo la playa de Guayacán y de Herradura (Coquimbo), deslumbrada —“yo, una niña de 13 años, arremangada metiéndose al mar al encuentro de una medusa”— de las albricias o hallazgos marinos. Los primeros balbuceos de sus versos quedan escritos en el cuaderno de una amiga, “pero nadie me toma en serio, tonterías de chiquilla”.

1 9 0 3

“Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil, ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás”.

1 9 0 4

En la Compañía, pequeño poblado en las afueras de La Serena, estudia, lee y escribe sus primeras composiciones literarias. Su nombre empieza a ser conocido entre la muchachada estudiantil de la ciudad. “Un viejo periodista y sabio maestro de La Serena, don Bernardo Ossandón, dio un día conmigo y yo con él. Poseía el fenómeno provincial de una biblioteca, grande y óptima. El buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino”. El bondadoso Ossandón le presta libros a manos llenas. Gabriela Mistral (entonces todavía Lucila Godoy) lee con admiración las obras del colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), las teorías astronómicas del francés Camille Flammarion (1842-1929), y un buen número de biografías formativas y encendedoras. El libro mayor es un ensayo filosófico de Montaigne (1533-1592), donde se encuentra por primera vez delante de Roma y de Francia.

Escribe sus primeros artículos en prosa que envía al periódico *El Coquimbo*, de La Serena: *La muerte del poeta* se publica el 30 de agosto, cuando tiene 15 años, firmado por *Lucila Godoy A.* El breve texto refiere la historia de un poeta desgraciado de nombre Heberto, a quien Judith, una joven romántica, encontró en un bosque cuando el poeta estaba moribundo. La joven quiso consolarlo y volverlo a la vida, pero ya era tarde. También en *El Coquimbo* (25 de octubre) se publica *En la siesta de Graciela*, sus primeros versos: “<sub>1</sub>Oh, qué feliz seré, si en la mañana, / Cuando ya el tiempo mi existir minore, / Tú calmes el pesar que mi alma emana / Y el llanto enjugues cuando triste llore!”

1 9 0 5

En la escuela de la Compañía, además de hacer clases diurnas, enseña a leer y escribir, y algo de aritmética, a peones y obreros que asisten a cursos nocturnos, aún niña ella todavía, “cosa apenas formada, yema de persona, y estaba yo mascando piedras para que mis gentes mascaran su pan”. Nuevos artículos literarios para *El Coquimbo* (“Espejo roto”, “Gemidos”, “Sonrisas del alba”). Empieza a colaborar en *La Voz de Elqui*, periódico de tendencia radical, de Vicuña. Artículos no exentos de reflexivos pensamientos y poemas de cierto vago romanticismo. Colaboraciones literarias que fecha en La Compañía, y las firma con su nombre de *Lucila Godoy y Alcayaga*. Usa también los seudónimos de *Soledad*, *Alguien*, *Alma*. Las ideas expresadas en sus artículos prosísticos, consideradas ateas, filosóficas y revolucionarias por la sociedad serenense de la época, le traerán no pocos pesares, por esta circunstancia no puede ingresar, para seguir cursos regulares de profesora, a la

Escuela Normal de La Serena. Admitida y rechazada, continúa en la enseñanza rural.

1 9 0 6

Publica en *La Voz de Elqui* (marzo) un fervoroso y admirativo artículo que titula *La instrucción de la mujer*, una de sus primeras preocupaciones por el tema social y educativo femenino: “Se ha dicho que la mujer no necesita sino una mediana instrucción, y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz solo de gobernar el hogar. Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir. Instrúyase a la mujer, no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el hombre. Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas”. Hacia finales de año (noviembre-diciembre), renuncia a su interina labor de preceptora en la Compañía: “Me hice escue- lera porque no existía otro trabajo digno y limpio al cual acudiese una joven de quince años en esos umbrales del siglo veinte”.

1 9 0 7

Asume, y gracias al apoyo de algunas personalidades edu- cacionales de la ciudad, como secretaria en el Liceo de Ni- ñas de La Serena. Su labor no es de docencia, sino trabajos administrativos y funciones propias de inspectora-ayu- dante a disposición de la dirección del establecimiento, ex- periencia no del todo grata para la joven maestra. Artículos, cartas íntimas, recuerdos, poesía y prosa aparecen con su firma en revistas y periódicos coquimbanos. Lee cada vez

más al colombiano Vargas Vila (“sigue siendo mi maestro y al que profeso una admiración fanática, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones”). Primeras aproximaciones a la obra del nicaragüense Rubén Darío, a quien lee y admira por el sentido del ritmo y la eufonía verbal de su modernista y motivadora poesía; años después lo llamará el “ídolo de mi generación, el primer poeta de habla castellana”.

1 9 0 8

Un decreto supremo del Ministerio de Instrucción Pública la designa, en calidad de interina, preceptora de la Escuela elemental mixta rural de La Cantera, pequeña aldea en las cercanías del puerto de Coquimbo, “detrás de unas dunas”. La Cantera es su cierto gozo de vivir y de enseñar en medio del cariño de sus gentes: “niños, mujeres, hombres y viejos de mi escuela diurna y nocturna me hicieron la vida acompañada, y mi mayor contacto con los campesinos. Mis años de infancia que viví en Montegrande y el de maestra rural en La Cantera me hicieron el alma”. Con el seudónimo de *Alma* escribe prosas y poemas para *Penumbras*, una revista de arte que circula en la ciudad de La Serena.

Conoce a Romelio Ureta Carvajal, un joven empleado ferroviario de Coquimbo: “Nos pusimos de novios, pero él no tenía dinero para tomar mujer. Un día me dijo que se iba al norte a buscar trabajo en las minas para hacer dinero y regresar a buscarme para que nos casáramos. Aquella promesa constituye el recuerdo más dulce que tengo de él. Pero volvió al poco tiempo sin nada. Luego se enredó con una muchacha perteneciente a una familia que tenía humos de grandeza, y lo hizo llevar una vida cuyo tren él

no podía seguir. Dejamos de vernos y de escribirnos”. El antólogo Luis Carlos Soto Ayala la incorpora en la antología *Literatura coquimbana* (Santiago, Imp. Francia, 1908). Le dedica un breve estudio, presentándola como “la inteligente prosista, cuya pluma de oro se moja en ambrosía”. Selecciona tres prosas poéticas de la autora: *Ensoñaciones*, *Junto al mar* y *Carta íntima*, textos que originalmente se habían publicado en los periódicos de la región.

Con fecha 10 de junio aparece publicado en *La Constitución*, periódico de la ciudad de Ovalle, y con la firma de *Gabriela Mistral*, su poema *Rimas* (“No he muerto aún para que así me olvide / tu ingrato corazón; / a pesar de mis hondos sufrimientos / tengo vida hasta hoy”). Es la primera vez que Lucila Godoy Alcayaga firma una de sus colaboraciones con dicho seudónimo, que será después su nombre definitivo. También, *El Coquimbo*, de La Serena, en su edición del 18 de junio, publica la poesía *Del pasado*, que lleva, a su vez, el nombre de *Gabriela Mistral*. Revelación de vivenciales lecturas de la obra de un Gabriel D’Annunzio, el poeta italiano de finales del siglo XIX y de un Federico Mistral, el autor provenzal de *Mireya*, “libro o surco abierto y que yo aspiré embriagada”.

1 9 0 9

Se desempeña como maestra en la escuela de Cerrillos (lugarajo camino a la ciudad de Ovalle, en el llamado Norte Chico chileno). Colaboraciones para *El Coquimbo* y *La Tribuna*, periódicos provinciales que publican sus escritos. También para la revista *Idea*, de La Serena. En Coquimbo se suicida (25 de noviembre) su amigo Romelio Ureta Carvajal (empleado ferroviario, soltero, 27 años): “Como

no podía seguir el tren de lujo en que se hallaba metido, se había dedicado a jugar. Un día tomó dinero de la Caja del Ferrocarril donde era empleado. Después, en un momento de desesperación, decidió quitarse la vida. Antes del suicidio rompió todas las cartas de su novia. Después se vistió para la muerte y se disparó un tiro. Pero en un bolsillo se le encontró una postal mía. ¿Por qué estaba allí cuando hacía años que no nos escribíamos? A causa de aquella tarjeta, sin embargo, se asoció su nombre conmigo. Yo no tuve nada que ver con su suicidio”. El trágico suceso, además de su aureola de mito y de leyenda, motiva en Gabriela Mistral la escritura de una serie de dolorosos poemas, *Los sonetos de la muerte*, entre ellos.

1 9 1 0

Para que se le reconozcan sus estudios y conocimientos adquiridos en la práctica escolar, durante sus años de maestra en distintas escuelas rurales de la provincia de Coquimbo, rinde Examen de Competencia en la Escuela Normal de Niñas, de Santiago. Obtiene su aprobación, de preceptora interina a propiedad del cargo, lo que le permite cumplir funciones educacionales en una escuela rural de Barrancas, al norponiente de Santiago. *El Coquimbo* (de La Serena) publica *Ventajoso canje*, un artículo sobre la instrucción primaria obligatoria. Vargas Vila sigue siendo su maestro “y al que profeso una admiración fanática, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones”. Pasando de la enseñanza primaria a la secundaria, es nombrada (septiembre) profesora de Higiene en el Liceo de Niñas de Traiguén, pequeña ciudad agrícola y triguera de la región de la Araucanía (“donde yo caí de golpe en una floración de cerezos y en jardines de camelias”) al sur de Santiago de Chile.

Es trasladada al Liceo de Niñas de Antofagasta (zona de desierto y pampa salitrera, a mil kilómetros al norte de la capital chilena). A bordo del vapor *Panamá* llega (enero) a ejercer su cargo de Inspectora general y profesora de Castellano en una “desventurada Antofagasta, que no tiene la extensión verde que es para mí entre las más nobles avideces que llevamos, y yo no sé vivir en paisaje que no me la aplaque y, además me la regale”. La revista *Sucesos* (Santiago, 16 de febrero) publica el poema *Ausente*, firmado con su nombre de Lucila Godoy. A consecuencia de una neumonía muere su padre (30 de agosto) en el hospital de la ciudad de Copiapó. Jerónimo Godoy Villanueva tenía 54 años y es sepultado en el cementerio copiapino, “en tierra y de tercera”, según consigna el certificado de defunción. (Años después, recorriendo la meseta mexicana, Gabriela Mistral se admirará observando los rostros de los campesinos indígenas, “porque había en esos rostros oaxaqueños un no sé qué de mi padre diaguita muerto”). Con artículos de temas pedagógicos y de análisis del sistema educacional chileno, colabora en el diario *El Mercurio*, de Antofagasta. En la edición del 1º de octubre se publica su cuento *El rival* que firma con el nombre de *Gabriela Mistraly*.

Se le designa (junio) Inspectora y Profesora de Geografía y Castellano en el Liceo de Niñas de Los Andes, ciudad cordillerana a no más de 130 kilómetros al nororiente de Santiago. Fija su residencia en Coquimbito, sector aledaño a la andina ciudad, en el donoso valle de Aconcagua. Se inicia uno de los períodos más tranquilos y gratos, dedicados

plenamente a la enseñanza y a la escritura poética gracias al estímulo y buena comprensión de doña Fidelia Valdés Pereira (“alma escogida”, como bien la llama), directora del establecimiento. Colabora con notable frecuencia en la prensa chilena. Con la firma de *Gabriela Mistraly*, la revista *Sucesos* publica, en su sección de “Lecturas infantiles”, los poemas *El ángel guardián* (julio), *El saludo de las gaviotas* (agosto), *Matinal* (septiembre). Humildemente —“soy una desconocida”—, Lucila Godoy escribe una carta (octubre) al “grande y nobilísimo Rubén Darío, gloria de nuestra América Latina”, que se encuentra en París dirigiendo la revista *Elegancias*, enviándole un cuento (*La defensa de la belleza*) y uno de sus poemas recientes (*El ángel guardián*). “Rubén: si Ud. no encuentra en mi cuento y en mis estrofas sino cosa hueca, hilachas solamente de cosa inútil y vulgar, escríbame solo esto en una hoja de papel: malo, malo, y fírmela ¡Yo, devota de hoy seguiré siéndolo tanto o más!”

1 9 1 3

Permanece en Los Andes (“este es un pueblo intelectualmente infeliz, aquí nadie, o casi nadie, lee”), saliendo lo menos posible de la ciudad. Santiago no le interesa, toda vez que la capital no tiene lo que ella necesita para vivir dichosamente: cielo y árboles, mucho cielo y muchos árboles. Ha encontrado en el libro de Federico Mistral —*Mirreya*— su fuente de nutrimento: “Poema de Mistral, olor a surco abierto / que huele en las mañanas, yo te aspire embriagada”. La revista *Elegancias* publica en París su poema *El ángel guardián* (marzo) y su cuento infantil *La defensa de la belleza* (abril). Con una tarjeta de saludo “al grande i caro Rubén”, la autora agradece la publicación de

sus envíos. Se trata de la primera edición de sus textos en una revista extranjera. En Chile, “Revista de Educación Nacional” publica (julio), con la firma de Lucila Godoy, el poema *El himno cotidiano*; y con el seudónimo de Gabriela Mistral, la revista “Norte y Sur” (Santiago, septiembre) el poema *Las fuentes cegadas*, con la siguiente nota a pie de página: “Bajo el seudónimo de Gabriela Mistral se oculta el nombre de una distinguida escritora chilena que será una de nuestras más asiduas colaboradoras”.

1 9 1 4

Diversas publicaciones literarias (*Sucesos*), pedagógicas (*Revista de Educación Nacional*), teosóficas (*Nueva Luz*) dan a conocer respectivamente sus más recientes poemas: *El árbol dice*, *Himno al árbol*, *La charca*. Un jurado, integrado por los poetas Manuel Magallanes Moure, Armando Donoso y Miguel Ángel Rocuant, le otorga el premio de los Juegos Florales de Santiago, la más alta distinción del certamen poético organizado por la Sociedad de Artistas y Escritores (22 de diciembre). Recibe flor natural, medalla de oro y corona de laurel por la trilogía de *Los sonetos de la muerte* que, con el seudónimo de “Gabriela Mistral”, concursa entre cuatrocientos trabajos. Al solemne y artístico acto de premiación asiste el Presidente de la República, Ramón Barros Luco. La autora, sin embargo, no recibe personalmente el galardón, “pues —según el decir de una lírica crónica de la época— la misteriosa y taciturna poetisa, la pálida conquistadora de la Flor natural, ella no estaba; se recató a la mirada turbadora del triunfo”. La *triunfadora*, después de todo, anónima y oculta, presencia la ceremonia entre el público de la galería del Teatro Santiago, ajena a los aplausos de una multitud. “Me abriera de

nuevo la llaga central de mi corazón”, dice, al escuchar sus laureados *Sonetos*, leídos por el poeta Víctor Domingo Silva, mantenedor de los Juegos Florales. Su nombre literario de *Gabriela Mistral* se consagra definitivamente.

1 9 1 5

Breve viaje (enero) a la ciudad de Concepción. Maravillada del verde paisaje del bosque sureño, escribe el poema *Pinares* (“Pinos calmos, graves / como un pensamiento”) que entrega a la revista penquista *Ideales* (30 de enero). En Santiago, la revista *Zig-Zag* (6 de marzo) publica *Los sonetos de la muerte*, premiados en los Juegos Florales del año anterior. Los sonetos, fechados por la autora en 1909, llevan su firma de Gabriela Mistral. *Revista de Educación Nacional* (Santiago, mayo) da a conocer en su página “Extensión artística” el poema *La maestra rural*. Colaboraciones para nuevas revistas: *Primerose* (Chillán), *Pacífico Magazine* (Valparaíso), *Figulinas* (Santiago), *Familia* (Santiago). En las tranquilas tardes de Los Andes, a la hora de su lectura vespéral, lee a Rabindranath Tagore, a Maeterlink, a Amado Nervo (“místico, dolorido y sereno”), a Romain Rolland, todas figuras admiradas y queridas que parecen insinuarle “el lado maravilloso de la vida y en vivir vida honda, espiritual”. Larga relación epistolar con el poeta chileno Manuel Magallanes Moure (1878-1924). A lo largo de centenares de cartas le receta un poco de fe en lo sobrenatural y de búsqueda de experiencia interior: “Él se sentía con cierta obligación de cuidado sobre mi poesía, yo con la de un vago cuidado de su alma. No llegamos a nada fuera de conocernos un poco y de acompañarnos casi sin cara, porque hasta entonces no me había visto nunca”. Anuncia la publicación de un volumen de versos escolares

(con prólogo de Víctor Domingo Silva), “una poesía escolar nueva, la que hay en boga no me satisface”.

1 9 1 6

Conoce en Pocuro, lugarejo a no más de dos kilómetros de Los Andes, al profesor, abogado y político radical Pedro Aguirre Cerda (1879-1941) que será, desde entonces, su amigo y protector (“el único que me ayuda”). Aguirre Cerda, a su vez, admira la obra poética de Gabriela Mistral, y su labor como educadora. En Pocuro, también, recuerda al escritor, maestro y estadista argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), que vivió en este lugar sus años de exilio en Chile (“tres veces fui a pie desde Los Andes a mirar la casa-escuela del maestro, su huella, su reliquia moral”). El paisaje geográfico y la naturaleza del valle de Los Andes es su gozo permanente: “El aire, siendo muy de altura, muy cortador de la cara y demasiado ligero para el pecho de carne, es ya cosa más humana que la luz; él contiene y balancea los olores de los muchos huertos y el de la vendimia; subiendo un poco, él ya tiene los aromas que punzan de hierbas de olor y de espinos, los cuales huelen intenso como los suelos donde la aridez comienza”.

1 9 1 7

La revista *Los Diez* (órgano del grupo homónimo que integran, entre otros, Pedro Prado, Manuel Magallanes Moure, Augusto D’Halmar, en su entrega de febrero, publica *El maestro rural* (extenso poema de treinta estrofas); anuncia también la pronta publicación del libro *Suaves decires*, colección de autores inéditos. Para los *Libros de Lectura*

(destinados a la enseñanza de las escuelas de Chile), del maestro-editor Manuel Guzmán Maturana, escribe un buen número de cuentos escolares (*La raíz del rosal*, *Limpija tu fuente*) y de poemas (*Caperucita Roja*, *Piececitos*, *El himno cotidiano*). Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya, autores de la obra antológica *Selva Lírica* (Santiago, Imp. y Lit. Universo, 1917), importante y voluminoso estudio sobre los poetas chilenos, seleccionan *Los sonetos de la muerte*, *Los versos de noviembre*, *La maestra rural*, *El ruego*, entre otros diecisiete textos, señalando que “la poesía de Gabriela Mistral es nerviosa y firme. No hay en ella vagidos temerosos, sensiblerías mujeriegas ni actitudes hieráticas. Surge de sus robustos poros la savia torrentosa de ideas macizas y profundas, reveladoras de las fuertes pasiones que encierra, y que cubre sus desnudeces con vestiduras dignas de su abolengo”. Es la primera muestra poética, amplia y completa, que se publica en Chile de Gabriela Mistral.

1 9 1 8

Por decreto N° 216, firmado por el ministro de Instrucción Pública, Pedro Aguirre Cerda, es nombrada (15 de febrero) Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas. En Valparaíso, y en un vapor mercante, se embarca hacia las grises postrimerías: “La tierra a la que vine no tiene primavera”. En la más austral ciudad del mundo, en pleno territorio de Magallanes, cumple funciones de educadora y de chilenuidad: reorganizar un colegio dividido contra sí mismo y ayudar en la chilenuidad de un territorio donde el extranjero superabunda. Dicta conferencias, crea bibliotecas, abre cursos nocturnos para obreras. En estas soledades de la Patagonia, solo un elemento trágico recuerda

al habitante su tremenda ubicación austral: “el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bosques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio Estrecho, y aullando como una cabalgata que tarda en pasar días y semanas”.

1 9 1 9

En Punta Arenas y Puerto Natales, viviendo la aurora austral y en un clima extraño y perverso, escribe sus *Paisajes de la Patagonia*, serie de poemas entre los cuales se incluyen *Árbol muerto* y *Desolación* (“¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido / si más lejos que ella solo fueron los muertos?”). Muere, en Montevideo, el poeta mexicano Amado Nervo, uno de sus más preferidos autores. En su homenaje (“a pesar de toda la ternura por el muerto, hubiera querido callar”) escribe el poema *In Memoriam* (“De donde tú cantabas se me levantó el día / Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz”). En grandes cuadernos escolares toma notas y observaciones sobre los ríos de Chile, los pájaros de Chile, las voces indígenas, el folklore, las hierbas medicinales, y otros valiosos temas que van documentando sus clases, sus conferencias y sus escritos. Escribe las primeras versiones de *El pensador de Rodin*, *Dios lo quiere*, *Credo*, *Coplas*, y otros poemas, sonetos y canciones de cuna que pasarán a formar parte, años después, de su libro *Desolación*.

1 9 2 0

Después de dos activos y educacionales años en el territorio magallánico y patagónico (“donde, a pesar del clima

extremoso, fui feliz”), deja la ciudad de Punta Arenas: “Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedí venir a Magallanes, dejando atrás familia y todo, a reorganizar el Liceo de la ciudad. Un pueblo entero, desde el obrero de la Federación hasta los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi misión”. Es designada (abril) directora y profesora de Castellano del Liceo de Niñas de Temuco. Región de la Araucanía y zona de frontera y colonización, con viva presencia de población mapuche. Conoce a Pablo Neruda (entonces Neftalí Reyes Basoalto), alumno en el Liceo de Hombres de Temuco y corresponsal de la revista *Claridad*, publicación de la Federación de Estudiantes de Chile. Encuentros periódicos con el estudiante y poeta, que escribe ya sus primeros poemas. La maestra lo estimula y le presta libros; le da a conocer la obra de los novelistas rusos (Tolstoi, Gorki, Dostoievski, Andreieff). Recorre campos, aldeas campesinas y reducciones indígenas en un acercamiento directo a la gente y familia araucana. Invitada por el poeta regional, Augusto Winter (1868-1927), el autor de *La fuga de los cisnes*, visita Puerto Saavedra y Lago Budi, después de navegar por el río Imperial. En su casa de Temuco protege, en calidad de huésped, al joven escritor José Santos González Vera, estudiante perseguido, que busca refugio a raíz de graves acontecimientos político-militares en Santiago. Visita con frecuencia la Casa del Pueblo, lugar de encuentro, lecturas y conferencias con los trabajadores y obreros de la ciudad. Con una intención casi religiosa escribe *Poemas de la madre más triste*, textos en prosa motivados de una dolorosa experiencia: “Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura. Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer. Yo

sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando”.

1 9 2 1

En un barrio populoso, al sur de Santiago de Chile, se funda el Liceo N° 6 de Niñas. Gabriela Mistral es designada (mayo) su primera Directora. Deja la ciudad de Temuco (“de triste recuerdo para mí”), trasladándose a la capital del país. Santiago solo le interesa por su Biblioteca Nacional (“la facilidad para leer libros que necesito”) y los teatros (“la comunión más continua con otras formas de belleza: la música, el drama”). Para el nuevo Liceo compone un cartabón poético-didáctico de dieciocho máximas, que van dirigidas fundamentalmente a las maestras: “Enseñar siempre, en el patio y en la calle como en la sala de clases”; “Toda lección es susceptible de belleza”; “Para corregir no hay que temer, el peor maestro es el maestro con miedo”; etc., etc. El escritor centroamericano, Joaquín García Monge (1881-1958) la invita a colaborar en su prestigiosa revista *Repertorio Americano*, que se edita en San José, Costa Rica. En el volumen II (10 de junio) aparece su primera entrega: *Poemas de la madre*, con una advertencia al editor: “temo que espanten a las beatas, aunque son puros, son crudos”. La Universidad de Chile hace gestiones para otorgarle, a través de su Instituto Pedagógico, el título de profesora de enseñanza secundaria (“Por mi falta de título soy una intrusa en el grupo de maestras, mis opiniones parecerían siempre a la mayoría las de un literato o las de un *dilettante* de la pedagogía”). Visitando un sobrio traje de faldas talaras y usando sombrero de ancha ala, llega a la ciudad de Concepción (noviembre), invitada por el rector de la reciente Universidad penquista, don Enrique Molina Garmendia.

Por iniciativa del gobierno de México (presidencia de Álvaro Obregón), y a través de su ministro de Educación Pública, el filósofo, educador y político José Vasconcelos, es invitada oficialmente a permanecer en tierra mexicana, “por todo el tiempo que sea necesario para que Ud. sature este ambiente con los dones de su noble espíritu”. Termina su tarea de educadora en Chile, dejando la dirección del Liceo N° 6 de Niñas, “a quienes tengo presentes en toda hora de emoción; hay entre ustedes almas que me dieron mucha ternura y cuya guía yo no abandono”. En el puerto de Valparaíso (23 de junio) se embarca en el vapor *Orcoma* con destino al país azteca. Al hacer una escala de cuatro días en La Habana, recibe celebraciones y homenajes de intelectuales, escritores, periodistas y artistas cubanos. A la vez, su llegada a México es un acto de bienaventuranza y aclamada generosamente por todo un país. La maestra Palma Guillén y el poeta Jaime Torres Bodet la reciben en oficial bienvenida. La maestra y poeta chilena se incorpora de lleno a sus nuevas tareas: colabora en los planes de enseñanza, en las misiones rurales e indígenas, en los programas de la reforma educacional (“¡Mi México! El único que está en el corazón, mis indios de palabra sobria y donosa, mis niños de largo ojo oscuro, que me corrigen la pronunciación de una palabra azteca, mis mujeres de piel dorada y habla dulcísima”).

Entrega a los estudiantes mexicanos un mensaje —del cual es portadora— enviado por el presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, el poeta Julio Barrenechea. El gobierno de México inaugura, en la capital del país, la “Escuela Hogar Gabriela Mistral”. Durante una cena literaria ofrecida en su honor por “El Universal”, periódico de la

Ciudad de México, lee *Poemas del cuerpo humano*, cinco inéditos textos en prosa escritos durante los primeros meses de su residencia mexicana (septiembre).

En los Estados Unidos, el Instituto de las Españas de Nueva York, por iniciativa de uno de sus directores, Federico de Onís (profesor de Literatura Española en la Universidad de Columbia), publica *Desolación*, su primer libro de verso y prosa. La obra, que Gabriela Mistral dedica “Al señor don Pedro Aguirre Cerda y a la señora doña Juana A. de Aguirre, a quienes debo la hora de paz que vivo”, termina con un fervoroso Voto a manera de colofón: “Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también. En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme”.

1 9 2 3

Realiza una activa labor docente en diferentes lugares mexicanos con los pescadores del lago de Chapala, con los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla y, sobre todo, con los campesinos y los niños de las escuelas granjas: “Vuelvo a ser la maestra rural que fui y que nunca se me ha borrado del corazón”. Se inaugura su estatua en la Escuela que lleva su nombre. La Secretaría de Educación Pública de México le encarga la preparación de un Libro de Lecturas Escolares, destinado a la enseñanza del lenguaje. El 31 de julio termina de escribir —“palabras de la extranjera”— introducción de *Lecturas para mujeres*, que se edita en Ciudad de México (y luego en Madrid) en un tiraje de veinte mil ejemplares. La obra antológica, que reúne una extensa selección de los más destacados autores

universales, pretende dar a conocer “las páginas hermosas de nuestra literatura”. La Recopiladora, como se firma, incluye en dichas páginas antológicas un poema —*Maestranzas de noche*—, de Pablo Neruda; es la primera publicación del poeta chileno en el extranjero. Prepara una biografía de San Francisco de Asís (santo del cual es muy devota), escribiendo una serie de textos en prosa con el nombre de *Motivos de San Francisco*.

En Chile, el Consejo de Instrucción Primaria, a propuesta del rector de la Universidad de Chile, Gregorio Amunátegui, le otorga el título de Profesora de Castellano. Dice Gabriela Mistral: “No sé de qué me serviría título ahora, faltándome muy poco tiempo para dejar el servicio, no habiendo necesitado de él para presentarme a ninguna parte”. Editorial Nascimento publica en Santiago de Chile (mayo) la segunda edición de *Desolación*. A la obra, con prólogo de Pedro Prado, se incorporan algunos nuevos poemas —*Mis libros, Elogio de la canción, El Ixtlazihuatl, Himno a la Escuela Gabriela Mistral*— escritos últimamente en México.

1 9 2 4

Se despide de México (abril): “Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del Licenciado, señor Vasconcelos, el don de una Escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida”. Viaja a los Estados Unidos, en su primera visita al país norteamericano. En Washington es homenajeadada (13 de mayo) en la Unión Paname-

ricana. Su discurso —*Unión cristiana de las Américas*— es reproducido en las diversas publicaciones en las cuales colabora: “El Mercurio” (Santiago), “Repertorio Americano” (Costa Rica), “Nueva Democracia” (Nueva York). En la Universidad de Columbia (Nueva York) ofrece una conferencia sobre la Reforma Educacional en México. Realiza su primer viaje a Europa, costeadado por México (“gracias a mi amistad con Obregón y al apoyo de Vasconcelos; no lo debo a sacrificios del presupuesto de Chile”). Visita Italia, Francia, Suiza, España. Navega por el mar Mediterráneo. Motivada por la vida y la obra de Teresa de Ávila (la monja “arrobada en Cristo”) recorre Castilla: “no es una tierra: es una norma; no se le olfatea, se la piensa; nacen conceptos de ella, en vez de olores”. En Florencia siente que ha cumplido con un mandato superior: “leer el terceto del Dante sobre el agua del Arno, pesada como médula”. En la Perugia italiana conoce a Giovanni Papini (“he tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa”). En Madrid, la Editorial Saturnino Calleja publica *Ternura* (canciones de niños, y 32 grabados en madera): “libro escolar, nada tiene de extraordinario, pero es útil y sano”, dice su autora). Recibe de la editorial 16 mil pesos correspondientes a sus derechos de autor.

1 9 2 5

En el vapor *Oropeza*, navegando por el Atlántico y por el Estrecho de Magallanes, regresa a Chile. Homenajes, a su paso, en Brasil, Uruguay y Argentina (“no me creo ni siquiera una mujer de talento, sino un ser imaginativo y emocional, que ha hecho, sin inteligencia, poesía, con imágenes y dolores”). Es festejada en el país natal, permane-

ciendo una breve temporada en Santiago. Se radica algunos meses en la ciudad de La Serena. Compra una casa quinta, ubicada en la avenida Francisco de Aguirre 0300, a poca distancia del mar: “Con ahorros pequeños de México, compré a mi madre esta casita por 12.000 pesos; eso es todo”. Aquí cuida de su madre y cultiva un huerto casero, haciendo hortaliza y jardín. Piensa formar una pequeña escuela granja para niños pobres, según su conciencia religiosa, agrícola y de programa simple. Desde La Serena escribe para “El Mercurio” (5 de julio) el artículo *Organización de las mujeres*, en el cual repara en una falta de organización femenina, en una necesidad de conocerse y hacer causa común en sus problemas y realidades, y un plantear la debilidad del feminismo chileno. La Municipalidad de Vicuña la declara Hija ilustre y predilecta de la ciudad: “Vicuña es mi único hogar estable junto con el valle de Elqui, en el cual me crié y donde viví mi primera docena de años”. Por su larga trayectoria como maestra, desempeñando diversos cargos en la enseñanza, y por su producción literaria de excepcional importancia para la cultura chilena, el gobierno de Chile, con aprobación del Parlamento, le concede una pensión de jubilación: “Comencé a servir a mi patria a los catorce años; cuando mi cabeza ya esté inútil, abandonaré mi cargo”.

1 9 2 6

Durante la presidencia de Emiliano Figueroa, y a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, es designada Consejera de Chile en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (organismo de la Sociedad de las Naciones), con sede en París. Sale de nuevo de la ciudad de La Serena y del país natal, y esta vez de manera definitiva: “cara al

viento... y a la errancia”. Asume sus funciones en la capital francesa: “Es una labor técnica, un poco estadística, con utilidad a la larga, algo burocrática, pero seria y humana”. Para superar dificultades económicas escribe artículos para distintos periódicos y revistas de América Latina (“El Mercurio”, de Santiago; “La Nación”, de Buenos Aires; “El Tiempo”, de Bogotá; “Repertorio Americano”, San José), toda vez “que los sueldos que paga la Sociedad de las Naciones son decorosos solo en Ginebra; por vanidad francesa este Instituto quedó costeadado por el gobierno francés y el resultado ha sido unos sueldos calamitosos”. Recorre Francia, la región de Los Pirineos. Va a Lourdes (“me detengo en cada uno de los almacenes buscando alguna estampa o algún bajo relieve que sean dignos del fervor del lugar, que yo pueda llevarme como testimonio de la hora que aquí he conocido”). Visita Bélgica y Suiza (*Elogio de los países pequeños*: “yo he sentido mejor que en ninguna tierra, la dignidad cívica y la cuestión social”).

La Editorial Nascimento publica en Santiago de Chile la tercera edición de *Desolación*, con prólogo del crítico literario Hernán Díaz Arrieta (Alone). En la ciudad de La Serena muere su sobrina Graciela (hija de Emelina, su hermanastra); en 1904 había escrito “En la siesta de Graciela”, uno de sus primeros poemas: *Dejadla así que hermosa se está mostrando / allí su frente pálida y sombría, / bajo el albo pañal que está velando / su tranquilo dormir del mediodía.*

1 9 2 7

Vive en una pequeña casa de campo en Fontainebleau (Francia). Ocupa el cargo de Delegada de Chile en el Instituto de Cooperación Intelectual, en reemplazo del escri-

tor chileno Joaquín Edwards Bello (1887-1968): “Cada país europeo o americano, ha designado un representante con el nombre de Delegado. No son funcionarios, pero tienen cierta fuerza moral en el Instituto. El trabajo de información, en lo referente a nuestros países americanos, lo hago yo casi enteramente. El nuevo nombramiento no me recarga, por lo tanto, de labor, solo me allega más derecho para tratar las cuestiones de Chile”. En colaboración con otros miembros del Instituto —Alfonso Reyes (México), Gonzalo Zaldumbide (Ecuador), Alcides Arguedas (Bolivia), Jaime Torres Bodet (México), Víctor Andrés Belaúnde (Perú)— funda la colección de Clásicos Iberoamericanos, creada para familiarizar al público de habla francesa con los principales escritores latinoamericanos mediante traducciones de sus obras más representativas. Gabriela Mistral propone traducir obras del cubano José Martí, del puertorriqueño Eugenio María de Hostos y del nicaragüense Rubén Darío. Conoce a destacados intelectuales del mundo: Henri Bergson, Paul Rivet, Miguel de Unamuno (que vive sus años de exilio en París). En Ginebra participa en el Congreso de Protección a la Infancia, y en Locarno (Suiza) asiste, en representación de la Unión de Profesores de Chile, al Congreso de la Educación.

1 9 2 8

Desde París envía a la Primera Conferencia Internacional de Maestros, celebrada en Buenos Aires (enero), su ponencia *Los Derechos del Niño*, texto que resume en siete acápites —desde la salud y educación hasta el vigor y la alegría— las disposiciones fundamentales en beneficio de la infancia. Se traslada a vivir a Provenza, entre Orange y Avignon (Francia). Viaja permanentemente a París, Gine-

bra, Roma para asistir a reuniones de trabajo. Los graves sucesos de Nicaragua (intervención armada norteamericana en el país centroamericano) la conmueven profundamente. Solidariza con la causa sandinista escribiendo artículos de apoyo a César Augusto Sandino. Fecha sus mensajes en París (*Contestación a una encuesta*, 4 de marzo) o en el Puerto de Bastia, isla de Córcega (*La pobre ceiba*, 25 de marzo): “Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos”.

En representación de Chile y de Ecuador asiste al Congreso de Mujeres Universitarias, que se celebra en Madrid (agosto). Se alberga en la prestigiosa Residencia para Señoritas (*La patria no me preguntaron, / la cara no me la sabían. / Me señalaron con la mano / lecho tendido, mesa tendida*). Propone al Instituto de Cooperación Intelectual la incorporación del escritor y académico Eugenio D’Ors, como representante de España. La Sociedad de las Naciones la designa (septiembre) para un cargo en el Consejo Administrativo del Instituto de Cinematografía Educativa, con sede en Roma; Instituto creado “para educar al pueblo por la bienaventurada pedagogía objetiva, vivificándole en la pantalla su historia y revelándole su territorio; entregar al extranjero, paralelamente, la fisonomía geográfica y moral de la Italia de todos los tiempos”. En Italia recorre, una vez más, Roma, Nápoles, Florencia (“ando de nuevo por las calles de la ciudad querida, de la ciudad que es perfecta, porque no ha aceptado tener el perímetro insensato de las llamadas grandes, de las viciosamente grandes, porque quien la ama la camina a pie y con deleite en el paso”).

Entre París, Ginebra y Roma celebra sus cuarenta años de edad (7 de abril): “Mes de mi santo este abril, y mes de mi santo sin paisaje mío, que me salte al ojo cuarentañero sin acento, sin dejo mío en torno con la lengua extraña rebotándome en la pobre oreja, y con una luz ajena también en la piel mía, que conoce los países por el ímpetu o el desabrirmiento del sol”. Escribe sobre Teresa de la Parra (“El Mercurio”, 23 de junio), la escritora venezolana (“yo no sé si en Venezuela se darán cuenta del tamaño de la narradora que les ha nacido”), autora de las novelas *Ifigenia* y *Las memorias de Mamá Blanca*.

En la ciudad de La Serena, Chile, y a los 8½ años de edad, muere su madre (7 de julio), doña Petronila Alcayaga Rojas: “Ella era una especie de subsuelo mío, de donde me venía fuerza y no sé qué nobleza, esa nobleza de tener madre, que en las gentes se conoce en cosas imperceptibles, pero ciertas. Me siento como las plantas de agua cuando se les corta el pobre péndulo y van y vienen. Y me siento desposeída de esta dignidad que da un arrimo de este tamaño, especie de vagabunda que no tiene más que el aire y la luz en este pobre mundo”. En carta (julio) al escritor mexicano Alfonso Reyes, cuenta: “Tengo conmigo a un niño de cinco años, de una amiga española. Con él —y con él! — he conversado de mi viejecita muerta y Ud., que sabe llorar, habría llorado de oírnos”. Referencia, sin duda, a Juan Miguel Godoy Mendoza, el niño de cinco años (*Que el niño mío / así se me queda. / Los cinco veranos / que tiene tenga. / Así como está / baila y galanea*), su sobrino, llamado familiar y cariñosamente *Yin Yin*, hijo natural de Carlos Miguel Godoy (su hermanastro o hermano por línea paterna) y de Marta M. Mendoza, catalana).

La traductora norteamericana Alice Stone Blackwell la incluye en la *Antología de poetas hispanoamericanos* (Editorial Appleton, Nueva York). Después de recorrer la Provenza —el tiempo de Mistral, la costumbre de Mistral, la ideología de Mistral— escribe su evocativo recado *La leyenda prodigiosa de Federico Mistral* (Repertorio Americano). En Chile, y durante la presidencia de general Carlos Ibáñez del Campo, que gobierna autoritariamente el país, se le suspende su pensión como maestra: “Después que el Patriarca me echó del servicio —razones de presupuesto... u otras, pues yo no callo mi antiibañismo—, me puse a vivir de mis pobres articlejos. Dios se olvida de nuestras patrias infelices”.

1 9 3 0

Escribe con frecuencia, y sobre temas y asuntos varios, numerosos artículos para periódicos de España (ABC, de Madrid) y de América Latina (*La Nación*, Buenos Aires); *El Universal*, Caracas); *El Mercurio*, Santiago); *Repertorio Americano*, San José): “Una barbaridad de artículos que me mantienen”, dice. Su creación poética queda, en muchos casos, postergada: “Hago ahora periodismo intenso. Seis artículos al mes. El trabajo para los periódicos me ocupa prácticamente todo el tiempo. He escrito algunos versos en Italia y en Francia. También quisiera, con tranquilidad, ordenar un libro de poemas inéditos”. De esta tarea para periódicos y revistas nacen sus singulares *Recados*, escritura de intenso lenguaje conversacional, “que lleva el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir”. Invitada por la Universidad de Columbia (Nueva York) visita por segunda vez los Estados Unidos. Encuentro con Federico de Onís, que mucho tuvo

que ver con la publicación de *Desolación*, su primer libro. Enseña un semestre (temporada de invierno) en Barnard College. Dicta cursos sobre literatura latinoamericana y la historia de la civilización de las Américas españolas: “De este último tema no hay nada escrito, y es menester que yo estudie las fuentes originales. Todo esto requiere tiempo, tranquilidad y aislamiento. Y no tengo ninguna de las tres cosas. Sin embargo, estoy contenta”. También dicta charlas en el Middlebury College (Vermont). No resiste la tentación de visitar, recorrer y subir a la *Estatua de la Libertad*, “que sigue siendo una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York y uno de sus imperativos inevitables sobre el ojo del viajero”.

1 9 3 1

A solicitud de la Unión Panamericana (Washington D.C.) escribe un mensaje para la juventud escolar en el Día Panamericano o Día de las Américas (14 de abril). Gabriela Mistral, que permanece aún dictando cursos en Nueva York (U. de Columbia), responde escribiendo un significativo Voto: *Nosotros, americanos del Norte y del Sur*, e insta a la juventud “a repugnar la violencia en el trato de estas naciones y a rechazar la injusticia como una disminución de su honra gloriosa”. Invitada por la Universidad de Puerto Rico (mayo) dicta una conferencia —*El sentido de la profesión*— en el acto de graduación correspondiente al curso de 1931. Se interesa por la publicación de las obras de Eugenio María de Hostos (1839-1903), el patriota “que enseñará a la América a pensar”, por cuya vida y obra tiene gran admiración. Además de conferencias universitarias y pedagógicas, y de recorrer maravillada lugares y paisajes (*Elogio de la isla de Puerto Rico*), conversa con las mujeres

puertorriqueñas sobre asuntos femeniles y sociales: “ustedes sienten como yo la angustia de conflictos que planean sobre su pueblo”.

Volando en pequeños aeroplanos viaja por las Antillas, el Caribe y los países centroamericanos. Visita Santo Domingo, la primera colonia española de América. La prensa dominicana (junio) la recibe con laudatorios artículos. Luego es recibida en Cuba, que visita por segunda vez (julio). En La Habana, presentada por el pedagogo y ensayista Jorge Mañach, dicta la conferencia *La lengua de Martí*, el poeta y patriota cubano (1853-1895) en quien reconoce su “gratitud hacia el escritor que es el maestro americano más ostensible de mi obra”. Recepciones y conferencias en Panamá (agosto). Se le otorga la Orquídea de Oro y la Flor del Espíritu Santo, las más altas insignias que la Escuela Normal de Institutoras de Panamá concede a sus visitas ilustres. El gobierno de El Salvador la recibe oficialmente como huésped de honor (septiembre). En la Universidad Nacional salvadoreña, “la gallarda sembradora de ideas”, dicta una conferencia sobre *El origen indoamericano y sus derivados étnicos y sociales*. Breve permanencia en Costa Rica (29 de septiembre). Encuentro en la localidad de Puntarenas con el escritor Joaquín García Monge, director de la prestigiosa revista *Repertorio Americano*.

La Universidad de Guatemala (octubre), en claustro reunido en solemne ceremonia, le confiere el Doctorado Honoris Causa. Gabriela Mistral dicta su conferencia *La unidad de la cultura*. No puede visitar Nicaragua, país ocupado por la intervención norteamericana, pero envía un mensaje a los estudiantes nicaragüenses: “Que sepan padecer en el alma y en el cuerpo mientras pasa esta hora larga de la intervención. Que los que puedan llegar, lleguen hasta los

Cerros Santos de Sandino a pelear la buena pelea indiscutible que el mundo sigue, y los que no puedan se hagan en donde estén la voz de Sandino”.

1 9 3 2

Con la firma del Presidente de la República de Chile, Juan Esteban Montero, se le nombra “cónsul particular de elección de Chile”, designándosele prestar sus servicios en Nápoles (Italia). Es el lugar que ella desea, toda vez que el clima italiano se aviene con su temperamento y sus gustos. Es la primera mujer chilena designada para un cargo consular. Sin embargo, no puede asumir sus funciones (abril) por causa del régimen fascista que impera en Italia: “Me vine a Nápoles, nombrada cónsul de Chile. El bello régimen medieval no acepta a las mujeres en estos cargos y negó el exequátur, por eso u otra razón... El puesto se suprime”.

Asume legalmente la tutoría de Juan Miguel Godoy Mendoza, su sobrino, según documento-mandato fechado (octubre 4 de 1932) en el Consulado de Chile en Nápoles: “Que con el derecho de paternidad absoluta del ciudadano chileno don Carlos Miguel Godoy Vallejo, por fallecimiento de la madre, doña Marta M. Mendoza, y no habiendo otros miembros de la familia con que formar el consejo familiar, viene en conferir la tutoría de su hijo Juan Miguel Godoy Mendoza a su hermana doña Lucila Godoy (Gabriela Mistral en las Letras). Que el menor, nacido en Barcelona, el primero de abril de mil novecientos veinticinco, no posee bienes de fortuna y que corren absolutamente a cargo de su tutora todos sus gastos de subsistencia y de educación, condición que ella ha aceptado”.

Escribe recados para periódicos latinoamericanos: *Música araucana* (La Nación, Buenos Aires, 17 de abril); *El trópico y José Martí* (El Mercurio, Santiago, 24 de julio); *El tipo de indio americano* (Repertorio Americano, San José, 8 de octubre). Descansa en Cavi di Lavagna (Prov. de Génova) mientras prepara su próximo viaje (noviembre) a Puerto Rico.

1 9 3 3

Asume una cátedra de profesora visitante (enero) en la Universidad de Puerto Rico (Recinto de Río Piedras), San Juan. Dicta cursos sobre hispanismo, autodidactismo e historia indoamericana. Estimula la creación de un comité que reúna fondos para la publicación de las obras de Eugenio María de Hostos. Acompañada del canciller de la Universidad, el naturalista y micólogo Carlos Chardón, recorre campos de cañas y cafetales admirada del paisaje puertorriqueño: “El botánico iba diciéndome su tierra y señalándome los cultivos con amor de patriarca que re-cuenta su prole”. La Cámara de Representantes de Puerto Rico, con la concurrencia del Senado, la declara (marzo) “Hija adoptiva de la isla, como testimonio del respeto, admiración y cariño de este pueblo a tan ilustre representante de la raza”. El Gobierno de Chile la designa Cónsul en Madrid. “Gabriela Mistral, embajadora espiritual de la América española”, anuncia la prensa madrileña. Asume, en junio, sus funciones consulares en la capital de España en reemplazo del poeta Víctor Domingo Silva.

El asesinato de Sandino en Nicaragua (febrero) la hace decir, en carta al escritor mexicano Alfonso Reyes: “He llorado la muerte de Sandino, más que todo por ser un crimen nuestro, una suciedad más. Paciencia”. Con el título de *Nubes Blancas* (ed. Bauzá, Barcelona) circula en España un libro antológico de sus poemas. Según Julio Saavedra Molina, se trata de una reproducción clandestina de las secciones en verso de la segunda edición de *Desolación* y de los poemas nuevos de *Ternura*. Del ajetreo oficinesco en el consulado de Madrid —“consulado honorario que vive de las entradas menguadas enormemente por el control nuestro que castiga el comercio extranjero con demasiada fuerza”— sale para Barcelona (“yo ando por las ramblas con la nostalgia de las ciudades viejas”); para Mallorca (“yo me siento mujer mallorquina, desde las faldas de las mujeres, hasta la torcedura del olivo, nada me rechaza, se me crea un acuerdo con las cosas, que casi es la dicha”); para Málaga (hablando en una conferencia sobre Chile: “Han dado a Chile los comentaristas la forma de un sable, por remarcar el carácter militar de su raza. Mejor sería darle forma de un remo. Buenos navegantes somos en país dotado de inmensa costa”). La Secretaría de Educación de Cuba, en su colección Cuadernos de Cultura, y con nota prologal de Jorge Mañach, publica en La Habana el texto completo del ensayo *La lengua de Martí*, conferencia que la autora chilena había dictado en junio de 1931.

El Senado de la República de Chile (17 de septiembre) despacha la ley especial, solicitada por el presidente Arturo

Alessandri y su ministro de Hacienda, Gustavo Ross, que crea “el cargo consular inamovible y vitalicio para Gabriela Mistral, con un sueldo de 21.000 pesos y un sobresueldo de 15 mil pesos anuales”. El mes anterior un grupo de intelectuales europeos (Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Romain Rolland, George Duhamel, Maurice Maeterlink) sugería tal iniciativa al presidente de Chile. También, un grupo de señoras santiaguinas hace otro tanto pidiendo públicamente la urgencia en el despacho de esa ley: “Gabriela Mistral, gran poeta, es, por lo tanto, uno de los medios por el que nuestro Chile afirma su supervivencia. Pero antes de aspirar a sobrevivirnos en ella, consintámosle, a ella, por un principio elemental de lógica, primordialmente, vivir” (El Mercurio, 18 de agosto). La infidencia de una carta (“en la cual vacié dos materias de juicio: mi horror del abandono en que vive el pueblo español y mi asombro respecto de porciones de la idiosincrasia del mismo, que yo no me conocía”), y hecha pública en la prensa de Santiago de Chile, da materia también a la colonia española residente para acusarla de abrigar sentimientos antiespañoles. Deja Madrid (septiembre). Asume funciones consulares —de cónsul honorario a cónsul de segunda clase— en Lisboa: “A los cuarenta y seis años de edad, es decir, después de una vida entera dada, de cerca o de lejos, a la cultura del país, tengo un cargo de cónsul de segunda clase”.

1 9 3 6

Además de sus tareas consulares, encuentra en Lisboa tranquilidad y cura para su cuerpo y alma: “En ocho meses de Portugal me he salvado la salud y me he ganado un ánimo alegre y ligero, medio infantil, que es el mío de los bue-

nos tiempos”. En el dulce suelo y el dulce aire portugueses, prepara un libro de versos, *¿Tala?* Se familiariza con la lengua portuguesa. Con el nombre de *Saudade* —“lo cual significa vivir en extrañeza del mundo”— escribe un ciclo de evocadores poemas en sus gestos y recuerdos. La revista costarricense “Repertorio Americano” (San José, 23 de abril) publica *Recado sobre Neruda*, elogioso comentario a *Residencia en la tierra* (Madrid, ed. Cruz y Raya): “Neruda significa un hombre nuevo en la América, una sensibilidad con la cual abre otro capítulo emocional americano”. En España ha estallado la guerra civil, tragedia que siente como propia: “En Lisboa yo no duermo muchas veces pensando en el dolor del pueblo. Presiento hasta el ruido de los bombardeos. Imagino el espanto de las poblaciones indefensas, y sufro”. Viaja a París. Asiste (noviembre) a las reuniones del Comité de Publicaciones de la Colección Clásicos Iberoamericanos (Instituto Internacional de Cooperación Intelectual). Se interesa por la preparación de un volumen dedicado al folklore chileno: cuentos, historias, leyendas, mitos, fábulas y poesía araucana con sus conjuros e invocaciones, trabajando en colaboración con el profesor y etnólogo francés Paul Rivet.

1 9 3 7

Permanece en Lisboa (haciendo una suplencia larga del Ministro de Chile), aun cuando su destinación es Oporto. Escribe el poema *Dos ángeles*, un alucinado texto que formará parte de un libro próximo, todavía sin título. Durante junio-julio va a París. Asiste a congresos de profesores, reuniones del PEN Club y del Comité de Artes y Letras, este último presidido por el poeta Paul Valéry. Ayuda, a través del Comité de Cooperación Intelectual, a profesores

españoles sin empleo, que han dejado su país camino al exilio. Encuentro en Copenhague con Palma Guillén, su amiga mexicana que cumple funciones diplomáticas en Dinamarca (“desde que la conocí yo ensalcé en ella a la primera profesora de nuestros pueblos entre las que conozco”). Para participar en unas jornadas de conferencias, viaja a Brasil (agosto): “El Brasil toma y retiene con su esplendor físico, con su suave temperamento racial y con su originalidad de patria americana con facciones propias”. Es declarada miembro honorario de la Sociedad Panamericana de Brasil (Sao Paulo). Charlas y lecturas de sus poemas en instituciones culturales y escuelas de Río de Janeiro. Conoce a Cecilia Meireles, Tasso de Silveiro, Anna Amelia Mendonca y otros escritores, escritoras, maestros y músicos brasileños. Se interesa por la música y las danzas indígenas del Brasil (“dulce ha sido oír todo esto”). Los niños le regalan un álbum de leyendas “de nuestros árboles copiadas por nuestras manos”. Planta un árbol —un cítrico— en el patio de una escuela de Río de Janeiro.

1 9 3 8

Viaje a Uruguay y Argentina. En Montevideo participa (enero) en los Cursos Sudamericanos de Vacaciones, organizados por la Universidad de la República. Habla, en compañía de la argentina Alfonsina Storni y de la urugua-ya Juana de Ibarbourou (llamadas “poetisas de América”), de su manera y oficio de escribir: “Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera. En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de

canción de cuna”. Además, cierra el ciclo con su conferencia *Literatura, geografía y folklore chilenos*. Invitada por la escritora argentina Victoria Ocampo permanece una temporada en Mar del Plata. (*Yo no sé si es mejor fruta que pan / y es el vino mejor que la leche en tu mesa*).

Editorial Sur (Buenos Aires) publica *Tala*, su tercer libro, con poemas escritos principalmente durante sus viajes y residencias por América y Europa. Dice la autora: “Entregó *Tala* por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo. Tomen ellos el pobre libro de mano de su Gabriela, que es una mestiza de vasco, y se lave *Tala* de su miseria esencial por este ademán de servir, de ser únicamente el criado de mi amor hacia la sangre inocente de España, que va y viene por la península y por Europa entera”.

Como la mujer más aclamada del continente regresa (mayo) a Chile, su patria, después de trece años de ausencia. Homenajes públicos en Osorno (por cuya región cordillerana y fronteriza ingresa al país), Valdivia, Chillán y Santiago. Conmovidada del paisaje geográfico sureño escribe los poemas *Volcán Osorno*, *Lago Llanquihue*, *Salto del Laja*. En Santiago ofrece un recital popular en el Teatro Caupolicán, y una conferencia —*El escritor y la política*— en la Sociedad de Escritores de Chile. Propone la necesidad de crear un Premio Nacional de Literatura. Antes de abandonar nuevamente Chile, visita Vicuña y Montegrande en el valle de Elqui: “En mi Vicuña iba yo por las noches, con una velita de sebo, atravesando mis calles de la infancia”.

Como huésped del gobierno del Perú visita (julio) Lima. Es recibida como “la eminente maestra y excelsa lírica”. Encuentro con maestros e intelectuales peruanos. Habla

a los estudiantes limeños sobre *O'Higgins, símbolo de la gesta de la emancipación y de la amistad del Perú y Chile*. Permanece algunas semanas en Ecuador (el país del escritor y diplomático Gonzalo Zaldumbide, amigo y colega en el Instituto de Cooperación Intelectual). El Círculo de Estudios de la ilustre Universidad de Guayaquil la designa Socio Correspondiente. Dicta (agosto) una conferencia sobre *Juan Montalvo y el clasicismo*. Nuevo viaje a Cuba, “una Cuba que me tiene y me retiene en el último jalón de mi América que yo subo esta vez, camino del norte”. Bienvenida del alcalde de la ciudad de La Habana y de la escritora Dulce María Borrero. En la Institución Hispanocubana de Cultura dicta una clase magistral (octubre) sobre los *Versos sencillos*, de José Martí; y en la Asociación de Escritores y Artistas, su conferencia *En el día de la cultura americana*.

En París, y con un estudio-prólogo de su autoría, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (colección Iberoamericana) publica el volumen *Folklore chilien*; tema y contenido motivado por los ensayos de Tomás Guevara, Ricardo E. Latcham, Julio Vicuña Cifuentes, Ramón Laval y otros estudiosos y recopiladores de la literatura folklórica chilena. En Chile (25 de octubre) el candidato del Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda, su grande y protector amigo, es elegido Presidente de la República.

1 9 3 9

Visita los Estados Unidos por tercera vez (enero-febrero). Se radica en St. Augustine, Florida. Recorre también Nueva Orleans, Nueva York y Washington D.C. En el Palacio de la Unión Panamericana (Washington) dicta la confe-

rencia *Geografía humana de Chile*, y lee por primera vez los poemas inéditos *Salto del Laja* y *Volcán Osorno*. Escribe para los amigos de la América su recado *La tragedia andina* (El Mercurio, 12 de febrero) con dolorosa referencia al terremoto que destruyó el 24 de enero la ciudad de Chillán (Chile). La Secretaría de Educación de Cuba edita, en La Habana, *Versos sencillos*, de José Martí, recogiendo la conferencia que sobre el poeta y patriota cubano había dictado el año anterior. El presidente de Chile, Pedro Aguirre Cerda, la designa Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de la América Central, con residencia en San José (Costa Rica). Agradece tan noble designación; por razones de salud, no acepta el cargo. Permanece como cónsul de Chile en Niza (Riviera Francesa). En Chile y otros países latinoamericanos se inicia una campaña de personalidades e instituciones en favor de su candidatura al Premio Nobel de Literatura: “No he creído, ni antes ni ahora, en la eficacia de esa candidatura mía al Premio Nobel, salida del Ecuador (por la escritora Adelaida Velasco Galdós), acogida por el presidente Aguirre Cerda y luego sonada —¡Dios mío, en exceso!— por gentes y otros países nuestros”.

1 9 4 0

Para un volumen destinado al público europeo se traduce al francés una selección de su poesía. La obra, con prólogo de Paul Valéry, queda interrumpida por los inicios de la segunda guerra mundial. El conflicto bélico influye, también, para solicitar su traslado consular. (“Qué mundo el que nos ha tocado ver antes de irnos y el que tal vez nos toque dejar a los que queden”). Es destinada a Brasil para hacerse cargo del consulado de Niteroi. Viaja acompañada

de su amiga y secretaria, la puertorriqueña Consuelo Saleva y de su sobrino Juan Miguel Godoy Mendoza (a quien llama cariñosamente Yin Yin), hijo de un hermanastro paterno y de madre española (fallecida de tuberculosis), y que recibió en 1929, cuando el niño tenía cinco años. Antes, primeros días de septiembre, visita Londres: conferencia y entrevista en la BBC. En Río de Janeiro dicta (octubre) una conferencia sobre la música chilena de carácter folklórico (“también aquello era mío por ser chileno y de la chilenidad rural, que tal vez sea la única que llevo”). Con motivo de la muerte, en Chile, del periodista y escritor Carlos Silva Vildósola (“con su llaneza de maestro criollo, me llevó a escribir prosa y me hizo un sitio a su lado”), testimonia su gratitud en el recado *Un maestro del periodismo chileno* (La Nación, Buenos Aires, 3 de noviembre).

1 9 4 1

Buscando mejor clima para su salud se traslada a la ciudad de Petrópolis, distante 75 kilómetros de Río de Janeiro: “Petrópolis tiene su derramamiento de colinas, danza desordenada, y tiene sus jardines, tantos que no hay quién los cuente, grandes percales coloreados, cada uno lindo a su manera, muchos ejemplares, varios indecibles”. De mes en mes escribe un recado sobre gente de la literatura brasileña: la novelista Carolina Nabuco (El Mercurio, 20 de julio), el poeta Jorge de Lima (El Mercurio, 9 de agosto), el cronista y hombre del periodismo Assis de Chateaubriand (El Mercurio, 9 de septiembre). En Petrópolis la visita el escritor chileno Benjamín Subercaseaux (1902-1973), autor de *Chile o una loca geografía*, y para quien escribe el ensayo-recado *Contadores de patrias*: “Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den

con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinadores y la densa pasión”. Editorial Zig-Zag (Santiago de Chile) publica *Antología de Gabriela Mistral*, selección de poemas realizada por la autora con prólogo de Ismael Edwards Matte.

1 9 4 2

Inicia la escritura de un ciclo de poemas —*Locas mujeres*— reveladores de vivenciales y frecuentes temas en sus desvelos de mujer piadosa y fervorosa: *Pero mi voz la tengo nueva / como alondra recién cazada, / y está mi voz amanecida / horas y días calla y calla, / de no saber si es el amor / o de qué nombre se le llama* (“La trocada”).

Deprimido por las últimas noticias de la guerra que estremece al mundo, se suicida en las proximidades de Petrópolis, donde vivía su exilio brasileño, el escritor austríaco-judío Stefan Zweig (1881-1942). La trágica muerte deja en ella un hondo y conmovedor sentimiento de congoja. Al día siguiente (23 de febrero) escribe *Un recado de nuestro Stefan Zweig* que envía, a manera de carta y testimonio, al escritor argentino Eduardo Mallea: “¡Qué cosa tan horrible! Tenía yo más que el cariño, la ternura de ese hombre llano como una criatura, tierno en la amistad como no sé decirlo, y realmente adorable. Cuando hablábamos de la guerra, yo seguía en su cara, punto a punto, su corazón en carne viva e iba midiendo lo que yo podía decir, lo cual no me ha ocurrido con ningún hombre de letras. Y no era que perdiese en momento alguno su control riguroso: era que los hechos brutales, o simplemente penosos, no parecían ser oídos, sino tocados por él en el mismo instante en que los escuchaba y le caía al rostro una tristeza sin límites que lo envejecía de golpe”.

Visita (marzo) Belo Horizonte, capital de Minas Gerais (“la ciudad bien nombrada que tiene el horizonte espacioso, para holgura de las vistas y del alma”). Pasa días felicísimos en la minera ciudad con niños, muchachos, maestros y colegas en sus oficios de poeta y de educadora, y que “me dieron la honra de su confianza y el regalo de su cariño”. El Mercurio (25 de abril) publica *Recado para Julio Barrenechea*. Recibe uno de los golpes más trágicos y dolorosos en su vida: se suicida en Petrópolis (agosto) su sobrino Juan Miguel Godoy Mendoza, a quien llamaba familiarmente desde los cinco años Yin Yin. (*Que el niño mío/ así se me queda / No mamó mi leche / para que creciera*). Juan Miguel, que la acompañaba en Petrópolis, muere de una dosis de arsénico cuando recién pasaba de los 17 años: “Nunca la poesía fue para mí algo tan fuerte como para que me reemplace a este niño precioso con su conversación de niño, de mozo y de viejo”. Tiempo de vivir como una sonámbula. Para mitigar sus tristezas escribe, casi día por día, sus oraciones *A Dios Padre por Yin, Al Espíritu Santo por Yin, A Cristo Jesús por Yin, A la Virgen por Yin, A San Francisco de Asís por Yin*: “con esa delicadeza que adormecías palomas sobre tu pecho de palomo, toma un rato a mi Juan Miguel, y dale la compañía bienaventurada de tu pecho”.

Su constante actividad literario-periodística la mantiene comunicada con el mundo. Temas brasileños, chilenos, mexicanos van y vienen por sus artículos y colaboraciones a la prensa. Desde Petrópolis escribe *Recado sobre una maestra argentina* (La Nación, Buenos Aires, 23 de abril);

*Chile y la piedra* (El Mercurio, 24 de abril); *Sobre el maestro Juan Francisco González* (La Nación, Buenos Aires, 25 de junio); *Recado sobre Michoacán* (El Mercurio, 3 de julio); *Herminia Racagni en Río* (El Mercurio, 6 de agosto). Proyecta escribir un libro con el título de *Poemas para los niños de Chile*, serie de textos sobre la flora, fauna y geografía de su país natal. Uno de estos poemas —*El Cuco*—, que evoca su infancia en las tardes de Montegrande, se publica en La Nación (Buenos Aires). Prepara, también, un estudio acerca del sentido que tendría “el género de la canción de cuna, en cuanto a cosa que la madre se regala a sí misma y no al niño, que nada puede entender, a menos de *guaguatear*, a grandulones de tres años”. Lo medular de este ensayo, y a sugerencia de su editor argentino, se incluirá en la edición segunda de *Ternura*, que se anuncia para el próximo año. En Estocolmo, el miembro de la Academia Sueca, Hjalmar Gullberg, estudia rigurosamente “la obra de la chilena Gabriela Mistral”.

1 9 4 5

“Por una poesía lírica, inspirada por poderosas emociones, y que ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”, la Academia Sueca (Estocolmo) le otorga, el Premio Nobel de literatura. El embajador de Suecia en Brasil le comunica oficialmente (15 de noviembre) la honrosa noticia. La poeta y maestra chilena, que tiene 56 años y que permanece en su residencia consular de Petrópolis, es el primer escritor de América Latina que recibe un Premio Nobel de Literatura, continente que recibe el Premio como suyo también. En el barco *Ecuador*, que navega con bandera sueca, viaja a la capital del nórdico país. De manos de Su Majestad Real,

el Rey Gustavo V, de Suecia, recibe (10 de diciembre), en el Palacio de los Conciertos de Estocolmo, el universal galardón. En su breve discurso de agradecimiento, Gabriela Mistral se declara una hija de la Democracia chilena, señalando luego “que por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa. Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América íbera para honrarla en uno de los muchos trabajadores de su cultura. El espíritu universalista de Alfred Nobel estaría contento de incluir, en el radio de su obra protectora de la vida cultural, al hemisferio sur del Continente Americano tan poco y tan mal conocido”.

En el Parlamento chileno, el poeta Pablo Neruda, senador de la República, rinde solemne homenaje a la personalidad y obra de su ilustre compatriota. “Gabriela nos honra ante el mundo por honrar a Chile dentro de sí misma, vive en preocupación de toda su tierra, sin compararla, sin menospreciarla, sino plantándola y fertilizándola con esa mano creadora, poblándola con ese espíritu hoy iluminado por la gloria”. La editorial argentina Espasa-Calpe publica en Buenos Aires, *Ternura*, con notables variaciones en relación a la primera edición madrileña (1924), y con un estudio —*Colofón con cara de excusa*— epilógico de la autora.

1 9 4 6

Viajes por Francia, Italia y Gran Bretaña, países que visita oficialmente invitada. Huésped del gobierno francés, recibe en París la condecoración con grado de *Chevalier de la Légion d’Honneur*. En Italia, la Universidad de Florencia le otorga el grado académico *Doctor Honoris Causa*, cere-

monia a la cual no puede asistir. El Papa Pío XII la recibe en audiencia especial en la Ciudad del Vaticano; en la entrevista conversa con el Pontífice de las culturas y realidades indígenas del Nuevo Mundo. Es nombrada, por el gobierno de Chile, cónsul en Los Ángeles (California, Estados Unidos). En Washington (mayo), el Consejo Directivo de la Unión Panamericana la recibe en sesión extraordinaria en su honor. Lee su discurso *La faena de nuestra América*: “Desde la decisión de la Academia Sueca viene ocurriendo en torno mío que las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé. Si no tuviese delante de mí el friso tremendo del mundo, parecido al delirio castigador de nuestro padre Dante, yo nada entendería al ver rodar mi nombre de pobre mujer en el cable y las revistas. Pero veo y palpo a cada momento el friso infernal de la post guerra que nos mira y habla a todos a la vez con su desafío colérico”.

En una audiencia oficial en la Casa Blanca se reúne con el presidente norteamericano Harry Truman. A “la más cordial entrevista con mandatario yanqui”, asiste acompañada del embajador de Chile, Marcial Mora Miranda y del consejero de la Embajada, poeta Humberto Díaz Casanueva. En Nueva York dicta clases y conferencias en Barnard College (Universidad de Columbia). Conoce (mayo) a Doris Dana, joven profesora neoyorquina, estudiosa de la obra de Thomas Mann y asistente a los cursos de Barnard College. En California, al hacerse cargo de su consulado (junio), se radica en Monrovia. La gloria del Premio Nobel no la deja tranquila. Recibe la más variada correspondencia, 700 o más cartas de todos los lugares del mundo. La Asociación Bibliográfica y Cultural de Cuba le otorga, en la primera distinción a una personalidad extranjera, la “Medalla Enrique José Varona”. En París se edita *Poemes Choisis* (traducción de Mathilde Pomés y Francis de Mio-

mandre). También, Gallimard Ed. publica *Poèmes* (trad et postface de Roger Caillois).

1 9 4 7

En Nueva Orleans, ciudad que admira y que había visitado en un viaje anterior, se la declara “Hija de la ciudad”. El Mills College, Oakland, California, le otorga el título de *Doctor Honoris Causa*. En la Universidad de California (Los Ángeles) ofrece un recital de su poesía, centrándose fundamentalmente en el poema *Beber*, de su libro *Tala*: “Confieso que, por voluntad mía o por temperamento, las tierras extrañas no me arrasan la costumbre, que apenas me la remecen, de que la tengo añeja y tenaz. Errante y todo, soy una tradicionalista risible que sigue viviendo en el valle de Elqui de su infancia”. También en la misma Universidad (marzo) lee su ensayo *La aventura de la lengua*: “El aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas, en busca, no de mesa ni lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable”. Se traslada a vivir a Santa Bárbara (junio), su nueva residencia, y en una casa que ha adquirido con el dinero del Premio Nobel. Santa Bárbara “es para mí sobre todo, un cierto airecillo que me aligera el corazón, que me lo descansa y suaviza. Ando allí sin cansarme a causa de él, ando con otro genio, ando otra; y creo que todo eso es el cierto airecillo del mar”. Vive con sosiego y sin vida social alguna. En la ciudad de La Serena (Chile), muere su hermanastra Emelina (Molina Alcayaga): “Mi hermana era lo único y último que quedaba de mi familia normal. Nos acabamos todos. Ella me crió y ella fue mi única maestra: *La maestra rural*, era ella”.

Visita el *High School* de Santa Bárbara (mayo) para dictar su conferencia *Palabras sobre la paz*. Es su última presencia en California. Regresa a México por segunda vez, siendo ministro de Educación el poeta Jaime Torres Bodet, por cuyo conducto la invita oficialmente el presidente Miguel Alemán. Permanece en el Estado de Yucatán (“hay dos puntos cardinales: son Montegrande y el Mayab”). Por razones de salud se traslada pronto a Veracruz. Cumple tareas como cónsul de Chile, residiendo en Fortín de las Flores (Jalapa) y, la mayor de las veces, en el puerto de Veracruz. La altitud de la capital mexicana le impide visitar el Distrito Federal. Recibe, en cambio, a ilustres escritores que vienen de Ciudad de México a visitarla: Palma Guillen (que desde 1922 es su fiel compañera); Daniel Cossío Villegas (a quien le dedica el poema *La cajita de Olinalá*) y, muchas veces, “al muy querido” Alfonso Reyes. En el Estado de Veracruz recorre aldeas campesinas, granjas y campos. Se interesa por cultivar algún huerto propio con frutales. Ofrece conferencias, reuniones con maestros, inaugura centros de lecturas en escuelas públicas y bibliotecas (“las bibliotecas que yo más quiero son las provinciales, porque fui niña de aldeas y en ellas me viví juntas la hambruna y la avidez de libros”). El presidente Alemán —“presidente civilizador”, como lo llama— le obsequia un terreno de cien hectáreas en Sonora. (“Yo me crié en el campo, en una quebrada cordillerana. Y en la más estrecha tierra que se pueda imaginar se nos da la mejor fruta del país. Cuento parece. Ínfimas huertas y todas celadas y mimadas. Y viví después suspirando por sosiego para comprarme un pedacito. Nunca pude hacerlo, anduve errante, también allá adentro de Chile”).

Con la autoridad literaria e intelectual de un Premio Nobel, escribe (enero) al Secretario de la Academia Sueca, Anders Österling, reiterando su adhesión a la candidatura de Alfonso Reyes para el premio de la Academia: “Alfonso Reyes es, realmente, varios hombres, un clásico americano, un elaborador de cultura y también un reconciliador, en prosa y en verso, de las tendencias criollo-futuristas que recorren la América Latina y solo en él se transmiten en creación seria y en asimilación verdadera”. (La Academia Sueca otorga, sin embargo, el Premio Nobel de Literatura al novelista norteamericano William Faulkner). En Veracruz, y en presencia de numerosos maestros de las escuelas veracruzanas, lee su estimulante conferencia *El oficio lateral* (que reproduce en Chile la revista *Pro Arte* Santiago, 14 de abril): “Algunos de ustedes se van a decir ahora: ‘¿y por qué a Gabriela le importa tanto defendernos del tedio y quiere poner solaz a una profesión cuya índole será dura y producirá agobio?’ Yo les respondo que la felicidad, o al menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento”. Descansa algunas semanas (julio) en Jalapa, “revisando mi último libro de versos; allí hay recuerdos de Chile, que no son adulaciones patriótico-económicas, que son memoria limpia y fiel. Es eso un poema bastante largo sobre varias regiones chilenas”. *¿Poema de Chile?*

Se despide otra vez de México y de la tierra veracruzana (“soy niño perdido en el México del año 50; me tengo

solo el del 22”). Regresa a los Estados Unidos. En Nueva Orleans el alcalde le hace entrega simbólica de las llaves de la ciudad. Para la Biblioteca del Congreso (Washington D.C.) graba, en una sesión especial, poemas de su libro *Ternura*; lee principalmente algunas *jugarretas*, *rondas* y *cuenta-mundo*. Es distinguida con el Premio Anual de la Academia Norteamericana de la Historia Franciscana. Galardón que se otorga en Washington “a una insigne contribución individual en el campo de la cultura, en cuanto a las relaciones interamericanas”. Recibe un pergamino ilustrado a mano en ceremonia que se efectúa en la Universidad Católica, presidida por el Obispo auxiliar de Washington, el Reverendo Patrick J. McCornick, rector de dicha Universidad. La poetisa chilena, vestida sobriamente de traje negro, con una orquídea prendida al hombro, agradece el homenaje (12 de diciembre) con emocionada alocución: “Cuando el mundo repentinamente se endurece y se torna en una especie de fiera mitológica en vez de la consumada humanidad que Dios deseara, el genio franciscano, que es sobre todo un genio espiritual, se expande, se hace más sólido y se intensifica como lo hacen las fuerzas cósmicas”. Hacia fines de diciembre es designada cónsul de Chile en Nápoles (Italia); se embarca en Nueva York rumbo a Génova.

1 9 5 1

Reside en Rapallo, Italia: “El hecho de haber yo preferido Rapallo a Nápoles ha sido la cercanía a los libros franceses. Con ir a Niza los tengo. No los tuve yo ni en los cuatro años de California ni en los dos de Veracruz. Y los libros franceses son mi pan”. Vive en una casa rodeada de árboles con la presencia cerca del mar. Por razones de salud renuncia a un cargo ofrecido por el Fondo de las Naciones

Unidas para la Educación y la Infancia (UNICEF) en sus planes de una gira de conferencias por toda América del Sur (mayo): “El asunto de esa gira es particularmente de mi interés por tratarse de la miseria infantil en nuestros países, niños de nuestra raza, pero yo vivo en un estado permanente de flaqueza, que viene de mi vieja diabetes y de mi debilidad cardíaca; además, soy una mala oradora, una de las personas menos hábiles en el arte de hablar a públicos más o menos grandes y solo sirvo para conversar con la gente en círculos pequeños” (Oficio al Ministerio de Relaciones Exteriores).

En Chile (agosto) un jurado integrado, entre otros, por el rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández, el poeta Juan Guzmán Cruchaga y el escritor y diplomático Luis Cruz Ocampo, le otorga el Premio Nacional de Literatura, “por la trayectoria y prestigio de una obra y por toda una vida dedicada a la creación literaria”, aunque la autora señala desde Nápoles: “hace rato que yo cancelé ese tema del Premio Nacional de Literatura. Sé que lo peor de *mi caso* con Chile es el odio de mi gente”. El premio (dotado de 100 mil pesos chilenos) lo destina a crear un fondo de ayuda a los niños pobres del valle de Elqui. Antes de ella, y desde 1942 —año de su creación— otros nueve escritores chilenos (Augusto D’Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel A Lillo, Ángel Cruchaga Santa María, Pedro Prado, José Santos González Vera) habían obtenido dicho reconocimiento nacional.

1 9 5 2

Entre sus tareas consulares y sus residencias de Rapallo y Nápoles, se documenta leyendo libros de geografía y tex-

tos de flora y fauna de su país natal. Trabaja poéticamente en la preparación de una obra sobre Chile: “Toda mi vida yo sentiré el remordimiento de no haber caminado Chile zancada a zancada, de poseer en mis sentidos apenas unos rumbos de mi tierra y unos cuantos colores organizados en mi recuerdo, y unos pedazos de carreteras”. La obra, sin título aún definitivo, va de *Recado sobre Chile* a *Viaje imaginario por Chile*: “Yo pienso alguna vez hacerme en un libro el perro de Tobías que condujese a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena, volverme el lazarillo ganoso que trotase al lado de los que caminan con hallazgo y fervor”. Desde su casa en Nápoles —“que tiene un jardincito, a Dios gracias”— envía a la revista chilena *Mensaje* un conmovido artículo-prosa sobre el apostólico Padre Alberto Hurtado, sacerdote jesuita recientemente fallecido (agosto) en Santiago de Chile: “Alguna mano fiel ponga por mí unas cuantas ramas de aromo o de pluma de Silesia sobre la sepultura de este dormido que, tal vez, será un desvelado y un afligido mientras nosotros no paguemos las deudas contraídas con el pueblo chileno, viejo acreedor silencioso y paciente” (*Un pastor menos*).

1 9 5 3

Accediendo a una invitación oficial de las autoridades cubanas, viaja a Cuba (enero). Participa en los actos conmemorativos por el centenario del nacimiento de José Martí: “Yo, martiana fiel, no faltaré a esa convocación de los discípulos y amigos del héroe y del maestro”. En el Hemiciclo de la Cámara de Representantes del Capitolio Nacional (La Habana) pronuncia el discurso central de homenaje: “Es para mí cosa familiar escribir o hablar sobre el cubano José Martí y esto no deriva solo de la lectura insistente de

sus libros; esto viene también de que José Martí vive más allá de la mera admiración que damos a un clásico americano, viene de que José Martí poseyó y sigue poseyendo una cierta condición mágica, por la cual él gana para siempre las almas que se le dieron una vez. Todo es agradecimiento del guía de hombres que la América produjo en una especie de *mea culpa* por la hebra de guías bajísimos que hemos sufrido, que sufrimos y sufriremos todavía”. En el Ateneo de La Habana ofrece, además, una distendida y conversacional conferencia acerca de su propia obra poética, leyendo poemas en compañía de la poeta cubana Dulce María Loynaz.

En su calidad de cónsul de libre elección, expresa su interés de radicarse en la ciudad de Santiago de Cuba (“solo sé que tiene mar y esto es para mí una fiesta; me llena el corazón una gran dulzura el pensar que puede ser el final de mi vagabundaje”). Sin embargo, su “vagabundaje” no termina. Nuevo viaje a los Estados Unidos, esta vez nombrada (agosto) cónsul adscripta al Consulado General en Nueva York. Fija su residencia en Roslyn Harbor (Long Island, Nueva York). Dedicar la mayor parte de su tiempo a revisar, ordenar y escribir poemas para un libro próximo (¿tal vez *Lagar?*): “Escribo poesía porque no puedo desobedecer el impulso, sería como cegar un manantial que pecha en la garganta. Hace tiempo que soy la sierva del canto que viene, que acude y que no puede ser sepultado. ¿Cómo sellarme ahora?”

Participa honoríficamente, como delegada de Chile, en una Comisión de Naciones Unidas sobre la “Condición jurídica y social de la mujer”.

Viaja a Chile (septiembre) invitada por el Presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo (“el mismo que me rebanó mi jubilación el año 29”). A bordo del *Santa María* llega al puerto de Valparaíso después de 16 años de ausencia del país natal. Lee un breve mensaje a su querida gente chilena: “Ya mi barco se va acercando a la Patria y con él me voy allegando a Valparaíso, a Santiago, a Vicuña y a mi Valle de Elqui. Esta vez yo creo, y voy a pedirle, que se me abrirán las puertas de algunas escuelas y colegios para conversar con ustedes”.

En Santiago (8 de septiembre) recibe una bienvenida apoteósica y deslumbrante. Honores oficiales. Desde los balcones de la Casa de Gobierno —el Palacio de La Moneda—, y acompañada del Presidente Ibáñez, habla al pueblo de Chile: “Yo soy una chilena ausente, pero no una ausentista. En los 16 años de ausencia de mi país, yo he estado siempre al tanto de los acontecimientos que se producían dentro de nuestra patria. No tuve noticias verdaderamente malas nunca, creo. Pero la noticia más ancha y más esperada para mí ha sido saber que, por fin, hay interés vivo en que el hombre del campo pueda llegar a tener en dónde apoyar su cabeza. Se trataban muchas cosas, algunas bastantes necesarias, pero ninguna de tanta trascendencia como la de ayudar al campesino a realizar sus sueños. Esto es de una justicia de un tamaño que no se puede medir”.

La Universidad de Chile, en ceremonia solemne en el Salón de Honor de la Casa Central, le otorga el título de *Doctor Honoris Causa*, máxima distinción académica que concede por primera vez. Gabriela Mistral agradece los honores definiéndose como “una simple y antigua maestra rural”.

Pablo Neruda, desde el litoral central de Chile (Isla Negra), escribe un fraternal mensaje de saludo: “Todos te recibimos con alegría. Nadie olvidará tus cantos a los espinos, a las nieves de Chile. Eres chilena. Pertenece al pueblo. Nadie olvidará tus estrofas a los pies descalzos de nuestros niños. Nadie ha olvidado tu *palabra maldita*. Eres una conmovedora partidaria de la paz. Por esas, y por otras razones, te amamos”. 50 mil escolares chilenos le rinden homenaje, la escuchan y la aplauden en el Estadio Nacional de Santiago: “me será muy grato conversar con mi gente en esta estadía y recoger el material que me falta sobre la flora chilena en un largo poema que escribo sobre Chile”.

Días antes de concluir su visita al país (30 de septiembre), viaja al valle de Elqui, su tierra natal: “Todo el mundo andado y sabido por mis ojos y mis pies parecen no haberme removido la luz y el polvo de Elqui, mi Valle, mi único Chile, por ser mi infancia”. En Vicuña, vuelta ella viva emoción e Hija Predilecta, recibe el homenaje desbordante de sus coterráneos: “No basta que los elquinos seamos muchos, necesitamos ser felices”, dice, agradeciendo el público y multitudinario recibimiento en la plaza de la ciudad.

La Editorial del Pacífico (Santiago) publica *Lagar*, su cuarto libro de poemas. Es la primera vez que una de sus obras se edita originalmente en su Chile natal: “Después de Yin Yin la vida mía es *Lagar*, emociones que poco a poco se ponen en palabras, ayudadas por un ritmo que pudiera ser el de mi propio corazón”.

A su regreso a los Estados Unidos (octubre) recibe en Nueva York, junto a otras personalidades del mundo, el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Columbia, que celebra el bicentenario de su fundación.

Permanece en su residencia de Roslyn Harbor, Long Island. Su salud se debilita (“problemas de visión, diabetes, corazón malito”). Revisa versiones de poemas rezagados en cuadernos manuscritos (*Lagar II*) y otros próximos a su proyecto más reciente: “Ahora, escribiendo estrofas de mi *Recado sobre Chile*, huelo en el aire frío, atrapo sobre el frescor de la nieve, un aroma que llega roto por los pinares, y en el que reconozco, pobre de mí, las manzanillas que mi madre ataba para sus infusiones. Y me acude un aroma a brasero que es toda mi vida de maestría pobre en escuela más pobre aún”.

Con ocasión de celebrarse el séptimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos Básicos, es invitada oficialmente a las Naciones Unidas (10 de diciembre), en Nueva York. La recibe el Secretario General, Dag Hammarskjöld, en un “rendirle honor aquí en su presencia”. El embajador José Maza, representante de Chile en la Asamblea General, lee un relevante texto sobre los Derechos Humanos escrito por Gabriela Mistral. Mensaje que constituye un permanente y fervoroso llamado a la comunidad internacional, en sus pueblos y sus gobiernos, y a las generaciones futuras también, sobre la universalidad y humanidad de tan trascendente tema: “Yo sería feliz si vuestro noble esfuerzo por obtener los Derechos Humanos fuera adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo. Este *triumfo* será el mayor entre los alcanzados en nuestra época”.

Invitada de honor, asiste al acto de homenaje a Chile organizado por la Asociación Panamericana de Mujeres (Nue-

va York). Lee los poemas *País de la ausencia* (“Y en país sin nombre me voy a morir”), de su libro *Tala*, y *La huella* (“¡Voy corriendo, corriendo, la vieja Tierra!”), de *Lagar*. En Washington (abril) participa en la Organización de los Estados Americanos (OEA) entregando un mensaje americanista a los países miembros. Es su último acto público. En octubre, el gobierno de Chile (presidencia de Carlos Ibáñez) envía al parlamento chileno un proyecto de ley que le concede una pensión especial y de gracia. “Mi mayor flaqueza de chilena y de mujer tal vez sea esta: busco la familiaridad inmediata, quiero la buena fe, pido, como todos los errantes, la casa tibia en que entrar, pues llevo años de ruta helada y de viento y polvo en el rostro. Gracias a cada niño que me dijo, sin más, *Gabriela*, y a cada maestra que vio su oficio en mis gestos”.

Su salud se resiente cada día más. Para algunos exámenes médicos es internada (primeros días de noviembre) en el Flower and Fifth Avenue Hospital (Nueva York). Se le descubre un cáncer al páncreas. (“Con los años nos vamos reduciendo a escombros. ¡Cuánto temía esto yo cuando era una muchachita elquina que no se cansaba de trepar los peladeros buscando flores y piedras!”). Recibe la visita del escritor y filósofo francés, el católico Jacques Maritain, que enseña en la Universidad de Princeton (Nueva Jersey). En su residencia de Soruch Sprint Roos Ville, Long Island, Nueva York, redacta su testamento (17 de noviembre), estableciendo en diez cláusulas su última voluntad. Designa heredera y albacea universal a Doris Dana, su fiel y leal amiga y compañera.

Su estado de salud (2 de enero) empeora rápidamente. (“Estoy con tiempo y obras anuladas”). Internada en el Hempstead General Hospital (Long Island) recibe de un sacerdote católico la extremaunción, y la bendición Papal. Días después, pierde el conocimiento y cae en agonía. Muere la madrugada (4:18 hrs.) del 10 de enero, mientras la ciudad de Nueva York se cubre de nieve. (“Baja en la nieve tu mortaja inmensamente/ y la tremenda albura cayó sobre tu faz”). Tenía 67 años. *Triunfo*, fue su última palabra.

La misma mañana, la Asamblea General de las Naciones Unidas, que debate los recientes sucesos políticos y revolucionarios de Hungría, interrumpe su sesión para rendir homenaje “a la mujer cuyas virtudes la señalaron como una de las más valiosas personalidades de nuestro tiempo”. El cardenal Francis Spellman oficia una misa fúnebre en la Catedral de San Patricio, Nueva York (14 de enero). Sus restos mortales son trasladados vía aérea a Chile. El gobierno chileno declara duelo oficial por tres días, recibiendo condolencias de todo el mundo. Homenajes póstumos en la Universidad de Chile, en cuya Casa Central un país acongojado vela sus restos. Mujeres, hombres y niños le devuelven su amor con reverencia. A las exequias, en un funeral de Estado en el Cementerio General de Santiago (21 de enero), asiste el Presidente de la República, Carlos Ibáñez.

El escritor, ensayista y hombre de Universidad, Luis Oyarzún Peña, que la había recibido académicamente en septiembre de 1954 al otorgársele el *Doctorado Honoris Causa*, la despide, en nombre de los intelectuales chilenos: “Recuerdo haber visto cómo se le acercaban en los campos, interrumpiendo sus trabajos, con mirada honda y tierna,

los hombres que labraban la tierra, esa tierra que misteriosamente era suya, la tierra a que ella vuelve hoy, semilla casi impalpable, para siempre. Está con nosotros y estará con nuestros hijos. Sus palabras modificaron nuestro idioma y cambiaron el orden de nuestro corazón”.

1 9 6 0

La mañana del 22 de marzo los restos mortales de Gabriela Mistral son trasladados definitivamente de su provisorio nicho (Mausoleo de la Sociedad de Educación Primaria), en el Cementerio General de Santiago, a su amado pueblo de Montegrande, en el Valle de Elqui, Chile, cumpliéndose así con su expresa voluntad establecida en la cláusula novena de su testamento. En la piedra tutelar de su tumba, en la ladera misma de uno de sus cerros elquinos, está inscripción a manera de epitafio-verso: *Lo que el alma hace por el cuerpo es lo que el artista hace por su pueblo.*

1 9 6 7

Publicación póstuma de *Poema de Chile*. Editorial Pomaire, Barcelona, España. Tiene una breve presentación —*Al lector*— de Doris Dana: “Es necesario dar a conocer cómo llegó a publicarse este libro de Gabriela Mistral. Ella, al morir, dejó inconclusa la obra. Durante los últimos veinte años de su vida tuvo una preocupación continua: escribir poemas sobre toda suerte de asuntos relacionados con su país: cantar sus plantas, animales, los ríos, el mar, los lugares y sensibilizar los problemas del campesino y la reforma agraria; escribir para ella estos poemas no fue un afán literario, sino una necesidad vital”.









República de Chile

MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA  
SEMINARIO ARCHIVO  
Independencia

N.º 1032  
R.G.

Dirección:

Lujiá Godoy, hijo  
Los Andes, Pisco  
de Minas, Chile.

1933

Nuestro grande i nobilísimo  
Poeta:

frí yo una que le aguan  
daba al pie de los Andes  
para presentarte ~~un~~ <sup>su</sup> devoti-  
cion i la de ~~una~~ <sup>sus</sup> minas - de  
Cipular - que charlan de  
Ud. familiarmente, despues  
de decir su "Cuento a Clara  
Jarita" i su "Minas - rosa. Te-  
no Ud. un vino, i yo le mandé  
en estas hojas estemas toda  
aquella Coza pura i pa-  
jante que es el Querer de  
ciex minas a un poeta  
que les hace Cuentos como  
nadie jamas los hizo bajo  
el cielo!

Poeta: yo, que soi mujer  
i flaca por lo tanto, i que por  
un maestra tengo algo de  
las abuelas - la chuchey -  
he dado en la debilidad  
de Querer hacer cuentos  
i estorfas para mis pequeños.

Y los hechos; con ruboroso  
 lo confieso a Ud. Yo sé que  
 Ud. es tan grande como buen  
 no.

Pretendo - pretendes es -  
 que Ud. me lea lo que le  
 remito, a saber, un cuen-  
 to, original, mi mismo, i u-  
 no seras, propio en ab-  
 soluto.

Pretendo - pretender  
 es! - que si Ud. quiere con  
 dulzura paternal legien-  
 dolo i halla por ahí mi-  
 cleos de semillas que di-  
 cen algo, una promesilla  
 para el futuro, en "Alegran-  
 cias" o en "Abundial",  
 me las publique.

Y, Pukén, es una de-  
 coñida; y no publico  
 sino desde hace dos meses  
 en nuestros "sucesos"; y,  
 Maestra, nunca pense  
 antes en hacer estas cosas

1033



3//

Que Ud., el mago de la  
 Nina-Proca, me ha ten-  
 tado i empujado a que  
 haga. ¿es Ud. culpable  
 de tantas cosas en el cam-  
 po juvenil? Si supiera,  
 si supiera!

¡Bueno! si Ud. men-  
 cuenta en mi cuento i  
 en mis estrofitas sins cosa  
 buena, hilachas volantes  
 de cosa inútil i vulgar,  
 escribame solo esto en  
 una hoja de papel: ma-  
 lo, malo. ¡Vimela! ¡Yo  
 dicota de por seguiré sin  
 dolo tanta o mas!

Una explicacion:  
 Ud. - Ud. H. Juido - defama  
 en Chile como encasado  
 de vices las Colaboracio-  
 nes al H. Mañuda. Per-  
 jostamente, pero yo no  
 he podido vencer mi inje-  
 nio; tan tanto deseo: es-

Alone,

el personaje principal de mi vida i mis "arrebatos" es una chiquillita que me arregla la pieza i que me ha tenido sin escribirle todos estos días, porque ~~me~~ estravió su tarjeta. Por fin hoy la encontré. Yo la había sentenciado a la pena capital... Nunca me mande usted cosas para ser devueltas... Para esto le he contado tales detalles.

Ya ni me acuerdo de todo lo que deseaba conversarle. Muy agradecida a usted por su copia de LA MONTAÑA. Conforme en casi todo: aquel error de los que se calientan en torno de una hoguera que aun no se enciende, quedó. En fin, supongamos en el lector la corriente infierencia, u otra cosa peor, i consolémonos...

No comento su semblanza grafológica, porque tendría para muchas páginas. Pero, para decirle algo: HOI no creo en la grafología; ~~me~~ creí antes. En tres semblanzas me han dicho que el rasgo dominante en mí es... la voluntad. I yo no conozco de esta trona del espíritu más que el angusto nombre. Yo no tengo voluntad en absoluto; las nubes la tienen más, i más firme. No puedo tolerar aquello de que, por solo unas líneas finales, se escape usted de un juicio que, sin duda iba a ser como la voluntad mía.

Pero no le cuenta usted a Ginés, a quien estimo profundamente en otro sentido, mi incredulidad en ella como Prof. Tagore. El seudónimo la hace talvez errar: no hai un profesor que no diga mentiras...

Va resultado regocijada mi carta. Para completar su festividad, le contaré algo que debí contarle hace tiempo.

Por la décima vez acabo de narrar a una amiga-casi amiga-un cuento que se relaciona con usted. Aludía ella a su nota al pié de mis sonetos de LA SOMBRA. Es, decía, demasiado clara. I yo le agregaba: Es el mismo misterio del Cura de Tierra Amarilla (Atacama).

Este cura tenía un enemigo formidable en el pueblo: el boticario del frente. Contaba en público, en pleno sermón, las bellezas del vecino, i añadía luego: Nunca debe nombrarse persona; pero es un chiquitito que tiene botica en la esquina... En el pueblo no había otra botica...

Sin que tome en serio lo de diosa, las otras referencias de la nota son tan VAGAS como las del boticario. ¿Verdad?

I a propósito: esta misma niña me ha ~~xxx~~ dado de usted una impresión que es la mejor que puede llegarme, la más alta, la más grata. Lo conoce a usted de vista i me dice: Tiene cara de sonámbulo.

Yo he definido muchas veces el estado perfecto del alma en la tierra así, como un sonambulismo. I he deseado ardentemente ir así por el mundo, sin eco para ningún llamamiento extraño, sin tacto para lo que me roza i con todos mis sentidos vueltos hacia adentro, a lo que va haciendo caminar con esa agilidad única, a la vez segura i temerosa, del sonambulismo. Así, pues, me ha despertado el más vivo interés el juicio de mi visita.

*Recuerdos*

Pero quiero explicarle el por qué del tono festivo de mi carta. El domingo hubo aquí inauguración de la UNION CATOLICA. El cura Puenzalida habló calmada i bellamente; el diputado Urzúa, como Víctor Doraino, i vino después un niño a cargo del notario de esa, don Desiderio Lizana, primo de nuestro párroco. Obtuvo este caballero el primer premio en uno de los temas de aquel concurso de los españoles de Valp. Se intitula el trabajo SANCHE EN EL CINCO i tiene por ahí una sabrosa pitanza a los modernistas. Alguien le dijo al notario-poeta que yo estaba ahí; caballerosamente, omitió todo lo referente a la casta... Pero, apesarado quizás, repartió a diestra i siniestra su folleto impreso, i hoy mis alumnas mujercitas de un curso especial han llegado hasta con tres ejemplares cada una. Yo no soy burlona; pero no había manera de comentar al señor Lizana en serio. Yo definiendo a cualquier muerto, a cualquiera, i al final tiene en una nota el señor Lizana una farsa, sobre Rubén Darío. Empecé por ahí i acabé no sé dónde, ello es que alguna de mis niñas decía que me había descubierta, porque en verdad nunca he dicho más picardías... Me preguntaban ellas, entre otras cosas, por el concurso en que fué premiada i yo, recordando unos comentarios para Carrera, les decía: Un concurso para Pelaez i Tapia i Desiderios... ( )

En verdad, es malo tener bondad en Los Andes; la llevan a una hasta a oír a los notarios jocosos.

Perdone esta carta tan loca.

Para concluir: usted me preguntaba en carta pasada o antepasada por el parecido de aquel apunte de Canut de Bon que hai en REPIQUES. Se parece tanto a mí como al mismo autor. Jamás, ni en mis furias con la que me pierde tarjetas i libros, he tenido esos ojos. Pero en cuanto a retratos, se han hecho cosas peores conmigo. Mi mamá mandó hacer hace poco, a escondidas, una ampliación de aquel retrato mio que está en el LIBRO DE LOS JUEGOS FLORANES. El dibujante lo adornó, ~~para~~ satisfacer a su cliente; me puso carabanas i crespos... Me cota le habría vendido bien, sin duda, i moño alto... Mi mamá, indignada: Pero si mi hija no se hace estas cosas...?

Un dibujo del SUCCESOS pasado es un encanto: el autor me enderezó mi nariz judía i la boca caída. Mi mismo me ha hecho otro apunte en colores, sumamente exacto: tiene patillas i ojos negrísimos.

I no es, Alone, que como todas las solteras yo me halle mal siempre en los retratos; es que no estoy peor sino distinta.

Usted me reconvenía en alguna carta porque no lo dejé conservar aquel monito de la revista de BUENOS AIRES. Pero si es que no era mio i, además, que las solteras es muy feo que regalemos retratos a los caballeros jóvenes...

Si un buen día dejo de ser solterona, es decir, si me hago monja o si me caso, cosa esta última muy próxima, sin duda, se lo enviaré. En tretanto, no tenga usted ese mamarracho ahí en un marco; le mandaré uno de DELMIRA AGUSTINI, para que ocupe dignamente un hueco de ~~XXXX~~ papel en las paredes de su pieza.

Le vuelvo a pedir que me perdone esta carta loca.

Hasta luego. Muy agradecida i con la cordialidad de siempre.

*Salvadora Mistral.*

(c) No me contene por esta burla sin conocer antecedentes sobre Belacx i los modernistas. No puede pretender piedad de parte mea =  
tra...

Mi querido y respetado don Carlos: despues de mucho tiempo tuve unas lineas suyas y tuve hace dias una carta larga de doña Carmela. Ambas cosas las he agradecido de todo corazon, estimandolos al tiempo que me da y el agra. Yo no les he escrito por una razon triste. Hace muchos años tengo una infeccion del rifon que viene y va, segun lo que yo coma. El regimen me habia aliviado mucho; pero ahora el mal es tan constante que tengo muy pocos dias de desinfeccion real y la dolencia ha caido sobre los ojas, en la forma de tantas manchas que ya me perturban la lectura de tipo grande y teñido y me impiden en absoluto la lectura del tipo pequeño y deslavado. He reducido mi correspondencia a casi nada, a unas seis o siete personas. Yo atendia centenares de cartas por año. Me guardo la poca vista que de que dispongo para leer lo que necesito sobre Chile y sobre uno que u otro libro que hay que propagar, y me la guardo para la poesia propia. Hacerme leer es para mi muy penoso, pues no tengo habito de ello y ademas un libro leído toma tres o cinco veces el tiempo que yo empleaba. Y en eso estoy. Un medico me dice que cortar el rifon dañado es lo mejor; yo no quiero operarme aqui sino en EE.UU.... pasada la guerra. Esta es la razon de mi silencio, don Carlos. Mis cartas para usted son casi las unicas que llegan en mi carta llevada por Subercaseaux. La mujer italiana partio CON SU MARITO B. JADOR, prueba clara de que para ellos trabajaba; pero me queda el italiano brasilero que sigue trabajando y el criollo que atiza ayuda y dirige. Me da un desaliento enorme que se pierdan tantas cartas que me cuesta escribir con estos ojos nocturnos que ahora tengo.

Sus lineas me han afligido mucho, muchisimo. Yo he tenido con ustedes desde el comienzo de nuestra amistad una veracidad absoluta y a veces temeraria. Es el unico clima de la amistad y era el unico clima de la chilitud antigua, a la cual ustedes y yo pertenecemos. Nada me irrita mas que ver la caída vertical en la falsedad, en el disimulo, en la macuqueria, en la malicia, que veo en las dos generaciones que nos siguen y la cual tengo que padecer hasta que me muera. Me repugnan estas gentes que solo defuenden intereses, llamandolos ideas, que representan un teatro malo, pues no conviene a nadie que tenga sesos, que nos hacen el //ac-hiavelo sin tener genio y el Tartufo sin que les valga de nada sino con los tontos.

Seguiré, pues, dándole mi verdad, una pobre verdad que me vale de poco sobre el papel, porque yo soy persona de conversacion mucho mas que de escritura.

Creo, mi don Carlos, que Chile no puede continuar en su linea de neutralidad. Las lineas mayores de su politica en el pasado han sido esta amistad de Inglaterra, amistad de Alemania, amistad de EE.UU., comenzada con Alessandri, y amistad con la America Española, trabajada mucho bajo Aguirre y Rios. Le pongo aparte la amistad del Brasil, que ha sido una especie de politica natural, no buscada, hallada, tenida desde siempre. En esta lista de politicas sucesivas, Chile ahora está perdiendo a ojos vistas los lazos inquebrantables, los yanquis y todos los iberos, excepcion hecha de la Argentina. Lo de Venezuela es un reventon al que seguiran otros; ya Padilla tuvo algunos denuestos desde Mexico. Nuestros paises criollos han esperado la mudanza de nuestra Se ha abusado de los discursos y de las promesas vagas o netas, que los cables transmiten. Seria mejor que nos seddiciones, que no se estuviese a cada semana prometiendo. La naturaleza de engaño, de que digo, ahora sale al extranjero, ventada, visible y hace mucho mal, don Carlos, mas del que ustedes puedan saber allí. La diplomacia siempre miente; pero no puede mentir por tres años seguidos. Mejor seria decir que nunca saldremos de la neutralidad y ahorrarse esa serie de declaraciones semanales que solo envenenan la herida y que no llevan a nada nuevo, porque va no se nos crea, y le digo esto con la mayor certidumbre. NO SE NOS CREE. El chileno corriente, por primitivo, por audaz, por brutal, miente con gran torpeza; es transparente para cualquier persona con vida europea, mejor dicho, para cualquier persona un poco sutil.

Ahora vamos a otro punto.

Don Carlos, usted no tiene la información completa de aquel asunto -  
mío relacionado con los yanquis y con Barros Jarpa. Yo no le mandé las  
paginas que me hizo llegar Mr. Rowe, porque no me pareció seguro ni aun  
el correo que le envié. Voy a mandárselo ahora, solo con estas miras. El  
Sec. del triste señor R. vino a verme para asegurarme lo que usted sabe,  
y asegurármelo a título de persona informada. En el documento que le  
mandaré verá usted cual era la realidad. Yo le ruego leerlo con lentitud  
porque va en inglés. Si usted ya no recuerda el asunto, se lo repetiré en  
otra carta. El yanqui tiene muchos defectos, pero en todo o caso, el yanqui  
es infinitamente mas veraz que nuestros criollos de hoy día en Chile.

Vargas  
no revela  
posición  
real

Otras cosas. Brasil ha aceptado la ayuda técnica y de soldados para  
guardar las bases de Natal. No hay un solo brasilero que crea el que los  
yanquis se vayan a quedar allí. Yo no lo creo tampoco por un solo momento.  
Hay aquí una tal saturación de patriotismo, un milagro patriótico que no  
tiene edad, que era antes monárquico y fue después republicano, hay una li-  
nea tan larga y tan fiel de defensa del territorio-han echado a todos -  
queden con Natal, es decir, con el Noroeste. La ayuda y la protección yan-  
qui, si así la quieren llamar, era indispensable. No existe en la América  
del Sur una técnica capaz de enfrentarse con Alemania. Hemos producido a  
millones de abogados, literatos, maestros de escuela; pero la técnica nuestra es  
un juego de niños. Decílarar que somos capaces de defendernos solos de los  
japoneses, suponiendo que estos obrasen sin los alemanes, es una nifiería.  
La técnica japonesa es algo muy tónico y el heroísmo de ellos idem. Yo he  
sabido de hace 20 años lo que era el Japon; nuestros criollos lo vienen sa-  
biendo ahora. Quien nos ha de valer si no los yanquis? Inglaterra piensa  
solo en ella; Rusia sería nuestro veneno; no quedan sino los EE.UU. Mientras  
Roosevelt no se muera, ahí hay una conciencia que no se emporcará por co-  
germos a nosotros unas dos o tres bases, pasada la guerra. Pero Wilkie, es de  
cir, el partido opeusto, tampoco hará una ~~xxx~~ maldad como esa. Tienen dema-  
siado territorio; tienen estados enteros vacíos. Y ahora, ahora, les importa  
ser honrados, han cobrado decencia internacional, han habido allí adentro un  
vuelco moral, por el trabajo de sus profesores, de sus católicos, que siguen  
creciendo, y porque han aprendido al fin que mas valen los buenos negocios  
que el robo de la tierra. Mientras Mexico esté con ellos los del Sur pode-  
mos estar ciertos de que EE.UU. se comporta con decoro. Ese pueblo oscuro,  
indio, de poco cuerpo, es mas inteligente que la Argentina, mas sutil que el  
resto del continente español. Y Mexico está con ellos porque Alemania mas  
el Japon, lo habria devorado o lo devoraria ahora mismo en unos cuantos  
meses.

Me duele, me hace daño casi físico decirle algo muy serio, pero que  
me trabaja desde que lo vi. Ciertas fuerzas cuya misión unica es la de con-  
servar su fuerza corporal, su lucidez mental, su tradición de capacidad, es-  
tan roídas, a lo menos en los jefes, pero probablemente tambien en los subal-  
ternos, por el alcoholismo. Hasta un punto, don Carlos que ni se puede decir.  
Yo he sabido de golpe y porrazo lo que se puede esperar de semejantes tec-  
nicos para el trance de una invasión. Yo he andado con ellos, con borrachos  
que apenas se tenían, en actos públicos, y he visto que uno entre doce esta  
ba en estado normal. Y he sabido despues que las demas ciudades de Brasil  
han visto lo mismo, con el asombro consiguiente, pues este es un pueblo que  
toma... café, leche, cidras de frutas y por excepción alcohol. Llevo aquí tres  
años; he visto y contado dos borrachos. Parece fantástico, pero es así. He te-  
nido cuatro jardineros; uno era ebrio, y era un alemán puro. Nosotros vivimos  
aun de ciertas leyendas y estamos ciegos para no ver que el pueblo nuestro  
ha sido carriado o destruido por la bebida, pero no solo el pueblo. Los suel-  
dos inauditos de la gente a que aludo se emplean en eso, en comer y en pagar  
los super-aguardientes que alla cuestan oro molido. Es imposible ver una  
mesa chilena ~~xxx~~ donde no se beba y no se levantes los huéspedes conges-  
tionados y ~~xxxxxxx~~ ... en plena zoología.

Bebe el yanqui y bebe bastante; pero como son mas fuertes que nosotros

y son un pueblo de ayer, no han gastado en su capital físico. El indio bebía desde la eternidad; el español no bebe en España. Nosotros no hemos visto a tiempo que el peon bebe por falta de fuerzas, que es un hombre debil por hambreado y que el chorro de alcohol solo se neutraliza un poco por una alimentacion rica y abundante. Yo creia que el vicio arrasaba solo al pueblo; ahora sé que no hay tal y que dentro de aquellas famosas e ilustres "fuerzas" el alcohol manda y gobierna al cuerpo y al alma.

Hay mas: estoy convencida de que la corriente germanofila tiene alla en nuestro pais, mayoria visible sobre la aliadofila. Alemania y el Japón deben saberlo mucho mas que nosotros. Un desembarque japonés seria ayudado o suavemente tolerado a lo menos por muchos chilenos que ya no lo son. He sido budista 25 años, tengo la pasion del Oriente, en artes y en poesia, soy talvez la unica chilena que se ha ocupado de leer sobre esos pueblos, siento en mi esa sangre por dos lados, el vasco que era mas asiatico que europeo y el indio que no es sino asiatico. Le digo mas: me siento mucho mejor entre orientales que entre occidentales. Asi y todo, yo le digo a usted, amigo mio, que prefiero ver a los yanquis ayudando a nuestras bases a ver a los japoneses devorar el poco trigo, la poca carne, los malos alimentos de que disponemos, como una verdadera banda de langostas. Yo sé, yo sé redondamente, que ese hombre japonés es mucho peor que el alemán como elemento de dominio y como fuerza para resistir y quedar y rematar una conquista. Son puros, son sobrios, son mas racistas que Hitlerino estan roidos de vicios. Por esto mismo son temibles. Pascua es para ellos un globito de Jabon. Podemos pensar nosotros por un momento en que podemos ferendar a la Isla de Pascua? Y a Magallanes? Le hanavegado usted los canales, don Carlos y le hancontado las glorias? Eso es el infierno vuelto desmenuzamiento geografico y trampas y babias y bruma ciega. Nosotros nos encontramos en Goibe y porrazo en frente de dos tecnicas ya maduras, de dos imperios técnicos, Alemania y EE.UU., mas otro de tecnicas de ayer, pero ya formidable la japonesa. ¿Qué hace esa millonaria Universidad de Chile, qué ha hecho para preparar técnicos y qué piensa hacer en lo futuro, la gran logrera de los dineros publicos? ¿Por qué no hay un parlamentario, uno siquiera que diga esta verdad, del tamaño del cielo nuestro: que la Universidad ni ha sido clasica ni ha sido científica; que no nos ha dado humanidades ni ciencias aplicadas. Parece que los rios del dinero fiscal, los mayores, se van por estos cauces: Ejercito, Marina, Educacion, Higiene y Beneficencia y Justicia. Los dos primeros no nos salvan en la coyuntura que vivimos, aunque otra cosa vocean los nazis que hay en esas ramas; la segunda es lo que digo, la salud y la pobreza suya es tal que no tiene para comprar una medicina la mas barata. Los jubilados voluntarios y los forzosos del señor Ibañez como y duermen. Ahora podiesen crear un Ministerio de... Viajes. ¿Qué le voy a decir que usted no lo sepa? Ya parecemos Persia o la India, en lo de los seguitos y en lo de las grandes bolsas de viaje. Este revoltijo de socialismo y de derroche, de pueblo hambreado y de líderes llenos, hace reír, pero mejor pudiese hacer llorar, don Carlos. Las Embajadas nuestras, del pequeño Chile endeudado, se dirian de Inglaterra por el personal y casi no hay negociaciones: a mi amigo Aguirre, pobrecito, le dio por las Embajadas.

Aunque sea usted bastante pesimista, me hallaré a mi peor. La crisis moral de nuestra raza es de las mas sombrías que se pueden ver en este mundo, y aunque seamos de ayer, la podridura se parece a la de las naciones viejas, Francia, por ej. Yo sé que hemos de salir de esto, que saldrán, digo, los que están naciendo no nosotros. Es rapido el corromperse y el sanearse es largo, y no lo vamos a ver, amigo mio. Es preciso que el país tope, que llegue al fondo mas negro para que venga la reaccion. Por que existe ademas de todo un sistema de compadres, por el cual ya no hay denuncias, la oposicion misma se pone a la sordina respecto de ciertas cosas; de la Masoneria ya no se chista, por miedo a perder el empleo publico y la cobardia es talvez mayor que la corrupcion. Las patrias no se mueren; se enferman y a nosotros nos va a tocar como a ciertas familias ver un

Caras Delia y Pablo:

Hoy embarco para la  
Jirivaca. Tengo el recuerdo  
de una conversación  
malograda con Ud. d<sup>o</sup>.  
Juan y con tanto mi  
asunto Colombiano y  
peruano y yo inserte otro  
asunto y aquellos papeles.

Solo recuerdo que el tema  
era... una insultada que  
yo creia peruana, pero que  
parece haber sido Colom-  
biana. Un recorte que  
yo he recibido aqui de la  
medida del asunto, pero  
yo creo que la campañita  
llena varios articulos y  
los ignora todos sin embargo.

Para que podamos hablar  
en paz, Ud. tal vez pueda  
hacerme la gracia de lle-  
varme a nuestra casa y  
procurar que no reciban  
otras visitas.

Hasta hoy, yo he pensado  
que se trataba del Peru, pero  
era casi si me es de la pelle  
y estupendo de etc Colom-  
bia.

Dos veces yo he tenido  
alojados en mi casa  
- y por meses - agentes de  
ese pais de mil o mas li-  
teratos, gran di que es  
patriado y seguidos por  
sus enemigos etc etc. Solo

## CORREO AEREO

Nueva York,.....de .....1956

Señora ELEANOR ROOSEVELT:

A pedido de ilustres mujeres de mi pueblo, en representación de todas las mujeres de Chile, tengo el honor de dirigirme a Ud. como a una de las mas altas dirigentes de la opinion pública norteamericana, que encarna en sí las virtudes cardinales de este gran pueblo: amor a la libertad, respeto a los derechos humanos, tolerancia y comprensión cristianas para con todos los credos políticos o religiosos, y hasta para los propios enemigos, a fin de que nos sirva Ud. de intermediaria ante el H. Gobierno Norteamericano en el caso que paso a explicar, que inicialmente pensaba someter a consideración de la Asamblea de la NU, actualmente en receso.

La mujer chilena, sin distinción de clases sociales, se halla vivamente preocupada por la situación de penuria, de desamparo y de esclavitud en que se mantiene desde hace cuatro años a gran parte de la población de Bolivia, país hermano y limítrofe del nuestro, como consecuencia del régimen político imperante en esa nación. No nos mueve ningún interés subalterno, político o sectario, en esta posición de solidaridad humana con las madres, esposas, hermanas e hijas de los muchísimos presos, exilados y perseguidos políticos bolivianos que han debido abandonarlas, ocasionando que sus hogares queden sumidos en la miseria y la desesperación.

Como ya no es un secreto para nadie, en Bolivia han sido cancelados todos los Derechos del Hombre, seguramente por necesidades políticas del Gobierno. No existe ninguna libertad, ni derecho de propiedad, ni respeto para la vida humana. Verdaderos esclavos pueblan por años siniestros campos de concentración, como los de Corocoro y Curaguara de Carangas, muy cerca de la frontera con Chile. Sus familias no pueden verlos ni atenderlos en sus más premiosas necesidades, ni siquiera socorriéndolos con remedios cuando están enfermos. Cientos de desterrados viven en Chile en condiciones muchas veces lamentables, como en todos los demás países de América. Sus hogares están destrozados. Los que mas sufren con ésto, son las mujeres y los niños. Por ellos pedimos, nó justicia, sino un poco de piedad humana. Que el Gobierno norteamericano que tanta ayuda presta a Bolivia, pida a su gobierno que dé libertad a los presos políticos y permita volver al país a los exilados o que deje salir de Bolivia a sus familias, detenidas ahora como rehenes políticos. No es posible que estas cosas tan penosas y desdichadas sigan ocurriendo en nuestra América generosa y buena, llamada tantas veces el Continente de la Esperanza!

Esperando se digne hacer suya esta noble causa de las mujeres chilenas y bolivianas, en bien de toda nuestra América, la saludo a Ud. con mis sentimientos de estimación y aprecio.

Gabriela Mistral.



# C O L O F Ó N

*Obra reunida de Gabriela Mistral* incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica Biblioteca, desarrollada por Roberto Osses junto a Diego Aravena, César Araya y Patricio González. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Salesianos Impresores. Santiago de Chile, diciembre de dos mil veinte.





EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL

**Dirección** · Thomas Harris Espinosa  
**Diseño** · Felipe Leal Troncoso  
**Asistente** · Javiera Mariman Retamal  
**Periodista** · Juan Pablo Rojas Schweitzer  
**Distribución** · Nora Carreño Cepeda

CIP BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Ch861 Mistral, Gabriela, 1889-1957  
M678 Obra reunida : tomo VIII: cartas / Gabriela Mistral ; selección e investiga-  
2020 ción Gustavo Barrera Calderón, Carlos Decap Fernández, Jaime Quezada  
Ruiz, Magda Sepúlveda Eriz.- [Primera edición diciembre, 2020].- Santiago  
de Chile : Ediciones Biblioteca Nacional, c2020.

581 páginas : facsímiles ; 22 cm.  
Bibliografía: página 501.

ISBN: 9789562444699 (obra reunida)  
ISBN: 9789562445078 (tomo VIII)

1.- Mistral, Gabriela, 1889-1957 – Correspondencia 2.- Autores chilenos  
Siglo 20 Correspondencia 3.- Correspondencia 1.- Barrera Calderón, Gusta-  
vo, 1975- compilador investigador – II.- Decap Fernández, Carlos, 1958-  
compilador investigador – III.- Quezada, Jaime, 1942- compilador inves-  
tigador IV.- Sepúlveda Eriz, Magda compiladora investigadora.

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.







Ministerio de  
las Culturas,  
las Artes y el  
Patrimonio

Gobierno de Chile